

Ivan Doig

Una temporada para silbar



Lectulandia

«No cocina, pero tampoco muerde». Así comienza el anuncio en el que Rose Llewellyn, una viuda de «buenas costumbres y disposición excepcional», se ofrece en el otoño de 1909 como ama de llaves; la frase capta de inmediato la atención de Oliver Milliron, un viudo con tres hijos y poca maña en las tareas domésticas, que la contrata para poner un poco de orden en su casa de Marias Coulee, Montana.

Y así comienza también la inolvidable temporada que Rose y su hermano Morris, un dandi sabelotodo, pasarán en este pueblo de granjeros. Cuando la maestra local se escapa con un predicador, Morris se verá obligado a aceptar su puesto; sus particulares métodos de enseñanza marcarán para siempre a los jóvenes alumnos de la escuela rural. Ni ellos ni la familia Milliron ni el pueblo de Marias Coulee volverán a ser los mismos tras la llegada de Rose y Morris.

Lectulandia

Ivan Doig

Una temporada para silbar

ePub r1.3

Maki 25.01.14

Título original: *The whistling season*
Ivan Doig, 2006
Traducción: Juan Carlos Tafur Saavedra

Editor digital: Maki
Revisión y corrección de erratas: Australopiteco
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Para Ann y Marshall Nelson.
Estuvieron en el comienzo y todo el camino han sido de ley.*

1

Cuando vuelvo a visitar los rincones de mi vida, las cosas más nimias me asaltan. El mantel de hule con cuadros blancos y molinos de viento azules, las manchas descoloridas en nuestros cuatro gastados lugares en la mesa. Ése café acre de papá, tan cargado que casi andaba, y que él bebía a sorbos después de la cena para dormir después, sereno como una esfinge. El fastidio inexcusable del viento que soplabá en Marias Coulee, silbando por una rendija, como si lo hubieran invitado a entrar.

Ésa noche estábamos sentados a la mesa en nuestros sitios de siempre. Toby se afanaba en colorear una batalla de barcos piratas, yo hacía los deberes y Damon, en vez de hacer los suyos, estaba absorto en un misterioso juego inventado por él mismo: un solitario de dominó. El roce ocasional de una hoja del periódico presidía la cabecera de la mesa. Papá recorría con el dedo la columna de anuncios clasificados, casi siempre inútiles, de la *Westwater Gazette*, que nos llegaba cada semana en un saco de arpillera con el correo y las provisiones. Buscaba un par de formidables caballos de faena a bajo precio y se detenía aquí y allá en algún encabezado peculiar. Aun hoy recuerdo el regocijo que le causaron las líneas tipografiadas. Papá se reía a trompicones, como si fuera a estornudar, como si las cosas graciosas primero tuvieran que hacerle gracia a su nariz.

Levanté la vista de la lección de geografía y vi aproximarse el periódico hacia mí. Papá mantenía el pulgar contra el encabezado como un zahorí se aferra a su varita cuando encuentra agua.

—Échale un vistazo a esto, Paul. Léenoslo.

Lo leí, y Damon y Toby hicieron un alto en lo que andaban haciendo para asimilar aquellas cinco palabras. Eran tan simples como confusas:

NO COCINA, PERO NO MUERDE

En casa nunca estábamos de humor para bromear sobre la cocina. Sin embargo, papá nos miró de lo más complacido y me indicó que continuara leyendo.

Viuda se ofrece como ama de llaves. Buenas costumbres, disposición excepcional. Ninguna habilidad culinaria, pero un diez en las demás tareas del hogar. Sueldo negociable, pero debe incluir billete de tren hasta Montana; compromiso de un año de cuidados sin igual para su hogar. Se ruega responder a: Apartado 19, Oficina de Correos de Lowry Hill, Minneapolis, Minnesota.

Minneapolis estaba a mil quinientos kilómetros hacia el Este, incluso fuera del

alcance del entusiasmo que empezaba a desbordar a papá. Con todo, no perdió tiempo en poner a prueba nuestra reacción.

—¿Qué os parecería que alguien se ocupara de nuestra casa, chicos?

—¿Se va a encargar también de ordeñar las vacas? —preguntó Damon, siempre cauteloso.

Papá se detuvo un momento. Señalar qué tareas de la granja podían entenderse como una extensión lógica de las labores domésticas era el tipo de tema que le gustaba abordar.

—Qué listo eres, Damon. No veo por qué no podemos estipular que tiene que ocuparse de la mantequilla desde que sale de la vaca.

—¿Dónde va a dormir? —preguntó Toby, entrando en materia. Papá estaba preparado para la pregunta.

—George y Rae tienen una habitación libre ahora que la maestra ya no vive con ellos.

El entusiasmo empezaba a desbocarse. De pronto, nuestros parientes que vivían en la granja de al lado ya estaban buscando un inquilino, cosa que ellos mismos desconocían, igual que nosotros habíamos ignorado hasta hacía dos minutos que necesitábamos un ama de llaves.

—Lowry Hill... —dijo papá volviéndose hacia el anuncio en negrita, como si hablara con él—. Si no me equivoco, es la flor y nata de Minneapolis.

Yo no quería hacerle ver lo obvio, pero era mi deber como hijo mayor.

—Ya estamos acostumbrados a tener la casa en desorden, papá. El problema es cocinar, tú mismo dices que no se lo desearías ni a tu peor enemigo.

Papá lo sabía. Todos lo sabíamos: lo había pillado.

Damon y Toby volvieron la cabeza para ver cómo pensaba salirse con la suya. En varios kilómetros a la redonda nuestra casa era objeto de febril consternación para toda mujer digna de llevar un delantal. Como familia éramos relativamente prósperos, pero todo el mundo comentaba que lo teníamos difícil. La prosperidad procedía de los pagos por la venta del negocio de acarreo que papá había tenido en Manitowoc, Wisconsin. Lo difícil, de una lápida que llevaba un año en el cementerio de Marias Coulee. «Florence Milliron, amada esposa y madre (1874-1908)», rezaba la inscripción, grabada tan hondo en nuestros corazones como en la piedra. Pese a que la extrañábamos en otros momentos, las comidas marcaban nuestro más bajo nivel de ánimo, por las cosas que papá ponía en la mesa tras mucho batallar.

—¡Picadillo refrito, nuestro plato preferido! —podía anunciar sin ninguna esperanza al depositar ante nuestros ojos unas sobras de picadillo que iban camino de ser un estofado de sobras.

Ésa noche se entretuvo con un largo sorbo de su horrible café antes de contestar. Y no dio exactamente una respuesta:

—Así son los clasificados, Paul. Nada es blanco o negro. Siempre hay que regatear. Si fuera jugador, apostarí a que la señora Minneapolis no es tan tímida con los fogones.

—Pero... —Clavé el índice en las cinco palabras en negrita del encabezado.

—Estuvo casada —dijo papá, rebatiendo pacientemente la evidencia—, tiene que saber manejarse en la cocina.

—A lo mejor su marido murió de hambre —señalé con la sagacidad típica de los trece años.

—Caray. No hay mujer que no sepa cocinar. Paul, saca la pluma buena y una hoja de papel.

La vieja casa ahora está vacía pero nada se ha ido. Si algo he aprendido de una vida como superintendente escolar, es que la infancia perdura hasta siempre en el alma. Igual que la aguja de la brújula busca el norte, esa historia me arrastra hoy hasta estos cuartos poblados de recuerdos, como si la respuesta que debo encontrar para el final del día estuviera escrita en el polvo que los cubre.

Me detengo ante el calendario arrugado que cuelga de la pared de la clase. Por supuesto, está en la misma hoja que la última vez: 1952. Cinco años, que han pasado volando, desde que la junta escolar de Marias Coulee me pidió prestada la casa durante un mes mientras reparaban el techo de la casita del maestro y tuve que venir de mi piso en Helena para arreglar con ellos los detalles. Lo que me sorprende es que el mes coincida después de tantos años: era octubre en esa noche de 1909, la de «Paul, saca la pluma buena y una hoja de papel», y también cuando aquella maestra solitaria decidió colgar algo para aliviar las paredes desnudas. Es octubre ahora que vuelvo de visita, bajo este cielo que ha cambiado tanto la historia.

Pero no deberían extrañarme los ardidés del calendario. Ésta mañana, mientras pasaba en el coche oficial por delante de la recién pintada escuela unitaria, nuestra escuela de una sola clase, me sorprendí otra vez en esa encrucijada del tiempo en la que Damon, Toby y yo, cada uno a su turno, empezamos a cobrar conciencia de que otros nos habían engendrado pero, al mismo tiempo, no éramos solo un refrito de nuestros mayores. ¿Cómo podía entender yo, que con trece años ya me arrastraba fuera de la cama de madrugada para huir de mis pesadillas, que era hijo de un hombre que dormía como un tronco? Y el busca-broncas de Damon, ¿cómo podía haber tenido una madre tan pacífica? Empezábamos a conocernos a nosotros mismos, a veces por vías tan escurridizas como el dedo lector de papá. De camino a la escuela o de vuelta a casa, en medio del ir y venir de las estaciones de la infancia, cualquier día podía convertirse en una nueva pieza del rompecabezas de la vida. Creo que sigue siendo así hoy.

Sobre todo fue a Toby al que vi esa mañana al pasar por la vieja escuela donde

todos nos sentábamos juntos y cuyas ventanas daban al sol. Pese a los golpes de la vida, Damon y yo habríamos podido alcanzar nuestro destino en un lugar distinto a Marias Coulee, pero Toby, con sus grandes ojos de niño de las praderas, era de aquí desde el pelo hasta la médula. Ésta tarde, cuando vaya a Great Falls y les comunique la orden a los directores, los maestros y las juntas escolares de los cincuenta y seis condados de Montana, todos suplicarán por sus propios Tobys, por esos niños que nacieron de esta tierra y de los temerarios valores de colonos como Oliver Milliron.

2

Al día siguiente, la noticia de que íbamos a tener un ama de llaves llegó a la escuela al galope. Toby nos rebasó por el camino a Damon y a mí, taloneando los aporreados flancos de *Queenie*, su pequeña yegua.

—Seguro que esa mujer de Minneapolis es una vieja con dientes postizos — anunció Damon mientras cabalgábamos—. Te apuesto una punta de flecha negra.

Se escupió en la mano derecha, me la tendió e invocó el apretón de manos con escupitajo, que sellaba la apuesta como ningún otro apretón de manos. Yo no estaba dispuesto a apostar en el tema del ama de llaves.

—Ya sabes que a papá no le gusta que apostemos. Venga, démonos prisa antes de que Toby se nos pierda.

Subimos por la larga cuesta embarrada y los otros alumnos fueron apareciendo a caballo por los lugares de costumbre. Los grupitos de hermanos nos resultaban tan conocidos como nuestro reflejo en el espejo. Toby se hallaba ante un dilema. ¿Partía al galope para ir de grupito en grupito o se lanzaba en línea recta hacia la escuela y anunciaba la noticia a todos a la vez?

Se decidió por alcanzar a los Provonost, unos niños nuevos que se nos unían cada mañana a la altura de la cerca.

—¡Hola Izzy! ¡Hola Gabe! ¡Hola a todos! —El saludo general era para Inez, que iba montada en el caballo detrás de Isidor. Estaba en el curso de Toby y bebía los vientos por él, y Toby no sabía del todo cómo manejar esa complicada combinación—. ¡A que no sabéis qué!

Cualesquiera que fueran las capacidades de conjetura de aquellas tres caritas mal lavadas que se volvieron hacia nosotros, sin duda no alcanzaban para imaginarse que se trataba de una empleada doméstica. Los Provonost vivían en una tienda de campaña, aunque las diferencias entre ellos y nosotros, que vivíamos en una casa de nuestra propiedad, se reducían cada vez más. Papá ya pasaba menos tiempo en la granja que acarreando material desde la estación de tren de Westwater hasta el Dique Grande, como llamaban al campamento más próximo. El padre de los Provonost trabajaba como carretero en las obras del gigantesco canal de irrigación que estaban excavando allí. Era un arriero de toda la vida, acostumbrado a cargar tierra con su carreta de dos caballos. No era casual que sus hijos fueran flacos como galgos: en los campamentos, una familia grande nunca comía demasiado.

—Pues sí que suena bien —concedió Isidor, que solía hablar por los tres, después de la entusiasta interpelación de Toby.

Noté que le lanzaba a su hermano una mirada de tú-ten-la-boca-cerrada, porque yo mismo le había lanzado muchas iguales a Damon. Sin embargo, Inez, que iba encaramada en la silla detrás de Isidor, no se calló:

—¿Va a ser vuestra mamá?

Damon se puso colorado. Toby abrió la boca, pero por una vez no supo qué decir.

—Las amas de llaves son todas unos vejestorios —dije—, ¿no es así, Damon?

Todos picamos los caballos. Para decepción de Toby, cuando los dejamos pastando detrás de la escuela, la señorita Trent ya tocaba el triángulo que hacía las veces de campana. Era una maestra que pasaba a cuchillo a los que hablaban en clase, así que Toby tuvo que guardarse la noticia. A la hora del recreo, estalló a pleno pulmón en medio del patio:

—¡...y viene desde Minnieapples! —concluyó con un chillido ante el atento público, formado por los hermanos Stoyanov, las dos parejas de gemelos Drobny, el anguloso Verl Fletcher y su tímida hermana, Lily Lee. En la periferia del corro, Inez Provonost escuchaba una vez más sin aliento.

—¿Os va a hacer las camas?

—¿Y quién os va a castigar, ella o vuestro padre?

—¿Crees que os pegará con un plumero?

Toby sorteó como mejor pudo las preguntas, mientras trataba de acercarse al contingente rival de los Johannson, los Myrdal y Eddie Turley, al otro extremo del patio, y ganárselos con su discurso sobre las inminentes maravillas del ama de llaves. Empecé a preocuparme y mantuve controladas mis facciones mientras Grover Stinson y yo nos lanzábamos nuestra pelota de béisbol, reblandecida como un calcetín: seguiríamos lanzándonosla recreo tras recreo hasta que se nos cayeran los brazos. Damon estaba jugando a la herradura con Gabriel e Isidor. A juzgar por el ruido de metal contra metal, estaba en una racha que nada podría interrumpir. Otros niños más pequeños jugaban al pilla-pilla a nuestro alrededor y, de momento, reinaba la paz. Sin embargo, bastó con que Toby arrastrara a algunos de sus oyentes, todavía intrigados, hasta las cercanías del otro grupo. Era sabido que en Marias Coulee los eslavos y los suecos no se llevaban bien, y que Eddie Turley no se llevaba bien con nadie.

Cuando Milo Stoyanov y Martin Myrdal o los hermanos Johannson y los gemelos Drobny o alguna otra combinación se liaba a golpes, la señorita Trent se interponía y los separaba para bien. Sin embargo, para cuando conseguía llegar hasta el meollo de la pelea ya habían volado puñetazos, insultos y pullas, y aquellos de nosotros que un minuto antes éramos la neutralidad personificada nos descubríamos de repente en la refriega, batallando en un bando u otro. ¿Ha sido distinto alguna vez en alguna escuela, de Eton para abajo? A lo largo de los años yo me había reventado las narices tanto contra Milo como contra Martin, y naturalmente Damon también había tenido sus rifirrafes con los dos, pero desde que éramos huérfanos, todo había cambiado. Un encantamiento invisible —quizá fuera simpatía, o condescendencia— nos había otorgado el estatus de no combatientes en esas batallas de nacionalidades. Ni Damon

ni yo nos sentíamos demasiado cómodos con que nos perdonaran la vida porque éramos unos pobres huérfanos, y Toby era demasiado pequeño para entenderlo, pero ese acuerdo tácito que nos mantenía al margen también tenía sus ventajas.

Ésa era mi preocupación. El inocente parloteo de Toby sobre el ama de llaves podía abrir una grieta en el encantamiento y de un momento a otro, antes de que nos diéramos cuenta, podíamos volver a ser declarados aptos para el combate.

Toby logró desembarazarse del primer grupo de espectadores, cruzó corriendo el patio y volvió a empezar con cierto éxito con el corro de los grandullones escandinavos y el enorme Eddie.

Entonces, Carnelia Craig salió del retrete de las chicas.

Carnelia solía pasar buena parte del recreo entronizada allí dentro, probablemente para sustraerse al alboroto infantil del patio. Por un capricho del destino, aún le quedaban por delante dos años en la escuela, pero ya era la mayor de la clase, y se le notaba. En el frente del vestido asomaban dos puntitos distintivos, y era rotundamente consciente de que la vida, en su injusticia, la había depositado en medio de unos palurdos ingobernables, en vez de hacerla, por ejemplo, emperatriz de Rusia. Su familia no era como la nuestra porque su padre trabajaba para el estado de Montana. Era el agente del condado en la estación agrícola experimental que había junto al río Marias, y su madre había dado cursos para amas de casa antes de dar a luz a Carnelia. En resumen, los Craig ocupaban la cima de nuestra pequeña escala social. Extrañamente, yo comprendía más a menudo su punto de vista, aunque fuera una orgullosa y una antipática, que los castillos en el aire en los que se embarcaba papá. El motivo era simple: Carnelia y yo éramos viejos enemigos.

Hasta hoy, no acabo de entender esa pasión profunda, del peor tipo, que existía entre nosotros. Después de todo, ambos teníamos doce años, edad suficiente para ser más maduros. Conformábamos la totalidad del séptimo curso, igual que habíamos sido año tras año la totalidad de primero, segundo, tercero, cuarto, quinto y sexto, y no pasaba ni un minuto sin que nos rebeláramos contra la obligación de sentarnos siempre juntos, como si fuéramos un cordero de dos cabezas, hasta el remoto día en que nos graduásemos, en octavo. Hasta entonces, la guerra entre los dos estaba declarada, y todo era cuestión de ir eligiendo campos de batalla.

La vi hacer un alto y ladear la cabeza como si hubiera escuchado algo sublime que se habían perdido los demás. Fue derecha hacia Toby y comprendí cuál sería esta vez el terreno de las hostilidades. En Marias Coulee ni siquiera la familia de Carnelia tenía un ama de llaves.

—¡Toma! —le grité a Grover, y le lancé la pelota para adelantarme a Carnelia.

Demasiado tarde. Cuando llegué, ya estaba inclinada sobre Toby cual enfermera, como la famosa Florence Nightingale ante un pobre niño caído, susurrando su primera pregunta insidiosa:

—Dime, Tobias, ¿os meterá en la cama por las noches, a ti, a Damon y a Paul?

—Ajá —contestó Toby, con la aterradora honestidad de un niño de segundo—. Va a dormir en casa de George y de Rae. Se lo pregunté a papá.

—Ya veo —comentó Carnelia para la posteridad—. No es una interna —añadió, como si nos compadeciera a Toby, a Damon y a mí.

Traté de abrirme paso entre el corro que se había formado alrededor de Toby, pero Eddie Turley eligió justo ese momento para trabarme por el cuello con una llave y apenas alcancé a croar:

—¡Métete con alguien de tu tamaño, Carnelia!

A esas alturas Damon se había percatado de lo que se avecinaba.

—¡Déjalo en paz, zorra! —gritó, furioso—. ¡Perra! Tampoco él logró llegar a tiempo desde el cajón de las herraduras. Carnelia era lista. Peor, era astuta. Para todo el mundo, la siguiente pregunta no revelaba más que su preocupación por el bienestar de la familia Milliron:

—Pero entonces tendrá que levantarse tempranísimo para ir a hacerte el desayuno, ¿verdad, Tobias?

—No sabe cocinar —confesó Toby con tristeza, ahora que estaba escuchándolo toda la escuela. Y se le iluminó el rostro—. Pero el periódico dice que no muerde.

Fue la gota que colmó el vaso. Ésa tarde volvimos a casa hundidos. Ni siquiera los Provonost podían contener las sonrisitas burlonas.

—Anoche hablaste otra vez dormido —murmuró Damon, como si yo no lo supiera.

Era ya domingo y, para variar, mi sueño de la víspera no había tenido nada que ver con el infierno de burlas en que se había convertido el recreo toda la semana, pero sí con lo que nos esperaba a la hora del almuerzo.

—¿Hablé mucho? —dije también en voz baja. Toby venía detrás de nosotros, jugando con *Houdini*, nuestro perro. Ambos aguardaban a que alguna liebre desafortunada se cruzara en su camino—. ¿Peor que otras veces?

Damon se quedó pensando mientras encontraba una piedra del tamaño correcto. Estaba en una de sus fases de beisbolista y tenía que tirarle una piedra a cada poste de la cerca que había de camino a casa de George y Rae. Se puso en posición, disparó y frunció el ceño después de fallar.

—Como siempre. Que ya es bastante malo.

Damon imaginaba que mis aventuras oníricas eran pesadillas.

Pero no era tan sencillo. Volví a pensar en la que había tenido la víspera y decidí no contársela en detalle. Ya había hecho el intento alguna vez.

—Te he dicho que me despiertes si te molesta.

—Me da miedo, Paul. Pareces uno de esos mermeristas...

—Mesmerizadores.

—Eso, éstos que te ponen a dormir.

¿Hipnosis? Ojalá supiera hipnotizarme a mí mismo. Por la noche mi mente no obedecía órdenes de nadie.

Seguimos arrastrando los pies. Por encima de la chimenea, el humo nos llamaba como un dedo hacia la casa vecina (quedaba a un kilómetro, pero éstos eran nuestros parámetros) y ninguno supo qué más decir.

—¿Aparecía alguien que conozco en tu sueño? —me preguntó de repente Damon, capaz de casi todo, salvo de guiñarte un ojo con su voz.

—¿Tú qué crees?

—Ya la estoy viendo. —Frunció la cara como una uva pasa antes de imitar la voz —: ¿Qué os pasa, chicos, os ha comido la lengua el gato?

Casi todos los domingos era igual. De tarde en tarde, la invitación a compartir la mesa dominical procedía de los caritativos Stinson o los padres de Grover o, si la junta escolar tenía asuntos pendientes, de la cívica familia Fletcher, pero por lo general papá y sus tres chicos omnívoros recalábamos para comer en casa de los Schricker. Agradecíamos esa comida de todo corazón. Rae Schricker era prima de mamá y tenía los mismos ojos serenos, del color del pedernal, y al sonreír se le formaban las mismas arrugas en las comisuras de los labios: se parecía tanto a mamá que a veces se me hacía un nudo en la garganta. Ciertamente, Rae se consideraba el reemplazo terrenal de mamá ante los fogones. Todos habríamos admitido que el pastel de carne de la señora Stinson y los hojaldres de la señora Fletcher no tenían igual. Sin embargo, Rae partía del supuesto de que la cena iba a ser nuestra única comida completa de la semana y nos atiborraba de jamón con boniato o pollo frito y puré de patatas con salsa hasta que nos caíamos de la silla. George, su barbado marido, procuraba presidir entretanto el banquete con imprecaciones como: «¡Santo cielo, Oliver, ya te has bebido el café!» o «¡Venga, Toby, partamos el hueso de la suerte!». Digo que procuraba porque, a diferencia de nosotros, George claramente tenía todavía una madre, que estaba sentada allí mismo, al otro extremo de la mesa. Era la tía Eunice, como nos obligaban a llamarla, y en esos convites apenas picoteaba la comida y prefería picotearnos la cabeza.

—Nuestra querida tía EEUU-nice —canturreó Damon, al compás de su lanzamiento de béisbol, y le atizó al poste justo en el centro.

—No te pases —le advertí, y me volví a mirar a Toby, que corría para darnos alcance con *Houdini*.

—No puede oírme desde la casa —murmuró Damon.

—No estaría mal que por una vez el gato le comiera la lengua a ella —respondí en un susurro—. Pero yo no contaría con ello.

Como de costumbre, papá nos había mandado por delante.

—Decidles a George y a Rae que llegaré en un periquete —nos instruyó,

empleando su medida preferida de tiempo.

Era curioso cuántas cosas urgentes surgían en el establo en el último momento ante la perspectiva de ir a visitar a Eunice Schricker. Sin embargo, antes nos había arreglado a los tres, restregándonos detrás de las orejas, y nos había repeinado con una colonia pegajosa que llamaba «*eau* de barbero» y un peine del tamaño de una lima de uñas pequeña. Fue entonces cuando Damon, que odiaba que le hicieran la raya, se escabulló de debajo del peine y exigió saber:

—¿Por qué es tía nuestra?

Era una pregunta perfectamente razonable. ¿Por qué regla genealógica era tía nuestra la madre del marido de una prima de mamá cuando, además, no parecía tener ninguna afinidad con el género humano?

—Por circunlocución —contestó papá, y decidí buscar después la palabra. Luego le dio un golpecito a Damon con el peine—. Nada de malos modales cuando estéis allí, chicos. Os servirá de práctica para cuando vengan a domesticarnos del todo.

¿Cuándo sería eso? Por instinto, ni Damon ni yo le habíamos mencionado a papá las burlas a las que nos sometían en la escuela a cuenta del ama de llaves que no mordía. («¿Qué, viene con bozal? ¿Es tan vieja que no tiene dientes?»). Habíamos conseguido que Toby se quedara callado diciéndole que nuestros torturadores simplemente estaban celosos, pero el asunto nos consumía día a día. Después de muchas meditaciones papá me dictó el monto del sueldo, yo lo copié con mi mejor letra y mandamos la carta a Minneapolis; pero, de momento, teníamos las orejas rojas a causa del torrente de burlas. Mi anhelo era que nuestra corresponsal fantasma, fuera quien fuese, se materializara y resultara ser tal modelo de eficiencia doméstica que todo Marias Coulee se rindiera a sus pies; pero, a la vez, tenía dudas que no acababa de poner en palabras. Además, papá nos había advertido más de una vez que no nos hiciéramos demasiadas ilusiones, pese a que las suyas claramente alcanzaban la Luna.

Así pues, una vez más fuimos a la madriguera de la tía Eunice. Damon y yo deseábamos que el domingo ya hubiera terminado, y Toby estaba ansioso de que empezara de una vez. Cuando Rae nos abrió la puerta de la cocina y nos dio a cada uno un trocito de pan de jengibre recién horneado, lo que Damon y yo nos temíamos salió a recibirnos desde el salón.

—¿Han llegado ya esos chicos? —preguntó aquella voz, tensa como un látigo—. ¿Es que no les han enseñado a saludar?

Toby entró al trote, con la cara llena de sonrisas y migas de pan, y Damon y yo lo seguimos con aprensión. Allí estaba la tía Eunice, repantigada en su mecedora, como si no se hubiera movido ni un ápice desde la semana anterior, con las puntas de sus arcaicos zapatos negros colgando justo por encima del suelo. George estaba muy tieso en el sofá de cuero de caballo, al otro lado de la habitación. El linaje de los Schricker contradecía el principio de que los rasgos se heredan. Había que remontarse

hasta las muelas del juicio para encontrar algún parecido entre la ancha cara de George y su amable barba bermeja, y aquella iracunda anciana de labios fruncidos que no le llegaba a la cintura y a la que se sentía obligado a llamar «mamá». Con su vestido Victoriano de color lavanda y la aguja de ganchillo tejiendo el enésimo tapetito para Rae (había tantos, por todas partes, que parecía que en el salón había nevado), la tía Eunice había derrotado en innumerables ocasiones al paso del tiempo. Hasta entonces, el siglo xx no le había hecho ningún efecto, aparte de hacerla parecer un viejo daguerrotipo.

George nos dedicó una sonrisa radiante, ansioso por evitarnos una conversación con su madre. Tartamudeamos los saludos y Damon se replegó de inmediato hacia el tablero de damas chinas que había en la mesita de té junto a la ventana. Yo me senté diligentemente en la otra esquina del sofá.

—¿No ha llegado la contestación? —me preguntó George, torciendo la boca.

Meneé la cabeza. George soltó un suspiro, y comprendí que también él estaba hasta la coronilla del tema del ama de llaves.

Sin embargo, la tía Eunice estaba más feliz que unas pascuas.

—Ven a sentarte aquí conmigo, Toby —le dijo como si llamara a un cachorro. Acto seguido, levantó con un gruñido a nuestro alegre hermanito y lo sentó en lo que le quedaba de rodillas.

Damon puso mala cara pero no apartó la vista de los saltos triples que maquinaba con las canicas. Yo traté de mostrarme simpático. Parte del ritual de los domingos consistía en que la tía Eunice farfullaba que nosotros dos éramos unas bestias salvajes y unos arrieros alborotadores, mientras se le caía la baba por Toby. Se sacó un pañuelito bordado de la manga para limpiarle las migas del pan de jengibre.

—Pobre niño. Lo han mandado de visita sin limpiarle la carita.

Toby se dejó hacer mientras la tía seguía cloqueando. Yo le aconsejé mentalmente que disfrutara de los mimos mientras pudiera. En cuanto fuera demasiado grande para sentarse en el estrecho canto de la tía Eunice, lo metería en el saco de los granujas, donde estábamos Damon y yo.

—¿Cómo va la escuela, cariño? —le preguntó—. ¿Te ha ido bien esta semana?

Gracias a Dios, Toby me lanzó una mirada antes de responder. Torcí la boca a modo de advertencia.

—No he faltado ni un solo día, como el año pasado —afirmó con esfuerzo.

La tía Eunice lo bajó de sus rodillas huesudas con un «uuufff» antes de proclamar:

—Lástima que no sea una cosa de familia. Tu padre no llegaría a tiempo ni a su propio entierro.

—Vamos, mamá —protestó débilmente George.

Damon, frunciendo el entrecejo, dejó caer las canicas: era la señal para que Toby

fuera a jugar con él. A mí me correspondía defender a papá, una tarea que rara vez tenía recompensa.

—Está dando de comer a los caballos.

—Como de costumbre —graznó la tía Eunice.

Ahora que yo había atraído su atención, podía dedicármela por completo. Alzó la barbilla como apuntando a una diana y un gesto de lúgubre alegría se apoderó de su rostro.

—Y tú, Paul...

—¿Sí, tía Eunice?

Ésta vez no iba a dejar que me preguntara si el gato me había comido la lengua.

—... ¿esa maestra que tienes nunca te hace aprender nada de memoria? En la escuela, yo siempre sacaba la mejor nota en declamación.

¿Quién podía dudarlo?

—Yo me sé «El niño sobre el puente en llamas»... —se ofreció Damon con mortal inocencia.

Le lancé otra mirada de advertencia. Su versión del poema rezaba así:

*El niño sobre el puente en llamas
tenía ampollas en los pies.
Se clavó un clavo en el culo
y se lo sacaron después.*

Por fortuna, la tía Eunice no quería competidores.

—Solo con geografía, ortografía y ciencias no vas a llegar muy lejos —me reprendió, sin quitarme los ojos de encima.

Una vena como el Nilo asomó en su frágil sien a medida que cogía impulso. ¿Cuál era la causa de sus arrebatos? ¿La cólera de la vejez? ¿El deseo de vengarse de los jóvenes? ¿O simplemente un carácter avinagrado que le amargaba hasta el alma? El caso era que, ese domingo, ya se había puesto furiosa por culpa mía.

—Ya me he enterado de que no sacas la nariz de los libros, pero eso no es lo único que tienes que aprender. Ya verás cuando te toque salir al mundo, Paul Milliron.

Entornó los labios con dramatismo y recitó con voz cantarina:

*A cada alma su carga depara la vida,
cada cual su cruz ha de sufrir.
Si la eludes de joven vendrá con los años
y pegada a la piel la habrás de vestir.*

Ni siquiera George supo hacer otra cosa que guardar el más abyecto silencio.

La puerta de la cocina retumbó justo a tiempo y oímos entrar a papá.

—Hola Rae. Huele delicioso. Te he traído un saco de carbón Roundup, es mucho mejor que esos tizones flojos. Recuérdame que saque el cubo y te lo llene... —Papá tenía la teoría de que si hacía suficiente ruido parecería que había estado allí todo el tiempo—. El sustento ya está casi listo, ¿no? Dame solo un minuto para que vuelva a enseñarles a los niños qué es el lavamanos y estaremos a tus órdenes.

Desde el umbral, asomó la cabeza al salón, con la cara colorada por el afeitado y el pelo igual de brillante y peinado que el nuestro.

—¡Por Dios, Eunice! —exclamó, como sorprendido de ver allí a la tía—. ¡Qué buen aspecto tienes hoy!

Poco después nos sentamos a la mesa y empezamos a hacerle justicia al pollo frito de Rae, los panecillos, la salsa de carne, las verduras obligatorias y la promesa del pan de jengibre animándonos a vaciar los platos. Papá y George hablaban de la cosecha y el tiempo, de los caballos y los vecinos, como han hablado los hombres de campo desde los días de la siembra en el Eufrates. La generosa invitación de los domingos podía parecer un ritual para alimentar a nuestra familia, pero era la conversación lo que alimentaba a papá y a George en su inesperada vida de colonos.

—De todos modos van a traer el arado a vapor a la granja de Stinton. ¿Por qué no aprovechas para arar ese par de hectáreas que tienes en el lindero? Podemos ir a medias. Tengo casi una hectárea de tierras cenagosas que va a haber que roturar en el Distrito de los Lagos.

—No sé, Oliven Ya bastante tengo con lo que sembré el año pasado.

No eran hombres que hablaran por hablar. Por muy fatuo y ocurrente que pudiera ser papá, trabajaba como una mula, tanto para otros como para sí. Siempre pensé que al mundo le habían dado dos por el precio de uno cuando papá y su personalidad entraron en la miscelánea terrestre. Mataba a palos a una cascabel y al minuto siguiente estaba enunciando en voz alta la teoría de la evolución del pulgar. En otra época, se habría embarcado rumbo a mares lejanos; lo imagino como un Joseph Banks, el curioso naturalista, navegando alrededor del mundo con el capitán Cook. Su ansia innata de nuevos horizontes chocaba con el negocio de acarreo que había heredado en una ciudad de Wisconsin que no era Milwaukee. Sin embargo, lo rescató una ampliación inesperada del mapa de Estados Unidos, cuando el gobierno federal hizo una apuesta enorme para poblar el territorio: las secas tierras del Oeste estaban a disposición de quien quisiera ocuparlas, siempre que estuviera dispuesto a romper con sus raíces e invertir cierto número de años viviendo en su parcela de tierra virgen. El nombre de Montana le había hecho zumbir los oídos, y papá había montado a toda su prole (mamá, yo mismo, que tenía cinco años, Damon, que tenía cuatro, y Toby, que era apenas un destello en los ojos de papá) en un coche de emigrantes, como se

conocían los vagones de carga del Great Northern Railway: de un lado iban los muebles y los platos envueltos en sábanas, junto con un par de recuerdos de Wisconsin, y del otro unos camastros donde podíamos dormir. Con inteligencia, como se demostró luego, cargó en un segundo carro las carretas con las que solía repartir carne y cerveza por las calles atestadas de Manitowoc, amén de sus cuatro mejores caballos de tiro. Nos esperaba Marias Coulee, una tierra prometida, que solo necesitaba los mimos de un buen agricultor y un poco de lluvia. Antes de un año, George y Rae habían dejado la vida sosegada en su granja de vacas de Eau Claire, dispuestos también a probar suerte en un nuevo punto de la brújula.

—Ninguno de vosotros trabaja esos campos como se debe —dijo una voz conocida, afilada como una daga—. Cuando aráis mi campo los surcos parecen rasguños de gato.

Aún hoy me cuesta admitirlo, pero Eunice Schricker era una colona tan colona como los dos hombres curtidos que había a la mesa. Quizá George había pensado que podía poner dos estados de por medio entre él y su madre mudándose al Oeste. Solo consiguió contagiarle la fiebre de Montana. En menos de lo que canta un gallo también Eunice desembarcó en Marias Coulee, llenó el formulario de colona y reclamó la parcela vecina a la de George y Rae. Se mandó hacer una casita para que no cupiera duda de su presencia y se dedicó a atormentar a papá y a George porque nada de lo que hacían en su campo se parecía ni remotamente a lo que Eunice aspiraba.

El campo, por así decirlo, era un tema de conversación seguro en aquellas comidas. Yo deseaba que nuestro trío de agricultores siguieran arando la llanura hasta después del postre. Sin embargo, estaba más pendiente que de costumbre de la tía Eunice. En cuanto levantó la barbilla y miró directamente a papá, supe que estábamos perdidos.

—El servicio doméstico siempre roba —anunció, como si todos ansiáramos su opinión—. Me sorprende que a estas alturas de la vida no lo sepas, Oliven Ya verás cuando esa ama de llaves empiece a mostrar las uñas. Si es que llega a aparecer. Así son todas.

Toby le lanzó una mirada nerviosa a papá.

—Por favor, Eunice, ni siquiera hemos visto a esa pobre mujer... —protestó papá—. Y si quiere llevarse el polvo y el desorden, nos hará un favor. No tenemos nada más.

—Tú bromea —replicó la tía Eunice—, pero no vengas a decirme que no te lo advertí cuando te robe hasta la camisa.

—Eso no lo haré nunca —dijo papá sin alterarse—. Eunice, lo único que quiero es que alguien ponga algo de orden en el caos de nuestra casa. Los chicos me ayudan como pueden, pero no son lavanderas, ni costureras...

—Ni cocineras —aportó Damon.

—Ni cocineras —aceptó papá animosamente—. Si lo que nos hace falta es un ama de llaves, ¿por qué no podemos buscar una? —recorrió la mesa con gesto titubeante—. Por cierto, ¿nadie piensa apiadarse de ese último bocado de Misuri?

Rae le pasó la pata de pollo que quedaba en la fuente.

—Tú necesitas más fuerzas, Oliven.

La tía Eunice no pensaba dejarse derrotar, ni distraer.

—Sí, dicen que los tiempos cambian... —murmuró como si no se lo creyera. Y al momento se lanzó:

Empero, dicta la experiencia:

Es mejor no dejar el camino

que, inquebrantable y a toda prueba,

nos lleva a nuestro destino.

La tía Eunice tampoco confiaba en que el público supiera comprenderla. Una vez más, su inspirada recitación suscitó un silencio general.

—En fin —se abanicó con su mano surcada de venitas—, ya falta poco para que me muera.

La frase nos dejó helados a todos, salvo a Toby, que se volvió hacia ella con toda la ternura de sus siete años. Alrededor de la mesa, las respuestas fueron casi predecibles.

—Pero si eres un roble, mamá —respondió George como de costumbre, con la voz ligeramente quebrada.

Luego estaba papá: cada vez que se cortaba afeitándose creía que estaba al borde de la tumba. Además, con el recuerdo de mamá todavía tan fresco, cualquier invocación de la muerte lo dejaba navegando a la deriva. Damon entrecerró los ojos: si la tía Eunice ya iba de camino al más allá, estaba claro que estaba tomando una ruta bastante larga.

Rae, que llevaba años oyendo predecir a la tía Eunice su inminente fallecimiento, enarcó una ceja como si le interesara la posibilidad. Sin embargo, se fijó en mí y puso cara de preocupación.

—Estás pálido, Paul.

Ciertamente, por dentro me había puesto pálido. Contra mi voluntad, el gélido comentario había abierto de par en par el dique de mis recuerdos y mi sueño de la víspera se había abatido otra vez sobre mí.

Desde esa época, he padecido casi medio siglo de sueños imborrables. La gente suele decirme que le encantaría recordar sus sueños, pero dudo que entiendan lo que eso significa. Solo mis más íntimos están al tanto de lo que supone que mis correrías

oníricas sigan viviendo intactas en mí, grabadas hasta el último detalle, y el eco de cada sílaba siga retumbando. En nuestras primeras noches juntos, mi mujer se enteró de que mi mente nunca echa el cierre, sino que se dedica a merodear en esas horas por el reino de la imaginación y la memoria, y otras regiones de la oscuridad que no acaban de tener nombre. Damon habría podido advertírselo.

El concepto de amnesia le resulta familiar a todo el mundo: es la ausencia de memoria. Mi afección, hasta donde he llegado a definirla, podría denominarse simplemente *mnesia*: la prolongación de los recuerdos. Los sueños se me cuelan en la memoria, sin que pueda hacer nada para contenerlos; se convierten en frescos que mi mente pinta en incontables muros. No es una habilidad mental como para conseguir trabajo en el circo. Mis valedores en el gobierno estatal me reconocen cierta agudeza, porque he tenido algunos aciertos en la gestión de la educación, pero aparte de eso mi *mnesia* no parece acarrear ningún poder mental particular. Se me olvida que tengo la estilográfica en la mano justo después de sacarla del tintero, igual que a todo el mundo, pero jamás se me olvida un sueño. Viven conmigo, como los cuentos de *Las mil y una noches*, salvo que son muchos más que mil y uno.

Por esa razón ese domingo, en la mesa, todos se volvieron hacia mí. Los sueños (o al menos los míos) se alimentan de donde pueden, pero tenía claro cuál era el origen de aquel en particular. Cuando llegamos al Oeste en el coche de emigrantes y bajaron nuestras cosas en el andén de Westwater, apareció entre ellas un féretro vacío. Nunca supimos si pertenecía a un colono pesimista o era un encargo. En mi sueño, sin embargo, no estaba vacío, y mamá no aparecía por ninguna parte. Damon y yo, con Toby, que en esa época no existía, estábamos solos en el umbral de otro vagón del tren, que era tan alto que no veíamos cómo bajarnos. La tía Eunice supervisaba la escena sentada en su mecedora en medio de un pastizal. Por algún motivo, papá estaba con Joe Fletcher, su colega de la junta escolar, tratando de subir el féretro a una carreta sin caballos. «Se han olvidado de los caballos», repetía inquieto Damon mientras nos debatíamos en la puerta del coche, deseosos de ir a echar una mano. La tía Eunice era la única que podía ayudarnos a bajar, pero no pensaba hacerlo. «No dejéis que los niños lo toquen —ordenó a los hombres, que bregaban con las asas de metal del cajón—. Lo dejarán caer».

—Al menos sabemos que no es por falta de comida, ¿eh, Paul? —dedujo papá, mirando mi plato vacío.

Ésas palabras rompieron el sortilegio del sueño. Luego, papá estiró la mano y me tocó la frente. Yo no tenía ni idea de qué podía detectar, si una fiebre o un enfriamiento, pero de todos modos el diagnóstico nunca llegó. En su lugar, Toby lanzó un gemido terrorífico.

—¡Tía Eunice, no quiero que te mueras!

La conmoción tardó algún tiempo en apaciguarse. Toby estuvo gimoteando

primero contra el pecho de papá y luego en la blusa de Rae. Sospeché que, en secreto, la tía Eunice estaba encantada, pero cuando por fin se pronunció solo parecía impaciente:

—Por Dios, ¡dadme de una vez al niño!

Toby fue con ella, todavía hecho un mar de lágrimas, y la tía lo levantó con otro «uuufff» y lo sentó en equilibrio sobre sus venerables rodillas.

—No llores más —le ordenó, secándole la cara con su pañuelito de encaje—. Pórtate bien toda la semana y el próximo domingo ven a contarme cómo te fue.

Toby parpadeó y trató de componer una sonrisa de ojos brillantes. La tía añadió entonces con el mismo desconsuelo:

—Si es que sigo viva.

La carta llegó una semana después en el saco que nos traía Walt Stinton cada viernes con el correo y las provisiones.

Papá la sacó como si fuera una invitación de la realeza. Tamborileó los dedos varias veces contra el sobre antes de abrirlo con la navaja, y los tres nos amontonamos a su alrededor en la cabecera de la mesa. Toda una página manuscrita era demasiado para Toby.

—Papá, léenosla —suplicó.

Damon movía los labios en silencio, escrutando las apretadas palabras del papel por encima del hombro de papá.

—Creo que Paul podrá descifrárnosla —dijo papá, tras entender lo esencial.

Leí el «Querido señor Milliron» y el resto de la formal misiva como si la hubiera escrito Shakespeare: tal vez la tabarra de la tía Eunice sobre lo de recitar había hecho más mella en mí de lo que creía. En el penúltimo párrafo, sin embargo, afloje el paso, y aún más en el último:

El salario que usted sugiere, si me permite decirlo, no alcanza a cubrir mis necesidades actuales. Por fortuna, se me ocurre una manera de solventar la situación. Si pudiera enviarme el sueldo de tres meses por adelantado, eso me permitiría dejar Minneapolis y tomar el empleo.

Si me envía dicha suma y el precio del billete a través de la Western Union, tomaré el siguiente tren a Montana.

*Atentamente,
Rose Llewellyn*

—Rose Llewellyn. —A Toby solo le faltaba balancearse en las sílabas del nombre

—. Es un nombre genial, ¿no, Paul? A ti también te gusta, ¿verdad, Damon?
Damon, sin embargo, había empezado a balancearse sobre los talones.
—¿Tenemos que pagarle hasta Navidad para que venga?
—¡Espera! Hay algo más por detrás —dije al ver las líneas fantasmas de tinta a través del papel. Le di la vuelta a la carta y leí en voz alta:

Posdata: Si me disculpa, señor Milliron, tiene usted una letra fantástica. Me llena de ilusión tener por corresponsal a alguien que no ha olvidado el arte de la caligrafía.

Traté de esconder la sonrisa de orgullo. Entretanto, papá, que aún no había dicho palabra, se aclaró la garganta.

Sostuvo la carta en alto y se pasó la mano por el pelo una y otra vez, como masajeándose el siguiente pensamiento. Hoy es el día en que me pregunto qué habría ocurrido si *Houdini* no hubiera elegido justo ese momento para levantarse del rincón, sacudirse con todas sus fuerzas y dejarse caer otra vez en medio de una nube de polvo y pelusa. Papá tardó tanto en hablar que parecía que estaba contando las motas de polvo. Finalmente, se levantó de la silla, soltó un suspiro y empujó la carta hacia mí a través de la mesa.

—Saca la pluma, Paul. Vamos a mandar el telegrama de rendición.

La memoria es una maestra infatigable. Ojalá pudiera tenerla en plantilla en mi departamento, pero sus horarios son impredecibles. Hoy, por ejemplo, tengo que estar pendiente de la hora (sea cual sea el recuerdo que quede de este octubre de 1957), pero sé que la memoria va a hacerme una visita. Saldré a echar un vistazo.

Por lo menos el día parece neutral, lo cual no es frecuente en Marias Coulee. Recuerdo los inviernos que pase aquí y me dan escalofríos. También los veranos resecos en los que papá, George y los demás colonos veían las nubes deslizarse una por una sobre las Rocosas y descargar chubascos en las cumbres, demasiado lejos de sus campos. Ahora mismo, el cielo no podría estar más limpio y despejado. Por una vez, ni siquiera el viento tiene nada que decir. Apenas se oyen las aves que emigran con la estación y que descienden de vez en cuando en la poza. Los cisnes silbadores, que fueron siempre mis preferidos, son los virtuosos, y tras ellos vienen los gansos. Hoy no hay más que unas cuantas docenas de patos que migran graznando en formación. Están celebrando alguna cosa y tienen toda la pradera para ellos solos, exceptuándome a mí y a lo que órbita por encima de ellos.

Busco con la vista en el cielo azul sin mácula, aunque sé que el ojo humano no llega hasta allí. Según dicen los diarios, el *Sputnik*, la nave espacial rusa que emula a

la Luna, está a una altura de unos ciento cincuenta kilómetros. También dicen que en nuestro sistema educativo tendrá el efecto de un buen golpe de mar. Ahora que la Unión Soviética se nos ha adelantado en el espacio, la ciencia ascenderá al trono, aupada por el pánico. Ya hay editoriales al respecto y revuelo en el Congreso. Si he hecho algún enemigo en este mundo, es el secretario del comité de asignaciones: empezó como vendedor de coches en Billings y sabe bien cuántas veces se la he colado. Sin embargo, la sustancia del debate se inclina de su lado, e incluso alguien con su coeficiente intelectual puede entenderlo. No habrá misericordia para ninguna inversión educativa sin el potencial de convertirse en una panacea para alcanzar a los rusos y lanzar nuestros satélites. Las escuelas de una sola aula en las márgenes de los condados de Montana no lo tienen. Tengo mil escuelas así bajo mi jurisdicción.

Ésta vuelta de tuerca en mi carrera me ha dejado sin aliento. Es como si la persona que creía ser, Paul Milliron, tan reconocido en el mundo de la educación, hubiera sido eclipsada por esa tetera rusa llena de cables que órbita por encima de nuestras cabezas. Sí, cuando me nombraron me convertí en el superintendente escolar más joven del país, en «el Chico Maravilla del Oeste», como dijo un artículo de la revista *Time*. Ahora soy el más veterano en el cargo. Sí, conseguí que casi todas las escuelas de Montana sobrevivieran a la Gran Depresión. Durante la segunda guerra mundial, mi departamento se defendió con uñas y dientes pese a que todo estaba racionado y cada día la guerra se llevaba un maestro, y tampoco entonces cerramos de un plumazo una sola escuela. Sin embargo, ahora me corresponde sellar el destino de todo un modelo de escuelas. Debo cerrar para siempre todas esas pequeñas arcas del saber, como la que me vio crecer en las praderas.

Ya no sé a qué puerta llamar. De la oficina del gobernador no espero ninguna ayuda; los gobernadores vienen y van, y el actual ya tiene una cita con el olvido. Han elegido a mi departamento, a mí, para que les comunique a los maestros y a las juntas escolares de todas las escuelas unitarias del estado que, en la era del *Sputnik*, tendrán que dejar de existir. En alguna medida, ya preveo qué ocurrirá esta tarde en Great Falls. Entre los delegados del sistema de escuelas rurales tengo incluso viejos amigos, que conozco desde que iba a la escuela. «Qué alegría verlo, señor Milliron —dirán—. Bienvenido otra vez, superintendente». Por algún motivo, ninguno se siente a gusto llamándome Paul. Y lo más probable es que después de este día tampoco quieran volver a llamarme por mi nombre.

Sin embargo, aún hay tiempo. Tiempo para otra reunión a la que, como Toby, no he faltado ni un solo día, en ese andén de la memoria donde Rose bajó del tren para educarnos a los cuatro de tantas maneras.

3

Descendió al andén de tablones de Westwater con pasos delicados, los pies casi tan menudos como los de Toby.

En esos días la gente bajaba en tumulto del tren de la tarde (lo llamaban así aunque había uno solo en todo el día) y escrutaban a su alrededor como marineros en latitudes desconocidas, buscando el vagón de carga donde debían estar sus enseres. Los bebés que el tren había acunado se despertaban dando berridos. La carbonilla de la locomotora espesaba el aire, y también la naftalina de las prendas desempolvadas para el largo viaje. Damon, Toby y yo mirábamos con los ojos como platos a unos niños belgas vestidos de negro que venían con la última hornada de inmigrantes de Flandes. Ellos tampoco nos quitaban los ojos de encima.

Papá nos había advertido tajantemente cómo teníamos que portarnos. Se puso de puntillas, y a punto estuvo de trastabillar, tratando de distinguir a alguna mujer con pinta de ama de llaves entre el gentío de inmigrantes, trabajadores del Dique Grande y colonos vestidos de domingo como nosotros.

Los viajeros empezaron a dispersarse y papá a perder su expresión compuesta cuando oímos un grito de «¡Abra paso!» y retrocedimos ante un carro cargado de botes de crema de leche, destinados al vagón de carga para el viaje de regreso. Rose se materializó entonces ante nosotros, como un genio salido de una lámpara.

El carro de los botes de crema de leche pasó y, de repente, allí estaba, en el escalón más alto del vagón de pasajeros, ataviada con sorprendente refinamiento y dedicándonos una hábil sonrisa dirigida a todos por igual y que abarcaba al rendido admirador que le ofrecía el brazo para bajar.

—¿La señora Llewellyn? —dijo papá, como preguntándose a sí mismo en voz alta.

—¡Sí, soy yo!

No habíamos acabado de parpadear cuando cruzó la plataforma y nos tendió la mano envuelta en un guante a la moda.

—¡Es un placer conocerlo, señor Milliron! ¡Así que estos son los jóvenes!

Los tres resoplamos ante semejante ascenso en la jerarquía. Dijimos nuestros nombres, le dimos la mano en fila —la de Rose, como toda su persona, era fina pero firme— y corregimos seriamente nuestro concepto de «viuda». Con la excepción de la tía Eunice, todas las viudas que conocíamos eran enormes. Nos encogíamos ante la sola presencia de esas ancianas criaturas de magnos pechos, envueltas en vestidos tan solemnes y grises como las lápidas de sus esposos. La señora Lewellyn, que había enterrado también al suyo, llevaba un ceñido vestido de color azul brillante (en Minneapolis, por lo visto, no escaseaba el satén) y no le sobraba ni un gramo de peso. De hecho, me di cuenta de que papá la miró dos veces, como si echara de menos una

parte de ella.

Además, estaba muy lejos de ser una anciana.

—Quiero decirle algo, señor Milliron —se le salían las palabras, como si hubiera estado reprimiéndolas todo el camino desde Minnesota—, no sabe lo que ha significado para mí que pudiera adelantarme el sueldo. Eso cambió por completo mi situación. No sé qué habría hecho de no haber sido por sus cartas...

El merecido homenaje a la letra de las cartas (que era mi letra) se le olvidó esta vez, pero miró a papá abrumada, como dando gracias por su existencia.

—No es nada —contestó papá, gloriosamente soso—. Un ama de llaves de primera categoría bien merece un poco de tinta.

Rose se ruborizó. Le sentaba muy bien. El torrente de sangre de la modestia casaba con sus pómulos proporcionados y el gesto de recato de sus labios. Pero más allá del gesto, había que contemplar sus cálidos ojos de color castaño y el peinado de rizos ondulados que jugueteaban sobre su frente limpia y parecían casi insolentes, comparados con, ejem, nuestra idea de las viudas. No es que eso nos molestara, valga decirlo, ni tampoco a papá. Toby aún no conocía lo suficiente de la vida, pero Damon y yo sabíamos que papá era inmune a las mujeres porque echaba demasiado de menos a mamá.

—No pienso pasarme la vida reprochándole que no es Florence a otra mujer —había dejado en claro una vez que George y Rae sugirieron que podía volver a casarse—. Además, conseguirle una madrastra a esta tribu de bárbaros —se refería a nosotros— puede ser un remedio peor que la enfermedad.

Así pues, cuando miró a Rose de arriba abajo en la estación, o más bien de abajo arriba, no podría haberle dedicado una mirada más evaluadora. Quería un ama de llaves, y Rose Llewellyn parecía una a todos los efectos. Por lo demás, estaban los tres meses de sueldo y el billete de tren que había costado llevarla hasta allí.

—¿Nos ponemos en marcha, señora Llewellyn?

El tono de barítono de mi padre resultó algo brusco cuando señaló la carreta con nuestros caballos. Nos dio un par de palmaditas en el trasero a Damon y a mí, e incluso una a Toby, para empujarnos hacia el carrito del equipaje.

—Los niños... Los jóvenes se encargarán de sus pertenencias. Rose soltó una exclamación intraducible y volvió la cabeza como si acabara de recordar algo. Los rizos oscuros rebotaron contra su frente. Se volvió en redondo y recorrió con la vista el andén, que ya estaba casi vacío.

Los cuatro seguimos su mirada hacia el caballero con traje de *tweed* que la había ayudado a bajar del tren.

Como la propia Rose, el sujeto no escatimaba en las apariencias. Bajo la chaqueta del traje asomaba un chaleco de cachemira, y de éste colgaba la cadena dorada de un reloj. No era alto pero caminaba muy derecho, como si quisiera sacarle todo el

partido a sus recursos: un cuerpo de contextura ligera y bigote extraordinario. Era uno de esos bigotes enormes, como los que yo había visto en las fotografías de Rudyard Kipling, un bigote que servía para colar la sopa, hacer cosquillas a las damas y estar a la moda. Y había más: era el único hombre en toda Montana que llevaba la cabeza descubierta y el viento alborotaba su impresionante corte de pelo. Pareció algo contrariado, y no solo a causa del viento, al vernos mirándolo boquiabiertos.

Rose fue hasta él y lo trajo tomándolo por la muñeca.

—Señor Milliron, Toby, Damon, Paul —nos fue nombrando, como si fuéramos un selecto regimiento—, les presento a mi hermano, Morris Morgan.

—Siento irrumpir en escena —articuló melodiosamente el recién llegado—. Pero me temo que relacionarse con Rose trae aparejadas ciertas consecuencias.

Damon y yo aguzamos el oído, y tal vez también Toby, ante su culto manejo de las palabras. Era como oír a papá presentándose a sí mismo.

—¡Fue una suerte que Morrie pudiera acompañarme hasta aquí! —dijo Rose por toda explicación.

—¿Piensa establecerse también en Montana? —preguntó papá con bastante gentileza, mientras le daba un apretón de manos que obviamente no había esperado dar.

Morris Morgan pareció no escucharle y echó un vistazo nervioso a un lado.

—¿Te has acordado de mi *chapeau*, Rose? Lo dejamos en prenda.

Rose se llevó la mano a la boca y se volvió otra vez hacia el tren.

Un corpulento revisor con la gorra inclinada aguardaba en el andén, haciendo girar en el dedo índice un Stetson de color marrón canguro.

—Ha sido un terrible malentendido —se apresuró a contarnos Rose, en un susurro musical—. Pensábamos que los billetes nos traerían hasta aquí, pero luego tuvimos que subirnos a esto —señaló el tren secundario con un gesto despectivo—, y cuando ese sujeto vino a pedirnos los nuevos billetes, solo nos alcanzó para el mío. De modo que le quitó a Morrie...

—Lo confiscó como garantía —interpoló Morris Morgan, como para resaltar lo filosófico del asunto.

—Le quitó a mi pobre hermano el sombrero. Realmente lamento tener que pedírselo, señor Milliron, pero ¿podría adelantarme un poquitín más de mi sueldo? Solo para pagar el billete de Morris.

Papá, Damon y yo nos lanzamos miradas nerviosas, asegurándonos de que nadie escuchaba la conversación. Nuestro padre nos había aconsejado que no habláramos con nadie del anticipo que le había enviado a nuestra ama de llaves sin haberla visto antes. A Toby se le había metido en la cabeza que le enviábamos el dinero para que no tuviera que robárnoslo después, tal como había advertido la tía Eunice.

Uno no puede dejar sin sombrero a un hombre en Montana. Sin embargo, papá

dijo:

—Si esto sigue así, señora Llewellyn, acabará siendo la dueña de la casa y nosotros trabajaremos para usted.

Contó el importe exacto del billete y se lo dio a Rose. Curiosamente, Rose no se lo dio a su hermano, sino que fue ella misma hasta el revisor para rescatar el sombrero.

—Bien, está resuelto —dijo papá, decidido a tomar las riendas de la situación—. La señora Llewellyn vendrá con nosotros —señaló con la cabeza en la dirección de Marias Coulee, y luego se inclinó con resuelta cortesía hacia el hermano inesperado—, y a usted lo dejaremos en la puerta del hotel.

El personaje, ya con su sombrero, se irguió aún más derecho y sacó el reloj que colgaba de la cadena de oro. Era uno de esos relojes tan caros, del tamaño de un nabo. Sin embargo, miró a papá en vez de mirar la hora.

—Dígame, ¿Westwater se precia de albergar alguna casa de empeños?

—Todavía no —tuvo que admitir papá.

—Huy, Dios —dijo Rose.

Fui yo quien tuvo la idea:

—George y Rae también tienen libre el cuarto de la buhardilla.

Ni siquiera yo alcanzo a imaginar el sueño disparatado en el que debieron de sentirse Rose y Morrie, como pronto empezamos a llamarles, en cuanto la carreta se apartó del andén hecho de tablas que bostezaba en medio de la pradera durante veintitrés horas y media cada día. Westwater era por entonces uno de los lugares más recientes del mundo, y posiblemente uno de los más remotos. El único edificio de cierta prestancia era un hotel de ladrillo que se alzaba tres pisos por encima de una encrucijada por donde hasta hacía unos años no pasaban más que búfalos. Las cantinas estaban relegadas a un tramo de la calle al norte del ferrocarril. En las otras tres direcciones, el olor guiaba a los recién llegados hasta los establos rivales que alquilaban caballos y carretas: el White Barn, el Green Barn y el Red Barn. Más allá, el tosco pueblo en medio de la planicie parecía un espejismo incompleto. Las calles se internaban en los pastizales, largas y abiertas como avenidas, y apenas alguna que otra casa asomaba entre la maleza y el polvo. La dispersa ciudad se extendía hasta el horizonte, donde los ranchos solitarios de los colonos parecían plantas en macetas. Cuando papá fustigó los caballos para que fueran al trote, sorteábamos los últimos jirones de Westwater. Sin embargo, estaba claro que la carreta había franqueado hacia bastante rato el perímetro urbano de la imaginación de nuestros pasajeros.

«¡Bang!», se oyó de pronto. Nuestros carapálidas de Minneapolis brincaron varios centímetros del susto.

Aunque papá estaba de espaldas y nosotros tres amontonados entre los sacos de

avena y carbón en la parte de atrás de la carreta, estaba claro que se estaba divirtiendo. Los adultos tenían sus propios juegos, como sabíamos ya Damon y yo, y como Toby aprendería llegado el momento.

—Westwater tampoco se precia de albergar una *boutique* de zapatos —le dijo papá a Morrie por encima de Rose— si uno quiere adquirir calzado de montar.

Luego saludó con la mano a Alf Morrisey, que estaba en su herrería, y Alf respondió levantando el martillo antes de acomodar con las tenazas una herradura al rojo vivo y descargar sobre el pequeño yunque el trueno de otro «bang».

El camino a Marias Coulee era tan recto que dejaba mal parado al ferrocarril, y para cuando papá dio rienda suelta a los caballos y siguió ilustrando a su cautivo público con su sabiduría sobre las cosas de Montana, Toby ya había brincado de saco en saco hasta sentarse prácticamente en los faldones de los pasajeros. Y a esa distancia, no pudo resistir la tentación.

—¿Por qué tienes tantos nombres bonitos? —le soltó a Rose, justo cuando papá tomaba aliento.

Rose se volvió al instante y lo vio sobre su hombro.

—¿Cómo..., tantos?

—Sí. Rose, y Lou, y Ellen ^[1].

Nos carcajamos todos, menos Toby, y Rose lo miró una vez más, sonriendo.

—Mi pobre esposo solía decir que Llewellyn era la versión galesa de Jones porque muchos galeses llevan mi apellido. Mira, te lo escribiré en la mano. Así lo llevarás siempre contigo.

Toby se sonrojó encantado mientras Rose recitaba cada letra y se la trazaba con el índice en la palma de su manita. Vi que también Damon se moría por hacer una pregunta, pero se limitó a asentir, como si Toby ya la hubiera hecho.

—Ahora cierra los ojos, di *kafuzalum* y aprieta el puño.

Toby obedeció las instrucciones.

—Ya está —proclamó Rose—, ahora ya no me olvidarás nunca.

—Va a ganarse un admirador, señora Llewellyn —dijo papá, y le guiñó el ojo a Toby.

—Por favor, señor Milliron, ¿podría llamarme Rose? Trato de no usar el apellido, es demasiado...

Dejó que la frase se arrastrara sola hasta donde yacen las cosas que son demasiado tristes para ser dichas.

Morris Morgan se quedó mirándola meditabundo. Le dio una palmadita en el hombro, como si recordara sus sufrimientos.

—Muy bien, Rose, pero si usted me llama Oliver —convino papá—. Y, ya que estamos, podemos hacerlo extensivo a su hermano.

Se pasó las riendas a la mano izquierda y le tendió la derecha a Morrie para

confirmarlo. Todavía los veo acomodándose otra vez en el banco, después de estrecharse las manos bajo la mirada enternecida de Rose. Papá, con el rostro curtido por el sol, surcado de arrugas de tanto trabajar, parecía una moneda de cobre a medio derretir, y Morrie se acariciaba el bigote como si acabara de descubrirlo. Ninguno tenía ni la menor idea de lo que esos nombres de pila habían de depararles.

Quizá fue el cambio de tono, que se aflojó como una corbata al soltarse el nudo, o la atención monacal con que Morrie escuchaba, como comparando su propio vocabulario con el de un monasterio vecino, o el profundo alivio de tener por fin a su ama de llaves, cuando menos en la carreta. O quizá todo a la vez. Papá estaba de lo más expansivo, así que especuló:

—Supongo que seguirá su viaje después de dejar instalada a Rose, ¿no, Morrie? Dicen que la costa está en pleno auge.

—En realidad, puede que intente algo aquí.

—¿Ah, sí? —Papá estaba sorprendido. Había colonos de todas las formas y tamaños, pero el elegante hermano de Rose era la antítesis de un agricultor—. ¿En qué es bueno?

—Es una buena pregunta, Oliver —ponderó Morrie, como si nunca se le hubiera ocurrido evaluarse a sí mismo. Procedió a hacerlo en tono pensativo—. Sé jugar al *whist*. Soy buen observador de pájaros. Recito de forma aceptable, según dicen. Conozco el latín. El griego lo tengo algo oxidado, pero...

—Seguro que Oliver se refiere a tu experiencia —interrumpió Rose—. A tu trabajo con los guantes —añadió, como si Morrie pudiera olvidar cuál había sido su último empleo.

Su hermano reaccionó al instante:

—Era el administrador del negocio. ¿Verdad, Rose?

—Nuestra empresa familiar —dijo ella con tristeza—. Después de que mi pobre esposo... —Meneó la cabeza. Y luego tomó una bocanada de aire—: Lo perdimos todo.

Morrie retomó la palabra al vuelo.

—Usted ha sido sumamente generoso con Rose, Oliver... —Ahora tomó aire él, con el mismo dramatismo. ¿Sería de familia?—. Confiábamos en que pudiera socorrer también mi ruinoso situación. No le tengo miedo al trabajo.

Papá se tomó su tiempo, a la espera de que completara el antiguo chiste: «No le tengo miedo al trabajo, en cuanto lo veo me acuesto y duermo como un bebé». Sin embargo, al parecer Morrie quería decir lo que había dicho.

Papá sintió sobre él las miradas del público de la parte trasera de la carreta.

—Preguntaré por los alrededores —dijo, prudente.

Pero al cabo de un instante, empezó a reírse por la nariz. Mis hermanos y yo comprendimos que había tenido uno de sus momentos de inspiración.

—Pensándolo bien... Conozco a alguien que necesita unos cuantos haces de leña para pasar el invierno.

—¡Ah! —dijo Rose, exultante, tanto por ella como por Morrie—. ¡Perfecto!

—Damon me dio un golpecito con el codo. Más valía que Morrie fuera valiente si iba a lidiar con la tía Eunice y su leña.

Las sombras ya se alargaban cuando dejamos atrás el llano de Westwater y avistamos nuestra casa y la de los Schricker. No sé si Rose y Morrie lo consideraron un saludo, pero *Houdini* salió a nuestro encuentro, ladrando tan fuerte que empezó a tambalearse.

—El mantenimiento —declaró Rose, después de echarle una ojeada a nuestras habitaciones al día siguiente—. Ése es el secreto para tener una casa acogedora. Mantenerla a raya.

Los cuatro la habíamos seguido de habitación en habitación, con papá a la cabeza. Se había presentado en casa antes de que saliéramos para la escuela y nuestro padre se encaminara al establo. De hecho, Toby aún no tenía puestos los zapatos, papá no se había tomado el primer café, Damon todavía ni se había restregado los ojos y yo no acababa de sacudirme de encima un sueño en el que esperaba eternamente en el andén del tren. Los sorprendentes golpes en la puerta a esa hora de la mañana nos dejaron helados, hasta que recordamos que ahora teníamos otro nivel de vida, que esperaba a que lo hiciéramos pasar. Dondequiera que Rose dirigiese su mirada de inspectora, los cuatro la seguíamos con aprensión: nuestro descuido en las tareas del hogar salía a flote como el catálogo de los hábitos de un soltero. A ras de suelo: barríamos de vez en cuando pero no fregábamos jamás. En lo alto: las telarañas y el hollín formaban nubarrones dignos de la elocuencia de Shakespeare. En la habitación del primer piso donde Damon y yo compartíamos la cama doble y Toby tenía su nido en la litera del rincón, el desorden de cada uno saltaba a la vista. Más que el mantenimiento, practicábamos el deterioro. Damon nunca cerraba los álbumes de recortes si estaba trabajando en ellos, y siempre estaba trabajando en ellos. Toby conservaba en su madriguera una selección cada vez más grande de huesos de búfalo, sospecho que con la idea de completar un búfalo entero. Ya entonces mi biblioteca amenazaba con apoderarse de mi parte de la habitación y seguir con las demás. Tenía libros viejos de mamá, suscripciones a las que papá no había sabido resistirse, volúmenes sin tapas de la estantería de la escuela: cuanto cargamento de palabras caía en mis manos llegaba a buen puerto. Los tres teníamos, además, colecciones de puntas de flecha. Rose debió comprender enseguida que no era seguro apoyar la mano en ninguna superficie sin echar primero un vistazo.

También la gente de Lowry Hill, en Minneapolis, debía de tener algo de desorden y polvo en los rincones, ¿o no? Subimos y bajamos por la escalera en fila india detrás

de Rose, sin perder todavía la esperanza de que dijera: «He visto cosas peores», pero no dijo nada.

Por el contrario, era evidente que estaba elaborando una lista mental de cierta extensión a medida que repasaba la casa, pero en esa lista no figuraba la única tarea doméstica que en ese justo instante podía hacernos bien. Tal vez fueron los gruñidos de mi estómago, o el deseo de averiguar si era verdad que No Cocinaba Pero No Mordía. Tal vez lo hice para provocar a Damon, que despertaba cada día como un oso recién salido de su hibernación, hambriento y de mal humor. O bien pensé que Toby se merecía algún mendrugo de recompensa por la devoción abrumadora con que miraba a Rose. Fuera lo que fuese, justo cuando Rose acorralaba a papá para enterarse de cuánto tiempo llevaba sin deshollar la chimenea del salón, dije con una sonrisa:

—La cocina la usamos bastante, ¿verdad, papá?

Papá me lanzó una mirada de advertencia, pero ya era demasiado tarde.

—Está aquí —dijo Toby, y enfiló hacia la puerta mirando a su espalda para que Rose lo siguiera.

—Pues demos una vuelta por la cocina —dijo, como si fuéramos a ir los cinco al zoo.

Papá gestionaba la cocina con cierto desorden funcional. Los sacos de harina y azúcar y nuestro arsenal de conservas permanecían a la vista sobre la encimera. También las ollas, las sartenes, los cuchillos de cocina, los cucharones y los platos que usábamos con más frecuencia. La mesa apenas guardaba un recuerdo de nuestras comidas: estaba abarrotada hasta la mitad con dibujos de Toby y periódicos de papá (exceptuando los que Damon diseccionaba con destino a sus álbumes de béisbol, fútbol y boxeo), y aún más libros míos, entre otras cosas. Nadie que se pasara por allí habría pensado que las habilidades culinarias eran el punto fuerte de la familia. De hecho, el ingrediente principal de nuestras comidas era el desastre. Papá era un hombre de mucho talento, pero cuando la necesidad lo arrastraba a los fogones siempre se había hecho tarde y no conocía la receta. El resultado, casi invariablemente, le salía recocado, o demasiado líquido, o con grumos, o duro como una suela de zapato. Solo comíamos de forma cabal los domingos en casa de Rae. El resto del tiempo nos las apañábamos. Sin duda, Rose se daría cuenta de nuestra situación y diría conmovida: «Freiré un par de huevos y haré unas tortitas en un segundo». ¿O no? Damon y yo aguardamos tensos, y Toby se sentó de un salto en su sitio a la mesa como si ya no hubiera más que hablar. Nos llenamos de esperanzas cuando Rose se detuvo en medio de la habitación y se acercó luego a los fogones.

—¿El agua sale caliente del depósito? —le preguntó a papá. Papá dijo que creía que sí, cuidándose mucho de mirarnos. ¿Qué si el agua salía caliente de la bomba? De calentar el agua podíamos ocuparnos solos. Rose abarcó con una sola mirada todos

nuestros alimentos y utensilios, como si hubiera venido de turismo a la cocina. Lo único en lo que reparó yacía tendido en el suelo junto a la estufa.

—*Houdini*, ¿no? ¿Qué fue lo que me dijisteis que sabe hacer?

Papá se volvió hacia nuestro perro y le preguntó en tono confidencial:

—Cuéntanos, *Houdini*, ¿qué opinas de la presidencia de William Howard Taft?

Houdini levantó las orejas. Se levantó apoyándose en las patas delanteras, soltó un gemido y se dejó caer de costado, haciéndose el muerto.

—Todo un número —admitió Rose sin dejar de mirarlo con la desconfianza profesional de toda ama de llaves hacia un animal de tamaño considerable y que suelta pelo.

—Y ya verás los conejos que caza —le dijo Toby.

A esas alturas, el reloj ya jugaba a mi favor. Recurrí a él sin escrúpulos.

—Mira la hora, papá. ¿No tendríamos que pensar en comer algo? —Ah, sí.

Estaba claro que papá no contaba con tener que lidiar tan pronto con el asunto. Y aún más claro que el resto de nosotros pensábamos votar con el estómago. Lanzó un hondo suspiro y se volvió hacia Rose.

—Todavía no hemos desayunado, y pensé que tal vez...

—No, muchas gracias, yo nunca desayuno —dijo Rose, y desapareció rumbo al cuarto de la mugre, como llamábamos al desvencijado porche delantero, para seguir valorando el estado de la casa.

—Nosotros comemos gachas todos los días —dijo Damon a su espalda, ya sin esperanzas.

Papá nos miró a la defensiva y se volvió hacia el fogón. Puso primero su café y luego empezó a hervir la harina ante nuestras miradas de desazón. Rose regresó al momento de lo que fuera que había ido a hacer.

—Hoy haremos la colada —dijo con decisión, y se echó encima un delantal con la destreza con que un mago se echa encima la capa—. Por algo hay que empezar.

—Paul es el encargado del agua —le informó papá, no sin cierta gratitud, y apartó mi bol de las gachas, indicándome que fuera a la bomba de agua. En efecto, yo era el encargado de traer el cubo, lavar los platos y preparar el baño del sábado. Me levanté de la mesa con un gruñido para traer el agua con Rose.

Le enseñé a manejar la bomba de agua: dos pequeños golpes de mano al manubrio para que se abriera la válvula, luego empujar varias veces el manubrio hasta abajo para que saliera el chorro. Levantamos entre los dos el barreño lleno de agua para ponerlo a calentar, y luego volvimos a llenar el otro barreño para enjuagar. Mientras se ocupaba del manubrio, nuestra adalid del mantenimiento dijo en un susurro casi inaudible.

—Es una sugerencia, nada más, pero podríamos bañar también a *Houdini*.

—No se puede —dije con rabia, todavía fuera de mí por la falta de comida—. No

hay modo de que se acerque a menos de un kilómetro de un barreño.

—¿No había una laguna por aquí?

En el campo entre nuestra casa y la de la tía Eunice había una poza a la que papá llamaba el Distrito de los Lagos.

—Tal vez si la persona adecuada tira un palo dentro, *Houdini* se anime a darse un baño —dijo con voz cantarina, como si hablara de una extraña aventura. Me lanzó una mirada cómplice—. Puede que Toby se ofrezca como voluntario, ¿no crees?

—Me encargaré de que lo haga después de la escuela —accedí, aunque nunca me han gustado las encerronas.

Yo tenía la mente en el desayuno y en cuanto el agua estuvo lista atacé el bol de las gachas, que para entonces ya estaban pastosas. Las devoré cucharada tras cucharada mientras papá enjaretaba de cualquier manera los sandwiches de queso para nuestro almuerzo, y Rose entraba y salía una y otra vez, medio enterrada bajo un monte de sábanas o balanceando en la cadera un cesto repleto de ropa sucia. Toby estaba arriba, buscando sus zapatos. Damon, por su parte, esperaba el momento para decir algo. En cuanto Rose volvió a salir en busca de más material para lavar, susurró con apremio:

—¿No se lo vas a preguntar?

Papá se sobresaltó, pero no lo suficiente como para abandonar los susurros.

—Si no te importa, me gustaría manejar este asunto a mi manera, jovencito —replicó—. Naturalmente, hablaré con Rose de la cocina...

—¡No, no, me refiero al ordeño! —Ah, sí. Qué listo eres, Damon.

Cuando Rose irrumpió con un nuevo montón de sábanas, papá empezó a exponer la lógica conexión que existía entre la mantequilla y el origen de la leche.

—Sí, pensé que el tema podía salir a colación —lo interrumpió Rose—. No lo he hecho en bastantes años, pero creo que sé ordeñar una vaca. —Miró un momento a papá—. ¿Hay alguna otra tarea incluida en la definición de ama de llaves de Montana?

A papá se le iluminó el rostro.

—En efecto, hay otra habilidad vinculada a sus talentos domésticos que nos gustaría pedirle que ejerza. Incluso podríamos aumentarle un poco el sueldo, si es absolutamente necesario. Verá, Rose, nos ayudaría muchísimo si pudiera hacerse cargo de...

—Las sobras para los pollos —concluyó Rose, asintiendo de antemano—. Era inevitable. Los animales de corral no son mis criaturas preferidas y a nadie le hace gracia un cubo de sobras, pero les daré de comer a las gallinas y supongo que, de paso, podré recoger los huevos. —Escudriñó ahora a papá con mortal seriedad. No le llegaba ni a la barbilla, pero pronto descubrimos que su voz era bastante más alta cuando hablaba en ese tono—: Oliver, tengo que advertirle que no me gustan los

cerdos.

—Descuide, no tenemos cerdos —dijo papá con un resoplido, y se dio cuenta de que los tres teníamos los ojos clavados en él—. ¿No teníais que marcharos a la escuela?

—Ya vamos —respondí, y me costó ponerme en marcha.

Damon recogió los libros de la escuela que había traído a casa, y que por supuesto no había abierto. Toby se despidió de papá con un beso en la mejilla para el que nosotros ya éramos demasiado mayores. Nos despedimos a coro de Rose y nos marchamos.

El cielo engañoso de octubre estaba tan diáfano como el de hoy. Azuzamos los caballos a través de los pastos limpios del otoño, con un ímpetu que no habíamos vuelto a tener desde la muerte de mamá. En nuestras vidas rara vez había grandes ganancias, pero ya podíamos hacer la cuenta de lo que íbamos a ganar desde que Rose había llamado a la puerta hacía apenas una hora. Damon no tendría que volver a ordeñar las vacas. Yo ya no tendría que acarrear hasta el último calcetín de nuestra casa el día que Rae hacía la colada. Toby, por fin, tenía un nombre grabado en su corazón, como siempre había anhelado: «Rose Llewellyn». Además, nuestro desaliñado hogar estaba a punto de recibir la limpieza de su vida. Es verdad que no habíamos progresado en el asunto de la cocina, pero teníamos que confiar en que papá encontrara la manera de persuadir a Rose.

De camino a la escuela, con las ágiles sombras de los caballos en nuestra estela, el mundo de Marias Coulee brillaba de nuevo como una promesa. Los Provonost nos esperaban lealmente al final de la cerca aunque ya íbamos tarde y nos dieron la primera ocasión de exponer ante el público las maravillas de nuestra ama de llaves. Papá había uncido los caballos en un tiempo récord y se alejaba ya por la cuesta hacia los campos de regadío, agitando un brazo para decirnos adiós. El mayor milagro era el lento canto de la sierra que se elevaba desde la casa de la tía Eunice, confirmándonos que Morrie había encontrado trabajo.

—¿Qué se entiende exactamente por una cuerda de leña? —le había preguntado a papá.

—Un haz de un metro de ancho y un metro de alto —recitó papá, sorprendido—. Eso es una cuerda.

—Qué curioso —dijo Morrie—. Me pregunto si Shakespeare pretendía hacer alguna alusión al respecto en ese verso que dice: «Ah, la caridad de una cuerda de un céntimo».

—Yo tengo la impresión de que solo hablaba de la horca —respondió papá—. Una cosa. ¿Sabe partir leña con un hacha?

En suma, en esa clara mañana en la que incluso aquellos dos autodidactas quisquillosos se mostraban a la altura de los oficios terrenales, todo parecía

prometedor.

Pero esa misma tarde, en el recreo, le pegué un puñetazo a Eddie Turley.

Damon —ni más ni menos— me apartó de él. Los chicos suecos agarraron a Eddie cuando ya se me echaba encima, tal vez más por la sorpresa que por compasión hacia mí. Lo más probable era que no llegara a arrearle un segundo golpe, pero le había atizado uno bueno, directo a la mandíbula, que lo había hecho retroceder un par de pasos. Al cabo de un instante, el puñetazo causó sensación por todo el patio de la escuela.

—Eso es, Paul, ¡dale una paliza! —me incitó Verl Fletcher, como si no acabara de lanzar mi mejor golpe.

—¡Mira tu pobre mano! —soltó Barbara Rellis, que estaba en sexto pero no carecía de maldad.

Carnelia asomó la cabeza fuera del retrete. Vi también a Toby en un corro de niños más pequeños, mirándome asombrado. La escalada se produjo a la velocidad del sonido. Grover Stinson y Miles Calhoun trataron de apaciguar a Eddie y a sus tropas, y dado que los suecos se habían puesto todos de parte de Eddie, automáticamente los esclavos cerraron filas detrás de mí. No hacía falta leerse el capítulo sobre el Congreso de Viena en el libro de historia para saber cómo se equilibran las alianzas.

Mi adversario inmediato, sin embargo, no era Eddie Turley sino mi propio hermano. En sentido estricto, Damon y yo estábamos igualados. Me había alcanzado en estatura, lo que legitimaba —en su opinión al menos— su pasión por los deportes, en detrimento de mis hábitos de ratón de biblioteca. Ahora mismo me retenía las manos con una llave contra el pecho y, de no ser por la locura que se había apoderado de mí, yo mismo tendría que haber comprendido qué me esperaba con Eddie si hasta Damon podía reducirme con tanta facilidad. Intercambiamos susurros feroces, casi tocándonos las caras.

—¿Te has vuelto loco? Es demasiado grande para ti.

—No me importa. Ya estoy harto de sus pullas sobre el ama de llaves.

—¿Qué te ha dicho esta vez?

—Me preguntó si para desayunar nos había dado teta.

—¿Por qué no le has dado más fuerte?

—Maldita sea, gracias, Damon.

Un repiqueteo como de pájaro carpintero nos hizo mirar hacia la ventana del aula. La señorita Trent daba golpecitos en el cristal, tratando de averiguar a qué venía el alboroto. En esas ocasiones solo salía fuera si había trompadas. Con la práctica de los años, todos nos apartábamos de la escena del crimen, dispuestos a volver a la carga a la primera señal.

Eddie me miraba con ojos asesinos. Ya puestos, también miraba así a Damon. La

mirada le venía de familia. Ambrose Turley se ganaba la vida cazando lobos y coyotes, y él y Eddie vivían en una cabaña destartalada en el barranco del río, no mucho mejor que los propios animales. La gente solía dar un rodeo para no toparse con Brose Turley cuando batía el campo para poner sus trampas y despellejar las presas. Su hijo ya casi era un hombre y parecía perfectamente capaz de arrancarme el pellejo a mí.

Damon no se dejó arredrar.

—Déjame hablarle —me insistió—. Voy a convencerlo de que no te haga papilla, ¿vale?

—Gracias otra vez, maldita sea. ¿Cómo crees...? —No te preocupes. Saldrá perfecto.

Eché a andar sin más hacia el bando de Turley, para parlamentar.

—La cosa es entre Paul y Eddie. No se mete nadie más —les propuso a Martin Myrdal y Cari Johannson, que estaban en octavo y eran los lugartenientes más corpulentos de Eddie.

Los chicos suecos les lanzaron una mirada áspera a los hermanos Drobny y a Milo e Ivo Stoyanov, que estaban justo detrás de mí. Sin embargo, también teníamos de nuestra parte a Verl Fletcher, que estaba igualmente en octavo y tenía los brazos largos y unos puños enormes. Al fin, Martin selló el trato:

—Vale, nosotros solo miraremos mientras le dan su merecido a Paul.

Al instante, Damon le impuso a Eddie condiciones.

—Pero no vais a pelear. Eres mucho más grande que Paul y no es justo. Os veréis las caras, pero de otra forma. Y el perdedor tendrá que dejar en paz al otro el resto del año.

Eddie no podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Él me pegó primero! —escupió.

—Así quedamos en paz por la vez que tú le pegaste a Grover, y la vez que le pegaste a Milo, y... ¿cuántas veces te ha pegado Eddie primero, Martin?

Todos sabíamos que Damon podía seguir nombrando víctimas a las que Eddie había largado una torta en el recreo de buenas a primeras, lo que incluía a la mayoría de las chicas.

Eddie entendió que, ante semejante jurado, no podía quejarse de ninguna injusticia. Decidió echarse un farol.

—No le tengo miedo a ninguno de los Milliron. Lo voy a poner en su sitio como sea.

—Correréis una carrera —determinó Damon, poniéndose al mando de la situación—. A caballo.

Eddie soltó una risita burlona.

—¿No se te ocurre nada mejor? Cualquier mariquita sabe montar a caballo.

Damon lo había hecho caer en la trampa. Con una sonrisa malévola dio el detalle:
—Pero para atrás.

No sabría decir a cuál de los dos se le ocurrió primero montar de espaldas en las constantes carreras que echábamos entre nosotros, pero seguro que fue a Damon. Era una manera de romper con la monotonía del viaje entre nuestra casa y la escuela. Durante varios años, siempre que hacía bueno, mi hermano el atleta y yo nos retábamos prácticamente todos los días tanto a la ida como a la vuelta. El que perdía la primera carrera solo tenía que decir: «Ahora para atrás», y salíamos otra vez disparados como dos *jockeys* lunáticos, aferrándonos a los cuartos traseros de los caballos. Ahora, con el peso de la edad encima, no puedo ni imaginar que un día fui tan ágil a lomos de un caballo: me apoyaba en los estribos, giraba en redondo sobre el trasero y ya estaba otra vez sentado, mirando en la dirección contraria al caballo. Tampoco me explico cómo nos aguantaban *Joker*, mi ruano, y *Paint*, el pinto de Damon. Cuando Toby empezó a ir a la escuela, no volvimos a echar carreras de «para atrás» con tanta frecuencia: nuestro hermano ya vivía a punto de romperse el cuello sin necesidad de que le dieran ánimos, pero, de tarde en tarde, cuando llegábamos al recodo del camino que no se veía desde la casa, uno de los tres no podía resistirse al desafío y la caballería Milliron enfilaba cuesta abajo con los fondillos de los pantalones por delante.

Con todo, esas carreras las hacíamos para divertirnos. La carrera con Eddie elevaba las apuestas hasta las nubes.

—Acuérdate del caballo gris que tiene —le hice caer en la cuenta a Damon, el promotor del desafío.

Como buen cazador de lobos, Brose Turley era dueño de una recua de caballos de pecho recio y ancas largas, y Eddie montaba un corcel gris que tenía pinta de poder matar de agotamiento a una gacela.

—*Joker* pasa de él, ¿verdad, *Joker*? —Damon se inclinó desde su montura y acarició la crin de mi caballo ruano. Luego levantó el puño en alto con una pose digna de John L. Sullivan, el campeón de los pesos pesados, y sonrió de oreja a oreja —. Puñetazo Milliron. Voy a tener que ponerte en mi álbum de recortes.

—¡Toma! —dijo Toby, que cabalgaba al otro lado y estaba aún exultante por el golpe que yo le había encajado a Eddie—. ¡Qué tortazo le diste, Paul!

Miré a Damon, y Damon me miró. Allá adelante, a lo largo de la cuesta embarrada que bajaba hasta casa, había florecido un campo de ropa blanca, y Rose estaba descolgando las sábanas. Frenamos los dos y yo tiré de la rienda de Toby.

—Escucha, Tobe. No puedes contárselo a nadie. A nadie, ¿me entiendes? Lo de la pelea y la carrera y demás. Tiene que ser secreto.

Me escupí en la palma de la mano. Toby me miró con grandes ojos antes de hacer

lo propio y me dio el primer apretón de manos con escupitajo de su vida.

Damon programó la carrera (obviamente, iba a asistir todo el patio de la escuela) para el viernes después de clase. Todos sabíamos que los padres perdían un poco la noción de la hora al final de la semana y teníamos nuestras tácticas para aprovechar esos lapsus. No era infrecuente que todo un pelotón de estudiantes se fuera de excursión después de la escuela para investigar una madriguera de coyotes. Seguramente, ese viernes, a lo largo y ancho de Marias Coulee, un coro de voces farfullaría que habían ido a buscar cachorros de coyote para explicar por qué volvían tan tarde. Por lo demás, entre los chicos que vivían más lejos se había desatado un frenesí de invitaciones a pasar la noche. Miles Calhoun iba a quedarse en casa de Grover Stinson, y los Kratka iban a convertirse en suecos honorarios por una noche en casa de los Myrdal. Lily Lee Fletcher invitó a Vivían Villard, cuya pequeña silueta en el camino nos proporcionaba a diario un ejemplo de valor: tenía que recorrer sola unos ocho kilómetros, más que ninguno de nosotros. Damon se ocupó de precisar los detalles sobre la línea de salida y la de llegada, y la interpretación exacta de «para atrás». Aunque el resultado de la carrera me tenía nervioso, no podía dejar de admirar el nivel de confabulación al que habían llegado las cosas.

Nadie se chivó. Eso fue lo más increíble. Hoy en día no puedo decirle una palabra a nadie en mi departamento sin que se enteren tres plantas más arriba. Los alumnos de Marias Coulee permanecemos tan mudos como las columnas de Delfos. Aunque claro, la señorita Tren sospechaba que había algo en el aire. Desconfiando, patrullaba con más frecuencia el perímetro de la escuela, taconeando y haciendo bambolear su corpachón. Una vez incluso salió al recreo para indagar a qué venían las risitas y los corrillos. Ni siquiera Carnelia, que normalmente se desvivía por acusarme de algo, soltó ni una palabra. Después de todo, era más que posible que Eddie Turley me dejara como el tonto más tonto del mundo. El ambiente fue cargándose a lo largo de la semana, con las nubes de anticipación espesándose en las dos zonas climáticas opuestas del patio, ante la perspectiva del viernes.

En el frente doméstico, por así llamarlo, Rose se dejaba caer cada mañana con un nuevo plan de ataque. Una vez que las sábanas, los calzoncillos e incluso los pañuelos parecían un jardín de lirios (toda una estrategia para subirnos la moral), había empezado a elegir sus batallas con ímpetu profesional. Rascó la mugre de las estufas, las lustró y deshollinó cada tubo antes de enfrentarse a los suelos con la escoba y la fregona. Al día siguiente, los cristales de las ventanas resplandecían tras las cortinas nuevas que papá había accedido a comprar en la ciudad. Los milagros eran repentinos: de un día para otro, las pantallas de las lámparas ya no estaban ensombrecidas por el hollín, sino radiantes; *Houdini* había dejado de ser un área de desastre canina gracias a sus paseos hasta la poza con Toby. La casa realmente

respiraba de una manera distinta, entre otras cosas porque, además de sus muchas exclamaciones de asombro, Rose era una mujer que trabajaba silbando. Era un silbidito que apenas se distinguía en el silencio, como si fuera el de un fantasma. Una cosquilla minúscula, la más tenue música que podía franquear los labios, pero flotaba por todas partes. No hay nada como entrar en una casa que parece vacía y de golpe (Rose limpiaba a tal velocidad y con tal sigilo que apenas se la oía silbar) encontrarse con una serenata en el salón. Más de una vez, papá hacía un alto en sus quehaceres e inclinaba la cabeza hacia el rincón de la casa de donde venía la melodía, como preguntándose si en Lowry Hill, Minneapolis, todas las labores domésticas se harían silbando.

De cancioncilla en cancioncilla, al cabo de mucho subir y bajar por las escaleras, Rose dio nueva vida a nuestro hogar. La excepción era la cocina. Seguíamos comiendo como siempre, de forma apresurada y rutinaria. Los acarreos para el Dique Grande se acumulaban cada día en la estación, y papá estaba más ocupado que nunca. Damon, por su parte, andaba tan absorto en sus planes para la carrera que no había vuelto a dar la lata con el asunto. Toby se pasaba el día a punto de explotar para no revelar nuestro secreto, y canalizaba sus energías tratando de aprender a silbar como Rose. En cuanto a mí, las imágenes de la carrera de espaldas me atiboraban hasta tal punto la cabeza —durante toda la semana, soñé que Eddie Turley me hacía muecas sentado a sus anchas entre las jorobas de un camello de carreras— que prácticamente no podía hacer nada.

Un día, Rose le tocó un punto sensible a papá respecto a nuestra madre. Yo habría querido no enterarme, pero estaba justo en la línea de fuego, sentado a la mesa de la cocina y aferrándome a un libro para no pensar en la carrera. Papá estaba lavándose, de vuelta de su jornada con la carreta. También Rose había dado por terminado el trabajo del día. O casi.

—Eh... ¿Oliver? —Llevaba el chal sobre los hombros e iba ya camino de la puerta cuando se detuvo en la cocina—. Necesito que me oriente en algo.

Parecía inquieta.

—Veamos qué puedo hacer. —Papá se secó la cara y la toalla amortiguó su voz—. ¿De qué se trata?

—De su habitación. —Rose vaciló—. Quisiera saber qué... hasta dónde quiere que ponga orden...

Papá guardó silencio hasta después de colgar la toalla.

—Supongo que se refiere a las cosas de Florence... de mi esposa.

—Sí. Siento sacar el tema pero...

—No hay ningún problema —contestó papá, aunque yo sabía que no era así—. Basta con que pase la escoba y cambie las sábanas... Yo me encargaré de ordenar. —Tenía la voz algo entrecortada, pero se sintió obligado a añadir—: No he tenido

corazón para tocar las cosas de Florence. Ya llegará el momento. Más adelante.

Rose asintió, pero no se marchó todavía. Hizo un esfuerzo evidente al hablar:

—Puedo preguntar... ¿cuánto hace que pasó?

—Fue el año pasado. —Papá entendió entonces el trasfondo de la pregunta—. ¿Y su marido?

—En verano.

—Vaya. Muy reciente... —Siguiendo la etiqueta del duelo, papá preguntó a su vez—: ¿Fue una muerte repentina?

—Mucho... —Rose soltó un suspiro tembloroso—. Se fue, simplemente.

Papá me miró como si deseara que yo no estuviera allí, pero ahí estaba. Habían empezado a arderme los ojos. Y no era el único. La muerte de mamá había sido dolorosa, pero nos habíamos aguantado el dolor porque eso era lo que hacía todo el mundo. Era como esas cauterizaciones que hacían los médicos de la Guerra Civil después de amputar un miembro: un fuego feroz sellaba la herida. Cada uno de nosotros tenía una cicatriz, eso era irremediable. Toby no lloraba mucho, pero cuando lloraba era un mar de lágrimas. Damon se cabreaba más que de costumbre. A mí suelen decirme que, para ser un hombre público, soy extraordinariamente reservado. Tal vez desconfiaría menos de la vida si no nos hubiera dejado sin madre. Papá, por su parte, tenía que atendernos a nosotros, además de ocuparse de sus propios síntomas. En resumen, ninguno había superado la muerte de mamá pero, a nuestra manera, habíamos ido acostumbrándonos a tener un miembro menos en la familia.

Papá tardó un momento en reponerse para dar por concluida la conversación.

—Florence... —le costaba hablar, y me lanzó otra mirada difícil—, la madre de los chicos, sobrevivió unas pocas semanas después de que se le reventara el apéndice.

Rose dijo que lo lamentaba mucho y se dio la vuelta para marcharse. Antes de irse, miró a papá con ojos penetrantes. Estaban también un poco húmedos.

—Gracias. Es bueno enterarse de lo que han tenido que pasar otros.

—Así es. Buenas noches, Rose.

—Buenas noches.

El viernes, el día de la carrera, oí en la puerta los acostumbrados golpes y abrí a Rose, todavía agitado por mis sueños. Me quedé perplejo. Por encima de su hombro derecho asomaba un bigote sorprendente, una especie de charretera con pelos.

—¡Paul! —exclamó Rose, como encantada de que yo siguiera existiendo—. ¡Mira a quién he traído!

—Buenos días, señor Morgan —acerté a decir.

—No hacen falta las formalidades, Paul, sobre todo a esta hora tan inclemente —protestó Morrie, como si hubiera venido hasta casa a discutir el tema—. Llámame Morrie.

Se apartó de Rose y me tendió la mano. El sonido de su voz trajo a papá, que salió de la cocina taza en mano. Antes de que pudiera decir nada, Rose se explicó y lo felicitó a la vez:

—¡Estamos de suerte, Oliver! He reclutado a Morrie para que limpie el gallinero. Está realmente... —Arrugó la nariz, y con eso lo dijo todo.

Morrie levantó la palma en alto, como para atajar de antemano toda objeción.

—Sin honorarios. Será una señal de gratitud por la oportunidad de volver a la vida que le ha brindado a Rose. Y a mí también.

Damon y Toby habían bajado corriendo por las escaleras y escuchaban. Morrie acusó su presencia con una sonrisa, hasta donde dejaba verla el bigote, y se lanzó de nuevo a la carga:

—Me parece que Montana me sienta bien. El trabajo duro, y con eso me refiero a esfuerzos agotadores, como juntar una cuerda de leña, era justo lo que necesitaba para dejar de rumiar las recientes desgracias de mi vida.

¿Cómo?

—¿Ya ha terminado el trabajo? —preguntó papá, tan sorprendido como nosotros.

—Las tres cuerdas, medidas al centímetro, están hechas —corroboró Morrie. Rose asintió, orgullosa de sus logros—. Ni el Partenón fue construido con medidas más precisas que las de la pila de leña invernal de Eunice Schricker.

Morrie agitó los brazos, a todas luces deseoso de enfrentarse a una nueva labor:

—El destino obra por impulsos, Oliver. Una vez que la vida emprende una nueva senda, no hay que dormirse en los laureles. —Se volvió hacia su hermana, para expresar su reconocimiento—. Rose no se duerme nunca.

—Así que el destino lo ha traído al gallinero —dijo papá con un extraño brillo en los ojos—. Tal vez le convenga coger fuerzas primero con una taza de café.

—Encantado —aceptó Morrie, sin advertir que Rose le decía que no con la cabeza.

Damon, Toby y yo nos vimos en un dilema. Estábamos ansiosos por llegar a la

escuela y sobrellevar el día entero hasta la carrera, pero no queríamos perdernos el debut de Morrie sacando excrementos a paladas del gallinero. Teníamos que subir corriendo a prepararnos para ir a la escuela, pero a la vez no nos perdíamos palabra de la tertulia en la cocina.

—¿Qué quiere decir «sin honorarios»? —me preguntó Damon.

—Gratis.

—¿En serio? ¿Va a limpiar gratis el gallinero? Puaj.

—Si quiere que le diga la verdad, nuestras gallinas no suelen recibir visitas tan distinguidas. —Papá alzó un poco la voz—. ¿No ha pensado en emplearse en otro oficio, más bien en la ciudad? En Westwater hacen falta buenos guantes.

Una taza tintineó contra un plato. Seguramente Morrie ya había apartado a cierta distancia el café infame de papá.

—¿Quiere usted decir...?

—Guantes de faena, guantecitos de gamuza para las damas, mitones para la nieve —sugirió papá—. Para alguien que conoce el negocio lo más natural sería abrir una tienda. ¿O no vendían ustedes al pormenor? ¿Usted, Rose y el difunto señor Llewellyn?

—Nuestra línea era más el comercio internacional —dijo Morrie, pensativo—. Pero después de la catástrofe, francamente, no tuve corazón para volver a dedicarme a nada parecido. Decidí buscar algo, digamos, más fundamental. Más tangible. Nada de esas trivialidades con las que habíamos hecho fama. Luego Rose...

Abandonó sin más la frase, igual que hacía la propia Rose, como si lo demás se explicara por sí solo, sin palabras. Toby estaba batallando con los cordones de los zapatos y me agaché a atárselos. Damon buscaba su cinturón por todas partes. Como para acompañar nuestros esfuerzos, Morrie resumió de repente:

—Podría citar a Santayana: «El mundo de la materia es la realidad absoluta». Y le confieso, Oliver, estas palabras han adquirido para mí mucho más significado aquí, en el Oeste, que en las aulas convencionales del saber.

Rose pasó por delante de nuestro cuarto de camino a alguna tarea. Nos dedicó una sonrisa relámpago para decirnos que sabía en qué andábamos y se quedó a escuchar con nosotros el coloquio de la cocina.

—¿Dónde se graduó usted, Morrie?

Como orgulloso graduado por la Escuela Técnica de Manitowoc, papá se interesaba siempre por el historial académico de los demás.

—En *la vie*.

Rose frunció el ceño y dio un paso en dirección a la escalera.

—No había oído hablar de esa universidad... ¿Queda en Illinois? —Papá lo comprendió entonces—. Ah, en la universidad de la vida, ¿no?

—Ha sido un chiste tonto, Oliver, disculpe. En realidad, me gradué en una

institución de Illinois. En la Universidad de Chicago.

Rose sacudió la cabeza, retrocedió sobre sus pasos y se encaminó a sus tareas.

Damon se detuvo en seco, con los ojos como platos. Yo no era tan aficionado al fútbol como él, pero había oído hablar del imbatible equipo de la Universidad de Chicago y su prodigioso entrenador, Alonzo Stagg. Incluso Toby tenía alguna noción al respecto, dada la obsesión de Damon con los equipos de su álbum de recortes.

—Damon —susurró—. ¡De ahí son los Gaznates!

—Los Granates —corrigió Damon, resoplando, y miró esperanzado hacia el otro lado de la habitación—. Tengo que enseñarle mi álbum de fútbol a Morrie.

—Ahora no —le dije—. Venga, vamos a quitarnos de encima este día.

Pero, al llegar al pie de las escaleras, cambié de rumbo, en busca del silbido de Rose. Al lado de donde dejaba colgado el abrigo, vi la bolsita minúscula en la que traía cada día su almuerzo. Morrie no había traído nada. ¿Cómo se las arreglaban esos dos?

—Dile a Morrie dónde está la poza —le susurré a Rose cuando la encontré—. Después de un día apaleando excrementos de gallina va a apestar.

Rose frunció los labios.

—Cuenta con ello. *Houdini* y yo le contaremos nuestro secreto.

Papá apareció en el umbral de la cocina. —Hasta donde sé, la escuela no ha cerrado. ¿Es que no pensáis...?

—¡Ya vamos! —exclamé, con Toby y Damon abalanzándose detrás de mí para pasar por la puerta.

El recorrido hasta la escuela transcurrió en un confuso suspiro. Yo solo pensaba en Eddie Turley y en su caballo de color gris acero, Damon no paraba de bombardearme con consejos de última hora y Toby parecía una gramola a la que le hubieran dado demasiada cuerda. Cuando llegamos, el patio entero era un tumulto de excitación, pese a que la señorita Trent nos quería a todos sentados cuando acababa de tocar el triángulo.

No había pasado la hora de aritmética y los de sexto aún estaban en la pizarra haciendo sus divisiones, cuando la señorita se giró en redondo, con una agilidad sorprendente para una mujer tan desgarbada.

—Tobias Milliron.

Todos nos sobresaltamos al oír el tono de su voz. —Tal vez te gustaría compartir con nosotros lo que llevas tanto rato contándole a Sigrid.

—Eh, n-n-no, señorita —contestó Toby con toda franqueza.

—Cuéntanoslo de todos modos —le ordenó la señorita Trent.

Carnelia empezó a reírse por lo bajo hasta que cayó en la cuenta de que si a Toby lo castigaban por hablar en clase y abría la boca no habría carrera. Damon estaba en la pizarra y se dio la vuelta, pálido como la tiza. Cruzamos una mirada impotente. Yo

no podía crear una distracción para salvar a Toby: la señorita Trent me tenía vigilado desde que me había convertido en el centro de atención en todos los recreos.

Por otra parte, estaba la cuestión de sus sentimientos hacia la familia Milliron.

En clase era exigente con nosotros. Damon no había venido a la Tierra para alegrarles la vida a sus maestros, pero la señorita procuraba no castigarlo a quedarse en la escuela después de las clases más que a los demás pecadores del aula. Como mi caso era menos escandaloso, se limitaba a darme las lecciones sin ninguna emoción, como si estuviera leyendo un menú. (El detalle salvador era que Carnelia tampoco le caía bien). Sin embargo, ese comportamiento con nosotros nos parecía aún más sospechoso. Damon y yo estábamos convencidos de que andaba a la caza de un marido, que probablemente era papá. En Marias Coulee no había mucho donde escoger: unos cuantos colonos solteros que no tenían los hábitos más recomendables, algún viudo que llevaba demasiado tiempo en el escaparate, como Brose Turley, y muy pocos que verdaderamente reunieran los requisitos necesarios, como el padre de Vivian Villard y, por supuesto, papá. El último día del año anterior, delante de toda la escuela y de los padres que habían acudido a la graduación de los de octavo, la señorita Trent se había dedicado a lanzarle miraditas a papá dentro de sus limitadas habilidades. Para nuestro alivio, no habían sido mutuas. Desde luego, confiábamos en papá, pero quién sabe qué podía pasarse por la cabeza a un miembro de la junta escolar si se le cruzaba por delante la maestra. Damon y yo, sencillamente, no queríamos ni pensar en la posibilidad de que su conocida figura dominara no solo las horas de clase sino también el resto de nuestra vida. Ancha de caderas y con el pecho más bien caído, era casi toda tronco, lo cual subrayaba la extensión escalofriante de sus miembros. Lo peor, sin embargo, era esa cara permanente de fastidio, como si tuviera algo metido en una muela. Como ese día estuviera más cabreada que de costumbre, o exasperada por verse rodeada de Millirons inmanejables por todas partes, Toby las iba a pagar.

Clop, clop. La señorita avanzó sin soltar su presa. Toby estaba paralizado de terror: se perdería la carrera si lo castigaba a quedarse en la escuela después de las clases. Los demás nos revolvíamos en los pupitres.

—Te estamos esperando, Tobias.

Damon estaba frenético, pero, a veces, en ese estado, se le ocurrían las mejores ideas. Se asomó por detrás de la señorita Trent, levantó los codos y se puso a aletear como una gallina. Toby captó el mensaje y lo soltó todo de un tirón:

—Un señor de la Universidad de Chicago ha venido a limpiarnos el gallinero. Gratis.

La señorita Trent no se esperaba nada parecido: era el anuncio de una tarea mítica, a la altura de los trabajos de Hércules, pero por eso mismo no parecía posible que Toby se lo hubiera inventado.

—No es excusa para hablar con el vecino —dijo, sin convencer a nadie—. Ya conoces el castigo: un golpe con la regla.

Le soltó un reglazo en la mano a Toby, y la advertencia lo calmó para el resto de la jornada.

—Nos vemos en El Corte.

Ésa fue la contraseña mientras salíamos de la escuela al final de aquel interminable día, en desbandada hacia los caballos.

Nos juntamos con los Provonost, y los Drobny, los Stinson y Miles Calhoun se nos pegaron detrás con cara de inocentes. Partimos al paso justo para perdernos de vista antes de que a algún padre se le ocurriera mirar por la ventana. No queríamos que *Joker* se cansara demasiado. No paraba de mover las orejas, con tantos extraños acariciándole la crin y dándole palmadas.

Llegamos al final de la cuesta al mismo tiempo que el bando de Turley, que había rodeado la cañada por el norte.

—Qué imbéciles —me dijo Damon, con tanta confianza que alcanzaba para los dos.

Era una suerte que estuviera tan confiado porque yo no las tenía todas conmigo. El corazón me latía al doble de la velocidad normal, y me parecía que los últimos preparativos tardaban una eternidad. El animado parloteo de la reunión —Toby estaba desahogándose por todo lo que había tenido que callarse a lo largo del día— me llegaba amortiguado. Para matar el tiempo, mientras los demás iban apareciendo por todas direcciones, me puse a observar el tramo de camino que tenía delante, como si los cascos de *Joker* y mi propia sombra no lo hubieran recorrido de ida y vuelta cada día de los últimos siete años. Si en Marias Coulee hubiera habido un riachuelo, lo habrían ascendido a valle. Sin embargo, el largo pliegue de tierra al sur del río parecía un ensayo inconcluso de la naturaleza, una pradera hundida, cuya suave pendiente había animado a sembrar allí a los primeros agricultores. Las colinas achatadas a lo largo del río formaban una escalera geológica hasta el ancho llano de Westwater, que era como un segundo piso de la tierra, y Marias Coulee reposaba en la base de esa escalera, que tenía incluso su descansillo: un trecho de bancos de arcilla erosionados interrumpía la colina detrás de nuestra casa y el camino corría allí plano y en línea recta alrededor de un kilómetro antes de ascender otra vez hacia las terrazas. Ése era El Corte. Lo conocía de memoria, palmo a palmo, pero en ese momento suspendido en el tiempo, el suelo desnudo y surcado de huellas me parecía tan extraño e intimidante como el Sahara.

Finalmente llegaron los Kratka, que eran los últimos, porque tenían que dar el rodeo más largo para esquivar a los padres fisgones. Espolearon los caballos desde la zona del barranco que daba al río, y Damon puso en marcha las cosas.

—Hay que hacerlo rápido, antes de que venga alguien. Martin, ¿está Eddie preparado para morder el polvo?

Por toda respuesta, Eddie se plantó en la línea de salida con su caballazo, que no dejaba de piafar. Era tan alto que parecía que podía pasarnos por encima a *Joker* y a mí. Confieso que estuve a punto de sucumbir ante la duda y dar alguna excusa insensata para anular la carrera. Sin embargo, eso me hundiría aún más ante los chavales de la escuela que perder ante Eddie. Por no hablar de los sueños que iban a atormentarme.

Le di una última palmadita a *Joker* y me planté con él en el camino, al lado del caballo de color acerado de Eddie.

Estábamos los dos delante de la línea trazada en el suelo. Eddie llevaba un sombrero viejo de Brose Turley, que parecía hecho con la piel de alguna bestia enorme. Me ajusté mi Stetson, comprado por correo, y traté de concentrarme. La pista se extendía desde la línea de salida hasta un mojón brillante en medio del camino. Fue ahí donde Damon sacó a relucir su agudeza. Insistió en que la carrera fuera de ida y vuelta, hasta el final del Corte y de regreso.

—Un solo viaje, de aquí a allá —trató de plantarse Martin Myrdal cuando se negociaban las reglas del juego. Era comprensible: un caballo tan grande como el de Eddie podía ganar mucha velocidad corriendo en línea recta.

Damon fue implacable.

—¿Qué? ¿Eddie no puede ni hacer girar a ese caballo?

—Le puedo ganar al fantoche de tu hermanito corriendo en círculos, si es lo que quieres —escupió Eddie, mordiendo el anzuelo.

La mayoría de los chicos habían traído sus fiambreras y Damon y Martin apilaron unas cuantas cargadas de piedras para formar un pilar plateado. Comprendí que Damon quería utilizarlo para marcar el punto de giro, pero seguí inquieto. No iba a ser fácil dar la vuelta si los dos caballos iban muy juntos. Por otro lado, si para entonces Eddie me sacaba varios cuerpos, el espacio que tuviera para dar la vuelta no sería mi mayor problema.

Damon y Martin se acercaron para sujetarnos las riendas. Verl Fletcher iba a dar la salida porque era el único chico de octavo, aparte de Eddie, que no era ni esclavo ni sueco.

—Todos un paso atrás —ordenó—. Hay que darles espacio.

Las monturas de los caballos rechinaron al unísono cuando los treinta jinetes retrocedieron hacia el pedregal para ver el espectáculo.

—¡Montad a los caballos! —ordenó Verl.

Eddie me miró por el rabillo del ojo y yo lo miré a él. Entonces me di cuenta de que quería que yo montara primero, porque no sabía cómo montarse. Me quedé quieto.

—¿Vais a llevarlos por las riendas? —preguntó Verl.

Eddie perdió la paciencia. Encajó el pie contrario al de siempre en el estribo y se izó con un potente gruñido, mirando hacia la cola del caballo. Se libró por los pelos de encajarse el pomo en la rabadilla, y luego buscó a tientas las riendas que Martin trataba de alcanzarle a su espalda. Yo me subí al derecho a *Joker*, cogí las riendas, pateé los estribos, y luego giré en redondo sobre el trasero y volví a instalarme en la montura, mirando para atrás. Eddie me observó como si acabara de agitar un tutu de ballet ante sus ojos.

Sin embargo, Damon se estiró hasta la crin de *Joker* y me susurró en pleno éxtasis:

—¡El muy capullo no ha practicado nada! ¿Puedes creértelo?

—Con ese caballo no necesita practicar —susurré en respuesta.

—¡No te preocupes tanto!

—Voy a contar hasta tres —nos informó Verl.

El momento se me ha quedado grabado como la esfera de un reloj. Sentí el roce del cinturón contra el borrén de la montura al inclinarme sobre los flancos de *Joker*. Me había pasado las riendas dos veces por la muñeca y las sostenía tan atrás de mí como podía para no tirar del bocado y sobresaltarlo.

—Uno —anunció Cari.

No se oía sonido alguno en toda la Caballería Montada de la Escuela de Marias Coulee, ni entre los seguidores de Eddie ni entre los míos. Los clanes de los centauros debieron de contemplar con igual ecuanimidad las carreras entre los suyos en los vergeles del Peloponeso.

—Dos.

Joker ya tenía las orejas erizadas. También yo.

—¡Tres! ¡A LAS ESPUELAS!

Eddie era el único equipado para la ocasión: llevaba un par de espuelones de plata, con las púas afiladas como abrelatas, que debían de ser de rigor para conseguir que un caballo corriera detrás de un lobo. Un solo golpe de esas espuelas, y el gran caballo gris entró en acción, aunque no como pretendía Eddie. Se lanzó dando respingos por el camino, a la izquierda y a la derecha, sin entender los deseos del jinete que se balanceaba sobre sus lomos. El propio Eddie tampoco tenía las riendas precisamente bajo control. Yo le encajé los talones a *Joker* y di el tirón de siempre con las riendas: arrancamos en perfecto orden, aunque en un principio no sirvió de mucho. El caballo gris se nos atravesaba por delante como una pared, fuéramos por donde fuéramos: veíamos caracolear sus ancas un instante y al instante siguiente a Eddie de perfil, tratando de mantenerse en la silla, tomar el rumbo correcto y a la vez tirar de las riendas. Los cascos retumbaban, los hocicos resollaban, los espectadores lanzaban gritos de ánimo y vociferaban consejos ecuestres que yo apenas podía oír.

Estaba demasiado pendiente de los caracoleos de Eddie y apenas tenía conciencia de que el camino se deslizaba a toda velocidad debajo de mí. El suelo está bastante cerca cuando lo único que a uno lo separa de él es la cola de un caballo.

El tiempo se arremolinó como la polvareda que levantamos. Hasta donde alcanzaba a atisbar de refilón, ya estábamos hacia la mitad del Corte. El caballo gris había cubierto al menos el doble de la distancia, pero seguía saliendo disparado hacia un lado y otro. Parecía que siempre estábamos a punto de alcanzarlo, pero por lo visto ese fugaz borrón de cuatro patas era capaz de galopar así todo el día. En ese momento no lo pensé, pero parecía confirmar el argumento de Morrie de que la vida procede por ímpetus.

Traté de volver a pensar con la cabeza, o con lo que me quedaba de ella tras las sacudidas que provocaba cabalgar del revés. Era el momento de hacer la única maniobra que sabía hacer. Ahora o nunca. Y quizá ya fuera demasiado tarde. Damon y yo lo teníamos todo planeado.

—No le muestres cómo se usa el borrén hasta el último momento —me había aconsejado mi preparador—. Al imbécil de Eddie no se le va a ocurrir solo.

Hasta ese momento, yo iba cabalgando más o menos sentado, igual que Eddie, bamboleándome y resbalando, y agarrándome a las correas para compensar la ausencia del pomo. En cuanto el caballo de Eddie enfiló espantado otra diagonal y *Joker* avanzó tras él, me agaché más que un *jockey*, extendí la mano izquierda y abracé como un oso la curva trasera del borrén. Mentiría si dijera que es lo que más he deseado abrazar en mi vida, pero en ese momento cumplió su propósito. Como habíamos descubierto en nuestras carreras para atrás —probablemente la idea fue de Toby, el más temerario por naturaleza—, si uno se agachaba lo suficiente podía apoyar parte del pecho contra el borrén y solo había que dejarse caer sobre la silla para quedar firmemente agarrado. El truco aclaraba enormemente las cosas para el caballo. Con su *jockey* inclinado sobre el lomo, aunque fuera, inclinado en dirección contraria, *Joker* empezó a ganarle terreno al veloz corcel gris.

Eddie ya tenía bastante con no caerse del caballo como para abrazar además el borrén. Yo iba pegado al lomo del mío como una lapa, pero el lomo del suyo todavía parecía la cubierta de un barco en un temporal, y *Joker* acortaba distancias cada vez que el indómito corcel hacía otro zigzag.

Para entonces ya íbamos galopando rumbo a las fiambreras. Atisbé otra vez de reojo y confirmé lo que ya sabía: el camino era demasiado estrecho para que ambos girásemos a la vez en redondo. La ventaja era de nuevo para Eddie: solo tenía que dejar que su caballo siguiera avanzando un trecho en la siguiente diagonal y tirar con fuerza de las riendas para hacerle dar la vuelta. Yo solo podía mantener el trote de su caballo con la esperanza de alcanzarlo más adelante. Estábamos todavía algo rezagados y eché un vistazo justo cuando Eddie decidió abalanzarse en nuestra

dirección. Hizo lo que habría hecho cualquier jinete como los Turley a lomos de un caballo bronco: hincarle las espuelas para reforzar la orden.

Damon, Toby y yo podríamos haberle advertido que no era buena idea cuando uno monta para atrás. Si uno se para a pensarlo, los talones están donde suelen estar los dedos del pie y las espuelas se clavan cerca de la cruz del caballo, que más bien está acostumbrado a sentir las espuelas en los flancos.

Eddie, además, debía de estar mal sentado, y le clavó una espuela cerca del hombro. El caballo gris se encabritó, giró en la dirección contraria a la que quería Eddie y se abalanzó contra el mojón plateado.

Se oyó un estrépito cuando embistió el pilar y llovieron fiambreras por todas partes.

Me agaché y dejé galopar a *Joker* hasta más allá del derrumbe, y luego le di un tirón hacia la izquierda. *Joker* no acertó a doblar limpiamente la curva, pero acabó por dar la vuelta, caracoleando y resoplando como si imitara a un caballo salvaje que se intentara domar, y al final enfilamos el camino de vuelta a la meta. Era más de lo que podían decir nuestros contrincantes.

Ir de espaldas se convirtió en toda una ventaja: vi con toda claridad a Eddie rebotando en la montura, mientras el caballo gris dejaba el camino y se alejaba por el pedregal. Los barrancos de arcilla al norte del Corte se extendían en un laberinto de siluetas erosionadas que, al cabo de poco más de un kilómetro o así, encontraban el río Marias. Aquél caballo prófugo parecía tener toda la intención de darle a Eddie un chapuzón.

Joker siguió en solitario hasta que volví la vista y divisé a Verl agitando los brazos.

—¡Eddie la ha pifiado en el mojón! ¡Ha ganado Paul!

Entre gritos, silbidos y hurras, todo el mundo se encaminó al pedregal para averiguar qué había sido de Eddie. Para cuando *Joker* se detuvo y pude sentarme al derecho, Damon y Toby ya estaban a mi lado, todavía aturridos por la victoria. El caballo gris desapareció a lo lejos detrás de un montículo de barro. Cuando volvió a aparecer, no había jinete en la montura.

Nadie se preocupó demasiado, aunque tal vez debimos preocuparnos. Si los Turley podían con una jauría de lobos, sin duda debían de ser inmunes a las amenazas menores que suponían los caballos y los seres humanos. Con todo, el alumnado de Marias Coulee se lanzó en desbandada por el pedregal para auxiliar a Eddie.

Antes de que diéramos con él, apareció cojeando por detrás del montículo, con la camisa rasgada, algo de sangre en la barbilla y un rasguño en cada retazo visible de piel.

—Montar para atrás —se quejó— es más difícil de lo que parece.

Cuando los golpes sonaron en la puerta al día siguiente, aún me sentía una cabeza más alto. Abrí de par en par y solté, muy alegre:

—¡Buenos días, Rose!

—¡Caray! Por lo visto hoy te has levantado con el pie derecho. Hecha un primor, pasó junto a mí y se desató el gorrito. Traía en la mano la bolsa diminuta de su almuerzo y otra bolsa más grande, que contenía nuevas armas para la limpieza del hogar. Según había predicho, le había llegado su hora al porche de la entrada, donde nos quitábamos las botas y colgábamos los abrigos, sombreros y gorros de todas las estaciones (además de amontonar todo lo que hubiera por ahí).

Me moría por contarle lo de la carrera pero sabía que confiar en un adulto sería un suicidio. De repente me oí balbucear:

—¿Sabes qué?

—No, ¿qué? —Rose se quedó mirándome como si estuviera hechizado.

—Eh... Anoche dormí muy bien.

Desde luego, eso no era todo. La victoria sobre Eddie había sido planetaria. Carnelia había encontrado su caballo y había depositado las riendas en sus manos magulladas como quien le deja caer un centavo a un mendigo. En mi sueño se mostraba inusitadamente cordial y marchaba hasta mi pupitre al frente de todos los niños de la escuela, que me honraban trayéndome pasteles. Había bizcocho. Tarta de mantequilla. Tarta al ron, aunque nos la tenían prohibida. De chocolate, con cubierta de vainilla. El estómago empezó a gruñirme con el recuerdo de tanta maravilla.

—Me alegra —dijo Rose, todavía escrutándome.

—Buenos días, Rose —bostezó papá desde el pasillo, antes de enfilear como todos los días hacia la cafetera. Era sábado, y Damon y Toby seguían dormidos.

—Oliver... Tengo que decirle algo.

—No me diga.

Papá tuvo que volver sobre sus pasos. Me puse junto a él: el tono de voz de Rose parecía requerir la atención de toda la audiencia. —Es sobre lo que pasó ayer.

El corazón me dio un brinco. Papá se frotó la barbilla, tratando de precisar el recuerdo del día anterior en el torbellino de la semana. Rose tomó aliento como para declamar. Ni siquiera la tía Eunice habría podido hacerle la menor crítica.

—He estado pensando en lo que dijo Morrie sobre el destino —se lanzó Rose—. Después de todos estos años, todavía tengo cosas que aprender de él. Qué hombre.

—Tiene toda una educación —admitió papá—. Eso está claro.

—Volviendo al destino... —perseveró Rose, y apuntó al suelo con el dedo como si fuera una pistola. Señaló luego una pared, la otra, el techo: nosotros dos seguíamos el recorrido del dedo, hipnotizados—. Aquí. Aquí es donde yo tengo que estar —declaró—. Haciendo un trabajo honrado, en una casa donde la gente tiene los pies en la tierra. Esto es lo que necesitamos para curarnos de toda esa... ligereza de nuestra

vida anterior. Tanto Morrie como yo. Después de nuestra conversación del otro día — la conversación de viuda a viudo, sería—, entendí que podía decírselo. Es una maravilla que nos haya traído aquí, que nos haya salvado de...

El enfático dedo apuntaba ahora acusador en la dirección de Minneapolis. Para entonces, ya estábamos tan acostumbrados a rellenar los espacios en blanco de las conversaciones con Rose que tanto papá como yo nos sobresaltamos cuando, de improviso, ella misma completó la frase:

—¡De la perdición!

Sabíamos que en líneas generales la vida de Rose había tenido drásticos altibajos: el exclusivo negocio de guantes, luego el fallecimiento del pobre señor Llewellyn, que, por lo visto, la había hecho volver a ser ama de llaves en Lowry Hill. También Morrie debía de haber tenido sus reveses de fortuna, o no estaría allí, en Marias Coulee. Desde luego, todos lo atribuíamos a los malos hábitos de ambos con el dinero. Estaba claro que el dinero se les había ido como el agua entre los dedos. Sin embargo, no dejaba de causarme cierta intriga que el nivel de vida de alguien, por muy elevado que fuera, pudiera acabar enturbiándole el alma. Comprendí que papá también trataba de imaginar en qué había consistido esa existencia de seda y *tweed* que nuestra ama de llaves y su hermano habían llevado en Minneapolis y en Chicago. No estaba teniendo más éxito que yo.

Papá se aclaró por fin la garganta:

—A ver si la entiendo bien. Parece ser que el día de ayer les ha causado una gran impresión a usted y a Morrie. ¿Me equivoco si creo que el noble gesto de Morrie de limpiarnos el gallinero está ligado a ese nuevo sentimiento de haber hallado su destino? Como cuando el buen samaritano pasó por el camino en el momento justo, ¿algo así?

—¡Exacto!

Rose se retorció las manos bajo el delantal, como si se hubiera quitado de encima una faena bastante pringosa. Tal vez, recuerdo que pensé, podía tener algo de razón. Si uno quería purgarse de toda perdición, nuestra áspera vida de colonos era ideal.

—Oliver, Paul —prosiguió Rose con voz cálida—, creo que os imagináis que Morrie no está acostumbrado a limpiar gallineros, ni a cortar leña, pero cuando se lo pedí ayer él mismo se armó de valor, se metió dentro con la pala y se enfrentó cara a cara con algo que claramente nadie había querido hacer. Ni siquiera le importó salir después oliendo a...

Ésta vez no concluyó la frase. Cuadró los hombros, como para afrontar la conclusión a la que ella misma había llegado.

—Ayer, para confirmarlo, busqué la palabra *fortuna* en el diccionario grande antes de irme a casa. Decía: «Encadenamiento de los sucesos». Me pareció un poco corta, así que busqué *destino*, que es mucho mejor. —Rose tomó aliento otra vez para

recitar—: «Aquello en la naturaleza del universo que obra sobre los sucesos para que sean como son». Y eso es. Podéis llamarlo como queráis pero, para mí, que Morrie se aviniera ayer a hacer esa tarea tan desagradable, que llegó a sus manos por casualidad, en fin, porque se lo pedí yo, es toda una prueba de que el destino ha decidido que dejemos nuestra vida anterior atrás. ¿No creéis?

—Que no salga de entre nosotros —dijo papá—, pero yo simplemente pensaba cambiar de sitio el gallinero. Tiene unas ruedecitas debajo.

—Ah.

—¿Tenía alguna otra cosa en mente? —Los fogones no quitaban ojo a papá—, ¿antes de que me vaya?

—Me parece que sí —Rose se puso a pensar—, antes de que empezáramos a hablar... Ah, sí. La cocina. No os preocupéis por hacer la comida hoy.

¡Por fin! Al cabo de tanta espera, Rose se hacía cargo de nuestra situación. Papá y yo intercambiamos una mirada de asombro. Yo ya sentía un cosquilleo por todo el cuerpo desde el sueño de los pasteles. En esa época tendría que haberme puesto en la cola del diccionario detrás de Rose para saber qué quería decir *premonición*, pero lo que pedía un nombre en mi interior era algo bastante similar.

—La comida, la comida, la comida —parecía recordarse Rose, pensando en voz alta—. Tiene que estar por aquí, estoy segura. ¡Ah!

Desapareció, pero no en dirección a la cocina. Y volvió a aparecer con la bolsa grande que había traído esa mañana.

—Aquí está —proclamó, satisfecha. Nuestros ánimos fueron decayendo con cada palabra que siguió—: Hago entrega de la bolsa, delante de testigos. La envía Rae. Es el almuerzo de mañana, ¿me equivoco? Tengo entendido que iréis todos al, cómo se llama, al Dique Grande.

Papá tomó la bolsa y contestó con voz atona:

—Sí. —Y luego, con nuevo énfasis, antes de volverse hacia la cocina, añadió—: Rae es todo un tesoro culinario.

—¿Oliver?

Parecía que estaban jugando a pisarse la sombra. Para cuando papá se dio la vuelta de nuevo, Rose ya estaba a menos de un palmo. Lo miró con cierta expresión conspiratoria.

—¿Le incomodaría llevar un par de pasajeros? Morrie y yo estamos muy interesados en ver el Dique Grande.

—Llevo carga —contestó papá, descartando la posibilidad—. Y vamos en la carreta, que por ese camino salta como un potro salvaje.

Rose tenía preparada una segunda carga de munición.

—Después de lo del gallinero a Morrie no le importará ayudar a descargar.

—Eso sí me lo creo —aceptó papá—. Está bien. Nunca están de más un par de

brazos para bajar la mercancía. Pasaremos a recogerles a las nueve.

Desapareció a paso resuelto tras el umbral de la cocina. Yo me quedé atrás mientras Rose se ponía el delantal y empezaba a entrar en calor silbando un aria casi inaudible. No pude resistirme a la pregunta.

—¿Rose? Para almorzar y merendar... ¿qué comes?

Rose recogió su minúscula bolsita y me la enseñó como si fuera un trofeo de caza.

—Siempre me traigo una buena rebanada de pan.

Sacó una especie de tostada demasiado hecha, casi quebradiza.

—Toma, prueba.

Todavía recuerdo el sabor. Era como masticar un guijarro.

El Dique Grande, nuestro incipiente Gran Canal. No recibía muchos turistas del perfil de Rose y Morrie pero incluso en domingo en el camino de carga que llevaba a las obras se levantaba una polvareda; la fiebre de excavar la tierra no conoce el Sabbath. Varias carretas nos rebasaron a toda prisa mientras Toby, Damon y yo jugábamos a identificar el establo de Westwater al que pertenecían, según los ejes de las ruedas fueran rojos, verdes o blancos. Por los trajes de lanilla negra y las camisas de cuello extraño, los pasajeros formaban parte de la reciente colonia de belgas que había recorrido un tercio del mundo atraída por la promesa del agua que el Dique Grande iba a traer a esas tierras. Cerca del final del viaje, nos encontramos con un ejemplo de autolocomoción, como habría dicho Morrie. Un modelo T, que todavía entonces era una estampa exótica, se cruzó con nosotros por el camino, con cierto riesgo para la carreta y el propio vehículo, que iba rebotando entre las rodadas de los carros.

Rose parecía tomárselo todo como si fuera un paseo por el parque, quizá con algunas sacudidas. Llevaba un nuevo vestido de seda, del mismo color que su nombre. Morrie iba bastante más desarreglado: traía la ropa vieja de faena de George, que le iba un par de tallas grande. ¿Se había puesto colonia? ¿Sería que arrastraba todavía un tufillo de su aventura en el gallinero? De vez en cuando, papá miraba de reojo a sus turistas y nos lanzaba miradas a nosotros, que le habíamos sacado la visita al dique al cabo de mucho insistir, como preguntándose qué había sido de su sencillo trabajo de acarrear materiales. Sin embargo, no le costaba ningún esfuerzo participar en la conversación, y de tema en tema llegamos a lo alto de la suave cuesta que daba por el norte al ancho llano de Westwater.

—¡Huy! —dijo Rose.

—¡Por Dios! —soltó Morrie.

Supongo que todo ser humano se ha quedado alguna vez sin respiración delante del último artefacto llamado a revolucionar el mundo. Pese a que sea una experiencia común a nuestro destino, o a nuestro hado, como lo llamaba también Morrie, nunca olvidaré la visión de aquella colosal excavadora de vapor en medio de la pradera. Sin duda, era lo más grande que había pasado por allí desde los días en que corrían los dinosaurios. El largo cuello de metal se divisaba desde kilómetros a la redonda, cavando el canal principal del Dique Grande. Las orillas desnudas del canal se extendían a lo largo de kilómetros, como si la máquina fuera un barco embrujado que navegara en tierra firme. En el trayecto hasta el monstruo, mientras Toby cotorreaba al oído de Rose, y Damon examinaba a Morrie sobre las proezas futbolísticas de los Granates de Chicago, y papá se ocupaba de las riendas para evitar los baches, me quedé pasmado observando el movimiento rítmico de la enorme pala, que se fue acercando cada vez más, hasta que fue visible que con cada mordisco arrancaba del

suelo una carretada entera de tierra.

Morrie me interrumpió el trance. En un momento en que Damon se quedó sin aliento, o sin más jugadores de fútbol, se inclinó a través del asiento hacia papá:

—Yo no soy agricultor, Oliver. —Era tan obvio que Rose soltó una risita—. Pero ¿no parece existir cierto conflicto entre este concepto de la agricultura —inclinó la cabeza ante el Dique Grande y su creciente entramado de canales, destinados a irrigar treinta mil hectáreas de tierras nuevas— y Marias Coulee?

—Y yo que lo tenía por un tipo de ciudad —replicó papá—. Ahora resulta que sabe distinguir entre los cultivos de regadío y los de secano. —Dicho esto, suavizó un poco el tono—. En realidad, no hay conflicto. Es la misma diferencia que existe entre el whisky puro y el diluido. A los que sembramos en secano nos gusta puro.

—De todos modos, no salgo de mi asombro —insistió Morrie. Rose, que estaba sentada entre los dos, se echó hacia atrás para no interferir en el debate. Morrie volvió a señalar los kilómetros de ingeniería hidráulica del proyecto de irrigación—. Si para sembrar aquí se necesita todo esto, ¿por qué ustedes no necesitan nada parecido en sus campos?

—Nuestra fórmula es la lluvia.

Morrie sabía apuntarse un tanto cuando hacía falta. Sin decir palabra, enarcó las cejas y extendió la mano como cuando uno quiere saber si hará falta el paraguas. Desde su llegada a Montana, no había caído ni una sola gota de lluvia.

Papá tenía que hacerle frente o plegar velas.

—El cultivo de secano almacena la lluvia cuando llueve —explicó, citando el evangelio de los colonos de su generación—. Seguramente, un hombre tan observador como usted habrá notado lo profundos que son los surcos en los campos de Marias Coulee, ¿verdad? Sirven para atrapar la escorrentía y retenerla en el suelo.

—¿De verdad? ¿El propio suelo actúa como depósito? Pero, entonces, ¿cómo es que existen los desiertos?

—Porque, que yo sepa, nadie les pasa el arado. —Si Morrie buscaba instruirse en materia de cultivos, papá iba a darle unas lecciones—. El cultivo de secano tiene detrás bastantes investigaciones. El Estado lleva años haciendo pruebas; tienen institutos de técnicas de arado y nos mandan los últimos resultados de las estaciones experimentales y demás. En resumidas cuentas, sacamos cosechas muy respetables, aunque nuestras tierras supuestamente sean áridas.

—Es interesante —admitió Morrie, o al menos pareció admitir— que un instrumento como el arado haya domesticado así la naturaleza. Y la Historia misma, si a eso vamos.

Me di cuenta de que Rose lo observaba con aprensión. Sin duda, su hermano había tenido escauceos anteriores con la Historia. Una vez más, Morrie señaló el Dique Grande y sus tierras prometidas.

—Uno pensaría —cuando Morrie pensaba en voz alta casi podía oírse la idea remontando el vuelo, como cuando baten el aire las alas de los cisnes silbadores al volar bajo—, pensaría que a lo largo de todos los siglos de los que existen anales, la gente ha intentado llevar agua a sus tierras.

—Tal cual —dijo papá, ahora afable ante los procesos mentales de Morrie—. Nosotros también llevamos el agua a Marias Coulee, pero nuestro depósito es el cielo. Excepto un año, veamos, sí, fue en 1904, nuestras cosechas han estado justo al nivel de...

En la parte trasera de la carreta, la mayor parte de la conversación nos entraba por un oído y nos salía por el otro. Estábamos ansiosos por encontrarnos con los Provonost. No había pasado ni un día desde que nos habíamos visto con Izzy, Gabe e Inez, pero la idea de visitar la tienda en la que vivían y curiosear con ellos por las obras del dique —y comentar otra vez todos juntos mi portentosa carrera contra Eddie Turley— parecía un plan inmejorable para el fin de semana.

La vida nos superó una vez más. En cuanto la carreta se adentró en el bullicio del campamento, Damon divisó una gran carpa de lona al final de las tiendas e interrumpió con un gemido a los adultos:

—¡No nos contaste que había un circo!

—No es un circo como el que te imaginas —respondió papá, volviendo la cabeza para enfilar hacia un capataz que le hacía señas desde el depósito de mercancías—. Es uno de esos predicadores ambulantes, el Hermano Jubal, según se hace llamar. Supongo que se llamará Jubileo. —Se volvió hacia Rose y Morrie—: recluta bastantes fieles en estos campamentos. Nunca faltan obreros con resaca y otros síntomas del pecado, sobre todo después de la noche del sábado. Además, no les pagan nada mal —enfaticó papá, lanzándole una indirecta a Morrie—, y seguro que eso se nota a la hora de la colecta.

Se volvió luego hacia nosotros, que estábamos a punto de saltar a tierra en busca de diversión.

—No quiero tener que buscaros por todas partes a la hora de la comida. Portaos bien en la tienda de los Provonost y estad de vuelta aquí a mediodía, ¿entendido?

Prometimos —la mano sobre el pecho «y si no que me muera»— que no nos retrasáramos.

Dejamos a Rose en el pescante, sola y airosa como un mascarón de proa en un muelle, y salimos a la carrera a buscar a nuestros amigos. ¡Nos habían soltado en el Dique Grande! ¿Qué gracia podía tener el famoso parque de Coney Island en comparación? El campamento desbordaba todas nuestras expectativas: había arrieros diciendo palabrotas, caballos sudorosos, capataces frenéticos y, por encima de todo el polvo y el bullicio, la torre de la excavadora rugía y chirriaba estruendosamente, comiéndose la tierra de la pradera.

—A que esto es mejor que el circo, ¿eh, Damon? —concluyó Toby cuando rodeábamos la cocina del campamento, como nos había indicado Isidor.

La tienda de los Provonost estaba al final del camino, con la puerta de lona abierta, dándonos la bienvenida. Sin embargo, en cuanto nos asomamos dentro nos paramos en seco. Tenía que haber algún error. Los Provonost iban vestidos de domingo.

Por lo visto, los habían condenado a ir a la boda de un pariente en la ciudad. Isidor, Gabriel e Inez salieron a la carrera a recibirnos, tan desconsolados como impecables, y su madre anunció a su espalda que lo sentía mucho, pero que tenían que marcharse a Westwater en cuanto el señor Provonost enganchara los caballos. Esperamos sin saber adonde ir, unos y otros incómodos, hasta que la carreta apareció. Nos despedíamos ya con caras largas cuando Isidor se detuvo antes de subirse a la parte de atrás: —Tenéis que echarles un vistazo a los poseídos del pastor —dijo, como si lo hubiera meditado largamente—. Os va a dar repelús de verdad.

La carreta no había doblado todavía la esquina del rancho cuando Damon tomó la palabra:

—Vamos a echar un vistazo, ¿no?

—Papá no nos dijo que no fuéramos —razoné—, ¿o sí?

Toby puso su grano de arena:

—Yo no lo oí.

—¡Deteneos pecadores! ¡Pensad antes de seguir adelante! ¡Volved, volved sobre vuestros pasos!

La profunda voz del Hermano Jubal nos hizo retroceder medio paso cuando nos acercábamos a la parte trasera de la carpa. Los sermoneadores como él, sin embargo, tenían un mérito: si alguno de sus preceptos lo hacía a uno dudar, no tardaban en ofrecerle otro. Al cabo de un momento bramó:

—¡Hoy os traigo la enseñanza más feliz! ¡Contra la Providencia no hace falta luchar!

Fue entonces cuando entramos.

Isidor hablaba en serio. Los poseídos del pastor, como los llamaba, se estremecían sobre sus talones como si soplara a través de ellos el viento de los Cielos. Todos tenían los ojos clavados en el Hermano Jubal, subido al espacioso pulpito que suele exigir toda religión.

—Guau —suspiró Damon, arrastrando un pie por el suelo cuando entramos.

Entendí lo que quería decir. El suelo estaba cubierto de paja, por si alguno de los fieles, conmocionado al ser tocado por el espíritu religioso, se veía en la necesidad de revolcarse. Los tres nos amontonamos al abrigo de uno de los postes de la carpa.

—¡La Biblia! —vociferó el Hermano, blandiéndola—. Yo os pregunto, hermanos

y hermanas, os hago la única pregunta que os harán a las puertas de la salvación: ¿habéis hecho uso de este poderoso libro? Si la respuesta es que apenas os la habéis puesto encima del corazón para detener una pequeña hemorragia nasal... Amigos míos, os estáis metiendo en un buen lío para toda la eternidad.

Mientras iba y venía, se detenía y giraba en redondo, traté de precisar a quién me recordaba. En un momento dado hizo una pirueta y se quedó de perfil, con su Biblia en alto: tal vez algo menos viejo y menos panzón, era la viva estampa de William Jennings Bryan, por quien papá decía que había que votar en todas las elecciones presidenciales (cosa que prácticamente había hecho). El mismo traje de sepulturero, la misma corbata escuálida. Eso sí, en talento acrobático ganaba de calle el Hermano Jubal. Llevaba un cuarto de hora balanceándose sobre los talones y de pronto cruzó la tarima como un rayo, se paró en seco al pie de una mesita donde había una jarra y un vaso, y proclamó:

—Del nacimiento al funeral, desde la cuna hasta el cajón, ¡solo la Biblia puede salvaros de las llamas!

Toby me dio la mano con timidez. Hacía tiempo que no me la daba.

El Hermano hizo un alto para depositar el Libro en la mesita —de algún modo, sus pausas eran tan estrepitosas como sus prédicas, y la congregación mantenía el compás—, levantó la jarra y sirvió el líquido en el vaso.

—Te apuesto a que es pis de pantera —me susurró Damon al oído.

Fuera o no una muestra de nuestro notable aguardiente local, el Hermano Jubal le dio un buen trago. Se secó la boca con el dorso de la mano, con gesto masculino y sudoroso, y de pronto pareció recordar algo.

—¡Nuestro himno! ¡Aún no hemos elevado al Cielo nuestras voces!

Ciertamente, él había elevado un poco la suya. La congregación, con manos tensas, desplegó y alisó al unísono los folios con las canciones.

Era una decepción que nadie se hubiera revolcado todavía por el suelo, pero a los tres nos gustaba la música. Damon nos sonrió de medio lado y tamborileó con el pie como un violinista de una banda *country*, y Toby ahogó una risa. El Hermano acometió la canción con un bramido grave que casi nos peina el pelo para atrás:

*La batalla hemos de librar
en las tierras de Montana...*

La congregación entraba entonces con el coro:

¡Danos fuerzas, oh, Señor!

—Paul, mira, ahí está...

—Chist, Toby, estoy intentando escuchar.

El Hermano Jubal hinchó el pecho como un cantante de ópera y reanudó el canto:

El coyote, nuestra trompeta.

El Dique, nuestra trinchera...

—Damon, Paul...

—Puedes esperar hasta el final, Toby.

Damon optó por ser más directo y le apretó los labios para dejárselos como el pico de un pato, como solíamos hacer cuando alguno de los tres se iba de la lengua.

¡Señor...!

Toby logró librarse de los dedos de Damon.

—Pe-pe-pero es que allá está...

¡Oh Señor...!

Damon y yo miramos por fin a donde señalaba el pesado de nuestro hermano. Del otro lado de la carpa, en la parte de atrás, dos figuras desgreñadas sobresalían por encima de las cabezas inclinadas de los fieles. Eran Brose Turley y Eddie.

¡Danos fuerzas!

A Damon se le quitaron las ganas de hacer el tonto. A mí se me puso la mente en blanco. Brose Turley sostenía la partitura del himno a la altura de la nariz y mascullaba al compás del canto. Sin embargo, Eddie no parecía interesado en la música. Miraba embobado a su alrededor y era cuestión de tiempo que diera con nosotros. Finalmente nos vio. Parpadeó y volvió a mirar: seguíamos siendo nosotros. Susurró algo con urgencia al oído de su padre e incluso se llevó la mano como por reflejo a la pernera, en el universal gesto de «tengo que ir a mear». Brose Turley frunció las cejas y le señaló la salida con la cabeza. Eddie enfiló derecho hacia nosotros.

—Vámonos —murmuré. Damon y Toby ya estaban más que listos para marcharse.

Conseguimos salir de la carpa, pero no había esperanza de escapar de Eddie. Se nos echó encima como un perro de presa cae sobre un ciervo lastimado.

—¡Malditos fisgones! —Me agarró por el hombro y me dio la vuelta como si no

pesara nada—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Habéis venido a restregarme lo de la carrera?

Con el tupé de los domingos repeinado con agua, parecía aún más grande y amenazador que montado a caballo.

—Cálmate —le dije—. Papá tenía que traer unas mercancías y vinimos con él.

—Ya, claro. Ha venido a traer las mercancías a la carpa del predicador, ¿no?

—Déjanos en paz, ¿vale? —Puse voz de tipo duro, pero Eddie no pareció impresionado—. Entramos por curiosidad, nada más.

Damon había empezado a balancearse de un pie a otro, clara señal de que se estaba enfadando. Yo aún trataba de calmar las cosas, cuando le oí decir buscando guerra:

—Además, ¿qué te importamos nosotros? ¿No están esperándote ahí adentro para salvarte?

Eddie dio un largo paso hacia Damon.

—¿Te van a meter dentro del agua, Eddie? —preguntó de repente Toby, que se había quedado sin aliento de solo pensarlo.

—¿Meterme dónde?

—No son bautistas, Toby... —le aclaró Damon—. Bautistas —corregí yo.

—A éstos les dan ataques, ¿no es así, Eddie? Por cierto, ¿has tenido algún trance divertido? ¿Cómo llevas las convulsiones?

Por si Eddie no lo hubiera entendido, Damon removi6 los ojos, lanzó un gruñido reverente y entr6 en un espasmo de temblores y espumarajos.

Eddie se puso colorado. Parecía a punto de reventar, pero cuando revent6 no fue como esperábamos.

—Mi padre me obliga a venir. —Dejó caer las manos a los lados, en señal de impotencia—. Para sacarme el diablo que llevo dentro. Eso dice.

Damon dej6 de sacudirse. Toby mir6 a Eddie conmovido, buscando alg6n signo de que el diablo estuviera a punto de salir. Por la expresi6n de mi cara —y eso fue un error— Eddie debió de darse cuenta de que yo tambi6n lo compadecía.

Nuestra compasi6n, si es que fue eso, lo enardecí6 de nuevo.

—Si os chiváis en la escuela os voy a... —fue alzando la voz con la amenaza.

—¿A qué? —volvi6 a retarlo Damon—. No puedes ponerle un dedo encima a Paul, ¿recuerdas?

Cerr6 los puños, uno despu6s del otro. Se qued6 mirando el ment6n de Eddie, como calibrando el golpe. Incluso yo había conseguido darle un puñetazo, ¿o no?

—A mí puede que me des una paliza —el sentido com6n de Damon discutía ahora en voz alta con su temeridad—, pero te vas a acordar de la pelea.

Di un paso adelante.

—No le diremos nada a nadie, Eddie. No es asunto nuestro.

—¿Y por qué voy a confiar en vosotros? —resopló.

Toby entró en acción. Se escupió en la palma de su manita y la tendió al encuentro de la zarpa de Eddie Turley.

—A ver si os desfogáis un poco bajando el heno —dijo papá mientras desenganchaba los caballos.

Damon y yo habríamos podido ayudar, pero estábamos ocupados armando jaleo. Toby echó una carrera hasta casa con *Houdini*. Era un milagro que las vigas del establo no estuvieran sacudiéndose al compás de nuestro entusiasmo. Durante todo el trayecto desde el Dique Grande, a espaldas de los sensatos adultos del pescante, no habíamos dejado de intercambiar sonrisas gatunas: conocíamos un secreto de Eddie Turley. No importaba que nunca fuéramos a contárselo a nadie. Lo sabíamos. Y había algo más: ese secreto era un valioso recurso añadido al gran repertorio de la familia Milliron, división juvenil. Desde entonces, y hasta el final de los tiempos, bastaba con que Damon removiera los ojos y se estremeciera un poco para que Toby, él mismo y yo nos riéramos a carcajadas.

De repente, Damon dejó de forcejear conmigo y se llevó la mano a la oreja como si se hubiera quedado sordo.

—¿Heno? ¿Freno?

Por algún motivo me pareció desternillante. Papá se volvió hacia nosotros cargando los arreos de los caballos, con esa cara que ponen los padres para decir que hablan en serio. Sin embargo, Damon ya se había escurrido escaleras arriba hacia la pila de heno. Me pareció prudente ayudar a papá a colgar los arreos en los clavos. A tenor de lo que le había oído decir antes de que dejáramos a Rose y a Morrie en casa de los Schricker, ese día había llegado al límite de su tolerancia. Sus esfuerzos para persuadir a Morrie de que el Dique Grande era el lugar lógico para que buscara empleo habían topado con una resistencia cortés pero infranqueable.

—Creo que prefiero la soledad de las jornadas en el campo —había dicho Morrie, ya veterano de varias escaramuzas semejantes—. George siempre encuentra alguna tarea para mí en casa de su madre. Realmente es notable. Y si usted alguna vez necesita una mano, Oliver, le ofrezco estas dos.

—Oliver —interrumpió Rose, mientras papá sopesaba la oferta—. Tengo que pedirle un favor para la próxima vez que vaya a la ciudad. Es por el polvo.

Los cuatro Milliron nos volvimos sin querer hacia el vaporoso velo de polvo que levantaba la carreta: todos los vehículos de Montana arrastraban una polvareda igual durante siete meses al año. El polvo era algo tan cotidiano en nuestras vidas que nadie se molestaba en comentarlo.

—El polvo no me gusta —añadió Rose con decisión.

Papá le lanzó una nueva mirada perpleja al crónico banco de niebla marrón que brotaba de las ruedas de la carreta.

—No sé qué podría hacer yo...

—Digo dentro de la casa. Sería más fácil mantenerla limpia si no entrara el polvo todo el tiempo. La próxima vez que vaya a la ciudad, ¿podría traer cinta aislante para corrientes?

—Cinta aislante para... —Pese a que papá solía distraerse leyendo cada noche un par de páginas del diccionario, tardó varios segundos en entender—. ¿Se refiere a esas tiras de corcho para las ventanas?

—Sí, creo que sí. Mi pobre marido decía que se llamaba «cinta aislante». —No habíamos tenido noticias del difunto señor Llewellyn en un par de días, pero ya había regresado—. Los galeses realmente tienen un don con las palabras... Es hereditario, además, ¿no es así, Morrie?

—E imborrable —confirmó Morrie, y le dio una de sus palmaditas en el brazo.

—Seguro que no tardará ni un momento en clavar unas cuantas tiras en los marcos, ¿verdad, Oliver? —perseveró Rose—. Como le digo, sería una bendición para la limpieza de la casa.

Papá no tenía escapatoria. No podía estar en contra de una bendición para la limpieza de la casa. Morrie, solícito, preguntó cuántas puertas y cuántas ventanas teníamos y, tras computar a la velocidad del rayo, anunció que necesitábamos unos cincuenta metros de tiras para aislar nuestro hogar del polvo.

¡Choff! Una cascada de heno que se precipitó dentro de los pesebres interrumpió mis recuerdos. Papá dio un respingo.

—¡Damon! Que caiga dentro del comedero, ¿de acuerdo? Contempló con exasperación la costosa alfalfa que ahora yacía en el suelo del pesebre entre boñigas de caballo. Oí la orden cuando ya iba hacia la escalera:

—Sube y trata de controlar a ese lunático mientras les pongo el agua.

—Ahora me toca a mí —le dije a Damon, y me metí dentro de la pila de heno. Me cedió la horca y el campo de batalla, y se dejó caer de espaldas, como si el heno fuera un estanque. Era como para tumbarse así, y estirar los brazos, y disfrutar: últimamente habíamos tenido tanta suerte que yo mismo no podía dejar de sonreír mientras lanzaba el heno con todo cuidado a través del agujero, para que cayera en el comedero.

—¡Ja! ¿Puedes creértelo? —suspiró Damon, todavía maravillado—. Mira que encontrarnos con Eddie ahí, en la carpa, con esos locos. Seguro que con ese puñetazo que le diste lo dejaste arrepintiéndose de sus pecados.

—Ya está, Damon.

—¿Ya está qué? ¡No te pases de modesto! ¡Puñetazo Milliron!

Hizo una pantomima de un puñetazo monumental, con tanta ferocidad y tal ímpetu que cayó rodando entre la alfalfa.

—¡La cara que puso Eddie cuando lo golpeaste! No me extraña que luego corriera

como un palurdo, todavía debía de estar atontado...

De repente nos percatamos del silencio que reinaba en el establo. Habríamos tenido que oír el sonido de la bomba mientras papá llenaba el bebedero de los caballos.

Damon se acercó a cuatro patas a atisbar por el borde del pajar. Trastabillé a su espalda, por miedo a mirar.

Papá había vuelto al establo por un cubo, y estaba mirándonos. Mi hermano y yo nos quedamos pálidos.

—Bajad. Ahora mismo.

El reflejo inmediato era salir pitando, pero no había escapatoria. Nos cuadrarnos, un criminal al lado del otro, delante de nuestro padre. No me atrevía a mirarlo a los ojos y tampoco quería mirar al chivato de mi hermano. Damon estaba estupefacto.

—Fue que... Paul... Nosotros...

—Hasta donde entiendo, Paul es el involucrado —dijo papá con voz pétre—.
Métete en casa, Damon. Ahora.

Se volvió luego hacia el banquillo de los acusados. Yo ya tenía escrito «culpable» en la cara.

—Tú y yo tenemos que hablar.

Me escoltó hasta el granero y nos sentamos encima de los sacos de avena: la sesión prometía ser larga.

—Paul solo quería... —balbuceó Damon telegráficamente desde la puerta del establo—. Él no quería...

—Damon —rugió papá—, voy a decirlo solo una vez más. Vete.

El silencio se espesó a nuestro alrededor. Papá se volvió otra vez hacia mí:

—Veamos. Según entiendo, ¿tú le pegaste primero a Eddie Turley?

—Sí, señor.

Papá parecía apesadumbrado.

—Por caridad, Paul. Se supone que Damon es el fanático del boxeo de la familia. ¿No puedo fiarme tampoco de que mi hijo mayor no pierda los estribos?

—Estuve una semana aguantando, de verdad, pero luego Eddie habló demasiado. Y por eso le aticé. Papá soltó un suspiro.

—¿Cómo que habló demasiado?

—Estaba molestándome... —Hice una pausa.

—Suéltalo de una vez.

—Molestándome con Rose.

La expresión de su rostro cambió. En ese momento pensé que tal vez había esperanzas. Ya a esa edad comprendía que, en algún nivel, papá había decidido ignorar los rumores que podían circular sobre un viudo que empleaba a una mujer sola en su casa. Las circunstancias habían jugado a favor: todo el mundo podía ver a

Rose cuando volvía cada tarde a su habitación en casa de George y Rae, y su propio hermano oficiaba de carabina por si hacía falta, pero no había duda de que Oliver Milliron, que era toda una institución en Marias Coulee, de vez en cuando tenía que hacerse el sordo. No le importaba si el afectado era solo él, pero no se le había ocurrido que también nosotros tendríamos que enfrentarnos a cotilleos desagradables.

Me escrutó con la mirada.

—No quiero demasiados detalles, Paul, pero ¿qué dijo exactamente Eddie? Se lo repetí, palabra por palabra. Papá hizo una mueca.

—Qué pobreza de vocabulario. Hijo, en ese tipo de situación, tienes que fijarte en quién te está hablando... —Pero no solo parecían preocuparle las habilidades lingüísticas de Eddie Turley—. Y de esta famosa pelea tuya... ¿no te ha quedado ni un rasguño?

—No, señor.

—¿Ya Eddie?

—Quedó un poco magullado.

Una nueva preocupación invadió la cara de papá.

—La próxima vez que decidas machacar a uno de tus compañeros, trata de recordar quién es su padre, ¿de acuerdo? Brose Turley no se anda con tonterías.

—Nunca se va a chivar de que yo le pegué, papá.

—¿Ah, no? ¿Y cómo va a explicar las magulladuras?

—Probablemente va a decir que su caballo hizo un extraño y lo tiró al suelo.

—¿Es lo que dirías tú si estuvieras en su situación?

—Más o menos.

Me lanzó una mirada severa, sacada directamente del manual del buen padre. Luego procedió con su mejor tono de conferenciante:

—El código de honor de la escuela no te va a salvar el pellejo siempre...

Podía haberle dicho que funcionaba a la perfección, salvo si Damon se iba de la lengua, pero yo quería parecer la viva estampa de la atención.

—Si esta situación vuelve a presentarse —estipuló—, quiero la verdad, ¿me oyes?

Asentí con vigor. Los sermones no solían venir acompañados de azotes, ni de faenas extra en casa, ni de una condena al exilio en mi habitación después de cenar ni de ninguna otra clase de castigo. Y, de momento, parecía que iba a librarme con un sermón.

—Tampoco quiero que te metas en más peleas. —Papá estaba llegando ya al final—. Ni una sola palabra más acerca de Puñetazo Milliron o como te llames.

—No, señor.

—¿Está todo claro?

—Sí, señor.

Se levantó y echó a andar hacia la puerta del establo, pero entonces hizo un alto.

—¿Qué es esa historia de una carrera de caballos?

Ésa noche, después de la azotaina y un sermón tan largo que era todo un castigo, mi padre me mandó a la cama sin cenar, y yo contemplaba abatido el mundo, que había cambiado en ese instante en el pajar. Mi cabeza, todo mi ser, eran preguntas. ¿Por qué papá no había estado manipulando la bomba oxidada cuando Damon se había ido de la lengua? ¿Por qué, en la escala de castigos de Oliver Milliron, era peor ganarle a alguien una carrera a caballo que darle un puñetazo en la mandíbula? Ya puestos, ¿por qué era peor galopar mirando de espaldas que de frente? («¿Cómo? —había alzado la voz papá—. ¿De espaldas?»). ¿Cuál era la nueva tarea que iba a encomendarme después de la escuela, al día siguiente y al siguiente? Con tal de que no fuera ordeñar las vacas... ¿Por qué todo aquel episodio me había pasado justo a mí, en vez de pasarle a Damon?

«Aquello en la naturaleza del universo —me parecía oír a Rose citando inspirada el diccionario— que obra sobre los sucesos para que sean como son». Si aquello era una muestra cabal de mi destino, no quería averiguar el resto.

Damon y Toby se acercaron casi de puntillas, como si estuvieran visitando a un inválido. Damon se tendió a mi lado y estuvo un minuto debatiéndose por dentro. La voz le temblaba cuando por fin le salieron las palabras:

—Paul, si tú quieres bajo ahora mismo y le digo a papá que la carrera fue idea mía.

Arrastrar conmigo a un cómplice de mi criminal carrera para atrás solo servía para multiplicar el suplicio, no para librarme de él.

—Cállate, ¿vale? —Y me volví dándole la espalda.

Para seguir con las preguntas sin respuesta, ¿por qué, si las lágrimas no se oían, oí a Damon llorando en ese mismo instante? Del otro lado de la habitación, Toby gimoteaba en solitario. Yo tenía los ojos reseco y no quería quedarme dormido, por miedo a los sueños.

A la mañana siguiente, Eunice Schricker salió a ver su leña para el invierno, entresacó el primer leño y descubrió que medía un metro. Todos y cada uno de los leños de las tres cuerdas, que estaban perfectamente apiladas, medían un metro.

—Lo recuerdo con toda claridad —se defendió Morrie, cuando George lo trajo esa tarde a casa, en busca de consejo para aplacar las iras de la tía Eunice—. Ésas fueron las dimensiones que estipuló usted, Oliver —se detuvo un momento a reflexionar—. Sí, me pareció un poco peculiar que los leños para hacer fuego tuvieran que ser tan largos, pero supuse que la intención era mantener la pila a resguardo de la nieve.

Papá todavía tenía el gesto endurecido por su sesión de la víspera conmigo. Se le

endureció aún más.

—La próxima vez que suponga algo así pregúnteme primero, ¿de acuerdo, Morrie?

—Mamá está que echa humo —informó George. Eso no era una novedad para ninguno de nosotros, aparte de Toby—. No quiere volver a ver a Morrie en su granja. Ni en la mía. Probablemente tampoco en la tuya.

—Puede ser —dijo papá un tanto hosco—. Pero le alegrará ver al culpable cortando otra vez todos esos leños en trozos de treinta centímetros para la estufa. — Se volvió hacia Morrie, que inclinó la cabeza para dar fe de que entendía qué era un trozo de madera de treinta centímetros—. Para que se sienta todavía mejor —papá siguió dispensando justicia—, tengo un voluntario que va a echar una mano, ¿no es así, Paul? A partir de mañana te encontrarás con Morrie en casa de Eunice después de la escuela.

—Tiene su lado bueno —me dijo Rose, compadecida por la mañana, cuando se enteró de la segunda parte del castigo—. No te vas a aburrir por no tener con quién hablar.

Tres cuerdas de leña no son poca cosa cuando hay que deshacerlas, llevar cada leño al caballete, fijarlo al través y serrarlo al compás con la persona que está al otro extremo de la sierra, y levantar la sierra y cortar otra vez y volver a hacerlo de nuevo, y así hasta el último leño de la pila. No tardé en desear que papá me hubiera condenado a ordeñar las vacas.

Ésta vez Morrie no quería correr riesgos. Antes de empezar cortó una vara de exactamente treinta centímetros. La ponía luego al lado de cada leño y marcaba con un lápiz de carpintero dónde debíamos serrar.

—¿Por qué tenemos que hacerlo así? —protesté, al ver cuánto tiempo tomaba el procedimiento—. Los leños para la estufa nunca salen tan parejos.

—Por mi limitada experiencia con la señora Schricker —argumentó Morrie—, diría que solo podremos defendernos luego si somos obsesivamente precisos.

La tía Eunice, en efecto, bajaba todos los días a vernos trabajar. A veces incluso dos veces al día. Durante las primeras inspecciones nos deteníamos para escuchar la larga lista de imprecaciones que recaían sobre el «incompetente» de Morrie y el «golfo» que era yo. Más adelante, seguíamos serrando.

Una tarde, sin embargo, salió a darnos un repaso destinado a durar varios días, porque tenía que ir en tren hasta Great Falls para que le mirasen los dientes. Morrie no tenía idea de lo que nos esperaba, pero yo reconocí en seguida el programa completo de los domingos, que solía culminar con el lamento: «Falta poco para que

me muera». La condena resonaba en cada sílaba cuando nos advirtió que, al volver a casa, vendría a revisar la pila de leña, de modo que más nos valía estar esperándola a su regreso, pasado mañana. La tía Eunice no solía santiguarse, pero sus palabras surtieron el mismo efecto cuando concluyó con un suspiro y su ya patentada frase final: «Si es que sigo viva».

Morrie hizo un alto con la sierra, como para establecer el vínculo entre nuestra eficiencia y el destino que se había adjudicado la tía. Se acarició pensativo el bigote.

—Yo no me preocuparía por eso en absoluto, señora Schricker —dijo con toda cortesía.

La tía estaba acostumbrada a que en ese punto George y los demás le aseguraran entre murmullos que estaba sana como una manzana. Semejante ejercicio de franqueza por parte de Morrie la tomó por sorpresa.

—¿Por qué no?

—Si para entonces está muerta, no la esperaremos.

La tía Eunice se quedó sin habla y trastabilló en retirada: nunca pensé que sería testigo de algo semejante. Hasta donde podía con mis trece años, empecé a preguntarme qué otros desacatos podía disimular Morrie bajo su bigote. Según había dicho Rose, en su vida de guantes elegantes ella y él y el difunto señor Lewellyn se habían dejado arrastrar a la perdición. Sonaba bastante excitante pero ¿qué significaba eso en realidad? Nada parecido a cortar una pila de leña, desde luego. Sin embargo, eso a Morrie parecía traerlo sin cuidado. Todavía parecía totalmente fuera de lugar cuando acometía cualquier faena, con la ropa vieja de George y el soberbio sombrero marrón manchado de sudor, que apenas tenía ala y no servía para cubrirse del sol. Trabajar con un hombre así era a la vez, y más o menos en igual medida, estimulante y exasperante. Podía volverme loco con la leña, como si en vez de leños estuviéramos apilando diamantes (hasta Toby podía apilar leña sonámbulo), y al instante siguiente se embarcaba en una excursión mental que me dejaba sin aliento. Si un zarapito pasaba por ahí, el largo gancho de su pico daba pie a un comentario sobre las versátiles herramientas de la naturaleza que Darwin había observado entre los pinzones viajando por las Galápagos. El silencio de la tarde en nuestro rincón en la pradera lo hacía preguntarse por qué Thoreau, en su ansia de soledad, no había ido hacia el Oeste, por el camino de Oregón.

—¿Quién es Thoreau? —le pregunté, para enterarme en el acto de que uno podía nombrarse a sí mismo inspector de tormentas y pasarse la vida vagabundeando. El cerebro de Morrie nunca se daba un descanso, ni siquiera cuando los dos dejábamos de serrar, lo cual sucedía con más frecuencia ahora que la tía Eunice no estaba en la granja.

Viéndolo en perspectiva, no estaba mal que Morrie me atiborrara de conocimientos después de la escuela, donde ahora yo estaba desconcertado.

Empezaba cada día con amargura, seguía enfadado con Damon, cosa que a él lo entristecía, y eso dejaba en medio a Toby, preocupado por los dos. En el recreo ya barruntaban que tenía líos en casa: mi nueva fama había empezado a declinar antes de que yo empezara a disfrutarla. Eddie Turley se pasaba los recreos vigilándonos a los tres pese a que le habíamos dado nuestra palabra más solemne, sellada con un escupitajo. Y tampoco me ayudaba que la señorita Trent anduviera inusitadamente alegre y liderara gozosas sesiones de canto en las dos horas semanales de declamación. Llegué a preguntarme si tenía un sexto sentido con los Milliron: siempre que alguno de nosotros tenía problemas, estaba radiante.

Fui recortando la larga semana con la sierra hasta que, el viernes por la tarde, a mitad de nuestra jornada con la leña, Morrie se quedó mirándome:

—¿Con qué sueñas, Paul?

Pero ¿sería posible? ¿No me engañaban los oídos? Un adulto me preguntaba por las correrías nocturnas de mi mente. Además, había tenido un sueño que, más que ninguno, exigía público. Empecé a serrar cada vez con más ferocidad mientras se lo confiaba a Morrie: iba andando por un camino cuando sentí un enorme alboroto detrás de unos montículos que había a un lado; al acercarme vi corriendo a su alrededor a dos personas y a una jauría de lobos —primero los hombres perseguían a los lobos, pero luego los lobos perseguían a los hombres, me cuidé de explicarle a Morrie—, y por más que yo buscaba un palo para lanzárselo a los lobos no daba con el palo y todos seguían correteando alrededor de la roca, y cuando les gritaba que, si no paraban, iba a pegarles con un palo, una cabeza caía rodando desde detrás de la roca. Y en ese momento desperté.

Miré expectante a Morrie por encima del caballete de serrar. Estaba pasmado.

—Quise decir, ¿qué sueñas hacer de mayor, Paul?

La decepción fue colosal. Morrie hizo a un lado el trozo de leña recién cortado, lo reemplazó por otro y lo marcó con el lápiz antes de volver a mi sueño.

—Tengo entendido que en Viena están estudiando esa clase de sueños, Paul, pero me temo que no puedo darte ninguna orientación. Yo más bien tiendo a soñar despierto.

Realmente era como papá. Me lanzaba un rayo de luna, cuando yo necesitaba la más plena iluminación. Volví abatido a la sierra. No habíamos dado ni un par de golpes cuando Morrie volvió a hablar.

—No quiero parecer entrometido, pero... ¿qué hiciste para que te castigaran con estas tres cuerdas de leña?

—Nada especial.

—Pero supongo que algo hiciste.

—No quiero que se entere mucha gente.

—Te guardaré el secreto.

—Fue por una pelea en el recreo... En realidad no fue una pelea, porque el otro era mucho más grande que yo, y por eso decidimos echar una carrera a caballo, una carrera un poco especial. Yo gané la carrera y papá me castigó.

La injusticia del caso salía a la luz.

Para mi sorpresa, la sierra había dejado de moverse. Pensé que habíamos topado con un nudo del leño, pero no: Morrie la sostenía con firmeza, mirándome de hito en hito. En sus ojos había una luz desconocida, un destello como el de un pararrayos bajo el sol.

—Cuéntame más cosas de esa pelea y esa carrera especial.

El mantel de hule recibió más codazos esa noche que en toda su vida. Acabada la cena, me quedé en mi sitio como una roca, apoyé la cabeza en ambas manos y fingí leer *Ivanhoe*, para demostrarle a papá que no bastaba un montón de leña para doblegar mi voluntad. Damon hundió el mentón en los puños y se dedicó a escrutar su partida de solitario de dominó, sin mover siquiera las piezas. Toby se sostenía la cara con sus manos regordetas, pateando el aire debajo de la silla. Parecíamos tres monos, tapándonos los oídos para no oír nada malo. En la cabecera de la mesa, papá repasaba las cuentas de sus acarreo hasta el Dique Grande y nos lanzaba alguna que otra mirada antes de volver a los números. La mesa se estremeció cuando sonaron los golpes en la puerta. Todos nos sobresaltamos.

Papá fue a abrir y nos amontonamos detrás para mirar. Morrie estaba de pie en el umbral, con una linterna en la mano: juraría que tanto él como papá pensaron en Diógenes, el filósofo que buscaba, lámpara en mano, a un hombre honesto por todo el mundo. Ninguno lo mencionó.

—Quisiera pedir prestado algo de lectura —dijo Morrie—. Dice Rose que tienen bastantes periódicos.

Con toda seguridad, Rose le había dicho que teníamos demasiados periódicos: éramos una casa de lectores. Papá recibía por correo el *Denver Post* del domingo, que con suerte llegaba el jueves o el viernes siguiente, el *Great Falls Leader*, que salía todos los días, y la *Westwater Gazette*, que era semanal, y varios vecinos nos mandaban otros diarios con el cartero cuando ya los habían leído; todos tendían a acumularse.

—Puede coger cualquiera de los que Damon no ha descuartizado —le ofreció papá. Se acordó al momento de la etiqueta de la vida en el campo—: Por favor, pase, siéntese un momento con nosotros.

Morrie lanzó una mirada anhelante hacia el recibidor y siguió luego a papá a la cocina, donde estaba hirviendo el café. Damon y Toby volvieron de un brinco a sus sillas, casi radiantes por la perspectiva de que algo alegrara el ambiente, e incluso yo me animé con la visita, aunque había pasado varias horas serrando leña en compañía

de Morrie. Con todo, no había manera de prever las consecuencias de tenerlo allí (cómo olvidar todos esos leños de un metro de largo) y mantuve la distancia cuando empezó a conversar con papá. El clima de Montana comparado con el de Minneapolis, la situación escandalosa del país, los curiosos senderos de la naturaleza humana: fueron saltando de tema en tema, como los dos conversadores veteranos que eran. Los tres los mirábamos de un lado al otro de la mesa, como espectadores de un partido de tenis, y he de confesar que no me esperaba (eso sí, papá tampoco) el siguiente giro de la charla:

—¿Conoce usted las proezas militares de los indios crow, Oliver?

—Me parece que no, ¿por qué?

—Eran los guerreros más temerarios de las planicies del norte —dijo Morrie, con el tono cantarín que acompañaba sus explicaciones de más altos vuelos—. Y los más valientes entre ellos eran los jinetes inversos. Creo que tiene usted uno en casa.

Me quedé petrificado. Lo único que me faltaba con papá era hacerme célebre como guerrero temerario de las planicies del norte.

Pero ya no había manera de parar a Morrie:

—Sospecho que, en realidad, tiene toda una tribu. —Damon y Toby volvieron la vista hacia los rincones más distantes de la habitación—. Sin duda usted ve el paralelo entre los indómitos jóvenes crow y sus propios hombres, ¿verdad, Oliver? Se lanzaban a la batalla montados de espaldas.

La noticia antropológica hizo parpadear a papá.

—¿Y por qué iban a...?

—Yo diría que el ser humano hace cosas así para trascender la vida corriente —sentenció Morrie, como si fuera lo más razonable del mundo—, ¿no cree usted? Para descubrir los propios límites, los límites del valor, de la fuerza de voluntad. Para arar en un surco más profundo de la vida, por así decirlo, ¿no?

Papá dibujó un lento círculo con su taza de café en el mantel de hule.

—Sé que lo hace con buena intención, Morrie, pero simplemente no quiero que mis hijos se rompan el cuello.

—Hasta donde yo veo, todos tienen el cuello intacto —señaló Morrie—. Y, según entiendo, el adversario de Paul aceptó las condiciones de la carrera y también salió entero.

—Y usted piensa que yo tendría que pasar página y dejar atrás este episodio de jinetes inversos, ¿verdad?

Papá sopesó el asunto pero parecía tener sus dudas. No me atrevía ni a respirar, por miedo a inclinar la balanza.

—Eso pienso. Los guerreros aprenden de la experiencia. He batallado suficiente tiempo al lado de Paul contra la pila de la leña y Eunice Schricker, y me parece que se ha vuelto un joven soldado muy prudente.

Quizá la invocación de la tía Eunice hizo reflexionar a papá sobre las dimensiones del castigo. Algo cambió de pronto en su expresión.

—Tendría que haber sido abogado, Morrie —dijo al cabo de una larga pausa—. Lo pensaré.

Un cosquilleo de alivio nos recorrió a los tres. Damon ya no pudo contenerse:

—¿Quiere que le muestre mi álbum de recortes, Morrie? Tengo al entrenador Stagg, y a todos...

—Sería un honor, Damon, pero no sé si... —Morrie miró a papá, por si ya era hora de dar por concluida la noche.

Papá señaló con un gesto hacia nuestra habitación, el reino de los álbumes de recortes.

—Id todos. Salvo nuestro famoso jinete inverso. Paul, necesito que me ayudes con un par de cobros.

Con la cabeza todavía dándome vueltas tras el giro de los acontecimientos, reuní mis útiles de escritura. Papá me pasó en silencio las cuentas pendientes y escribí las cartas de cobro. En la cocina no se oía más que el rasgueo de la pluma y el roce de los papeles de papá. Del piso de arriba llegaban las exclamaciones de Damon, nuestro fanático de los deportes, y el murmullo más melódico de la voz de Morrie. Puse la última carta a secar y me quedé en mi sitio en vez de salir corriendo escaleras arriba, sin saber todavía qué terreno pisaba con papá.

Al cabo de un rato, que él parecía haber estado calculando, levantó la vista de las cuentas. Apoyó las manos en el borde de la mesa y se echó hacia atrás, como para tener una visión mejor del jovencito sentado al otro lado.

—Cuando termines de cortar la leña con Tucídides —dijo en voz baja—, daremos por cerrado el tema de la carrera, pero eso no significa que tengas permiso para montar de espaldas. Nunca más. No os estoy criando a los tres para que seáis payasos de rodeo, ¿entiendes?

—Sí, señor. Entiendo.

—Lo que ha dicho Morrie acerca de trascender la vida corriente es completamente válido, pero hay otras maneras de hacerlo sin matarse.

—Estoy de acuerdo, papá. De verdad.

—Paul. Hijo. —De pronto papá tragó saliva—. No sé cómo podría arreglármelas sin ti. —Empujó la silla hacia atrás y se plantó frente a la cafetera y los fogones para que yo no pudiera verle la cara—. Ahora vete. Tengo que terminar la contabilidad.

Cuando subía las escaleras, probé a modular las dos palabras con los labios: «guerrero inverso». «Completamente válido —había dicho papá—. Pero». ¿Cómo se suponía que podía resolver esa paradoja? Habría sido mejor ser como Damon, que vociferaba apasionado y había pasado ya de los recortes de fútbol a los de boxeo. Parecía bastante apropiado, una vez concluida la evaluación de mi caso.

—Tiene un nombre divertido y todo, pero ¿sabe cuál era mi preferido antes? Casper...

... El Rayo, sí, ya lo veo aquí. —Morrie se aclaró la voz, sin duda agotado por el esfuerzo de estar a la altura del entusiasmo de Damon—. Hay que ver... estos redactores de titulares son despiadados como cosacos. ¿«El Rayo: un corto muelle para un paseo largo»? De verdad...

Por lo general, Damon se habría contrariado al oír la frase: tenía un gusto shakespeariano por los héroes con final macabro. El beisbolista que se había caído del coche bar de un tren. El futbolista que se había abalanzado sin pensar contra un oso de circo. Por lo que mi hermano contaba a la hora de dormir, éstos eran los desafortunados que acompañaban en el álbum al boxeador en cuestión, que, según toda evidencia, había vendido un combate por el título y había acabado en el fondo del mar después de que alguien lo empujara desde un muelle. Para ser francos, no era la clase de guerrero inverso que yo aspiraba a ser. Sin embargo, aún recordaba que a Damon se le había roto el corazón al enterarse de que ya no podría seguir la carrera de El Rayo. No quise interrumpir ahora que Morrie, siempre atento, procuraba consolarlo.

—Tal vez dio un paso en falso, por así decirlo —concluyó Morrie con delicadeza—. Pero antes de eso fue un boxeador sin parangón.

Yo sabía que «sin parangón» significaba algo así como «sin igual». Pensé que debía tomarme también esa noche como una noche sin parangón. Damon, sin embargo, había entrado de lleno en las comparaciones.

—¿Cree que El Rayo le hubiera ganado a McCoy El Auténtico?

—Si los nombres de pila ganaran las peleas —sopesó Morrie—, supongo que sí.

Una vez más su voz había adquirido el timbre de las grandes disquisiciones, como podía reconocer su fiel espectador de la pila de leña. Esperé en el umbral para escuchar adonde iba a parar esta vez.

—Por ejemplo, Casper contra Harry: salta a la vista que el primero noquea al segundo en el primer asalto, ¿no? Sin embargo, los apodos reflejan una esencia, una personificación engrandecida del personaje.

Desde el umbral, Puñetazo Milliron escuchaba con atención.

—No —concluyó Morrie, como si estuviera contemplando la pelea en un cuadrilátero de otra dimensión—. El Rayo habría fulminado a McCoy, estoy seguro. En no más de tres asaltos.

Cuando entré en la habitación, los tres eran todo un cuadro. Damon y Morrie estaban encorvados sobre los álbumes abiertos de par en par y, a su lado, Toby estaba medio tumbado en la mesa, con los ojos a punto de cerrarse. Nuestro invitado se acariciaba pensativo el bigote mientras Damon recorría con el dedo las sagradas escrituras del verdadero fanático del deporte: la letra pequeña de las estadísticas,

impresa en negrita debajo del texto de la noticia.

—Cuando perdió esa vez con Ned Wolger no podía creérmelo. Mire, aquí están los puntos por asaltos, ya lo tenía ganado...

Damon se percató de mi presencia. Se volvió a mirarme en seguida, mientras buscaba a tientas otro álbum.

—Paul —se le quebró un poco la voz—, acabo de pegar los recortes de la Serie Mundial, ¿quieres verla?

Sabía que el béisbol era el único deporte que me interesaba. Pensé que valía la pena aflojar. Pasara lo que pasase, Damon iba a seguir siendo mi hermano.

—Claro.

Pero antes tenía que decirle algo a Morrie, por haber acudido esa noche a interceder por mí. No tenía idea de cómo empezar a darle las gracias.

—Morrie, yo...

—Ha sido un placer, Paul. Tal vez tengas que devolverme el favor algún día. —Resiguió con el índice la letra pequeña, hasta dar con la alineación de los Piratas de Pittsburgh, que ese año fueron campeones—. Honus Wagner, El Holandés Volador. Vaya, ése sí que es un apodo inquietante.

6

Cuando bajé por la escalera al día siguiente, al cabo de una reparadora noche sin sueños, comprendí que papá tenía algo en mente. Me dejé caer en la silla para hacerme invisible en la rutina del desayuno, con la esperanza de que ese algo no fuera yo. Sin embargo, no había nada para desayunar.

—Llegó la hora, Paul —dijo resuelto papá, de guerrero a guerrero—. Hoy pienso hablar con Rose de la cocina.

—¿De verdad?

—Ya lo verás.

Corrí escaleras arriba para despertar a Damon y a Toby.

Para cuando ya se habían más o menos vestido y colocado en la escalera junto a mí para tener una buena panorámica de la escena, se oyeron los acostumbrados golpecitos secos en la puerta. Papá acudió a abrir y los tres lo seguimos con la mirada. Rose le soltó al momento:

—¿No es una mañana inolvidable, Oliver? He decidido que hoy voy a ocuparme de la cocina.

—¿Se va a ocupar de la cocina?

Papá la miró como si acabara de ganar la lotería. Damon, el rey de los hambrientos, nos miró a Toby y a mí cruzando los dedos.

—Por supuesto —le aseguró Rose—. No quedará ni un estante por restregar.

Entró a toda prisa, con los rizos agitándose sobre la frente, y dio un brinquito al vernos sentados en los escalones.

—Buenos días, Toby, buenos días, Damon, buenos días, Paul. Caray, ¿cómo es que estáis levantados tan temprano si es sábado?

Dejó en su lugar la bolsita con su almuerzo de pájaro y se quitó el abrigo. Al cabo de unos segundos empezaría a silbar y estaría fuera de nuestro alcance durante el resto de la jornada. Damon soltó un gruñido y Toby se removió en el escalón. Papá nos lanzó una mirada y le cortó el paso.

—La cocina, sí, eso me recuerda... Tengo que comentarle algo.

—Cómo no, Oliver.

—Rose, eh, yo... Los chicos y yo —recurrió si ninguna vergüenza a nosotros— teníamos la esperanza de que pudiera echarnos una mano cocinando. Naturalmente, yo podría reajustarle un poco el sueldo.

Rose se quedó perpleja.

—¿Había algún error en mi anuncio?

—No, no. A todos nos hizo gracia lo de «No cocina, pero no muerde», pero dimos por hecho que lo primero iba en broma, igual que lo segundo.

—¡Canastos! —exclamó Rose. Era una de las pocas personas en el mundo

moderno que todavía empleaba esa exclamación—. No iba en broma.

—¿No cocina en absoluto? —Papá empezaba a desesperarse—. ¿Cómo es posible?

—Nunca me enseñaron. A limpiar la casa sí, hasta el último rincón. Cuando entré a trabajar en Lowry Hill no era más que una niña, pero nunca estuve en la cocina. Incluso si me hubieran mandado a la cocina habría habido algunos obstáculos.

—¿Por ejemplo?

—Los huevos —confesó Rose—. No puedo ni verlos.

—¿Los huevos? Pero si los recoge todos los días...

—Pero todavía están dentro de la cascara, ¿no? Lo que no aguanto son las yemas. Y toda esa especie de moco, como se llama..., la clara. Puaj.

Tratando lastimosamente de resistirse a aceptar su fracaso delante de nuestros ojos, papá hizo un último esfuerzo para entender la vida aculinaria que había llevado Rose.

—Pero cuando estaba casada... ¿cómo comían usted y el señor Llewellyn?

—Comíamos fuera.

Veinticuatro horas después, desconsolados una vez más, los cuatro removíamos las cucharas en nuestras gachas, que el domingo por la mañana resultaban aún menos apetitosas. Ahora que sabíamos que Rose realmente no sabía cocinar, nuestro destino se proyectaba de lúgubre comida en lúgubre comida hasta el infinito. Papá tuvo que sacarse el último as de la manga para subirnos los ánimos.

—No más caras largas —dijo—. Tengo que llevar un cargamento al Dique Grande y vendréis los tres. Podréis jugar con vuestros amigos. Luego iremos a cenar a casa de Rae... No sé por qué insiste en que necesitamos una comida decente, ¿y vosotros?

Hay días que están hechos de altibajos. Se acercaba el final de octubre y el cielo estaba despejado, pero el viento practicaba ya para el invierno cuando nos apretujamos en el pescante junto a papá, con los abrigos y las gorras puestas. La carreta remontó la cresta de la montaña, dejamos atrás el llano de Westwater y contemplamos otra vez la insaciable excavadora a vapor y el alboroto del campamento, pero en el lugar donde tendría que haber estado la carpa del Hermano Jubal, un rastro de paja evocaba sus enérgicas oraciones. Damon murmuró algo por lo bajo y le di un codazo. Papá no oyó nada y solamente nos recomendó que no perdiéramos de vista la hora mientras estábamos de visita en casa de los Provonost. Y que no nos metiéramos en problemas, faltaría más.

Los Provonost tenían noticias. En cuanto nos vieron salieron disparados de su tienda y casi se llevan por delante el toldo de la entrada. Gabriel e Inez casi brincaban de impaciencia cuando Isidor se puso muy tieso y dijo para la posteridad:

—¿Aún no lo sabéis? La maestra se ha fugado con el predicador.

Toby no entendía nada. Damon y yo nos sonreímos, esperando el resto de la broma. Isidor se santiguó el pecho para confirmarnos que era verdad.

—El capataz de papá los vio subirse ayer al tren con las maletas. Y besándose. Ya me dirás tú si no se han fugado.

El corazón se me hiel a cada vez que un maestro desaparece de su escuela. Los informes de bajas que llegan a mi oficina pueden ser nefastos. «El coche patinó en una carretera helada» o «Quedó atrapado en la tormenta» o «La escuela se incendió durante la noche». Otras veces los informes de bajas solo son malos. «Se le murió un familiar» o «se ha puesto enfermo». Enviamos por correo urgente los currículos de los sustitutos a la atribulada junta de la escuela, pero hasta la más pequeña interrupción en el transcurso del año escolar me resulta preocupante. Una escuela unitaria y su solitario maestro prácticamente están unidos en matrimonio, para bien y para mal. También entonces, cuando acabé de encajar las palabras de Isidor, eché de menos a Adelaide Trent, aunque siempre me había caído mal. A juzgar por las caras confundidas, Toby y Damon sentían lo mismo. Éramos todos demasiado jóvenes para entender cómo podía haberse fugado con aquel charlatán fanático en un arrebato del corazón, pero entendíamos que nos había dejado abandonados en Marias Coulee.

Isidor concluyó su informe:

—La vimos por aquí dos domingos seguidos. Y creímos que venía por los cantos, pero parece que no.

Dos minutos más tarde, papá nos miró sorprendido cuando frenamos en seco a sus pies. Damon y yo dejamos que Toby le diera la noticia. De todas maneras, no pensaba esperarnos.

—¡La señorita Trent se ha alargado!

—No me digas. —Papá enarcó notablemente las cejas—. No estaba al tanto de que uno podía alargarse a esa edad. —Toby quiere decir que se ha largado, papá— dije yo.

—Se fugó en el tren con el hombre de los sermones —explicó Damon.

Papá se sentó en la parte de atrás de la carreta.

—A ver si me entero —dijo—. ¿Qué Addie Trent ha conseguido un hombre? ¿Y se ha marchado del condado con él, así, sin más?

Los tres asentimos al unísono.

—Otro golpe del destino —dijo con cansancio.

—Buenos días, jóvenes estudiosos.

Nuestras tres docenas de oídos escolares tardaron un lapso considerable en adaptarse al nuevo saludo. Hasta ese día, la jornada había comenzado siempre con el «¡Callaos, niños!» que la señorita Trent empleaba cada dos por tres. Tras unos minutos de reloj de contemplar al portador de la inesperada voz al frente del aula, el irregular coro de voces de la escuela de Marías Coulee respondió por fin a Morris Morgan:

—Buenos días, maestro.

Morrie hizo una ligera venia. Rose le había lavado la camisa, y se la había planchado, y estaba tan inmaculadamente limpia que los puños casi crujían. Quizá no contara demasiado, pero sin duda la escuela había ganado en elegancia al sustituir el desgardo de la señorita Trent —¿cómo se haría llamar ahora?, ¿la Hermana Jubal?— por aquel maniquí de sastre. Morrie se elevaba ante nosotros como un mensajero de los lejanos países de nuestros libros de texto, donde los primeros ministros lucían ternos de *tweed* y corbatas del tamaño de una servilleta. Sin contar, por supuesto, con el gran bigote imperial.

Me revolví en el asiento mientras la mirada colectiva del aula permanecía en el personaje que estaba al frente de la habitación. Por mi experiencia en ambos frentes del aula, sé que en esa mirada hay duda, asombro, emoción, esperanza, algo de temor y algo que se acerca a la adoración: éstos son todos los ingredientes de ese primer encuentro entre el maestro y aquéllos cuyo destino es sentarse y aprender. Morrie acarició un trozo de tiza mientras recorría con la mirada su legión. Empecé a inquietarme todavía más. Al cabo de tantas horas al pie de la pila de leña, ya conocía casi todos sus tics, y sabía que en ese trocito de tiza estaba fraguándose un pensamiento desmesurado, de genio a punto de salir de la botella.

Fuera lo que fuese, sin embargo, consiguió contenerlo un rato más.

—El primer deber de hoy —el alma se nos cayó a los pies, pero al instante volvió a ascender— es para mí: tengo que aprenderme vuestros nombres. —Se volvió entonces hacia la pizarra, con la gracia de un patinador de hielo—. A cambio, os diré el mío.

El orgullo que me deparaba mi caligrafía empezó a flaquear con cada trazo del nombre. Morrie tenía una letra ágil, exquisita, digna de una placa de cobre. Se volvió de nuevo al instante.

—Si sois tan gentiles, poneos de pie y presentaos uno por uno, para que pueda asociar los nombres y las caras. Empezaremos por este apuesto joven que está sentado en la primera fila.

Josef Kratka estuvo a punto de enredarse con los pies y tartamudeó su nombre,

cohibido ante semejante honor. Los demás alumnos de primero se levantaron uno tras otro, temblorosos y tan indistinguibles como unos patitos. Los de segundo ya empezaban a diferenciarse. Inez Provonost se puso en pie de un brinco como un soldado, y Sigrid Peterson apenas asomó la cabeza para pronunciar su nombre con su marcado acento. Emil Kratka martilleó las sílabas de su nombre como retando a los demás a que lo contradijeran. Morrie dejó escapar una sonrisa furtiva cuando Toby se levantó y se identificó con entusiasmo.

—Sally Emrich, señor —enunció la principal rezongona de la escuela, inaugurando la lista de tercero. Bajo el liderazgo improbable de Morrie, el primer día de escuela se había puesto en marcha. Incluso yo tenía que admitir que todavía no había sido un fiasco.

La idea había sido de papá, y había conseguido convencer a los demás miembros de la junta escolar. Desde el primer instante, la idea de emplear a Morrie para lo que faltaba del año me había llenado de aprehensión. Para empezar, lo que faltaba era casi todo el año, y con que tuviera un lapsus como el de los leños iba a convertirse en un hazmerreír, al igual que nosotros cuatro. Y para terminar, nunca en su vida había enseñado en una escuela.

—¡Qué divertido! —había dicho Rose, cuando papá le ofreció el empleo a Morrie.

—Estoy un poco falto de práctica en lo de solicitar un empleo —dijo Morrie, nervioso. Miró a Rose buscando apoyo—. Los guantes eran una cosa de familia...

—No nos ha quedado nada —le recordó Rose con tristeza.

—Eso no importa —dijo papá, esquivando el tema—. No necesitamos un vendedor, sino a una persona muy bien instruida. ¿Cuál es la duda? Ése puesto de maestro le viene como un guante, si me permite.

El razonamiento pareció persuadir cuando menos a Rose.

—Si Oliver les habla de ti...

—Oliver, me parece que le corre demasiada prisa asignarme un rol digno de los héroes de la Antigüedad —caviló Morrie—. «Con gusto aprendía y con gusto enseñaba». No estoy seguro de saber desempeñar la segunda parte.

Papá bien habría podido desempolvar también a Chaucer y lanzarle un gancho con el resto de la cita: «Digamos pues que era un filósofo. / Pero el oro escaseaba en su alforja». Se contentó con darle una palmadita en el hombro:

—Lo consultaré con un par de personas.

La reunión extraordinaria de la junta escolar de Marías Coulee que provocó la fuga de Adelaide Trent tuvo lugar esa misma noche en nuestra cocina. Como era de

esperar, papá nos mandó a nuestra habitación y, como no era menos predecible, nos parapetamos en nuestras posiciones habituales de la escalera para escuchar. Al momento, Joe Fletcher se preguntó en voz alta por qué un hombre como Morrie no parecía haber seguido ninguna carrera profesional.

—No estará loco de atar, ¿verdad?

—No más que tú o yo, Joe —dijo fe papá—. Ponte a discutir con él y te las desearás para que sea un poco menos cuerdo.

Walt Stinson dio voz a la siguiente sospecha:

—¿Y la botella? ¿Es aficionado a humedecerse las amígdalas?

Papá lo negó con firmeza:

—Hasta donde me consta, no la toca jamás.

Yo habría podido contarles que Morrie prefería embriagarse con el saber. Y era de eso de lo que había que preocuparse. Los niños tienen olfato de tiburón para detectar las rarezas de los maestros, y como Morrie se dejara llevar por sus excursiones mentales en clase, nosotros tres empezábamos a añorar la época en que Rose era el único tema de conversación en el recreo. Con todo, aún más que las pullas, lo que más me inquietaba eran las consecuencias para el propio Morrie. Si quedaba marcado como un tipo ridículo, la cosa iría mucho más allá del alumnado de Marías Coulee. Nuestros vecinos no eran mala gente, hasta donde yo podía discernir a esa edad, pero nunca faltaba alguien dispuesto a ensartar una mariposa con un alfiler.

Damon estaba igual de inquieto. Presentía, con razón, que tener a Morrie en el aula todos los días sería radicalmente distinto a comentar juntos hazañas deportivas. La reacción de Toby era la contraria: en su opinión, que Morrie ocupara la silla del maestro era lo segundo mejor que podía pasarnos, siendo lo primero que la ocupara Rose. Con nuestros anhelos encontrados, escuchamos mientras papá despachaba todo un arsenal de argumentos de diverso calibre para persuadir a sus compañeros de la junta de que Morrie era el hombre al que había que recurrir.

Walt Stinson acabó retomando el punto inicial de Joe Fletcher: la brecha aparente entre los méritos de Morrie y su situación actual.

—¿Cómo es que no ha conseguido nada mejor que los trabajitos que le da Eunice Schricker? No puede ser que le guste tanto hacer ejercicio.

—Lo único que puedo decir es que él y su hermana son fanáticos del trabajo. —Papá soltó un suspiro que podría haber ensanchado las paredes de la cocina—. Las cosas están claras, señores. La maestra se ha ido, tenemos aquí mismo un hombre que puede ocupar su puesto, y sucede que ese hombre es un pozo de conocimientos. Os pregunto: ¿qué podría ser más lógico? ¿Estáis preparados para votar?

Morrie consiguió pasar lista sin contratiempos hasta sexto, el populoso curso de Damon. La primera en levantarse fue una chica retraída que se sentaba delante de mí

y a la que todos llevábamos en un rincón del corazón por el largo trayecto que cabalgaba sola hasta su casa cada tarde.

—Wiwian Willard —dijo haciendo una tímida reverencia.

El índice de Morrie se detuvo en su periplo por la lista de alumnos de Marias Coulee. Le dio un golpecito al papel, como animándolo a que lo ayudara.

—Disculpa, Lillian, creo que no te tengo en la lista. —Wiwian— repitió ella.

—¿Miriam? —Morrie hizo otro intento.

Una risotada estalló en la parte de atrás, donde estaba la guarida de los de octavo. Morrie los miró con interés.

—Un voluntario, y además lleno de alegría. Justo el mensajero que los dioses suelen enviar cuando hace falta una aclaración. —Le clavó los ojos a Milo Stoyanov, el autor de la carcajada—. Ilumínanos, te escuchamos. Milo miró a un lado y al otro. Lo habían pillado desprevenido.

—Se llama Vivian.

De reojo, Morrie detectó a una tal «Villard, Viv.» en su lista.

—Ah —se excusó con un gesto—. *Mea culpa*, Vivian. *No tua culpa*.

Todo el mundo parpadeó, excepto Damon, Toby y yo.

Morrie cogió un segundo impulso y recabó airoso los nombres desde Isidor Provonost hasta Miles Calhoun. Barbara Rellis se levantó entonces de un salto y se identificó con tono insolente. Todos los chicos de más de nueve años sabíamos ya que había venido al mundo a romper corazones. Morrie la ubicó en la lista y asintió satisfecho, pero Barbara no se sentó.

—¿Maestro? ¿Puedo cambiarme el nombre? ¿Solo para la escuela?

Cualquiera que conociera a Barbara habría podido decirle a Morrie que no era buena idea.

—¿Qué nombre quisieras ponerte?

—Arabrab.

Morrie se había preparado para una carcajada general, pero nadie se rio: estábamos todos igual de intrigados. Morrie buscó una solución en medio del silencio expectante:

—Técnicamente, Barbara (si me lo permites, usaré de momento tu nombre habitual), estás pidiendo que te pongamos un apodo invertido. «Arabrab» vendría a ser tu nombre al contrario, ¿me equivoco? ¿Por qué quieres que te llamemos así?

—A algunos chicos los dejan ser jinetes inversos —dijo con una inocencia tan diabólica que me entraron ganas de ahorcarla—. Así que a mí se me ocurrió ponerme al revés al menos mi nombre.

Me puse tan colorado que me pareció que la cara se me iba a abrasar. A un codo de distancia, como cada día, Carnelia Craig soltó una risita.

Morrie consiguió acallar el súbito debate —Barbara, o Arabrab, había conseguido

que la mitad de la clase la apoyara, y al instante la otra mitad se había puesto en contra— y optó por reflexionar sobre la cuestión.

—Los nombres encierran un gran poder —anunció, cruzándose de brazos, como siempre que pensaba en profundidad—. Trasmiten nuestra esencia, sobre todo cuando uno los redondea con un sobrenombre más o menos elaborado. Pensemos en Ricardo Corazón de León. En la Divina Sara Bernhardt. En McCoy El Auténtico. —Levantó la vista un instante hacia Damon—. No debemos tomarnos a la ligera la manera en que nos llama el mundo, y por eso, señorita Rellis, te pediré que busques algo más apropiado. Por lo demás, está el asunto de la lista —le dio un nuevo golpecito a la lista—, los hábitos de la comunidad y, como imaginarás, tus padres.

El ambiente de conjura que había precedido a la carrera de espaldas regresó con esa palabra a la habitación. Todos miramos a Morrie muy callados.

—Necesito saber —siguió deliberando Morrie— si hay algún precedente para cambiarte el nombre. ¿Hay alguien más al que llamen por su apodo aquí, en la escuela?

—Yo. —Miles Calhoun levantó la mano lo más alto que pudo.

Morrie lo miró consternado.

—Miles, estoy seguro de que acabas de informarme de que tu nombre es Miles.

—Así me llama todo el mundo, pero en realidad me llamo Héctor. Y así es como me llaman en casa.

—Pero entonces...

Hice un leve gesto con la cabeza. Morrie lo advirtió antes de adentrarse en un pantano sin salida, dado que todos llamábamos Miles a Héctor por su costumbre de decir cosas como «me ha pasado miles de veces» o «tengo miles de cosas que hacer».

Se detuvo a tiempo y volvió al asunto en discusión.

—Si logras convencer a tus compañeros, te llamaremos Arabrab hasta nuevo aviso —dictaminó con talante salomónico, e incluso los que no querían que Barbara se saliera con la suya quedaron impresionados.

Miró otra vez hacia los pupitres de sexto y respiró con alivio ante la perspectiva de retomar la lista porque el siguiente estudiante era Damon. Sin embargo, yo estaba mejor informado. Damon me había guiñado el ojo mientras Barbara, o Arabrab, hacía su jugarreta, y ya me veía venir la nueva ocurrencia: iba a pedir que le cambiaran el nombre a Nomad. No había empezado a decirlo cuando volvió la vista hacia su compañera de pupitre y se puso de pie.

—¡Aaaaaah! ¡Se está desangrando!

El alarido le habría puesto los pelos de punta a un muerto. Pese a su fascinación por los deportistas que tenían un final macabro, le tenía pavor a la sangre, igual que papá. Sentada a su lado, Marta Johannson estaba en perfecto estado, pero de las fosas nasales le salían dos hilillos rojos que oscurecían su labio superior. La escuela de

Marías Coulee había visto sangrar más de una nariz a causa de un puñetazo, pero la hemorragia espontánea de Marta causó sensación de inmediato. Mientras Damon reculaba tratando de apartarse, Grover Stinson se inclinó por encima de él, calándose las gafas para ver mejor. Las hermanas Drobny, Eva y Seraphina, esbozaron dos sonrisas afiladas como puñales.

—Creo que voy a vomitar —anunció Arabrab.

—Como vomites te voy a dar —le prometió Eddie Turley.

Milo soltó otra carcajada que estremeció el aula.

—¡Un momento! ¡Silencio todos!

Morrie fue a toda prisa hacia Marta, y miró al pasar hacia el pupitre de séptimo, en busca de una explicación.

—Le pasa de vez en cuando —dijimos a la vez Carnelia y yo, como curtidos veteranos.

Morrie hincó una rodilla al lado de Marta. Arrancó una hoja de su cuaderno e hizo una bolita a toda prisa.

—Métete esto debajo de la nariz y tenlo ahí. Eso es.

Contenida la hemorragia, limpió los restos de sangre con un pañuelo húmedo como todo un profesional. Todo pasó en un tiempo récord.

Regresó resoplando a la pizarra y volvió a coger la lista con determinación. Me pregunté si llegaría a darnos la primera clase del día, que era aritmética, antes de que acabara su primera jornada al frente de la escuela.

Impresionados quizá por su destreza ante la sangre, el resto de los de sexto dijeron sus nombres sin rechistar. Carnelia y yo, la población total de séptimo, tardamos un segundo en presentarnos. Quedaba por sortear la maraña de los grandullones de octavo. Tanto Cari Johansson como Milo Stoyanov habían perdido un curso, y Eddie Turley había perdido dos. Los tres tenían ya algo de pelusa sobre el labio, como si al cabo de tantos años atrapados allí, en la escuela, hubiera empezado a salirles musgo. Martin Myrdal y Verl Fletcher se habían hecho hombres antes de tiempo y eran bastante más listos que los demás, pero tenían sus arranques adolescentes y también con ellos había que andarse con cuidado. Me pareció que incluso Carnelia estaba interesada en la suerte que podía correr Morrie ante semejante pelotón. Aunque no nos dábamos tregua, compartíamos el tácito alivio de no tener que vérnoslas cada día con los brutos de octavo.

Desentumeciéndose, se levantaron uno por uno de aquellos pupitres demasiado pequeños y dijeron sus nombres. Morrie se detuvo un instante al llegar a Eddie Turley. Incluso sentado, se veía que Eddie era una amenaza para la sociedad. Se tomó su tiempo y se puso de pie con mala cara, para demostrar que no tenía inconveniente en humillar al nuevo maestro.

Pero Morrie tenía la suerte del principiante. Cuando Eddie volvió a aposentarse

en su asiento, faltaba un último alumno y resultó que era Verl Fletcher. Antes de que volviera a sentarse, Morrie lo asaltó con una pregunta:

—Si me disculpas, Verl... ¿Por casualidad conoces el origen de tu apellido?

—No.

—¿No? Entonces, permíteme que te cuente que *fletcher* viene de flecha. Y el flechero, *fletcher*, desempeñaba un oficio vital.

Nadie aparte de mí había visto antes a Morrie lanzándose en pleno vuelo desde el trapecio. Sin embargo, todos comprendían por instinto que tenía que agarrarse algo más arriba si no quería caer quién sabe dónde. Y el propio Verl parecía algo incómodo con la idea de tener un árbol familiar lleno de flechas.

Morrie avanzó inmutable hacia el desgarrado estudiante de octavo.

—Verás, Verl, los flecheros eran los herreros que se ocupaban de hacer flechas. Los Caballeros de la Mesa Redonda, los cazadores, Robin Hood, todos los arqueros dependían de su habilidad para dar en el blanco. —Morrie cogió la regla con la que la señorita Trent solía aporrear el tablero para que prestáramos atención e imitó a un arquero tirando de la flecha antes de lanzarla por los aires—. De hecho, hoy seguimos usando la medida que idearon esos antiguos flecheros, por así decirlo. Por ejemplo, ¿qué medida tiene mi «flecha», Verl?

Morrie mantuvo paciente la postura.

—¿Una vara? —adivinó Verl.

—¡Exacto! Y de aquí viene el nombre de esa unidad de medida. La tela que se usaba para hacer el traje de un arquero tenía que medir lo mismo que la flecha, ¿lo ves? ¡Mira!

Morrie se quitó la chaqueta, sostuvo un extremo a la altura de la oreja y estiró el otro brazo como si empuñara un arco: la tela medía una vara justa. Todos los presentes habían visto alguna vez a sus madres o al dependiente de la tienda de Westwater midiendo un rollo de tela con el brazo; por fin entendíamos por qué. Las chicas que sabían coser, como Carnelia, corroboraron la sabiduría doméstica de Morrie encogiéndose de hombros. Toby y sus colegas habían empezado a mirar con nuevo respeto sus brazos de arquero. Verl parecía un poco mareado por acabar de ser armado caballero.

Morrie volvió a ponerse la chaqueta, se ajustó los puños y regresó al territorio habitual del maestro, al lado de la pizarra.

—Ya puedes sentarte, Verl. Muchas gracias. Creo que con esta excursión a la época en que surgieron las medidas, podemos pasar a clase de aritmética.

Implacable, Rose se hizo cargo de la casita del maestro en la parte de atrás de la escuela. No dejaba de rezongar y menear la cabeza, ante el descuido que iba observando por todas partes.

—Los volantes no me gustan —declaró acerca de las cortinas que había puesto la señorita Trent, y abrió la ventana de par en par para que entrara el aire—. Se llenan de polvo. Oliver, estoy segura de que la junta escolar...

La mirada de papá fue elocuente: ahí estaba Rose otra vez, con su disposición excepcional. No obstante, se palpó los bolsillos buscando dónde escribir: «cortinas nuevas». Toby, Damon y yo nos internamos en el antiguo territorio vedado, en busca de los secretos de la señorita Trent. Damon, sobre todo, estaba convencido de que nuestra anterior maestra fumaba cuando no la veían: «¿Si no, por qué tiene ese aliento?», solía insistir. Aún no había dado con el escondrijo donde tenía los pitillos. Toby colaboraba a ratos en la búsqueda y el resto del tiempo seguía como una sombra a Rose, que barría y sacaba el polvo. La responsabilidad de acarrear el agua me había seguido desde casa. No había acabado de llenar el barreño y el tanque de la estufa cuando Rose blandió de nuevo el cubo de la fregona en mi dirección:

—¿Paul, te importaría...?

Una vez más, salí camino de la bomba de agua de la escuela. Me topé con Morrie, que venía de la carreta con una caja de utensilios domésticos que Rose había declarado imprescindibles.

¿Habría en el equipaje de Thoreau un pincho para tostar malvaviscos?, me pregunté, al ver el artilugio asomando fuera de la caja.

—Gracias al Cielo la casa es pequeña —me susurró Morrie al pasar, cual un criado de Rose a otro.

Se hacía tarde y estaba ya entrada la estación. La luz de peltre que anticipa el invierno caía sobre la parcela de la escuela cuando emprendí el último viaje en busca de agua. El polvo cernía ya las largas sombras. A juzgar por el aire, esa noche iba a helar. No había un alma en el patio. En vez de la estampida de la hora del recreo oía mis propios pasos. Di la vuelta a la escuela y deposité el cubo bajo el asta de la bandera pero, por algún motivo, no empujé todavía la palanca de la bomba.

Quizá ocurrió porque estaba en ese momento de la vida en que uno todavía es niño pero ya empieza a ser un hombre: de repente, tuve conciencia de todo a mi alrededor. Era como si la escuela de Marías Coulee, con la altura del asta y la profundidad del pozo, fuera el eje de cuanto abarcaba la mirada. Recuerdo que pensé que Toby y Damon podían venir a buscarme. Si quería guardarme ese momento para mí, más me valía abrir los ojos a la luz menguante de la tarde. Traté de abarcar el mundo entre dos horizontes manejables. Por un flanco los tajos de los riscos que escondían el río Marías limitaban mi campo de visión. Por el otro, estaba el llano emborronado que daba a Westwater y las parcelas de regadío. Más cerca, me fijé en las muescas de sombras que surcaban el pastizal donde pastaban a diario nuestros caballos. Quizá fue ese dibujo lo que me hizo fijarme por primera vez en esas marcas que veía a diario: entre la hierba los surcos se dispersaban hacia cada hogar donde

había un niño, y convergían todos justo en aquel punto del patio donde me hallaba inusitadamente solo.

Pasarán más de mil años antes de que me olvide de ese sentimiento. La certeza que tuve en ese instante de que aquella escuela rural era el centro de nuestras vidas: su poder se extendía más allá de los alumnos que esa mañana habíamos respondido a la azarosa lista de Morrie, aunque fuéramos el componente primario del aula, esos pollitos de campo a los que tanta falta nos hacía la educación. Todas las personas que conocía habían invertido algo en esa pequeña escuela. Papá había sido el pilar de la junta durante años (y según como se llevara la cuenta, tenía tres o cuatro o cinco trabajos más). Él y los otros hombres de Marias Coulee habían levantado el verano anterior la casita del maestro y ellos mismos habían construido la escuela, que ya empezaba a envejecer, a la llegada de los primeros colonos. Cada mañana, las madres, con el corazón y el alma en vilo, hacían montar a sus pequeños, que no les llegaban a la cintura, en unos caballos para que cabalgaran durante kilómetros. Una enciclopedia ambulante llamada Morris Morgan había llegado hasta nuestra aula. Rose se había hecho cargo de la casita y, en las dependencias escolares de Marias Coulee, el polvo nunca volvería a ser el mismo. Una parte de la vida de todos estaba ligada al cuadrado solitario del patio de recreo, a esa pequeña parcela de horizonte.

Allí, de pie junto a la bomba, todavía no acababa de comprenderlo todo, pero estoy seguro de que ya entonces intuía cuánto significaban esas huellas en la pradera, esos senderos que llevaban hasta la escuela. Ésos senderos delimitaban un vecindario que se medía en kilómetros cuadrados y en chimeneas tan separadas como señales de humo. Yo diría, si me preguntaran ahora, que aquellos alumnos que, cada día, se dirigían a caballo hacia aquel alto en la pradera tenían la misma certeza y parecidos objetivos que los constructores de carreteras que se orientaban por la torre distante de una catedral. Y, sin embargo, en la reunión de esta noche, mi deber será borrar esas mismas huellas que han trazado los años en todos los distritos escolares de Montana.

—Ya iba a mandar una patrulla a buscarte —dijo Rose cuando llegué trastabillando con el cubo lleno de agua.

De inmediato hizo buen uso del agua: Rose tardaba menos en fregar el suelo que otras mujeres en pensar en fregarlo. Papá volvió entonces de lo que había ido a hacer en la carreta y observó desde el umbral la casita impecable y a su nuevo inquilino. Morrie estaba depositando sus calcetines de seda en el áspero armario de pino y, más que nunca, parecía fuera de lugar. Papá tragó saliva, como todo hombre que ha corrido un riesgo desmedido, y se decidió a concluir la jornada.

—¿Hay algo más que la junta pueda hacer por usted dentro de sus más que limitadas capacidades, Morrie? —dijo con cautela, e incluyó en la mirada a Rose—. Hasta ahora, tengo anotadas las cortinas, un relleno nuevo para el colchón, sellador para las ventanas y mechas nuevas para las lámparas.

Morrie respondió al vuelo:

—Una persona para el servicio doméstico.

Papá estaba husmeando su lista. Damon, investigando en los armarios de la cocina, con Toby de ayudante. Estoy seguro de que nadie más advirtió la mirada que intercambiaron Morrie y Rose. Yo no tenía hermanas, de modo que no podía comparar, pero me sorprendió cuánto se habían dicho sin palabras cuando Morrie enarcó la ceja y ella ladeó la cabeza, sosteniendo largamente la mirada. Era suficiente para comprender que, aunque fueran parientes tan cercanos, un hombre y una mujer tenían que vérselas con muchas más cosas que un elenco de hermanos como el nuestro. No podía adivinar si la respuesta de Rose iba a ser una rosa o un perdigón.

—No creerás que voy a abandonarte, ¿o sí? —contestó por fin—. Seguiré ocupándome de todo, como de costumbre.

—Damon —voceó papá, volviendo la cabeza— deja de hacer eso o vas a acabar con todos los cajones. —Nos lanzó luego una mirada a Toby a mí—. Poneos los abrigos. Es hora de ir a casa, nos esperan las delicias de la cena. ¿Viene en la carreta con nosotros, Rose?

Rose no parecía haberlo oído. Recobró la compostura y le lanzó otra mirada cargada de intención a Morrie.

—Me quedaré.

Morrie sopesó un momento la respuesta y se espabiló como si acabara de ocurrírsele una idea.

—Quedaos todos a cenar. Insisto.

La familia Milliron al completo detuvo sus pasos. Papá fue el primero en recobrar el don de la palabra.

—¿Usted sabe cocinar?

—Por supuesto. —Morrie ya se había despojado de la chaqueta y estaba arremangándose—. Cocina de soltero, pero un conocido mío fue chef del Harrimans. Te acuerdas de Pierre, ¿Rose? Bueno, da igual, me enseñó un par de trucos para sacar adelante una cena. Veamos, me parece que en la fresquera hay una pata de venado. —Empezó a revisar la alacena, más bien vacía—. Tenemos también fideos, macarrones, en realidad, pero se acercan. Las cebollas están un poco resecas pero nos servirán también. ¿Qué os parece un estofado de venado? Voy a ir calentando el agua mientras Rose pone la mesa... ¿Por qué ha vuelto a ponerse el sombrero, Oliver? ¿He dicho algo inadecuado?

—Necesito un poco de aire fresco.

—¿Lo ve? —Damon estaba enterrado entre los huesos de bisonte a los pies del peñasco. Era la tarde del siguiente domingo, y *Houdini* y él eran los campeones en nuestras excavaciones—. Mire, las negras tienen los bordes cortados de otra forma.

Cuesta creer que algo tan inocente fuera más tarde el punto de partida de una de mis pesadillas más atroces. Llegada la noche, la mente hace lo que se le antoja.

—Es lo que se conoce como biselado, Damon —le dijo Morrie—. Muy observador de tu parte haber notado la diferencia.

Se arrodilló en la tierra y se caló el sombrero marrón para protegerse del viento que soplabla en la hondonada. Casi parecía que iba a rezar, mientras le daba vueltas en la palma de la mano a la punta de flecha que le había dado Damon. Toby irrumpió en la escena orgulloso como un gatito que ha cazado su primer ratón y le mostró un hueso intacto de bisonte. Morrie lo depositó con delicadeza junto a la punta de flecha y la punta de lanza que yo había sacado de un banco de arcilla.

—Tendrían que haberos contratado a los tres para desenterrar Troya —comentó Morrie—. Son unos hallazgos soberbios.

Nuestra única espectadora cacareó con desaprobación. Me reí.

—Parece que no piensa lo mismo.

En el descenso hasta el Barranco de los Búfalos, habíamos espantado a una hembra de urogallo, que ahora se daba aires en lo alto de una piedra, reiterando su disconformidad con nuestra presencia.

—No sabía que la tía Eunice estaba invitada. —Damon soltó el chiste todavía enfrascado en el cementerio de huesos.

—Eso no lo he oído —dijo Morrie, frunciendo los labios.

Toby había echado a correr de nuevo y llamaba a *Houdini* para que lo ayudara a excavar. Sin embargo, *Houdini* parecía haber recordado sus deberes caninos y levantaba el morro hacia la urogalla, gruñendo y alzando una pata. El pájaro podía ser tonto pero hizo caso de la indirecta y remontó el vuelo, aleteando hasta lo alto del risco. Me quedé mirándolo con cierta admiración. No era nada fácil trepar de regreso por la cara escalonada del Barranco de los Búfalos. Por muy ágil que fuera Morrie, ya no tenía la seguridad de un niño para saltar de piedra en piedra como una cabra. Me pregunté de nuevo si, después de todo, Damon había tenido una buena idea invitándolo a venir.

De momento, Morrie parecía imbatiblemente juvenil y estaba entusiasmado con los tesoros que rescatábamos. La hondonada se hallaba justo debajo del risco y estaba repleta de huesos de búfalo, tan antiguos que habían adquirido el color de las piedras: era el filón principal de nuestras puntas de flecha. ¿Cuántas veces habrían acudido a cazar allí los pies negros a lo largo de los siglos? Pensé una vez más, como sigo

pensando ahora, que hacía falta mucha destreza para arrear una manada de asustadizos búfalos y hacerlos saltar por el barranco que se alzaba sobre nuestras cabezas.

Pero los búfalos ya eran cosa del pasado y los pies negros poco más o menos (los pocos que quedaban vivían confinados en la reserva del otro lado del río), y su viejo coto de caza estaba a disposición de cualquier niño con vocación de excavador. Escupí a una punta de flecha más clara para quitarle el polvo, y Morrie sostuvo otra vez la negra ante mis ojos.

—Corrígeme si me equivoco, Paul, pero no he visto ninguna piedra de este color en los alrededores.

Me tragué el siguiente escupitajo. En esas ocasiones comprendía los sentimientos encontrados que asaltaban a papá cuando Morrie desplegaba su erudición. Siempre era estimulante estar en su compañía, pero «siempre» podía llegar a ser demasiado.

Con todo, no había salido mal librado de las sesiones con la leña, ¿o sí?

—Yo tampoco —dije para ayudar a esclarecer el origen de la piedra, y lo miré con todo el interés que requería el caso. Aunque fuera domingo, estábamos de nuevo en clase.

—Juraría que es obsidiana —caviló Morrie—. Piedra volcánica.

Eso sí me sorprendió. En la parte de Montana donde vivíamos la geografía era diversa, pero nunca había oído que hubiera volcanes.

—¿Cómo habrá llegado hasta aquí? —prosiguió Morrie, sopesando la punta de flecha en la palma de la mano—. ¿Te importaría hacer una conjetura?

Me detuve un momento a pensar. Tal vez esos jinetes inversos de los que yo había sido miembro honorario sin saberlo recorrían las praderas buscando pelea con sus enemigos.

—¿Es una flecha de otra tribu y los pies negros la recogieron después de una batalla?

—Casi. Yo diría que llegó hasta aquí gracias al comercio. —En los ojos de Morrie se había encendido la profunda luz del pasado—. La ruta principal debió de ser el Misuri. —Señaló en la dirección donde el Marias y otros ríos tributarios de la región confluían en el gran río—. Las tribus debían de acudir desde todos los rincones de las praderas para cazar búfalos aquí. No vivían en guerra constante y, de vez en cuando, se montaban en sus caballos para comerciar.

Dicho por Morrie, sonaba casi heroico: una incursión a través de la pradera para intercambiar la misteriosa roca negra por... ¿una túnica de piel de búfalo? Los pelos de la nuca se me pusieron un poco de punta. «Desde todos los rincones de las praderas». No le había dicho una palabra, pero Morrie estaba conjurando sin querer los senderos que había vislumbrado junto al pozo de la escuela.

Sostuvo otra vez la punta de flecha en la palma ahuecada y examinó los riscos a

nuestro alrededor.

—Éste debió de ser un Mediterráneo, un cruce de caminos —murmuró, y luego sonrió resignado, como si papá metiera baza—; pero en tierra firme y seca, claro está.

—Por cierto... Creo que ya deben de estar a punto de volver a casa, Morrie.

La estación agrícola experimental había organizado una exhibición de lo último en arados, probablemente con la idea de darles algo con que soñar a los agricultores de secano durante el invierno. Papá y George habían convencido a Rae de que fuera con ellos para charlar después con los demás y, para decepción pasajera de Toby, Rose había preferido acompañarla en vez de revolcarse con nosotros entre los huesos de búfalo.

Morrie sacó su reloj y se puso en pie de un brinco.

—¡Toby! Ten la bondad de devolver a su sitio los huesos grandes. Tu padre ha dicho que solo puedes traer a casa los restos de búfalo que te quepan en el bolsillo, y Rose piensa igual. Lo has hecho muy bien, Damon.

Damon odiaba que lo apartaran de sus excavaciones. Por otro lado, era el día de su gran triunfo como arqueólogo. Cuando Morrie nos había pedido prestadas unas cuantas puntas de flecha para utilizarlas en clase —sabía el Cielo qué arsenal de saber pensaba desplegar después del número de los flecheros—, Damon no había visto ningún inconveniente en que la escuela tuviera su propia colección.

Se sacó del bolsillo de atrás un saqueto de harina y depositó dentro nuestras muestras, con todo el aplomo de un traficante de joyas. Estaba tan eufórico con el botín que habría podido trepar en dos brincos de vuelta a lo alto del barranco.

—¿Listo para escalar? —se acordó de preguntarle cortésmente a Morrie.

—Ahora lo sabremos. —Morrie soltó un suspiro y pasó por encima de la osamenta de un bison que se había despeñado justo por donde íbamos a trepar.

Me inquieté. Sin embargo, Morrie logró llegar de una pieza hasta donde teníamos atados los caballos. Se detuvo resoplando después de la escalada, pero aún entonces echó un vistazo a los alrededores:

—Qué escenario más majestuoso —declaró.

Desde lo alto de los peñascos, sin duda lo era. Hacia el Oeste, las cumbres de las Rocosas ya se blanqueaban con las primeras nieves y se extendían hasta el infinito como una flotilla de icebergs bajo el cielo oscurecido del final de la tarde. Todas las colinas del mundo se amontonaban con los matices del ocre entre ellas y nosotros. Casi a nuestros pies, los enebros salpicaban las rocas desnudas del risco y, más abajo, el viento hacía cabecear las rosas salvajes. Nuestro paisaje se lucía ante nuestro invitado, deparándonos una nueva satisfacción a Toby, a Damon y a mí.

Nos dirigimos a nuestros caballos cuando Morrie recuperó un poco el resuello, pero antes de que llegáramos a montar, *Houdini* empezó a gañir. Por lo general eso quería decir que quería algunos mimos pero refuló de un salto cuando Toby se le

acercó. Echó a correr de vuelta hacia el borde del barranco, con los morros pegados al suelo.

—¡*Houdini*! —lo llamó Toby—. Ven aquí, perrito chiflado.

El perro buscaba algo inquieto, yendo y viniendo a lo largo del risco. Y cada vez gañía más fuerte.

—¡*Houdini*! —Toby empezó a indignarse—. ¿Quieres que te dé un cachete?

—Ven aquí, *Houdini*. —Era mi turno—. La urogalla ya no está.

Damon optó por un método más directo y soltó un silbido agudo entre los dientes. *Houdini* levantó una oreja pero luego siguió husmeando a la vera del precipicio.

Miré a Morrie y comprendí que no sabía nada de perros. Sin embargo, había que hacer algo. Toby no iba a quedarse tranquilo si dejábamos atrás a *Houdini*.

—Voy a traerlo —dije, y eché a andar hacia el tozudo perro—. No, Tobe, tú quédate aquí.

Houdini movió la cola con aire de culpabilidad al verme venir, pero no cedió. Era un cachorro de tamaño considerable y, pese a que yo no tenía problemas con las alturas, quería evitar un tira y afloja justo al filo del vacío. Me arrodillé a unos pasos y empecé a darme palmaditas persuasivas en la rodilla.

—Ven aquí, *Houdini*, ven.

Volvió a gañir y meneó otra vez la cola, casi llorando, pero no se movió.

—¿Qué te pasa, *Houdini*? ¿Es en serio, o vienes aquí o... ¡Booom! El estruendo de un disparo de rifle retumbó en nuestros oídos.

Estaré para siempre en deuda con Damon. Se acercó en dos zancadas al borde del precipicio y me agarró por los faldones de la chaqueta justo cuando yo me había lanzado sobre *Houdini*. El forcejeo del perro, el esfuerzo de cargarlo, los tirones de Damon, el estruendo todavía reciente del disparo y el vacío del risco, todo se amalgamó en un atávico instinto por luchar y sobrevivir. La fortuna tiene el corazón duro; pero, por un instante, nosotros fuimos más duros todavía. Como fundidos por el miedo en una sola voluntad, saltamos los tres hacia atrás y caímos unos sobre otros. Morrie había cogido de la mano a Toby. Estábamos ya en tierra firme y, no sé en qué momento, acabé tapándole los morros a *Houdini* con las manos: se quedó callado, aunque no dejaba de gemir. Tardamos varios segundos en comprender que seguíamos vivos. Nos asomamos juntos al borde del precipicio y observamos lo que solo el perro había presentado.

Se me juntaron en la garganta todos los remolinos del meandro del río de abajo. Allá, en lo más ancho de la hondonada, venía galopando el gran caballo gris de la carrera de espaldas. El jinete inclinado sobre el lomo acababa de introducir un nuevo cartucho en el rifle. Una silueta gris más pequeña brincaba más adelante tratando de escapar. En cuanto la silueta enfiló hacia un paso entre los riscos, el rifle volvió a tronar y un pequeño geiser de polvo estalló justo delante de sus patas. Volvió a correr

entonces hacia el centro de la hondonada, delante del implacable caballo gris.

—¿Qué demonios está...? —soltó Morrie, como si le hubieran volcado encima agua hirviendo.

No había acabado de pronunciar las palabras cuando el animal perseguido empezó a zigzaguear a través del prado, encogiéndose la cabeza, desesperado. El jinete tenía tiempo de sobra para tirar de las riendas y volver y disparar, pero prosiguió con su persecución.

Con voz entrecortada, le expliqué a Morrie qué estábamos viendo:

—Brose Turley. Está cazando un lobo.

El maratón de zigzags siguió adelante. Damon observaba boquiabierto y Toby se había arrastrado a mi lado para abrazar a *Houdini*. Morrie estaba aún más confundido:

—Pero... ¿los persigue hasta matarlos de cansancio? ¿No se supone que tiene licencia para poner trampas?

—El lobo se ha soltado. ¿No ve que arrastra una trampa?

El cazador y su presa se habían ido acercando bajo el risco y se veía el instrumento de destrucción, colgando de una pata trasera del lobo. Quién sabe cómo, había logrado arrancar la estaca —escarbando con los dientes, o tal vez a empellones—, pero los dientes de la trampa estaban royéndole el hueso. Avanzaba a trompicones con las tres patas buenas y la trampa cerrada sobre la otra, arrastrando la cadena y la estaca de hierro.

—Me está dando miedo, Paul —me susurró Toby—. Si fuera *Houdini*... Sería horrible.

Se quedó mirándome para saber si estaba bien sentirse así y con un gesto le di a entender que sí. Nadie que haya crecido en una granja con animales podría ponerse de parte de un lobo, pero uno puede estar en contra de que el hombre atormente a otras criaturas.

El arma volvió a disparar. Ésta vez el tiro alejó al lobo de nuestra posición, hacia una ladera de rocas que se alzaba del otro lado del Barranco de los Búfalos.

—Está empujándolo a algún lugar —deduje—. ¿No es así, Damon?

—Hacia el desfiladero. Va directo allí.

Brose Turley no había levantado la vista ni una vez. Se dirigía hacia el lobo con las riendas, con las rodillas, con todo el cuerpo, como un *jockey* en una carrera.

La lucha del lobo se hizo más ardua a medida que subía por la ladera. En cuanto trataba de guarecerse tras una roca, una bala silbaba sobre su cabeza. Turley fue empujándolo hacia el interior del desfiladero, y el animal se vio sin lugar para correr, rodeado por tres empinados muros de piedra. Lo vimos girar en redondo, tambaleándose a los pies del precipicio, con la trampa asomando y desapareciendo tras las rocas del suelo. Luego, dio un salto hacia la cara del risco, arañando las rocas

con las patas para izarse hacia lo alto del cañón. Y cayó de espaldas sobre el lomo.

Turley se lanzó sobre él con el caballo y disparó otra vez para obligarlo a ponerse de pie. El disparo hizo trizas una roca a un palmo de su cabeza. El animal se internó entre las piedras, arrastrando su grillete.

En medio de la brutal persecución, Morrie se había acuclillado junto a nosotros y nuestro perro aterrado. Su voz aún reflejaba incredulidad cuando preguntó, a nosotros o al mundo:

—¿Por qué no le pega un tiro y le ahorra el sufrimiento? Damon era nuestro experto en cosas macabras.

—No sacaré un buen precio si la piel tiene un agujero. Era una de las respuestas. La otra acudió a mí durante la noche, con la cruel claridad de los sueños. Yo estaba al otro lado de un corral hecho de rocas y huesos; entre las piedras asomaban fémures y costillares, era una mezcla entre un escenario y la hondonada de los búfalos. Los Turley, padre e hijo, caminaban en círculos en el centro del corral, vigilando los lobos que habían cazado. Yo los seguía desde lejos tratando de mirar, pero Eddie me advirtió, no sin cierta amabilidad: «Quédate fuera, Milliron. Nos encargaremos nosotros». Llevaba un sombrero deforme y lo agitó para provocar a los lobos. «Sabemos cómo lidiar con ellos», dijo, como si estuviera echándose un farol en el recreo. «Ya basta de perder el tiempo —dijo Brose Turley—. Vamos a desollarlos». Sacó un cuchillo. Los lobos se amontonaron como ovejas. Uno por uno, los Turley los arrastraron hasta el centro del corral tirando de ellos por una pata trasera y los desollaron. Brose les ponía la rodilla sobre el cuello y Eddie los agarraba por la cola. Alguien apareció a mi lado mientras los despellejaban y arrojaban las pieles en una pila. «Están manchándolo todo de sangre». En la voz de Rose había una nota de desaprobación, pero ¿qué hacía allí Rose? Era Morrie el que debía venir... Nunca falta un elemento ilógico en los sueños. Sin duda, era Rose, pues llevaba su delantal. «Pero ¿por qué lo hacen?». Yo no tenía respuesta. Parecía que me había tragado la lengua. Cada tajo sangriento de Brose Turley arrancaba un gemido y derramaba más sangre, y la pila de pieles seguía creciendo. En medio, no sé si vivos o muertos, los lobos yacían despellejados, con las tripas fuera. Es horrendo. «¿No te parece que es horrendo?», repetía Rose indignada, mientras mirábamos entre los huesos del corral. Por supuesto que era horrendo, le podría haber dicho, nada más horrendo que un hombre que actúa sin remordimientos.

Todavía faltaban varias horas para los sudores de esa noche. Brose Turley seguía allí, en el centro de las largas sombras del desfiladero. Los cuatro lo observábamos. Y también *Houdini*. El lobo siguió trastabillando con su cadena a cuestras hasta que la estaca se atascó entre dos rocas. Cayó exhausto, con la pata rota extendida detrás. Satisfecho, Turley sacó de las alforjas un grueso palo rematado con una herradura y se bajó del caballo. Era evidente que había hecho lo mismo muchas veces.

Se acercó al lobo, azuzándolo con el palo, y el animal le lanzó varios mordiscos con fuerzas desfallecientes. Turley saltó entonces sobre él como un rayo, le encajó el palo detrás de las orejas y apoyó todo su peso sobre él para mantener quieto al animal. Sin perder el equilibrio, levantó un pie y le estampó la bota en el pecho, aplastándole el corazón.

—Qué bestia —profirió Morrie.

Todos supimos que no se refería al lobo.

La casa estaba fría cuando me levanté de la cama y dejé de soñar con la matanza de los lobos. Me vestí como pude, dando saltitos en el suelo desnudo, y le eché un vistazo a Damon en la penumbra. Se había encogido contra la pared, apartándose de mí y de mi sueño hasta donde podía sin caerse de la cama. Su afición por los objetos afilados nos había llevado la víspera al Barranco de los Búfalos, pero había que comprenderlo.

Conocía el camino a oscuras hasta la escalera y, ya abajo, hasta la caja de cerillas. Encendí una y busqué la lámpara en la mesa. Papá cargaba la estufa a rebosar cada noche y aún había algunas brasas rojizas. Lancé dentro unas ramitas y un diario arrugado. Cuando todo estuvo encendido, me senté a evaluar la situación.

No hacía falta un gran esfuerzo: estaba hecho una piltrafa. Que tengas dulces sueños... En fin. «A ese dulce lugar viaja la noche / al principado de los sueños / la feliz tierra del olvido...». ¿Hasta dónde podía equivocarse un poeta? Si aquello era lo mejor que podía ofrecerme sobre el tema el mundo de los adultos, tendría que buscar mi propia manera de lidiar con lo que me ocurría cada noche al dormirme. «No te dejes acorralar», me reproché, pero en mi cabeza aún había tantos ecos que me pareció oír a Eddie Turley dándome un consejo sobre cómo comportarme con los lobos.

Me enfadé porque seguían dentro de mi cabeza, justo cuando yo trataba de expulsarlos, pero también pensé que, a pesar del agotamiento, no me había ido tan mal como a las criaturas que tenían que vérselas con Brose Turley, de día o de noche. Con ese pensamiento y la taza de cacao que me preparé después de que la tetera silbara, empecé a sentirme mejor. Si el pasado servía de precedente, la pesadilla iría enfriándose poco a poco, hasta convertirse en un recuerdo manejable. Saqué mi ejemplar de *Robinson Crusoe* y me senté a leer. Todavía faltaba una hora para que sonara la alarma del reloj de papá y toda la familia se pusiera en pie para acometer nuestra particular versión del desayuno y un nuevo día de aventuras en la escuela bajo la batuta de Morrie.

Estaba sumido en mi desierta isla de eremita cuando la puerta delantera se abrió. ¿Podía ser el viento? Cuando en la mente rondan lobos y cazadores sanguinarios, parece razonable que el viento haga girar el picaporte.

Todavía entre la realidad y la imaginación, no se me ocurrió nada mejor que quedarme inmóvil, a la espera de lo que se disponía a entrar. El viento frío de la noche estremeció la puerta de la cocina. Oí a alguien quitarse un abrigo.

—¡Qué te parece! —me asaltó el susurro—. Al menos ya somos dos los que estamos despiertos.

Era Rose. Como si hubiera desembarcado de mi sueño, antes de que el propio

sueño acabara de zarpar.

Rose tenía un talento natural para adueñarse de un lugar. Con solo entrar cambiaba el rumbo de las cosas, igual que un imán cambia el de una brújula.

—Vi la luz encendida todo el camino desde la granja de George y Rae. —Se acercó a la estufa todavía susurrando y se frotó las manos—. ¿«Una luz en tierra», como la del patriota Paul Reveré?

—He tenido sueños agitados —dije, excusando mi presencia ante la lámpara y el libro abierto.

Rose misma parecía haber intercambiado su cama por la linterna: nunca antes había llegado tan temprano. Debió de notar enseguida mi curiosidad:

—Hay que zurcir todos los mitones de esta casa —explicó—. Pensé que más valía zurcirlos antes de que os los pongáis para ir a la escuela. —Se quedó mirándome a la luz de la lámpara, con sus ojos castaños brillando, incluso a esa hora del día—. La última persona que conocí que se levantaba a esta hora fue mi difunto esposo. Él tampoco dormía bien.

—¿Tenía pesadillas? —murmuré, tenso.

—Preocupaciones, diría yo. Sobre todo al final. Y luego... —Se dio cuenta de que no iba en una dirección muy prometedora y rectificó con una sonrisita—. Todos tenemos malas noches —añadió en un susurro especialmente confidencial, dado que todos en casa estaban durmiendo—. Morrie me ha contado que tienes bastantes cosas en la cabeza para alguien de tu edad.

Nunca llegaría a imaginarse cuántas. Tal vez fuera la prueba de que era demasiado joven, pero no estaba dispuesto a contarle a una mujer que había pasado la noche soñando con ella.

—¿Quieres un poco de cacao?

Rose empezó a decir que no con la cabeza, pero me miró otra vez.

—Sí, tomaré un poco —murmuró—. Traigo los mitones y estoy contigo.

Pasó revista en un suspiro al cuarto de la entrada, juntó los mitones y, ya puestos, también la bufanda deshilachada de Toby y el jersey de invierno de papá. Puso la pila en la mesa, entre los dos, sacó el hilo y la aguja y se puso a trabajar. De vez en cuando, se acordaba de tomarse un sorbito de cacao.

—¡La exposición fue todo un éxito! —dijo, como si yo le hubiera preguntado—. Había arados, y más arados. Rae dejó a todos boquiabiertos en la merienda con su, eh, cómo se llama, ¿crujiente de ruibarbo? —Inclinó la cabeza hacia el otro lado para que la luz cayera sobre la prenda que estaba zurciendo y los rizos le bailaron sobre la frente—. Por cierto, ¿no te contó tu padre que nos encontramos con la otra mitad de tu curso? Es la hija del agente del condado, ¿no? ¿Cornelia?

—Carnelia. Como en *carnívoro*.

—Venga, Paul. No es una chica nada fea.

—Tú espera. Verás cómo se casa con un banquero. No tengo ni idea de por qué dije eso, pero así fue. Rose soltó una risita.

—Ya decía yo que tienes poderes adivinatorios. Eres vidente.

—¿Que tengo qué?

—Es un don. Hay gente que ve cómo van a ser las cosas. Los demás vivimos en la oscuridad.

—No sé si quiero tener esos poderes.

—En realidad, tampoco me sorprende que los tengas —dijo Rose, como para consolarme.

Yo no quería seguir hablando de mí.

—¿Rose? —No era fácil entrar en materia, y aún menos entre susurros—. ¿Puedo preguntarte algo? ¿Algo sobre Morrie?

—Somos de la misma familia pero no del mismo modelo, ¿me entiendes?

—Sí, pero ¿cómo es que sabe tantas cosas? O sea, ¿cómo relaciona unas cosas con otras?

Morrie había hecho su último truco de magia cuando los de quinto estudiaban con apatía las tablas de multiplicar. «Uno toca el violín para que suene música, ¿no? No importa que para eso use un conjunto de cuerdas que una vez fueron las tripas de un gato». Yo había contenido una vez más el aliento, pero llegado el recreo la población del patio (esa cambiante y terrible opinión) estaba entusiasmada con la noticia de que las tripas de gato también tenían su lugar en el orden de las cosas.

—A Morrie la cultura le llega hasta aquí. —Rose sostuvo la mano diez centímetros por encima de su cabeza—. Lo suyo era la universidad. —Se quedó muy seria, como si le costara proseguir—. Cuando eso pasa, los otros miembros de la familia... —Dejó la frase en el aire y la hizo aterrizar tamborileando con el dedo en la página abierta de *Robinson Crusoe*—. Nunca me acuerdo si este libro es sobre un cantante de ópera o sobre un naufrago.

—Sí, pero...

Quería decirle diplomáticamente que ella era inteligente a su manera y yo mismo, según decía la gente, era bastante listo para mi edad, pero que Morrie nos daba cien vueltas en el terreno intelectual. Iba a preguntarle si estudiaba en secreto cuando papá nos saludó con un bostezo desde el umbral.

—¡Mira qué hora es! —exclamó sin saber que Rose y yo ya llevábamos horas despiertos. Ve a despertar a tus hermanos, Paul. La campana de la escuela no espera a nadie.

El día parecía decidido a empezar con el pie izquierdo. Entre una cosa y otra —Damon tardó un cuarto de hora en salir de la cama y encontrar sus zapatos—, tuvimos que cabalgar a toda prisa hasta la escuela y, aun así, cuando desmontamos de un salto todo el mundo estaba dentro ya y Morrie hacía tintinear el triángulo por

última vez.

Sin embargo, en lugar de volver a entrar vino a nuestro encuentro seguido de Carnelia, que traía cara de mal humor. Me puse aún más en guardia cuando mandó corriendo a la escuela a Toby y a Damon, y nos anunció a Carnelia y a mí que deseaba concedernos un honor: el deber de izar y arriar la bandera.

Carnelia parecía igual de perpleja que yo. Era algo inédito. Eran siempre, *siempre*, los alumnos de más edad quienes se ocupaban por turnos de esa alta responsabilidad. Morrie parecía haber resuelto, y quizá no sin motivos, que era un desperdicio dejar aquel rito cívico en manos de la horda de octavo. De ahora en adelante, proclamó, todos los cursos izarían por turnos la bandera, empezando por el nuestro, es decir, por la incómoda pareja que formábamos los dos.

Carnelia y yo no teníamos más que un pensamiento: la ira de los mamuts peludos de octavo iba a recaer sobre nosotros. Sin embargo, el cambio de procedimiento había sido idea del maestro, no nuestra. Llegado el caso, invocaríamos ese hecho ante el Cielo a la hora del recreo. Puesto que el deber nos había elegido a ciegas, nos cuadrarnos el uno frente al otro, como suponíamos que correspondía a dos portaestandartes.

Justo entonces, la puerta del retrete se abrió y salió al patio Eddie Turley, como si estuviéramos en una secuela de mi pesadilla.

Tal vez a Morrie le fastidiaba que Eddie acostumbrara a comenzar la jornada escolar yendo al retrete, o tal vez decidió que aquélla era una oportunidad providencial para el cambio de guardia. Enseguida tuvimos un nuevo recluta en nuestro destacamento.

—Afortunadamente Eddie está aquí para enseñaros los detalles —lo pilló Morrie, antes de que pudiera deslizarse de vuelta al aula—. Ésta mañana vamos retrasados —me lanzó una mirada elocuente—, así que os encargaréis de la bandera mientras paso lista.

Se marchó al momento, y los tres nos quedamos tiesos como troncos en medio de la extensión desierta de la pradera. Por el gesto de aversión, Eddie no sabía si mirarme o soltarme una torta, y lo mismo valía para Carnelia. ¿Iba a meterme en una nueva pelea sin haber pisado siquiera el aula? Sin embargo, por una vez era una suerte estar con Carnelia: solo ella podía lanzar miradas aún más asesinas que las de Eddie.

—Muy bien, señor Bueno para Nada —su tono de voz habría hecho brincar a cualquier ser vivo—, ¿por dónde se supone que empezamos?

—Podéis ir a por la bandera. Si queréis acabar hoy.

La bandera se guardaba doblada en un cajón especial del cuartito donde dejábamos los abrigo. Carnelia y yo entramos, la sacamos como si estuviéramos manipulando dinamita y, como aún no conocíamos el protocolo, la cargamos entre los

dos, empleando cada uno ambas manos. Eddie nos siguió con cierto aire furtivo que me inquietaba y me hacía pensar otra vez en lobos y cazadores.

—Tenías que llegar tarde el primer día que nos toca hacer esto —me susurró Carnelia en medio de la solemne marcha hacia el asta.

—No sabía que nos tocaba, ¿vale? Cállate.

Estábamos muy cerca el uno del otro, cada uno a un lado de la bandera doblada; fue la proximidad lo que me recordó el comentario de Rose de que Carnelia no era fea. Yo llevaba vigilándola siete años y no había notado ninguna mejoría. Eché un vistazo para estar más seguro. La misma nariz fruncida. La misma piel lechosa. Los mismos ojos que tiene la reina en el mazo de naipes.

—¿Qué miras con esos ojos de sapo? —reaccionó, al ver que la observaba de hito en hito.

—Nada que te interese, pedorra. Se te está escurriendo una esquina.

Nos detuvimos al pie del asta, todavía sosteniendo la bandera entre los dos. Era una bandera espléndida, con las cuarenta y seis estrellas tras el ingreso de Oklahoma en la Unión. Las estrellas refulgentes, las barras sedosas entre los dedos: no cabía duda de que era una belleza. Sin embargo, una pregunta ocupaba nuestras mentes. ¿Cómo se suponía que teníamos que engarzarla y fijarla cuando la cuerda del asta oscilaba como loca a causa del viento? Milo Stoyanov, pese a su cara de buey, conocía el secreto. Y Cari Johansson, que no era un genio. Incluso Eddie Turley lo sabía. No obstante, Eddie permanecía tan callado como el asta, mirándonos con una sonrisita despectiva.

—¿Qué dices, Eddie? —intenté hablarle de hombre a hombre—. ¿Listo para enseñarnos cómo mantener quieta esta cuerda?

—¿Por qué no intentas hacerlo al revés? —contestó burlón—. A ti el cerebro te funciona cuando lo cambias por el culo.

Carnelia lo miró con auténtica repugnancia.

—¿Por qué no piensas tú por una vez en la vida, palurdo? —Nadie más podía atacar así a Eddie—. O izamos la bandera o nos metemos todos en un lío.

—No sería la primera vez. Aunque puede que para vosotros sí. Eddie Turley era lo único en lo que Carnelia y yo estábamos de acuerdo. Si se lo proponía podía ser un auténtico grano en el culo. Empezamos a asustarnos, plantados el uno frente al otro, con la cuerda bamboleando en medio. Más nos valía inventarnos algo enseguida.

—Creo que primero hay que meter eso por aquí...

—No seas idiota, así va a quedar al revés, tenemos que...

—Deja de mandarme. Si metemos...

—Tú deja de manosearme... ¡Cuidado!

No quedó claro quién sostenía en ese instante la mayor parte de la bandera, pero ahí estaba, caída en el suelo entre los dos.

Nos quedamos de piedra. Las reglas con la bandera eran tan severas como las Sagradas Escrituras. Había que manipularla con absoluto respeto en todo momento. Existía una manera de doblarla y una manera de desdoblarla. Jamás debía tocar el suelo. A nuestros pies, las estrellas del pequeño montón de tela refulgían consecuencias incalculables. No nos parecía descabellado que Oklahoma tuviera que volver a ponerse en la cola para entrar en la Unión.

Una sonrisita ladina se dibujó en la cara inexpresiva de Eddie.

—¡Ja!

Carnelia y yo nos volvimos hacia la escuela como si tuviéramos las cabezas atornilladas a un solo pivote. En la parte de enfrente no había ventanas y Morrie había cerrado la puerta al entrar; nadie había sido testigo de la deshonra de séptimo. Recogí la bandera y la froté contra mi pierna para quitarle el barro. Carnelia asintió; enmudecida por el susto.

—Ya veréis cuando todos se enteren. —Eddie se moría por contarlo—. Los preferidos del maestro y habéis dejado caer la...

Empecé a tararear bastante fuerte. Carnelia me miró como si hubiera perdido la cabeza, pero Eddie se calló en cuanto reconoció la melodía. Solo para asegurarme, entoné un nuevo verso de «Señor, danos fuerzas» todavía con más vigor, temblando como un poseso. Eddie se puso del color de la remolacha.

—¡Dijiste que no te chivarías!

—Si tú no te chivas, yo no me chivo.

La nuez de Adán de Eddie estaba a la altura de mis ojos. Lo vi tragar saliva y tuve la esperanza de que se lo hubiera pensado mejor. De repente, me arrebató la bandera de las manos.

—Se hace así, ¿entendido?

Enhebró la cuerda por los ojales, la ató con dedos veloces y la izó de un tirón hasta lo alto del asta. Nos encaminamos al aula sin decir palabra. De repente, Carnelia también me lanzaba a mí miradas como dagas.

Entramos los dos al trote y nos sentamos nerviosos en el pupitre. Morrie empezó a acercarse sin dejar de dar clase a los demás. Nos devolvió las redacciones sobre la travesía de Magallanes alrededor del mundo, sin preguntar por qué nos habíamos entretenido tanto tiempo en el patio.

—Tenéis un diez, los dos.

Nos puso a hacer caligrafía y se fue hacia los grandullones de octavo. Como yo estaba al día en caligrafía y las otras clases del día, dediqué buena parte de la mañana a observar sus labores pedagógicas. Sus piruetas mentales seguían intrigándome. No logré averiguar cómo conseguía hacerlas, pero descubrí algo más. Después de haber conocido su faceta más sistemática con la leña, me di cuenta de que en la escuela se las apañaba en el filo de la navaja: decidía las lecciones apenas unos segundos antes

de impartirlas a diestra y siniestra, a lo largo del agotador sistema que reunía a los ocho cursos en una sola clase. El aplomo, sin embargo, cuenta, y esto lo digo como la figura pública a la que los diarios no pueden resistir la tentación de calificar de «oracular». Al margen de lo que hubiera podido precisar «el negocio de los guantes» en su vida anterior con Rose y el difunto señor Llewellyn, Morris Morgan recorría los desgastados pasillos entre los pupitres como la viva estampa de la serenidad.

Ni siquiera parpadeó cuando, el día de autos, la delegación de sexto se aproximó a su escritorio mientras los demás entrábamos en tropel después del recreo de la tarde. Lily Lee Fletcher, seria y callada, Miles Calhoun, cuya inteligencia discurría en lentos círculos que nunca se sabía adonde iban a parar, y Arabrab Rellis, en el inexcusable papel de portavoz, parecían representar a un electorado misteriosamente amplio. Ecuánime como un juez, Morrie escuchó los felinos susurros de Arabrab. Ya había empezado a conquistar partidarios con su disposición a escuchar cualquier propuesta —a todos nos unía el desprecio por la máxima de que a los niños hay que vigilarlos pero no oírlos— y estaba a punto de conquistar bastantes más. Una vez que estuvimos todos sentados, se puso de pie y anunció:

—Me han informado de que, por circunstancias inesperadas —a saber, la partida de la señorita Trent—, no se ha celebrado ningún concurso de ortografía, según dice Arabrab, prácticamente «desde hace años». Desde luego, eso parece demasiado tiempo. Poneos en dos filas, a lado y lado de la clase. Es por cursos alternos, ¿no?

Sin duda, Morrie ya había comprendido a esas alturas que sus alumnos preferían participar en una competición que tener todos los dedos de los pies, pero la estampida estuvo a punto de arrollarlo. Los pupitres de todos los cursos se vaciaron a toda velocidad. Carnelia abandonó el nuestro como un caballero de armadura llamado a encabezar una cruzada en Tierra Santa. Por pura costumbre, yo me quedé en mi puesto y saqué mi libro de cuentos de Rudyard Kipling.

Las dos filas se formaron enseguida a los dos lados del aula.

—¿Señor Milliron? —el tono de voz de Morrie me erizó la piel—, ¿le importaría acompañarnos?

Lo miré desconcertado. La mente se me puso en blanco.

—Paul no puede participar en el concurso —dijo Carnelia, encantada con ese regalo del Cielo.

Morrie ladeó la cabeza.

—¿Por qué no?

Carnelia se limitó a fruncir los labios, como si el motivo fuera demasiado obvio. Damon comprendió que no debía decirlo él y le lanzó una mirada de advertencia a Toby, que ya estaba que se moría por decírselo. Mis amigos y aliados no estaban seguros de qué quería hacer yo y mis adversarios no acababan de ver la manera de fastidiarme. Finalmente, Verl Fletcher asomó la cabeza desde la parte de atrás de la

estancia.

—Porque si participa nos da una paliza a todos. Morrie ladeó la cabeza todavía más.

—No me digas. A ver, Paul, cómo se escribe «cohobación». Deletreé la palabra tan rápido que Morrie parpadeó. Carnelia se cruzó de brazos a su espalda como diciendo: «¿Lo ve?».

—Humm. ¿«Isósceles»?

Lo deletreé otra vez en un suspiro. Morrie había empezado a fruncir el ceño, como en su día la señorita Trent y sus predecesores.

—Vamos a probar con una frase completa: «Los gerifaltes enhestaban sus huestes con jaculatorias».

Le repetí la frase letra por letra, como un operador del telégrafo. Morrie dio una vuelta alrededor del escritorio.

—Una prueba más para tu sindéresis: «vaya».

¿Habría oído bien? Sin duda, Morrie sabía que la ortografía de «sindéresis» era más difícil que la de «vaya». ¿O había querido decir «síntesis»? No, siempre vocalizaba cada letra cuando quería recalcar algo. Y, a juzgar por las caras perplejas a mi alrededor, yo no era el único que no sabía qué quería decir «sindéresis». No tuve tiempo de pensar nada más y simplemente deletreé «v-a-y-a».

—Técnicamente correcto, pero no demasiado imaginativo —dictaminó para mi sorpresa Morrie—. Consideremos otra posibilidad.

Se acercó a la pizarra y escribió: «baya».

El aula entera frunció los ojos, tratando de entender.

Sindéresis significa «juzgar rectamente». Y hay que ser bastante buen juez para distinguir «vaya» de «baya». Son homófonos, palabras que suenan igual, pero que guardan un as bajo la manga. —Cogió otra vez la tiza y escribió como un relámpago: «vaca»—. Cuando uno va a ordeñar, esto es lo que buscamos. No esto. Debajo de «vaca» escribió: «baca».

—Pero —el trozo de tiza se levantó como un dedo ominoso— en la parte de atrás de la carreta viajamos en la baca. Y al llegar a nuestro destino puede que encontremos una valla.

Escribió ahora «valla».

Mientras la cantinela de la rima repicaba en nuestros oídos, Morrie aplacó los ánimos de los concursantes, y de paso los míos.

—Nunca perdáis de vista que estamos a merced de las palabras. Son ellas las que deciden cómo se escriben y qué significan. Eligen sus propias letras, y a menudo no son las que escogeríamos nosotros. Pueden suplantar descaradamente a otras, ocultándose detrás de un homófono. —Se volvió hacia la pizarra, como si aquellas letras diabólicas estuvieran escuchando—. «Vaya» puede parecer una palabra sencilla

—levantó el puntero y se puso en guardia, como si fuera a batirse con la pizarra—, pero detrás de ciertos sonidos, se esconde un arsenal de significados.

Entonces lo comprendí. Pese a que Morrie se dirigía a todos, desde los niños de ojos grandes de primero hasta los de mirada torva de octavo, fue uno de esos momentos vibrantes en los que todo el poder del saber parecía descender sobre la escuela únicamente para mí. Quizá habría preferido que fuera menos notorio. Tenía la sensación de que había descendido un escalón. O incluso varios. Sin embargo, por mi experiencia con Morrie, sabía que siempre valía la pena reflexionar sobre los números que se tomaba el trabajo de escenificar.

—Ahora entiendo por qué estás excusado del concurso, Paul —dijo en un tono más ligero—. Puedes proseguir en paz con tu lectura.

Lo intenté con todas mis fuerzas, pero un concurso de ortografía al mando de Morrie rivalizaba con cualquier cuento de Kipling en materia de aventuras.

Al cabo de un momento, el aula retumbaba con los aplausos, los gruñidos y las carcajadas que suscitaban las observaciones de Morrie: «Veamos si se te pega la lengua con *adhesivo*, Lily Lee». O si no: «Buen intento, Milo. Si alguno de nosotros estuviera a cargo del asunto, estoy seguro de que «xilófono» llevaría una z». Era un mago del vocabulario. Deseé que papá estuviera allí para disfrutarlo. Además, conseguía convertir el concurso en un torneo en el que participaba todo el mundo. Durante un rato, emparejó a los de segundo con los de quinto y a los de tercero con los de cuarto: los más pequeños recitaban valientemente las letras tras frenéticas conferencias de susurros. (Había que ver a Toby remontando «H-i-m-a-l-a-y-a», con todos los de quinto conteniendo el aliento a su espalda). Luego hubo una ronda feroz en la que Carnelia se enfrentó a todos los de sexto y los batió de forma soberbia uno detrás de otro, hasta que Morrie decidió que era hora de bajarle los humos. Le dio una sonora palabra muy apropiada para las ferias y las celebraciones donde todo acababa en desorden y confusión.

—«Barahúnda» parece más corta de lo que es —le advirtió escrupulosamente Morrie— y también se guarda alguna carta bajo la manga.

Carnelia se equivocó desde la primera letra. Damon también falló —todos creían que se escribía con *v*— y me lanzó una mirada dolorida. Luego Arabrab mordió el polvo. Yo me revolvía inquieto detrás del libro cada vez que alguien empezaba a deletrear mal la palabra. Isidor hizo un intento valiente y condenado de antemano. Luego llegó el turno de Grover Stinson, la última esperanza de los de sexto. Grover y yo éramos muy buenos amigos, hasta donde podíamos serlo con un año de diferencia. Los dos leíamos todo lo que nos caía entre manos —en su caso, la desafortunada prueba eran sus gafas— y pensábamos lo mismo de muchas cosas. Así pues, como era de esperar, cuando me miró tratando de concentrarse antes de acometer el arduo vocablo, me llevé distraídamente el dedo a los labios, con la esperanza de que

relacionara el gesto silencioso con la *h* de «barahúnda». Parpadeó un par de veces, frunció el ceño y se lanzó al agua: «b-a-r-a-h-ú-n...». Y fue así como se erigió en el conquistador de la palabra.

—¡El punto es para los de sexto! —lo felicitó Morrie, que ya estaba devanándose los sesos en busca de otra palabra. Si no hubiera estado tan atareado como un empapelador en una escalera, llevando la cuenta de los puntos y correteando a la vez tras nuevos desafíos, se habría ahorrado el problema que tenía delante. Sin embargo, no llegó a alzar los ojos.

—Ahora los de sexto tendrán que enfrentarse a los de octavo. ¿Quién es el desafortunado estudiante de octavo al que le toca el turno? Veamos, la siguiente palabra nos habla de la necesidad de mantenerlo todo limpio. Es «higienización»...

Eddie Turley lo miró como si Morrie le hubiera pasado una brasa ardiente.

Cerré el libro de Kipling para observar. Durante los diez años que le había costado la travesía desde primero hasta octavo, Eddie había ofrecido unos cuantos momentos inolvidables a los alumnos de la escuela de Marias Coulee. En una ocasión, la señorita Trent lo había hecho pasar a la pizarra a resolver un problema de restas. «Yo sumar sé —se había quejado Eddie—, pero eso de andar quitando y poniendo me da por culo». A juzgar por su cara de ofuscación, le pasaba lo mismo con «higienización».

—¿Me la puede repetir? —respondió Eddie, intentando ganar tiempo, mientras los siete cursos de la escuela hacían fuerza entre todos para que la palabra le pusiera un ojo morado.

—«Hi-gie-ni-za-ción».

—«I-j-i-e» —alcanzó a debatirse Eddie. Las carcajadas ahogaron su voz y Morrie lo despachó a la parte de atrás.

Sin embargo, para salir de la primera fila tenía que pasar por delante de los triunfadores de sexto. El primero de la fila era Grover, que seguía sonriendo de oreja a oreja tras su victoria sobre «barahúnda». Eddie lo fulminó con la mirada por sus muestras de alegría.

—¿Qué crees que estás mirando, cuatro ojos? Grover tenía talento para esas cosas.

—Nada —contestó, pero pronunció las dos sílabas despacio, como dándoselas con una cucharita, igual que Morrie había separado las de «higienización».

Eddie enrojeció. Grande como una casa, le soltó un puñetazo en el pecho a Grover, y lo mandó rebotando hasta el escritorio del maestro.

La reacción incendió las dos filas de concursantes como un reguero de pólvora. Los chicos de sexto saltaron a defender a Grover; Damon se subió a un pupitre para saltarle encima a Eddie; Isidor empezó abrirse paso hacia él con los puños en ristre y los demás se arremolinaron bloqueando el pasillo. Arabrab contribuyó con un grito.

Morrie saltó en medio del corro, presintiendo el motín.

—¡A vuestros sitios! —gritó—. ¡Todos!

Las cosas no habrían ido más lejos, pero Eddie estaba enardecido y dispuesto a liarse a tortas con todo sexto y dio por hecho que Grover se había escurrido a su espalda con deseos de venganza. Se volvió hacia la persona que tenía detrás y le arreó un puñetazo. Por instinto, o por pura suerte, Morrie se agachó y la manaza se estrelló contra el nacimiento de su pelo.

—¡Ay! —gritó Eddie al golpear el hueso del cráneo. Toda la clase se quedó helada.

Morrie se enderezó con calma. Todos sabíamos que pegarle a un maestro era una ofensa capital, pero que el maestro devolviera el golpe era otra historia. Eddie había puesto los ojos en blanco y seguía agitando la mano maltrecha, a la espera de su destino. Una mancha roja del tamaño de sus nudillos había aparecido al final de la frente de Morrie. Tenía torcido el cuello de la camisa y la corbata desmadejada sobre el pecho. Durante varios segundos, toda la escuela contempló vacilante la escena: el hombre adulto, compacto, y el enorme adolescente, el uno frente al otro. Luego, Morrie se acomodó el cuello y la corbata y dijo casi con total normalidad:

—Hablaré contigo al final del día, Eddie. Los demás, volved a vuestros sitios y sacad el libro de geografía.

—¡Y dejó a Eddie castigado después de clase!

Papá había escuchado con gesto grave el relato de Toby. Damon y yo permanecíamos al margen, satisfechos con haber sido testigos presenciales. Los relatos de Toby siempre tenían más gracia.

—¡Nunca lo habían castigado después de clase!

Rose revoloteó bajo el umbral de la cocina hasta enterarse de lo esencial y puso los ojos en blanco ante el lío en el que se había metido Morrie. Luego hizo una pelota con el delantal y se marchó a su casa.

Tal vez fuera mi imaginación pero, mientras Toby contaba su mítica historia, me pareció que un nuevo surco se abría paso en las mejillas surcadas de arrugas de papá. Ya bastante tenía con trabajar doble jornada entre la granja y los acarreo hasta el dique, que seguían en marcha porque el invierno aún tardaba en llegar. Ahora, por añadidura, se había convertido en el presidente de una junta escolar que tenía a su cargo una escuela ingobernable.

—¿Y Morrie no lo tocó? —nos preguntó a Damon y a mí—. ¿Tampoco le dio un azote más tarde?

—No. ¡Increíble! —contestó Damon, con la autoridad de quien está más que dispuesto a encargarse de un trabajo.

—Cuando nosotros nos fuimos, Eddie seguía sentado en su sitio como una gallina

empollando —detallé yo—. No tiene que hacer nada, solo estar sentado ahí una hora. Morrie estaba en su escritorio. Creo que leyendo a Shakespeare.

—¡Y lo ha castigado toda la semana! —informó Toby.

—Papá parecía más aliviado con la noticia de que Eddie había salido indemne. Eso no me hizo mucha gracia, dado que aún tenía fresco el recuerdo de la última azotaina. Sin embargo, Damon conjuró al momento ese alivio:

—Ojalá Morrie lo dejara encerrado toda la noche y lo echara de la escuela. No va a hacer más que estorbarnos mañana por la tarde.

—¿Por qué? —Papá nos miró como siempre que estaba a punto de oír algo que habría preferido no saber—. ¿Qué tiene que ver el castigo de Eddie con vosotros?

—Nosotros queremos quedarnos mañana después de clase. —Damon explicó con paciencia la diferencia entre eso y quedarse castigado—. Para montar la colección de puntas de flecha. Morrie nos lo pidió el día que fuimos al Barranco de los Búfalos. Ya nos diste permiso, ¿te acuerdas?

—Eso fue antes de que empezaran las hostilidades.

Damon estuvo a punto de caerse de la silla de la desesperación.

—¡No es culpa nuestra que Eddie se haya vuelto loco! Puede quedarse ahí. Ni siquiera lo vamos a mirar.

Papá se pasó la mano por la mejilla, como consultando con las arrugas. La deliberación falló tan pronto a favor de Damon que los tres nos quedamos boquiabiertos.

—Está bien. Podéis quedaros. Me pasaré por la escuela de regreso del Dique Grande. No voy a perderme la ocasión de ver esas puntas de flecha, ¿no?

La luz del recuerdo que pintaba Rembrandt es a la vez detallista, mágica y fiel, como no lo es nunca el tinte barato de la nostalgia. Buena parte del trabajo de mi vida ha consistido en separar el aprendizaje de la ilusión, y en la infinita galería de imágenes que se extiende tras los ojos, he aprendido a confiar en el brillo de ciertos detalles a la hora de rescatar un momento con exactitud. Pueden ser los matices del verde en la cabeza de un pato bajo un rayo de sol, delante de la poza a la que papá llamaba el Distrito de los Lagos. O el destello gris plomo del termo cuando me detengo al borde del camino de El Corte para beber un café y revivir una antigua carrera: son los mismos tonos grises de un caballo que un día tuvo un cazador de lobos.

Nuestras puntas de flecha tenían que adquirir su pátina de colección bajo la luz preclara de las lámparas encendidas al acabar las clases. Salvo en los días más oscuros del invierno, no acostumbrábamos a encenderlas. Sin embargo, la oscuridad cayó pronto esa tarde nublada y Morrie se declaró en contra de la penumbra. El aula de viejos pupitres marrones resultaba inusualmente acogedora cuando el Comité de Puntas de Flecha se puso manos a la obra. Toby era el encargado de lavar los tesoros en el barreño de agua tibia: las salpicaduras eran un precio aceptable por su entusiasmo. Damon secaba cada piedrita puntiaguda, la frotaba y le sacaba brillo con el aliento, silbando con aire profesoral. Yo iba escribiendo las etiquetas con mi caligrafía más lograda. Desde el fondo del aula, Eddie Turley nos miraba con amargura, como un prisionero que atisba por la ventana de un calabozo.

—Aquí está, justo lo que necesitamos. —En el armario del material, Morrie había dado con un muestrario entomológico, cuyos insectos ya habían visto sus días de gloria—. A estos escarabajos les ha llegado la hora. Puedes exhumarlos cuando acabes con las flechas, Damon. Ah, sí, Toby, en uno de los cajones de la cocina hay unas tenazas y un rollo de alambre de cobre. ¿Puedes traerlos, por favor?

Para un visitante casual, la escena era digna de una placa por buena conducta: tres chicos trabajando en un proyecto escolar hasta el anochecer, y en el rincón un cuarto castigado por, digamos, escupir en clase. Al frente, el maestro con su bigote y su chaqueta de *tweed*, como si aquella reunión después de clase no fuera nada extraordinario. Sin embargo, yo sabía que Morrie tenía vigilado a Eddie, igual que yo tenía vigilado a Damon. Bastaba una ojeada a la historia reciente de la escuela de Marias Coulee para saber que en ocasiones funcionaba como un cuadrilátero de boxeo, y en cada esquina del aula había un boxeador en activo o en potencia, con la angelical excepción de Toby. Yo le había arreado a Eddie mi famoso puñetazo. Eddie le había soltado un guantazo a Morrie. Damon, a su pesar, aún no había podido pegarle a Eddie, y Eddie tampoco había encontrado la ocasión para zurrar a Damon. Si no nos andábamos con cuidado, la ronda de golpes podía ser interminable.

De momento, nuestra colección de puntas de flecha, limpias y relucientes, nos mantenía en paz. O al menos a los que estábamos en la parte delantera de la habitación. Damon había descubierto que su vocación era arrojar insectos muertos al cubo del carbón mientras le daba a Morrie el parte de todas las odiseas futbolísticas que había registrado en su álbum de recortes a medida que nos daban alcance los periódicos del otoño. Por una sola vez, Morrie se había conformado con escuchar y poner cara de sabio. Cuando terminé con la etiqueta de la última flecha —la punta de obsidiana, negra como la noche—, se me ocurrió garabatear un par de cosas con la pluma. Morrie miró intrigado el papel cuando se lo llevé al escritorio.

—Como decía Shakespeare, esto me suena a griego. ¿Qué se supone que dice ahí, Paul?

—Que a las vacas les gusta el laurel —contesté, como si las palabras que había escrito fueran perfectamente reconocibles.

Morrie examinó con más atención el papel:

La vaca, valla redonda, le gusta mucho a la baca.

—Las bayas del laurel se llaman «bacas» —lo ayudé—. Y a las vacas les gusta comérselas. Está escrito en homófonos.

—Muy agudo, como siempre —dijo Morrie con sequedad—. Pero todavía no has terminado con las etiquetas, según creo. Falta la del muestrario. Pon: «Colección de puntas de flecha donada a la Escuela de Marias Coulee por la familia Milliron en 1909».

Eddie eligió justo ese momento para resoplar, hurgarse la nariz y disparar con desdén un moco contra el suelo. Por fortuna, Damon estaba atareado organizando los detalles del muestrario y no se subió al pupitre para saltarle encima: habría sido la segunda vez en un día. Toby volvió victorioso de la cocina con las tenazas y el cable para sujetar las puntas de flecha. Casi habíamos terminado. En cuanto papá viniera a admirar nuestra obra, podríamos irnos a casa y dejar a Eddie pudriéndose en el rincón hasta que se pusiera negro. Más tarde, su vuelta a casa sería materia de la caverna deífica de mis sueños.

Morrie tenía su gran reloj de bolsillo a la vista sobre el escritorio, para establecer a qué hora exacta concluía el castigo. Los minutos avanzan más despacio cuando uno los mira: ya había pasado algún rato cuando le puse el punto a la última *i* de Milliron y soplé sobre la etiqueta para que la tinta se secara. Oímos el chirrido de la puerta y los pasos previsibles en el cuartito de los abrigos.

—Toma, Toby, muéstrale esto a papá. Sostenía con las dos manos para que no se arrugue.

Toby contempló la obra maestra que tenía en las manos y echó a correr hacia la

puerta.

—Mira, papá...

Se detuvo en seco al ver las enormes botas. Damon y yo miramos boquiabiertos a Brose Turley, como si fuera una criatura recién caída de la Luna.

A juzgar por la mueca de mal humor, tampoco él esperaba vernos allí. Bajo el ala arrugada del sombrero, sus malévolos ojos oscuros se volvieron hacia Morrie y encontraron por fin a Eddie en la parte de atrás.

—Buenas tardes, señor Turley —dijo Morrie con toda tranquilidad, mientras se interponía entre nosotros y el intruso. Le acarició el pelo a Toby, lo hizo girar sobre sí mismo como un trompo y lo envió hacia donde estábamos nosotros—. ¿A qué debemos el placer de su visita?

Brose Turley no se molestó en responder. Recorrió el pasillo hasta donde estaba Eddie, rozando los pupitres con su abrigo de piel de lobo. A cada paso que daba, Eddie parecía encogerse.

Oí que Damon y Toby cogían aire, y supongo que ellos me oyeron a mí.

—Eddie tendrá que permanecer aquí otros quince minutos antes de marcharse —dijo Morrie con el mismo tono cortés.

Turley se detuvo y sacudió la cabeza con desagrado. Estaba justo debajo de una lámpara y su nuca se veía curtida y surcada de cicatrices, como si durmiera sobre una almohada de alambre. Era un hombre enorme, desde las botas de trampero hasta la cabeza. Ni los lobos ni ningún ser vivo que se me viniera a la mente tenían la más mínima oportunidad contra él. Sentí miedo hasta el tuétano de los huesos. Hasta Damon estaba lívido. Abracé a Toby y se pegó contra mi cuerpo.

—¿Dónde está papá? —susurró.

—Ya viene —dije con un hilo de voz, con la loca esperanza de que no estuviera fuera desollado por haber tratado de adelantársele a aquel traficante de muertes con abrigo de piel de lobo.

Brose Turley se dio la vuelta y todo su corpachón giró sobre el mismo eje como una estatua. Le clavó los ojos a Morrie, ignorándonos a nosotros:

—Mi hijo no se va a quedar después de la escuela. Si hace algo que no debe, péguale con la vara y déjelo ir.

—Hemos llegado a esto a causa de la vara. —Morrie se pasó los dedos por el morado que tenía en la cabeza—. Eddie tiene que aprender a no pegar. En mi opinión, un castigo como este le ayudará a recordarlo.

—En su opinión —repitió Turley, como si el problema fuera de Morrie.

Su voz era proporcional al resto de su persona pero tenía una aspereza extraña, como si llevara largo tiempo en desuso. También su cara tenía algo de incongruente, como si la parte superior perteneciera a un rostro y la inferior a otro. Solo entendí a qué se debía cuando Turley, escrutando todavía a Morrie, abrió la boca para volver a

hablar. Llevaba una dentadura postiza, pero solo arriba. Abajo no había más que un serrucho de encías desdentadas. Los dientes postizos lanzaban dentelladas entre frase y frase, perseguidos por las obscenas encías rosadas.

—Usted podrá ser muy educado —rasguñó otra vez la voz, al salir de aquellas fauces—, pero «el que escatima la vara odia a su hijo». Yo prefiero mil veces un pastor a un profesor.

Tuve miedo de que Damon soltara algún comentario sobre los fanáticos poseídos de la carpa. Morrie reaccionó al instante:

—«¿Quién levantará a un espíritu herido?». Proverbios 18:14, si no me equivoco. Y en ese solo versículo cabe toda una vida de sermones.

Turley no parecía muy contento con que le citaran la Biblia a él.

—No sé qué clase de forastero se cree que es, pero usted y su escuelita me traen sin cuidado. Si no fuera porque lo dice la ley, sacaría a Eddie de aquí y no le volvería a ver el pelo. De todas maneras, tengo derecho a sacarlo cuando cumpla los dieciséis.

—Hasta ese día, seguirá siendo un alumno como los demás. —Morrie se alisó los bolsillos de la chaqueta con gesto más bien remilgado, como para cerciorarse de que estaba tan presentable como su argumentación.

Yo no estaba seguro de que fuera a salirse con la suya solo con buenos modales, pero tampoco se me ocurría qué más podía hacer. Si papá seguía con vida, ¿por qué no había venido todavía a echarnos una mano?

Turley le volvió la espalda a Morrie y se encaró colérico con su hijo.

—Tú. Vete a casa.

Eddie salió con dificultad del pupitre, pero todavía no se marchó. —Papi...

¿Había oído bien? En esa dura escuela que era la adolescencia en Marias Coulee, solo las chicas y los niños de tres años llamaban a su padre «papi». ¿Era ésa la palabra que había salido de la boca de Eddie Turley, que solo la abría para burlarse de los demás? Si a Toby llegaba a escapársele la risa —o aún peor, a Damon—, podía desatarse cualquier cosa. Eddie hizo de tripas corazón después de un silencio lastimoso.

—No puedo, papi... —tartamudeó—. Tengo que hacer lo que él dice. Es el maestro.

Morrie dio un paso al frente.

—Puedes marcharte si quieres, Eddie. Has hecho bien quedándote después de la escuela. De ahora en adelante te quedarás en el aula durante el recreo.

Brose Turley le lanzó a su hijo la misma mirada de decepción que en la carpa del Hermano Jubal, pero no lo siguió después de que Eddie saliera. El trote del caballo se apagó en la distancia y, por más que Damon y yo aguzamos el oído, no oíamos el traqueteo de la carreta de papá. Turley se volvió hacia Morrie, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Ahora le toca a usted, pedagogo.

—Eddie va camino de su casa —dijo con calma Morrie—. No veo que lo retenga aquí ningún otro asunto.

—Ya le diré yo qué asunto... —Turley volvió la cabeza hacia nosotros—. Pero después de que estos pollitos se vayan. ¿Qué están haciendo aquí, además?

Damon ya no pudo contenerse.

—Estamos trabajando en nuestra colección de flechas. No tenemos por qué irnos.

Brose Turley me miró e hizo otra vez esa mueca inquietante que le chupaba la boca desdentada.

—Tú, chico listo, coge a los otros dos y lárgate.

—No lo haré. —No creo que en mi voz resonara la autoridad del hermano mayor, pero hice lo que pude—. No pensamos irnos.

Turley miró a Morrie como quien comparte una broma con otro.

—Que se queden. Así sabrán lo que es darle a un tonto su merecido.

Parecía peligrosamente resuelto, igual que en el desfiladero donde había acorralado al lobo. Señaló la lámpara que pendía por encima de su cabeza.

—No haría falta casi nada para prenderle fuego a este sitio.

—Haría falta un lunático. —Morrie se apartó de nosotros y dio la vuelta hasta el área despejada junto a la pizarra, como si fuera un filósofo dando un paseo—. Y los cuatro acabamos de oír quién podría ser ese lunático.

Brose Turley soltó un gruñido.

—Pero por ahora bastará con una paliza.

Empezó a avanzar hacia Morrie. Sin necesidad de mirar, supe que Damon estaba a punto de tirarle las tenazas. Yo intentaría saltarle encima por la espalda, pero lo más probable era que Turley se deshiciera de nosotros como si fuéramos chinches.

Morrie aguardaba con las manos hundidas en los bolsillos, todavía en su pose filosfal. Las sacó por fin: en la izquierda y en la derecha, llevaba unos puños de acero.

Turley se detuvo.

—Yo peleo a puño limpio.

—Haría falta bastante más metal para compensar la diferencia de tamaño —comentó Morrie. Levantó los brazos a la altura del pecho y entrechocó con suavidad los relucientes anillos, mano contra mano, como para matar el tiempo con el retintineo hasta que comenzara el combate.

Turley retrocedió hasta cerciorarse de que los puños blindados de Morrie no podían alcanzarlo. Conocía el daño que el metal hacía en la carne.

—Prisa no me corre —masculló, haciendo rechinar los dientes postizos contra las encías con cada palabra. Salió de la escuela sin volverse hacia nosotros, que mirábamos la escena con los ojos como platos.

—Morrie —Damon estaba maravillado—, ¿de dónde ha sacado...?

Morrie levantó la mano pidiendo silencio. Fuera de la escuela repicaban por fin los cascabeles de la carreta de papá. Oímos voces acaloradas fuera. Luego, gracias al Cielo, el tamborileo de los cascos de un solo caballo: Brose Turley se alejaba al galope hacia la penumbra del atardecer.

Morrie no se había relajado ni un ápice, pero había hecho desaparecer los puños de acero.

—Damon, Paul, Toby, tú también —murmuró a toda prisa, incorporándonos al episodio que acabábamos de presenciar—, es mejor que este altercado entre el señor Turley y yo quede entre nosotros. Y sobre todo la manera en que, ejem, lo persuadí. ¿De acuerdo?

No sabría decir cuál de mis hermanos parecía más afligido ante la idea de no poder contarle a papá todos los detalles en cuanto cruzara la puerta. Los dos tenían las caras igual de largas: imposible decidir, pero tampoco hubo tiempo para discusiones. Al cabo de un instante, papá entró en el aula por donde había salido Brose Turley. Traía escrita en la cara la discusión que habíamos oído fuera. Era evidente que no esperaba encontrar a Morrie de una pieza.

—Veo que habéis tenido visita —dijo resoplando—. Pensaba venir antes, pero se me salió una rueda de la carreta. ¿Turley ha causado algún problema?

—Bah —dijo Morrie con desdén—. Es un hombre francamente anodino.

Papá comprendió que había pasado algo que no queríamos revelar. Nos miró a Damon y a mí y, al ver que eso no daba resultado, se dirigió otra vez a Morrie.

—No es buena idea ponerse a tiro de Brose Turley.

—Tiene toda la razón, Oliver. No creo que lo sea.

Luego, papá dijo algo extraño.

—Rece para que empiece a nevar —todos lo miramos como si se le hubiera ido la cabeza—. Brose Turley sube a cazar a los bosques en invierno —nos explicó—. Y deja a Eddie en casa de los Johansson. Tal vez Eddie se porte un poco mejor si su padre no está... ¿Quién sabe? Morrie, si logra aguantar al chico hasta que pase el invierno, tal vez todo quede olvidado.

Morrie no dijo ni sí ni no. La presencia de papá fue aliviando la tensión. Se acercó a admirar nuestro muestrario de puntas de flecha y luego alzó en brazos a Toby.

—Ven aquí, hombrecito. —Lo cargó sobre los hombros—. Me parece que has tenido suficiente por hoy. Vamos —nos ordenó a Damon y a mí—, es tarde y Morrie debe estar cansado también. Toby vendrá conmigo en la carreta, así que traed vosotros su caballo.

Damon y yo atravesamos el patio hasta el pastizal donde solíamos dejar atados los caballos. Mi hermano tardó un tiempo inusitadamente largo en poner en palabras sus

pensamientos.

—Caramba —dijo por fin—, nunca me imaginé que fuera a pasar algo así... ¿y tú?

—Ni hablar. —Ahora era yo el que parecía asombrado—. ¿Puedes creer que Eddie lo llamó «papi» delante de nosotros?

—¡Increíble! ¿Y viste a Morrie? ¡Llevaba puños de acero en ambas manos! ¡Sabe pelear con las dos!

Las cosas más pequeñas tienen su importancia. Una muesca en forma de estrella en el cristal de la ventana de la cocina: ésa era la medida de cuánto frío hacía. Si la ventana se congelaba hasta donde estaba la estrella, quería decir que la temperatura había bajado mucho, pero mucho, durante la noche. Casi siempre ese día caía una nevada. Desde el encontronazo de Morrie con Brose Turley, yo iba a mirarlo todas las mañanas en cuanto encendía la lámpara, con la esperanza de que el invierno hubiera dejado ya su marca en el cristal. Sin embargo, seguía haciendo un tiempo obstinadamente bueno, y el viento seco que enfriaba el aire no prometía ninguna nevada.

El viernes de esa semana, en clase de ciencias, todos nos sobresaltamos al ver en la mano de Morrie el cascabel de una serpiente cascabel. Procedió a ilustrar con él el principio de estímulo y respuesta, como si fuera una herramienta pedagógica que solía estar a mano en todas las escuelas.

Eddie seguía castigado, así que durante el recreo no pude preguntarle nada a Morrie, pero al final de la jornada, me rezagué lo suficiente para pasarme por su escritorio cuando ya no había nadie en los alrededores.

—Ése cascabel estaba recién cortado, ¿no? —quise cerciorarme.

—Diez en observación, Paul. De hecho, se lo corté esta mañana.

Sacó el cascabel del cajón y lo acunó en la mano, contemplándolo como el sepulturero de *Hamlet* debió de mirar los restos del pobre Yorick. Durante la clase, yo había confiado en que Damon se percatara también de la vivida apariencia de aquella cola de serpiente, pero mi hermano había apartado la vista al intuir que en lo que Morrie sostenía en la mano podía haber sangre. Tampoco quería inquietar a Toby, contándole que una cascabel se había colado en la casita del maestro.

—Estaba esperándome justo en la puerta. —Morrie le dio un golpecito a la dura membrana en forma de cuerno—. Todo un gesto de la naturaleza, ¿no? Por un extremo, la criatura amenaza con su veneno, pero en el otro lleva un sonajero para alertarnos de su llegada.

—Pero, por favor, Mor... —me interrumpí al recordar que todavía estábamos en la escuela—, quiero decir, señor Morgan —hice tal esfuerzo que me salió una vocecita cantarína—, prácticamente estamos en invierno.

—Que yo sepa no ha nevado —señaló, como para exasperarme.

—Sé que sabe muy bien qué quiero decir. Las serpientes no salen en esta época. ¿Y si la ha puesto Brose Turley?

—¿Y si se trata de una coincidencia? —Morrie sopesó una vez más el cascabel y lo devolvió al cajón—. ¿Y si el pobre reptil se acercó atraído por el calor de la casa? No hay que sacar conclusiones apresuradas.

En mi opinión, no hacía falta prisa alguna para llegar a la conclusión correcta. Morrie se acarició el bigote y sonrió como si el mostacho le hubiera dado una idea:

—Por cierto, Paul, no se lo digas todavía, pero el método de tu padre funciona de maravilla. Nada mejor que una duela de barril para matar a una serpiente.

Una serpiente, seguía convencido yo, que tendría que haber estado en su madriguera en esa época del año. Ésa noche, las serpientes desterraron a los lobos de mis sueños. Cuando Rose llegó a casa al día siguiente, estaba hecho una piltrafa otra vez.

—Has vuelto a pasar mala noche, ¿eh, Paul? —adivinó desde antes de entrar en la cocina. Ligera como un espectro, se acercó a la estufa para calentarse las manos y susurró—: Sé exactamente lo que necesitas para despejarte: tres barreños llenos de agua.

Había olvidado que, desde que Rose se ocupaba también de la casita de Morrie, el sábado había vuelto a ser el día de la colada.

—¿Me ayudas a traer el agua, por favor? —susurró con voz melodiosa—. Luego te dejaré leer tranquilo.

Por una vez, sin embargo, yo no quería quedarme leyendo. Me puse el abrigo, cogimos cada uno un asa del barreño y nos deslizamos fuera de la casa sin despertar a los dormilones del sábado.

El sendero hasta la bomba apenas era visible en la penumbra del amanecer. El establo y el granero se elevaban ominosos contra la luz que se abría en oriente. Los caballos del corral se quedaron mirándonos entre el vaho que les salía de los morros. El tiempo me puso otra vez de mal humor: una vez más, ni rastro de nieve, otra mañana que no conocía el significado del invierno. Ni siquiera había empezado a soplar el viento, lo cual era inaudito en Marias Coulee.

Rose respiró hondo, como si el aire viniera de los Alpes.

—A mi pobre marido le encantaban los días así —dijo alegre, aunque sin abandonar el murmullo con que hablaba en la cocina—. Es como si pudiera verlo. Se levantaba al filo del alba para correr sus kilómetros de cada día. Luego venía a buscarme para ir a desayunar. Y...

—¿Corría varios kilómetros? ¿Cada día?

La idea me dejó sin aliento. Si Damon, Toby y yo teníamos que ir más allá de las granjas que se divisaban a simple vista y no podíamos ensillar a *Paint*, *Queenie* y *Joker*, simplemente no íbamos.

—Caminaba... Pero una buena distancia —se apresuró a corregir Rose—. Todas las mañanas, a menos que hiciera un tiempo espantoso.

Salvo por el barreño de hierro galvanizado, se habría dicho que éramos dos paseantes ociosos charlando a lo largo de un bulevar. Nos resultaba natural hablar así, después del primer encuentro que habíamos tenido antes del alba unos días antes. Me

intrigaba que, en esos encuentros, el pasado de Rose aflorara episodio por episodio, como si ella misma no pudiera contenerlo. Igual que yo no podía contener mis sueños.

Escuché con atención mientras acababa de contar el recuerdo en particular que había suscitado el aire matutino: una mañana, el pobre señor Llewellyn había regresado de una de sus caminatas escoltado por un policía, que no estaba dispuesto a creer que madrugara tanto solo para salir a hacer ejercicio.

—Ni siquiera me creyó cuando yo identifiqué a mi marido, ¿te imaginas? —Habíamos llegado a la bomba de agua y la historia se acercaba a su final—. Tuve que llamar por teléfono a Morrie para que viniera...

—¿Rose? Aquí afuera ya no tienes que hablar en susurros. —Ah. Vale.

Me ofrecí a bombear el agua yo para que ella dedicara sus energías a conversar.

—Nos lo pasábamos tan bien los tres juntos...

Se quedó callada y metió las manos en los bolsillos. Fue un momento extraño. Fina y menuda en medio de la vasta pradera, Rose parecía haber estado allí desde siempre, recortada contra el claro amanecer de Marias Coulee. Yo tenía que esforzarme por oír las palabras por encima del ruido de la bomba.

—... pensábamos que teníamos el mundo a nuestros pies. Una vida de lujos, con todas las comodidades. Parecía que el dinero crecía en los árboles, pero cuando uno piensa en el verdadero sentido de la vida, esas frivolidades solo llevan...

Hizo un alto.

—¿A la perdición? —resoplé yo.

—Otra vez me has leído el pensamiento, Paul. Eres un vidente. Nunca he visto nada igual.

«La perdición» sonaba bastante agradable en medio del campo, junto al manubrio húmedo de la bomba. Sin embargo, ahora teníamos que pensar en la salvación, y en concreto en cómo salvar a Morrie. Emprendimos la vuelta con el barreño a rebotar, y Rose siguió charlando despreocupada, pero en mi cabeza empezaron a arremolinarse otra vez los peligros que encarnaba Brose Turley. Morrie ya me había hecho prometer dos veces que no le comentara nada a papá sobre el tema, pero no había mencionado que no le dijera nada a Rose. ¿O sí? De camino por el sendero, dejamos el barreño un momento en el suelo para descansar.

—Creo que debes saber algo, Rose. —Ahora yo había vuelto a los susurros—. Morrie está metido en un lío.

—¿Qué ha hecho esta vez?

Le conté toda la historia, atropellándome con las palabras. Los puños de acero no parecieron sorprenderla demasiado. De hecho, solo se sobresaltó cuando enuncié mi conclusión:

—Morrie tiene que dejar la escuela. Tiene que marcharse. —Incluso me costaba

decir las palabras—. Puede ir a la costa, o volver a donde vivías antes, o...

—No lo creo —me cortó Rose—. La vida aquí nos gusta a los dos.

—Puede que deje de gustarles el día que Brose Turley lo pille a traición.

—Le diré que tenga cuidado. Tú no te preocupes —dijo, tratando de tranquilizarme—. Ahora, si ese tal Turley quiere echarlo de aquí, está haciendo todo lo contrario de lo que debería hacer...

Rose hizo una de sus pausas características. Siempre abría mucho los ojos cuando reflexionaba. Me incliné en su dirección como un girasol hacia el sol, a la espera de la inminente iluminación.

—A Morrie le gusta llevar la contraria —musitó por fin, como si fuera un secreto entre ellos dos.

La tía Eunice secundaba esa opinión.

—Dale una rosa y un trozo de pan, y ya verás que se come los pétalos y se ensarta el pan en el ojal. ¿Cómo se te ha ocurrido dejar la escuela en sus manos, Oliver? Has perdido el seso.

Damon empezó a dar pataditas a la pata de la mesa bajo el mantel hasta que Rae lo detuvo con la mirada. Sabía que no valía la pena contradecir a la tía Eunice, pero no pudo evitarlo:

—Morrie es cien veces mejor maestro que la señorita Trent.

—No hay tema del que no sepa algo —añadí yo con temeridad.

—¡Tía Eunice! ¡Morrie me enseñó a deletrear «Himalaya»! —Hasta Toby sintió que debía unirse a la causa—. Mira: «H-i-m-a»...

—¿Lo ves, Oliver? ¿Qué clase de maestro permite que sus alumnos lo llamen por su nombre de pila? Explícame eso.

Frunció victoriosa los labios y repasó con la mirada la mesa del domingo, donde los demás intentábamos comer en paz. George permanecía sin decir ni pío, escondido bajo su frondosa barba. Yo sabía que Rae estaba aliada con Rose, pero ¿incluiría la alianza a Morrie? No quedaba más que papá, al que la tía Eunice, como siempre, tenía en la mira.

—No lo llamamos Morrie en clase —protesté.

—Más os vale que nunca os pille llamándole así —dijo papá—. El cordero está excepcional, Rae. Chicos: menos charla y más comida. ¿Decías, Eunice?

—Hasta el alumno más verde de la Academia Spenceriana —el alma máter de la tía Eunice, por descontado— sería un maestro mejor.

Papá mantuvo la vista en el plato, pero fue elevando la voz: —La Academia Spenceriana está a mil quinientos quilómetros de aquí, Eunice. ¿Cómo podría haber ido hasta allá a traer un maestro en una noche?

—Así es el mundo. —La tía Eunice se dirigía ahora a un público invisible, o tal vez al cielo—. Uno trata de ofrecer la experiencia de toda una vida, pero ¿le hacen

caso? No.

Mientras la tía revivía el brillo de todos esos años acumulados, traté de imaginar qué estarían haciendo Morrie y Rose. Pasaban juntos casi todo el domingo, y lo más probable era que Morrie estuviera sirviendo la cena para los dos. Cada uno se serviría tres guisantes y un corazón de gorrión, pero ambos se pondrían la servilleta y conversarían animadamente. Era como si los tuviera delante: la casita, convertida en la isla de Robinson Crusoe en medio de las turbulencias de la vida... Salvo que se colara dentro una serpiente, o una tea ardiendo, un puñetazo o una bota, o cualquier otra de las armas que aparecían en mis sueños. ¿Habría conseguido Rose convencer a Morrie de que se cuidara de Brose Turley? ¿Bastaría con confiarse a la fortuna?

Desperté con un tapón de algodón en el oído, pero no recordaba que me hubiera dolido el oído el día anterior. Seguí un rato tendido en la cama, con el otro oído contra la almohada, sin acabar todavía de explicármelo. Los sonidos acostumbrados del final de la noche brillaban por su ausencia. Ni siquiera oía el viento azotando la casa: solo el silencio del tapón. Me volví sobre el otro costado y descubrí que tenía el otro oído igual. Nada. ¿Me habría quedado sordo de los dos oídos? Aturdido por el silencio, me senté en medio de la cama. ¿Cómo podía haber perdido el oído en una noche, si ni siquiera lo había soñado? Fue entonces cuando advertí el reflejo cristalino, entre azul y plateado, que se extendía tras la ventana por encima de los cuerpos todavía dormidos de mis hermanos. El tapón de algodón que amortiguaba los ruidos del mundo exterior era una nevada.

Morrie inauguró el día de clase como si el manto de diez centímetros de nieve que había fuera no tuviera nada de extraordinario. Sin embargo, me di cuenta de que se acariciaba el bigote más a menudo.

No suelo dejar que las cosas se me suban a la cabeza, pero pasé la mañana flotando varios centímetros por encima del pupitre que compartía eternamente con Carnelia. En el desayuno, papá había dado fe de que una nevada como ésa, húmeda y copiosa, era ideal para seguir rastros y cazar, y lo más probable era que la nieve permaneciera hasta la primavera en las montañas y al pie de las colinas. Brose Turley tendría que ponerse en marcha para reunir su cosecha invernal de pieles. El propio Eddie nos lo confirmó esa mañana cuando llegamos al colegio: sonreía de oreja a oreja, por primera vez en mucho tiempo, y se entrenaba para su estancia con los Johansson dándoles pescozones.

Pero no solo yo estaba eufórico a causa de aquella nevada copiosa y ligera. Morrie no tardó en enterarse de que el primer día de invierno conmocionaba el estado de ánimo de sus alumnos. Por mucho que tratara de ponernos a prueba en aritmética, todos teníamos en mente una única ecuación: la primera nevada equivalía a la primera guerra de bolas de nieve, divididos en dos bandos. Sin perder su elegancia, finalmente se dio por vencido, nos dejó salir al recreo varios minutos más temprano y se quitó de en medio antes de que lo arrollara la estampida de niños en busca de abrigos, mitones y botas.

Segundos después, Grover y yo ya estábamos acribillándonos con la misma alegría con que jugábamos a la pelota. La nieve transformaba a Damon en un guerrillero de la tundra: le dio a Martin Myrdal con tres bolas mortíferas antes de que se enterara de dónde venían las balas. Los compañeros de Toby se estampaban grandes puñados de nieve y no podían parar de reírse. De un momento a otro, el patio

devino una escena como las de esos relojes medievales en los que una comparsa de figuritas avanza por un lado y otra retrocede en el flanco contrario: todos los chicos, desde primero hasta octavo, nos enzarzamos en una batalla furiosa en el centro del patio, y todas las chicas se guarecieron prudentemente bajo los aleros para darnos ánimos y burlarse de nosotros. Las escaramuzas y las emboscadas dieron paso a los fusilamientos. Muy pronto hubo tanta nieve volando por los aires como en el suelo del patio.

La guerra de bolas de nieve era un gustazo, pero de golpe el dios de las travesuras invernales nos ofreció algo mejor. Mientras trataba de esquivar una bola y a la vez agacharse para hacer otra, Nick Drobny resbaló y cayó redondo. Era una suerte como para no creérsela. Al momento, los que estaban a su alrededor empezaron a gritar:

—¡Avalancha! ¡Avalancha!

Nick soltó un grito y trató de levantarse, a sabiendas de lo que se le venía encima. Casi estaba a cuatro patas cuando Miles Calhoun lo aplastó boca abajo contra el suelo e Izzy se lanzó con los brazos abiertos encima de Miles.

—¡Quitaos, dejadme en paz! —chilló Nick (los chillidos eran lo mejor de la avalancha) cuando Antón Kratka y Gabe Provonost se abalanzaron sobre los otros y Verl Fletcher se lanzó sobre ellos.

Parecía una avalancha prometedora: Nick luchaba con todas sus fuerzas para salir de debajo de la pila y los demás se revolvían tratando de hundirlo en la nieve hasta que se diera por vencido. Grover, Damon y otros rodeábamos la pila con cautela, calibrando en qué momento dar el salto: lo más recomendable era acabar lo más cerca posible de la cima de la avalancha. Entonces, ocurrió algo sin precedentes. Provocadora como siempre, Arabrab Rellis abandonó las filas de los espectadores, cogió impulso, dio un salto apoyándose en las manos y, enseñando sus largas medias marrones, se giró en el aire dando tijeretazos y aterrizó de espaldas sobre la pila de chicos, con los brazos extendidos para predicar el evangelio de la avalancha.

No permaneció allí más que un momento —habría sido un escándalo sin precedentes—, pero el sugerente rito de paso ejerció un efecto fenomenal en todos los chicos que merodeaban por los alrededores. Nos arrojamos unos sobre otros, bramando y dando gritos excitados, y la pila creció hasta convertirse en una bola de nieve gigante, mojada y resbaladiza, debajo de la cual todavía estaba Nick.

Dentro de la escuela, el alboroto debía de sonar como el estallido de una guerra. Morrie se asomó al umbral con una bota puesta y la otra a medio poner y nos vio riéndonos como locos.

Dejó de forcejear con la bota y miró el amasijo tembloroso de cuerpos.

—¿Nick? ¿Estás a gusto con esta situación?

—Sí, señor Morgan —se oyó la voccecita de Nick.

Morrie sacudió la cabeza y volvió a entrar. Probablemente había empezado a

contar los días que faltaban para la primavera.

A veces, me pregunto si en la educación hay también presagios, como pasa con el tiempo. Durante ese día y el siguiente, mientras la nieve estuvo fresca, yo también abordé con ánimo renovado todas las asignaturas, incluidas las lecciones que me sabía de memoria. Ni siquiera me molestaba tener que sentarme al lado de Carnelia, como si fuéramos dos esclavos encadenados a perpetuidad al remo de una galera. Luego el tiempo cambió, en más de un sentido. La nieve empezó a ensuciarse, el invierno volvió a ser el de siempre, y me embargó un sentimiento que entonces no sabía nombrar pero que más tarde he observado en numerosos estudiantes: había entrado en un pernicioso estado de apatía. Salvo cuando Morrie nos machacaba con algún tema fundamental para cualquier alumno de séptimo del mundo, me distraía leyendo por mi cuenta o adelantaba los deberes para el día siguiente. La trayectoria de las bolas de nieve era lo único que me interesaba estudiar. Para colmo, Damon, Toby y yo habíamos recaído en otra de nuestras temporadas de retrasos y llegábamos galopando cada mañana en el último instante. En la puerta, Carnelia me esperaba iracunda para que izáramos la bandera.

El último día que nos tocaba izarla juntos —no sé si en honor de la ocasión— estaba aún más enfurruñada que de costumbre. En cuanto Damon y Toby se escabulleron dentro del aula y sacamos la bandera del cajón me lanzó un gruñido.

—Uno pensaría que la gente que tiene ama de llaves llega a tiempo a las cosas.

—No me fastidies —yo estaba igual de enfurruñado—, o acabarás llorando.

—Ja ja ja. Qué pesado eres. A ver si vas a dejar caer otra vez la bandera.

—Mira quién habla, dedos de palo. Venga, acabemos de una vez.

Fuimos hasta el asta como si estuviéramos encadenados el uno al otro. La cuerda no quería quedarse recta y Carnelia siguió dándome la lata mientras me ocupaba de estirarla.

—El señor Morgan me puso «mal» en una pregunta —dijo como si fuera también mi culpa—. La de «Usa la inferencia lógica para establecer cuál es el antónimo analógico de «Noel»». Yo contesté: «Vacaciones de verano». ¿Qué pusiste tú?

—«León». Solo hay que pensar al revés, eso te da la...

—Pero ¿qué dices? ¿Es que nunca vas a superar esa historia de los jinetes invertidos?

—Jinetes inversos. Maldita sea.

—No me insultes.

—No estoy insultándote. Es una exclamación. Búscala en el diccionario.

Si las miradas mataran habría habido un doble asesinato al pie del asta. Finalmente logré controlar la cuerda. Sin quitarnos los ojos de encima, ajustamos la bandera con movimientos automáticos, tiramos con rabia de la cuerda y, sin ni siquiera mirar atrás, volvimos a clase y dimos por concluidas nuestras izadas de

bandera.

Por fortuna, esa mañana Vivian fue la primera que tuvo ganas de ir al baño. De regreso del retrete, fue derecha al escritorio de Morrie y le susurró algo al oído.

—¿El qué, Vivian? —lo oí susurrar.

Al cabo de un momento, anunció que tenía que ir al armario del material.

—Carnelia, Paul, ¿podéis venir a ayudarme un momento? Los demás continuad con vuestro trabajo.

Lo seguimos hasta el cuartito de los abrigos. Se quedó mirándonos y se cruzó de brazos: nunca es buena señal, viniendo de un maestro.

—Presumo que vosotros dos no estáis a gusto...

Dejé que Carnelia respondiera sola. Parpadeó y contestó por los dos con voz cantarína:

—No menos que de costumbre, señor Morgan. ¿Por qué?

—¿Cómo explicáis esto, entonces?

Morrie abrió la puerta de par en par y nos mostró el asta de la bandera. Alcancé a imaginar lo que le había susurrado Vivian con su acento alemán: «La fandera ondea al refés».

—Estábamos ocupados, eh... hablando —dije, tratando de dar una explicación.

Morrie se mostró implacable.

—¿Tenéis idea de las complicaciones que caerán sobre mí, y que yo haré caer sobre vosotros, si alguien ve el pabellón nacional ondeando boca abajo?

Carnelia y yo echamos a correr hacia el asta como unidos por una yunta. Arriamos la bandera y volvimos a izarla boca arriba en un tiempo récord. Morrie nos condujo de vuelta al aula. Solo Vivian levantó la mirada, pero asintió cuando Morrie se llevó el dedo a los labios.

Sin embargo, al final de la jornada Morrie despachó a todo el mundo y se volvió hacia mí:

—Tú quédate, Paul.

El atropello a la justicia —¿no decía la ley que no se podía juzgar al mismo reo dos veces por la misma causa?— me cogió desprevenido. La reacción de la clase tuvo algo de elegíaco: «¡Ay de mis enemigos!, y ¡ay de amigos!», como decía Edna Saint Vincent Milley. A Carnelia le entró pánico, lanzó una mirada furtiva, luego otra aliviada y se escabulló enseguida por la puerta. Eddie Turley me dedicó una larga sonrisa burlona. Grover se acomodó los anteojos para mostrarme su solidaridad. Toby estaba desbordado. Ya temblaba solo pensar en decirle a papá: «¡Paul está castigado!». Damon me miró desconcertado cuando salió de la escuela, como si acabara de descubrir en mí algo que hasta ese día se le había escapado.

Permanecí enfurruñado en mi escritorio. Morrie ordenó sus papeles y devolvió varios libros a la estantería: los minutos pasaron interminables. Finalmente, volvió la

vista hacia mí y empezó a hablar con su tono filosófico:

—Veamos...

«¿Veamos?». Yo estaba demasiado indignado para oírlo pontificar.

—¡No es justo! ¿Por qué no ha castigado también a Carnelia? Fue culpa de ella, sobre todo.

—¿No entiendes por qué? —dijo con cierta afabilidad—. Es una verdad universalmente aceptada que un maestro no puede quedarse a solas con una alumna que está a punto de hacerse mujer.

—¿Carnelia?

—Además —prosiguió, sin darme tiempo para reflexionar—, no te he pedido que te quedaras por el incidente con la bandera, sino para hablar de tus estudios.

Era la mayor herejía que había oído nunca. En vano, traté de recordar qué asignatura estaba dándome dificultades. Para mi sorpresa, Morrie se refería a todas.

—No hay caso: vas irremediabilmente por delante. Te sabes las lecciones antes de que las dé, y sabes que es así. No, no intentes hacerte el ingenuo. Tú no eres así.

Era verdad. No sabía fingir en clase, y probablemente tampoco después de la escuela, pero necesitaba defenderme.

—Quizá de vez en cuando, en aritmética, o en gramática... O más bien en geografía. Sí, a veces sé un poquito más de lo que aparento, pero...

—A eso me refiero, justamente. —Morrie levantó impotente las manos—. ¿No te das cuenta de la posición en que me pones? Heme aquí, convertido en maestro, pero con un estudiante que ya se sabe de memoria lo que se supone que tengo que enseñarle. Cada minuto que pasa estoy impidiéndote avanzar hasta donde podría llevarte tu habilidad. —Soltó un suspiro—. He conocido a otros niños prodigio, Paul. Y tú eres uno de ellos. Realmente, lo único que se me ocurre es que te saltes el curso siguiente, y el siguiente. Estás listo para empezar el bachillerato.

¡No, no puede hacerlo! Es decir, no lo haga, por favor.

—¿Por qué no? Te pondrías al día enseguida, y eres muy maduro para tu edad.

Los motivos eran innumerables. Empecé a decir los que se me venían a la cabeza.

—Tendría que... tendría que vivir en la ciudad. Ya no estaría en casa. Y papá... Tengo que ayudar a papá con muchas cosas. Señor Morgan, Morrie... De verdad. Prefiero esperar.

—Al menos deja que te pase a octavo...

—¡No! —Cualquier cosa, antes que la jungla de gorilas de octavo. ¿De cuántas condenas tendría que salvarme ese día?—. Eso tampoco. Por favor. ¿No puedo quedarme en el curso en que estoy?

Morrie señaló el puesto vacío a mi lado en el pupitre doble que albergaba la totalidad de séptimo.

—¿Y seguir con Carnelia hasta la eternidad?

—Me puedo sentar en el rincón. Y aprovechar para leer. Ni siquiera yo me lo creía.

Morrie se cruzó de brazos, pero esta vez no para dar una orden. Se quedó mirándome de hito en hito.

—Eres un desafío, Paul. Todo un desafío.

Observé inquieto los rasgos de su cara: el temblor del bigote, los ojos encendidos. Su mente se había embarcado en un nuevo viaje en globo.

—Ningún maestro podría desear un alumno más entusiasta —afirmó— cuando algo te llama la atención. Por lo tanto, será cuestión de poner tu inteligencia a trabajar. Proclamemos entonces: «*Omnia vincit ardor*».

—¿Qué significa eso?

—Ya lo verás.

—Más vale que esto no tenga nada que ver con peleas ni con carreras de caballos — me advirtió papá cuando entré en la cocina seguido de Morrie.

Evidentemente, Toby o Damon, o los dos, le habían dado un informe completo, pese a que no tenían ni idea de por qué me habían castigado. Solo me había quedado otra vez después de las clases: el primer día de segundo, a causa de una bronca con Carnelia por la división territorial del pupitre. Papá me lanzó una mirada que habría puesto en alerta a un ciego: esperaba una explicación, pero ¿tendría sentido la explicación para alguien que no fuera Morrie o yo? Había cabalgado como un zombi de camino a casa, mientras Morrie rebotaba a mi espalda ensayando los argumentos a mi favor. ¿Y si su entusiasmo era injustificado? ¿Y si se me habían subido los humos? ¿Y si papá decía que no?

—Papá, eh...

La expectativa en las caras que había en la cocina superaba mi elocuencia. En los fogones, papá revolvía unas judías con jarrete de cerdo, donde había más hueso que carne, pero no me quitaba los ojos de encima. Los heraldos del arresto estaban sentados a la mesa: Toby, con los ojos como platos; Damon, a punto de morirse de curiosidad.

—Cuénteselo usted, Morrie.

Rose entró en la cocina desatándose el delantal. No pensaba irse a casa sin decirnos un par de palabras.

—Vaya, aquí estáis los dos. De verdad, Morrie, estás exagerando con esto de que los chicos se queden después de las clases. Y Paul, nada menos. ¿Por qué no los pones a lavar las ventanas o algo así? Es lo que habría que hacer.

Papá abandonó un momento las judías y le acercó una silla. Le indicó a Toby que se sentara con Damon, le ofreció la silla libre a Morrie y se sentó a la cabecera de la mesa, delante de las manchas de sus tazas de café. Yo me senté nervioso en mi sitio: me inquietaba que mi caso fuera a convertirse en una conferencia. Incluso *Houdini* se asomó con interés desde el cuarto de al lado.

Morrie apoyó las palmas en el mantel de hule como si fuéramos a hacer una sesión de espiritismo y miró de frente a papá.

—No estoy acostumbrado a este tipo de excesos entre mis estudiantes — comenzó, y yo me alarmé, pero luego explicó con razonable concisión que todo se reducía a lo adelantado que yo iba en los estudios.

Papá pareció aliviado, e intrigado. Rose asintió ante el diagnóstico, como si hubiera sabido desde siempre en qué acabarían mis poderes adivinatorios.

—Aquí usted es el médico —le dijo papá a Morrie—, pero con perdón de Paul, ¿no puede simplemente ponerle una pila de deberes? Así lo tendríamos ocupado,

aunque los haga durante las clases.

—Solo serviría para distraerlo. —Morrie sacudió la cabeza—. Paul necesita tener una meta, no dispersarse más en distintas direcciones.

Me revolví en la silla y deseé que todo aquel trámite pudiera hacerse por escrito. Sin embargo, Morrie apenas estaba entrando en calor:

—Hasta donde he podido ver, Paul se las arregla para hacer las tareas de la casa y además le echa a usted una mano. En la escuela saca dieces en todas las asignaturas. Sin embargo, en un rincón de esta mente que tiene hay una habilidad desatendida, que sería muy útil cultivar... —Morrie hizo una pausa tan larga que incluso Rose frunció el ceño, impaciente con el suspenso. Cuando nos tuvo a todos sentados en el borde de la silla, prosiguió—: «*Paul est omnis divisus in partes tres*», Oliver, si me permite acomodar un poco la frase que viene al caso. Para adueñarse de ese tercer reino, creo que debe dar un paso al frente y cruzar el Rubicón.

El silencio habría podido ahogar un cuarteto de barberos. Miré a mi alrededor y vi que Rose, Damon y Toby necesitaban un intérprete. Papá no.

—¿Está proponiendo que Paul aprenda latín? ¿Latín? Por Dios, Morrie, para eso tendría que estar en bachiller...

Se detuvo y miró a mis dos hermanos. Toby seguía en blanco. Damon había apretado los dientes, porque empezaba a entenderlo.

—Ay, querido —dijo Rose, ganándose aún más mi corazón. Por lo visto, estaba tan interesada en nuestras charlas al alba como yo.

El remedio que prescribía Morrie había trastornado toda la habitación. Toby se volvió consternado para hablarle al oído a Damon.

—Es esa jerigonza que hablan los Drobny entre ellos —le oí susurrar a Damon.

Morrie tamborileó los dedos sobre la mesa para proseguir con la negociación.

—No necesariamente —afirmó, para apaciguar la aprehensión de papá, que estaba convencido de que para aprender latín tendría que irme de casa—. Pese a las censuras de mi hermana, podría estudiarlo después de las clases.

Papá se volvió hacia mí.

—¿Estás seguro de que quieres hacer eso, Paul?

En realidad, yo no me había decidido hasta ese momento. Probablemente estaba más que «dividido en tres partes». Me enteré de mi propia decisión a la vez que los demás.

—Totalmente seguro.

Ahora venía la parte que más me preocupaba. Papá era consciente (y también yo) de que había riesgos financieros, iguales a los que habíamos corrido al escribir al apartado postal número 19 de Minneapolis.

—Dígamelo de frente, Morrie. No tengo mucho para gastar —le lanzó una miradita a Rose, que en ese momento solo tenía ojos para Morrie—. Después de todo,

ya estoy pagando un ama de llaves. No sé cuánto cobrará por hora un tutor, pero...

Morrie lo interrumpió con un gesto.

—Cortesía de la casa, Oliver. A mí mismo me vendría bien ponerme al día con los ablativos y demás. Si puede prestarme a Paul una hora después de la escuela todos los días, me encargaré de que empiece con ventaja el día que se vaya de Marias Coulee. ¿Le parece justo?

—Ya sé que ése es su destino —musitó papá—. Me parece justo.

La reunión se disolvió poco después. Morrie renunció a quedarse a cenar con la excusa de que tenía una gallina marinando y Rose dijo que comería alguna cosilla en casa de Rae y George. Una excitación inusual se apoderó de mí durante el resto de la velada: me parecía que todo en mi interior caminaba de puntillas. Cuando llegó la hora de irnos a la cama, papá nos sorprendió a los tres, pero sobre todo a Toby.

—No tienes cara de sueño, Tobe. Y yo no estoy cansado. ¿Qué te parece si jugamos una partida de damas? Puedes hacer equipo con *Houdini*.

Damon y yo subimos juntos la escalera, y papá se quedó mirándonos desde abajo. En cuanto entramos en nuestra habitación y nos miramos cara a cara, mi hermano trató de sonreír.

—Pero ¿te has vuelto loco? ¿Quieres quedarte en la escuela después de la escuela?

—Tengo que hacerlo. —Señalé con la mano hacia donde yacían siempre abiertos sus álbumes de recortes—. Es como tú con tus álbumes. Solo que yo tengo los álbumes en la cabeza.

Damon se encogió de hombros sin dejar de mirarme: eso podía significar un sí o un no.

—Tú tendrás que cuidar de Toby al volver de la escuela —musité—. Si hay tormenta vendré con vosotros...

—Toby y yo podemos apañarnoslas, Paul. No pasa nada.

Pasaba y no pasaba. Ambos lo sabíamos. Nos metimos en la cama y Damon se dio la vuelta hacia su lado. Yo me quedé esperando, sin saber adonde me llevarían mis sueños.

En el calendario de la escuela, los días empezaron a volar. Si hoy pudiera coger al presidente del comité de asignaciones y ponerlo en un lugar que lo iluminara, lo pondría en nuestra escuela en esas últimas semanas de 1909. En mi recuerdo, el sol se levanta y vuelve a ponerse una y otra vez, tras la silueta infatigable de Morrie junto a la pizarra.

—«Con el corbatín de lunares, Jimsy resultaba tan es... extrava...».

—Si no conoces la palabra, mírala primero, ¿de acuerdo Sally? Sílabas por sílabas, inténtalo.

—«Ex-tra-va-gan-te».

—Muy bien. Solo te hace falta un poco de práctica. Dilo conmigo: «extravagante». Algo extravagante es fuera de lo normal, fuera de lo común. Por eso la palabra nos dice que es «extra». Y puedes acordarte de «vagante» si piensas en alguien que va vagando por ahí. ¿Ya os habéis grabado todos la palabra? Continúa, Sally.

—«... tan extravagante como un gallo con polainas». ¿Qué son las «polainas», señor Morgan?

—Son como unos chalecos para las botas. Tu turno, Antón. Lee, por favor.

Incluso mantenía bajo control las revanchas del recreo. —... yugoslavo idiota, ¡tus padres ni siquiera hablan inglés, sino esa especie de trabalenguas!

—¿Ah sí? ¡Levanta los puños, cateto!

—¿Martin, Milo? Ah, veo que estáis comparando vuestros nudillos. Si no os conociera, pensaría que estabais insultándoos, por lo que oí desde dentro mientras calificaba los exámenes. Pero alguna gente podría llevarse esa impresión equívoca. Os diré lo que haremos para que eso no ocurra en el futuro. ¿Veis esta moneda? Si sale cara, de ahora en adelante Martin, Cari, Peter y Sven saldrán al recreo cuando entren los demás. Y si sale cruz, lo harán Nick, Sam, Ivo y Milo.

En mi caso, Morris Morgan me sumergió en el latín como se introduce la mecha de una vela en la cera.

Estoy convencido de que se sintió tan aliviado como yo cuando ningún otro padre —ni los de Grover, ni los de Carnelia, gracias al Cielo— quiso que sus hijos se sumaran a nuestras sesiones después del colegio cuando se lo ofreció. Nos quedábamos los dos solos todas las tardes, después de que Damon y Toby nos dijeran adiós y se fueran en los caballos, y nos dedicábamos a construir nuestro puente a través del Rubicón. Morrie había dado en el clavo. El latín le proporcionaba a mi mente un lugar adonde ir, donde podía instalarse y explayarse largo rato. El peligro, y yo me daba cuenta, es que alimentaba mi tendencia a la pedantería, pero prefiero pensar que, gracias a Morrie, me convertí en un pedante mucho mejor.

—Mira la raíz, hay que mirar siempre la raíz —solía decir cuando yo me encallaba en una palabra desconocida o una conjugación laberíntica, y conseguía que yo pensara en dos lenguas a la vez. Una *fábula* era una historia: ante mis ojos nacían «fabuloso» y «fábula» también. «Escuela» venía de *schola*, y «recreo» de *recedere*. De repente, todo lo que existía a mi alrededor llevaba una toga.

Papá se sumó heroicamente a la causa. Cada noche, en sus recorridos por las columnas del diccionario, se detenía en las derivaciones latinas más cautivadoras. Sin embargo, por algún motivo esperé a estar solo una noche para buscar aquellas dos palabras que mi curiosidad había asociado indeleblemente con Rose y Morrie. No sé por qué había pensado que «hado» debía venir del griego. Venía directamente de *fatum*. «Destino» también era una palabra tan romana como la que más: *destinare* significaba «fijar» o «decretar».

No le daría un diez a Morrie por su trabajo de esas semanas, pero sí un nueve. Había descubierto una cualidad central de la escuela unitaria: la porosidad entre los cursos permitía que una lección impartida en voz alta y clara a un grupo de estudiantes se abriera paso a los otros grupos. Constaté que Toby e Inez aguzaban los oídos cuando los del curso siguiente tenían clase de ortografía. Por otra parte, también había alumnos refractarios. Por ejemplo, casi todos los de octavo. Morrie había avanzado mucho con Verl, e incluso conseguía interesar a Martin, pero ni Milo ni Cari tenían muchas más capacidades aprovechables. En cuanto a Eddie Turley, se pasaba el día mirando la pizarra como si fuera otra pared. Con todos los demás, sin embargo, las cosas funcionaban, y se notaba en nuestro estado de ánimo.

—Señor Morgan —fiel a su nombre, Miles Calhoun había levantado la mano a miles de kilómetros de altura para llamar la atención de Morrie—, ya estamos en diciembre.

—Sí, me he dado cuenta. Aquí, en Montana, se nota en la refrigeración, ¿no? ¿Puedo preguntar por qué ahora importa tanto el calendario?

—¡Porque tenemos que hacer la obra de teatro!

—La obra de teatro. ¿Te refieres a hacer una representación de la Natividad? Sí, por las caras de todos veo que sí. Muy bien, ¿alguien puede contarme qué habéis hecho en los años anteriores? Un momento, un momento. ¿Por qué nunca veo tantas manos levantadas en clase de aritmética?

Carnelia y yo reculamos: todavía teníamos fresco el recuerdo de la vez que nos habían escogido para hacer de José y María en quinto. Morrie nombró un comité que demostró un avezado instinto para el reparto. Con el nombre artístico de Barbara, Arabrab fue elegida para el papel estelar de madre del Niño Jesús, que era una de sus muñecas. Las gafas de Grover y la barba de algodón teñida de marrón le dieron un aire atildado a san José. Nosotros tres tuvimos la suerte de ser pastores anónimos, pese a las elegantes túnicas que nos hizo Rose. Todos los padres vinieron a ver el

Belén viviente, con la notoria excepción de Brose Turley. Con algo de suerte, seguiría hundido hasta la rodilla en las distantes nieves hasta la primavera.

El último viernes de clase, Morrie nos dijo en tono alegre que nos veríamos al año siguiente. Papá estaba en casa, para variar, porque las obras del dique estaban paradas, y el propio Morrie y Rose tenían previsto un corto viaje de vacaciones a la gran ciudad de Great Falls. Así llegó aquella Navidad.

—Otra vez con la tía y su caramelo duro. Será una suerte si no nos rompe los dientes.

Damon recogió una manotada de nieve seca y trató de hacer una bola para lanzársela a alguna estaca de la cerca que se lo mereciera. Se dio por vencido y siguió de mal humor.

—Acuérdate de lo que nos dijo papá.

No nos lo había «dicho» solamente. Nos había emplazado por separado (aunque con delicadeza, porque era el día de Navidad) para recordarnos las delicias de llevarle el regalo de rigor a la tía Eunice y darle las gracias por el frasco de caramelo casi incomible que nos obsequiaba todos los años. Ni Esparta y Corinto intercambiaron regalos con tanta reticencia. Papá, sin embargo, confiaba radiante en esa tregua de un día.

—Estará contenta por la Navidad —aseguró en el momento de despacharnos con el regalo—. El otro día la vi en su jardín y me dedicó su sonrisa anual.

—A mí me gusta el caramelo duro —dijo Toby, que era nuestra arma secreta con la tía. Recorría nuestra ruta ártica justo en medio de Damon y yo, como si fuéramos sus escoltas—. ¿A ti no te gusta, Paul?

—Nos servirá para fortalecer las mandíbulas, Tobe. Los tres podremos levantar yunques con los dientes como el forzado de un circo. Y todo gracias a la tía Eunice.

Damon seguía pateando la nieve a lo largo del camino, como si por debajo de la delgada costra blanca pudiera haber todavía una bola en condiciones.

—Todavía no entiendo por qué no podemos darle el regalo cuando vayamos a cenar a casa de George y Rae.

Papá me había explicado esa parte.

—Porque así será un acontecimiento para ella —recité, casi palabra por palabra—. Es una persona mayor y no tiene muchos acontecimientos así.

—Ya. —Damon hundió la cabeza tras la bufanda y se subió más el cuello del abrigo para defenderse del fastidio del viento. Era asombroso pero, fuéramos a donde fuéramos, en Marias Coulee el viento siempre nos daba en la cara—. Y para eso nos toca ponernos una tonelada de ropa. Para ir a sentarnos diez minutos en su cocina.

—Son quince, Damon. ¿No oíste a papá? Venga, vamos a cortar por aquí.

El campo arado entre el camino y la casa de la tía acertaba bastante el trayecto, pero había que ir entre los surcos, y el manto blanco era aún más traicionero que en el

camino: una desagradable mezcla de polvo y nieve seca, que crujía bajo nuestros pies mientras recorríamos el rastrojo endurecido. Salvo por los ventarrones y algunas ráfagas de copos como alfileres, el tiempo no nos había ofrecido nada de interés desde la primera gran nevada. Era el típico día de invierno y, a nuestro alrededor, Marias Coulee era una bahía sin color bajo el cielo grisáceo. Pese a todo, no dejaba de ser una Navidad más alegre que la anterior, que había sido la primera sin mamá.

Atravesar aquel erial era toda una faena, y Damon tenía un punto de razón en cuanto a toda la ropa que nos había hecho ponernos papá: pantalones de lana por encima de los pantalones, los mitones y los abrigos más gruesos, botas forradas de lana, las bufandas, las gorras con las orejeras bien caladas. Íbamos pertrechados contra los elementos, sin lugar a dudas, pero sobrevivir a la visita en casa de la tía Eunice era otra historia. Mientras sorteábamos los surcos, me repetí varias veces la versión de «¡Feliz Navidad, tía Eunice!» que le había preparado: «*Laetam natalem Christi, Amita Eunicia*». No podía tenerle inquina también al latín, ¿o sí? Sin embargo, pasado el saludo, los quince minutos de conversación podían ser tan traicioneros como los surcos de aquel campo. «Tía Eunice, ¿tú recitabas a Shakespeare en tus clases de declamación? ¿Sabías que se inventó la palabra «descarado» en inglés, porque antes no existía?». No, mejor no: reconocería al instante la firma de Morrie en un comentario tan raro. El único que podía hablar sin peligro de los asuntos de la escuela era Toby, que seguía sin faltar un solo día.

Por la chimenea de la tía Eunice salía un hilillo de humo esmirriado. Dejamos atrás el campo y entramos en la granja, y Damon y yo mandamos a Toby por delante, por si la tía estaba observándonos tras las cortinas. Él era el que llevaba nuestro regalo: un frasco de caramelo blando. Cuando se trataba de la tía Eunice, papá sacaba a relucir su sentido del humor.

Damon me sonrió con malicia cuando pasamos junto a la leña perfectamente apilada al lado de la casa.

—A que te acuerdas de esa leña, ¿eh?

—Toby le entrega el regalo y yo me ofrezco a entrarle la leña, pero a ti te toca darle las gracias por el caramelo, ¿vale, listillo?

Nos detuvimos frente a la puerta para un último preparativo.

—Ahora tenemos que sonarnos la nariz.

Me soné con la palma del mitón para dar ejemplo. Nos sacudimos la nieve dando zapatazos y entramos en el cuartito de los abrigos, como se hacía entonces, para quitarnos las botas y llamar luego a la puerta de dentro. Toby se dio cuenta primero de que la puerta de dentro estaba abierta de par en par. Paró en seco, Damon se estrelló contra él y yo por poco les caigo encima a los dos. Con semejante tiempo, nadie habría dejado la puerta abierta adrede para que entrara todo el viento.

—¡Tía Eunice! ¡Somos nosotros! —Toby dio un paso vacilante hacia el umbral y

lo retuve por el hombro.

—¡Feliz Navidad! —se lanzó a decir Damon—. ¿Podemos pasar?

Oímos una especie de chisporroteo. Tardé un momento en entender que era la tetera, que se estaba quedando sin agua.

—Llévate a Toby y ve a buscar a George —le dije a Damon—. Rápido, corred. Yo esperaré aquí.

La puerta de fuera rebotó ruidosamente cuando salieron. Me acerqué al umbral, con pasos lentos e indecisos. Caí en la cuenta de que tenía en la mano el ridículo frasco de caramelo; no recordaba habérselo quitado a Toby. Aún estaba dándome ánimos cuando me asomé a la casa y vi que no haría falta buscar más allá.

La tía Eunice se había derrumbado hacia delante y yacía boca abajo sobre la mesa, con los flacos brazos desnudos y extendidos de par en par. No llevaba más que un camisón amarillento (¿o se llamaba «camisola»? me pregunté estúpidamente) y tenía la cabeza vuelta hacia mí y los ojos muy abiertos, como para hacerle el reproche al primero que franqueara el umbral y la encontrara allí: «¿Lo *veis*?». Tragué saliva y se me hizo un nudo en la garganta. Nunca antes había estado en presencia de la muerte, porque mamá murió en el hospital de Great Falls.

Aparté la peligrosa tetera sin agua del fuego con el atizador de la caja de leña y cerré la puerta de fuera. En el lavamanos había una palangana llena de agua, con un estropajo y una toalla húmedos: la tía había estado aseándose para recibirnos. En un extremo de la mesa había un vestido negro recién planchado con el cuello de encaje. Los cabellos blancos se le habían desparramado por todas partes al precipitarse sobre la mesa, pero seguía aferrándose con los dedos marchitos a un pequeño cepillo de pelo. Nadie podía acusar a la tía Eunice de haberse ido discretamente de este mundo.

Muerta, pero todavía sobrecogedora, la tía Eunice ensombreció ese año el final del calendario y el comienzo del siguiente.

El funeral tuvo lugar la semana entre Navidad y Año Nuevo, y segó de un tajo cualquier plan para las vacaciones. En una tumba cubierta de escarcha, no muy lejos de la de mamá, Eunice Mae Schricker descansó por fin, aunque a juzgar por los presentes no había modo de garantizarlo. Papá parecía incómodo en su traje de luto y ponía cara de estar corriendo a marchas forzadas con unos zapatos que le apretaban. Damon tenía la mirada vacía, fija en los agujeros que él mismo iba escarbando en el suelo con las botas. Toby no se nos despegaba y estaba hecho un mar de lágrimas. Y nosotros ni siquiera éramos la familia inmediata. George, del otro lado de la tumba abierta, estaba francamente destrozado. Rae parecía bastante tranquila.

Junto a George se hallaba Morrie, solemne como un estadista en visita oficial. Rose, que estaba al lado de Rae, se había puesto un vestido de seda negra bajo la capa. Noté que estaba temblando pese a que hacía un tiempo inusualmente agradable. Yo mismo me eché a temblar cuando los seis hombres vestidos de luto levantaron el ataúd: las asas eran de bronce, igual que en el sueño en el que papá y Joe Fletcher forcejeaban con un cajón y la tía Eunice se reía en su mecedora porque nosotros tres no conseguíamos bajar del tren. Por lo visto, incluso allí, en el cementerio de Marias Coulee, estaba decidida a decir la última palabra.

El primer lunes de 1910 me encontró en la mesa de la cocina, reponiéndome de un sueño en el que había tres frascos de caramelo duro que nadie, ni siquiera Alf Morrissey, el herrero, conseguía destapar.

Debía de tener mejor cara de lo que creía, porque Rose no me hizo ningún comentario al entrar. Por desgracia, ese día no traía ningún plato, ni un molde de hornear cubierto con un trapo. Seguramente la tía Eunice se habría opuesto a que nos consoláramos así de su muerte, pero esa semana comimos mejor que nunca, gracias a los pasteles y hojaldres que las vecinas le mandaban a Rae y ésta nos remitía con Rose cada mañana.

—Dice Rae que lo siente pero la comida de las condolencias se ha terminado.

Por algún motivo, susurraba con más ímpetu ahora que había empezado un nuevo año, y tenía las mejillas encendidas por la emoción. Sin duda, se había sobrepuesto antes que yo a los espantos del funeral. Se quitó los guantes y la bufanda, se despojó de la capa y se acercó a mirarme, todo en un suspiro.

—¿Qué dice nuestra mitad de séptimo? —Enarcó la ceja, como invitándome a un lugar donde eran posibles las revelaciones—. ¿Listo para volver a la escuela?

—Sí. Supongo.

En realidad, a lo único que quería volver de inmediato era a la hora de latín después de clase.

—¿Has hecho algún propósito para el nuevo año? Sí, ¿verdad? Nosotros siempre los hacíamos... —Yo había visto cambiar así su expresión más de una vez: era como si hubiera tropezado con un espejo del pasado—. Por ejemplo, hubo un Año Nuevo en que me propuse que nunca iba a tener envidia de nadie. Me duró hasta que a la vecina de al lado le regalaron un caballo. —Me sobresaltó con una risita melodiosa que remató en una carcajada—. Sigo pensando que fue una prueba francamente injusta para mi modesta resolución.

—¿Qué propósitos se hacía Morrie? —susurré, animándome.

—No me acuerdo. Probablemente, aprenderse de memoria el almanaque o algo así, ¿no?

Los dos empezamos a carcajearnos, y fue así como papá nos encontró al franquear el umbral.

—Feliz Año Nuevo, Rose, aunque ya veo que el año ha comenzado con alegría. Y buenos días, por cierto.

No solía levantarse tan temprano, pero por algún motivo no me sorprendió. Creo que daba por hecho que el cambio de año podía marcar un nuevo comienzo para toda alma razonable, incluida el alma de un dormilón como papá. Enero tenía que justificar su existencia, ¿no? Las vacaciones habían concluido, las obras del dique se reanudarían a todo vapor para excavar el último tramo del canal y seguramente papá se ocuparía de todos los materiales que los caballos y la carreta pudieran acarrear. Pese a todo, esa mañana tenía todo el aspecto de querer acometer también las tareas pendientes en la granja. Había que remendar los arneses, reparar el arado, remediar las consecuencias de la gravedad en el techo del granero: era una lista tan larga como su voluntarioso brazo, porque, en cuanto comienza un nuevo año, el granjero ya siente en el aire la primavera, el olor del arado y las semillas. No se confesaría nunca que se había hecho un propósito, pero tendrá que hacer frente a una montaña de tareas con toda determinación. Pasó a mi espalda y me acarició el pelo, en busca del ímpetu que una taza de café le daría a su vida nueva.

—He tenido una idea. Y me gustaría consultársela, Oliver. Papá se detuvo en seco y se volvió hacia Rose.

—Y yo que pensé que podía llegar al final de la mañana sin que me consultaran nada. Qué tonto soy.

—¿Puedo? —Rose señaló una silla, casualmente la que Toby solía ocupar en la mesa.

Eso ya era una novedad. Hasta entonces, ni siquiera la más urgente crisis doméstica había requerido una conferencia sentados.

—Por favor.

Papá se hundió despacio en su sitio y me echó una mirada para averiguar si yo estaba compinchado. Abrí mucho los ojos, para aclarar que estaba tan sorprendido como él por la excitación de Rose. Se volvió entonces hacia ella, con la esperanza de que al menos no fuera contagioso.

—Parece un poco inquieta, Rose. ¿Ha habido algún problema?

—Quiero comprar la granja de Eunice.

Papá y yo asistimos boquiabiertos a la carrera de sus palabras. Lo primero que tomó la delantera fue la oportunidad («¿Quién habría pensado que se presentaría algo así?»), luego tomó el relevo el optimismo («¡Solo pensar en tener una tierra que será mía después de haberlo perdido todo!») y el *sprint* final estuvo a cargo de viejos conocidos: el destino y la fatalidad.

—Todo esto tenía que pasar. ¡Estoy absolutamente segura! La carta que usted mandó contestando a mi anuncio, Oliver, y la manera en que hemos encajado aquí Morrie y yo, y la muerte de la pobre Eunice... —Rose tomó aliento y prosiguió a un paso más dulce y razonable—: Ahora que la casa está a punto y lo tengo todo bajo control, me siento lista para dar un nuevo paso. Sí, eso es. ¿Qué opina?

—Me ha dejado mudo —dijo papá, y así ganó algo de tiempo para pensar en una estrategia, pero tampoco mucho.

Me miró otra vez, pero yo tampoco encontraba las palabras. ¿Rose de vecina en vez de la tía Eunice? Sonaba demasiado bien para ser verdad, pero ¿quién se ocuparía de nuestra casa? Ya puestos, ¿cómo pensaba pagar?

Papá abordó ese tema.

—¿Ha hablado ya con George? No sé por qué se lo pregunto, claro que habré hablado con él... Lo que quiero decir es: ¿ha hecho ya las cuentas? —George y Rae se conformarían con un pequeño pago inicial —contestó con vehemencia— y, eh..., con cuotas mensuales después.

Las cifras brillaban por su ausencia pero comprendimos que, salvo que ocurriera un milagro, eso significaría otro anticipo considerable sobre su sueldo. Papá trató de entrar otra vez en materia:

—Eunice sacó adelante ese lugar sudando la gota gorda, como dice el dicho, Rose. Estoy seguro de que lo sabe. Hacen falta dos personas para mantener una granja así. —Extendió tanto el brazo que tuve que agacharme: señalaba nuestra casa, donde, sin ir más lejos, habíamos tenido que contratarla a ella—. ¿Supongo que Morrie se embarcaría en esto con usted?

—No.

—¿No?

—No.

Papá apretó la mandíbula. Con la serenidad de un hombre frustrado, le recordó a Rose que el tiempo que llevaba trabajando con nosotros no había cubierto ni de lejos

el anticipo que le habíamos dado. Rose encajó el golpe y contestó con una reflexión: ¿No había sido una suerte que llegáramos a ese acuerdo? Ahora, solo tendríamos que hacer lo mismo para que ella contara con los recursos suficientes, que si no le fallaba la memoria equivalían a cuatro meses de sueldo...

—A tres —dijimos a la vez papá y yo.

A cambio, estaría encantada de comprometerse por otro año entero en nuestra casa. Ésa era su idea. ¿No era lógico?

Me sentía como un espectador sordo en un sermón del Hermano Jubal. Papá parecía cada vez menos a gusto con el suelo que empezaba a pisar.

—Una granja es una granja —dijo puntilloso—. Suponiendo que usted compre la de Eunice... ¿cómo piensa trabajarla?

—Había pensado hacerlo con su ayuda. Podríamos sembrar, cómo se dice, a la parte, ¿no?

—Un momento. Pare ahí. ¿Por qué no le correspondería a George ese honor?

—Está cada vez peor del lumbago. Y Rae dice que ya tienen bastante con su granja.

—Eso me suena. Yo también tengo bastante con la mía. Lo siento, pero no estoy interesado en sembrar a la parte.

Lo dijo con tal firmeza que Rose se quedó asombrada.

—Pero ¿por qué no? ¿No sembraba así con Eunice?

—Sí. Y aquí, entre nosotros, estaría encantado de no volver a pisar nunca ese campo. —Dio una palmada en la mesa como para recalcar que no había nada más que hablar.

He estado en más de una discusión a cara de perro, en la política y en el gobierno y en todas las cuevas de ladrones que hay entre los dos, y nunca conocí a nadie que se manejara con tanta habilidad en la mesa de negociaciones como se manejó ese día Rose. No estaba seguro de que el acuerdo nos reportara beneficios a los Milliron, pero no pude dejar de sentir un cosquilleo de admiración cuando posó los codos de su vestido de algodón justo donde Toby solía hacerlo y juntó las manos como si sostuviera entre ellas un secreto. En su voz, había un leve tonito de malevolencia:

—No estoy diciendo que nuestra querida Eunice fuera tacaña, pero hagamos como hagamos las partes, estoy segura de que a usted le correspondería una más generosa de la que ella acostumbraba a darle.

En la frente de papá se abrieron hondos surcos de reflexión. A cualquier granjero le habría pasado lo mismo. No digo que sintiera en ese momento el tirón del arado y de los dólares a puñados, pero casi. Apartó algo imaginario del mantel con la mano y dijo por fin:

—Lo pensaré.

Y comprendí que papa había picado. Para cuando Damon y Toby se precipitaron

escaleras abajo porque había que desayunar y era mucho más tarde que de costumbre, ya veía con perfecta claridad los hilos entrecruzados del año que acababa de comenzar: Rose trabajaría en casa para nosotros y papá trabajaría para ella en el campo; el sueldo de ama de llaves volaría en una dirección, y nuestra parte regresaría gateando en dirección contraria. No era de extrañar que Rose silbara ahora una tonada tras otra mientras sacudía el polvo del salón y papá tropezaba con los platos y los utensilios de la cocina como si tuviera la cabeza en otra parte.

—¿Pasa algo? —me preguntó Damon cuando nos subimos a los caballos para ir a la escuela.

—Un montón de cosas. Por el camino te lo cuento.

Y todavía faltaban los propósitos de Año Nuevo. Tampoco Morrie se andaba con chiquitas cuando cambiaba el calendario. Cuando esa mañana entramos en tropel a la escuela, contándonos qué nos habían regalado por Navidad, una cara nueva nos aguardaba delante de la pizarra. El estudiantado de Marias Coulee se detuvo con una mirada estupefacta. Era Morrie, pero sin bigote.

La asombrosa estampa facial desafiaba a toda la escuela. Afeitado, depilado, lampiño, desembozado, desnudo: no había palabras para expresar el cambio que había tenido lugar en la cara de Morrie sin el mágico telón de sus bigotes. Hasta ese momento, yo no tenía ni idea de hasta dónde podía disfrazarse un ser humano. Afeitándose el bigote, Morrie se había quitado años, pero, de alguna manera, parecía también más inteligente, aunque pudiera parecer contradictorio: era una cuchilla bien afilada en un mundo de lana, y así lo anunciaba su radiante labio superior. Cuando el cine se hizo popular, el pícaro rostro de alabastro de Rodolfo Valentino siempre me hacía pensar en Morris Morgan, recién salido de debajo de su bigote.

Algo no había cambiado en él. Todavía tenía el don de la palabra. Con los mismos juegos malabares que en su primer día como maestro, nos abrió las puertas al nuevo año de 1910: esa vez era él, y no nosotros, quien estaba a cargo de las presentaciones.

Entre los rigores del invierno, uno se iba a mitigar: de ahora en adelante, había dos colleras de caballo colgadas en la pared junto a la estufa, una para las chicas y otra para los chicos, de manera que pudiéramos sentarnos encima de algo tibio cuando fuéramos al retrete en esos días helados. Ésta innovación pareció ser del agrado de las chicas, sobre todo.

También anunció que se reanudarían los concursos de ortografía pero ya no habría que liarse a golpes en ellos: eso era cosa del pasado.

Y nos dijo que todos nos convertiríamos en científicos. Para ilustrar el hecho, sacó del escritorio un instrumento parecido a un tubo y lo sostuvo en alto.

—¿Alguno de vosotros sabe qué es esto?

Carnelia se revolvió a mi lado. Tenía alma de emperatriz, pero hasta que la

coronaran seguía siendo la hija del agente de la estación agrícola experimental y tenía una idea bastante acertada de qué se trataba. Se inclinó hacia mí imperceptiblemente, como siempre que el prestigio del curso de séptimo se sobreponía a nuestras permanentes rencillas. Al cabo de años de práctica, sabíamos intercambiar susurros inaudibles sin mover apenas los labios.

—Oye, burro —me llamó Carnelia como un ventrílocuo—, parece un medidor de lluvia, ¿no?

—Puede que tengas razón, pedorra —murmuré entre dientes—. Levanta la mano, te toca.

Sin embargo, Morrie estaba tan entusiasmado que no esperó a nadie. Sostuvo aún más alto el artefacto y anunció con voz heráldica:

—Es un pluviómetro.

La intriga permaneció en el rostro de todos.

—Un medidor de precipitaciones —nos ilustró Morrie, sin dejar de acariciar el aparato—. El nombre viene de *pluvia*, que significa «lluvia» en latín.

Me lanzó una mirada de soslayo: para mi contrariedad, mi vocabulario en latín aún no había llegado hasta ahí. A mi lado, Carnelia se estremecía de satisfacción.

—Con este sencillo pero eficaz instrumento científico —prosiguió en ascenso Morrie— podemos tomarle el pulso a la naturaleza y contabilizar los dones del cielo. Con la veleta que tenemos en el techo y estos otros dos objetos —sacó del cajón un reluciente termómetro nuevo, de treinta centímetros, y una hermosa libreta de registros de lomo dorado—, estaremos equipados para montar la nueva estación meteorológica de Marias Coulee. Cabe decir que necesitaremos un inspector general del clima y os turnaréis en esa nueva responsabilidad.

Hipnotizados tanto por sus palabras como por su nuevo aspecto, esa mañana habríamos seguido a Morris Morgan a donde fuera, inclusive a una clase de aritmética. Sin embargo, acto seguido se acercó a la ventana y miró al cielo.

—Éste es un año especial —dijo en voz baja, como cuando un orador quiere que le presten especial atención—. Un año que solo viene rara vez. Éste año, los cielos hablarán —Morrie se frotó las palmas de las manos— con una lengua de fuego.

Cuando se volvió, sin embargo, nos sonrió, tranquilizándonos:

—Se trata del cometa Halley. Se llama así en homenaje al astrónomo con ojo de lince que lo descubrió. Un prodigio celestial, que atraviesa el firmamento arrastrando una cola de luz. Solo regresa cada setenta y cinco años. Es decir, que la última vez que estuvo aquí no existían los pueblos de la frontera, ni las máquinas voladoras, ni la fotografía. Paraos un momento a pensarlo.

Desde la fila de delante donde Josef, Toby, Inez y Sigrid levantaban el cuello absortos, pasando por las gafas centelleantes de Grover y las trenzas inmóviles de Vivian y Arabrab, hasta el muro de miradas de los de octavo, toda la escuela se

detuvo a pensarlo.

Morrie mantuvo la pausa durante un instante perfecto y se volvió de nuevo hacia el cielo de la ventana.

—Halley estará aquí cuando llegue la primavera —de pronto, recorrió pensativo nuestros jóvenes rostros— y tal vez algunos de vosotros tendréis la fortuna de volver a verlo, con el paso del tiempo.

Hice el cálculo en la cabeza y el resultado fue alarmante: para entonces, yo tendría prácticamente la edad de la tía Eunice.

—La astronomía, pues, será nuestro segundo proyecto científico en 1910 —nos explicó—. Cuando estemos más cerca de la llegada del cometa tendremos más que contar sobre el asunto. —Esbozó una sonrisita que nunca se habría abierto paso a través de su bigote—. Os lo puedo asegurar.

Acto seguido, se embarcó en una explicación sobre por qué en el calendario juliano había varios meses a los que había que restar dos días partiendo de los números latinos que les habían dado nombre, para llegar de la forma más directa a la clase de aritmética.

Fue una mañana de escuela sin igual. Y luego la tarde fue una dura prueba.

La primera señal vino cuando, de la nada, Morrie castigó a Damon por estar mirando las musarañas en la clase de geografía.

—Hablaremos después de la escuela, joven —le soltó sin más. Entre los de octavo afloraron sonrisitas malévolas, pero tanto Carnelia como yo y los otros alumnos de sexto, compañeros de Damon, nos quedamos perplejos. Damon vivía en las nubes en términos académicos: ¿por qué castigarlo precisamente hoy?

Mi hermano nos miró desencajado ante aquel juicio sumario. No había pasado ni un momento cuando Verl Fletcher recibió una sentencia igual por sacarle punta al lápiz en el pupitre con su navaja, en vez de ir hasta el cubo de las virutas.

—Está prohibido abrir las navajas en el pupitre. Y esas son las reglas. Le harás compañía a Damon.

La inquietud encrespó el aula como una ráfaga de viento peinando el centeno. Un maestro con un ataque de disciplina es para echarse a temblar, como sabe todo aquel que ha sido estudiante, pero nunca habíamos esperado esa clase de conducta por parte de Morrie. Parecía empeñado en encontrarnos alguna falta y pasó revista sin misericordia a cada curso durante la hora interminable de gramática y luego durante el examen de ortografía. Las bajas no tardaron en acumularse. Sam Drobny cayó por no tener los ojos clavados en su examen. Al cabo de unos minutos, Morrie decidió que su hermano Nick podía hacerle compañía después de clase: por lo visto, era hereditario. Para mantener el equilibrio entre las nacionalidades, castigó poco después a Peter Myrdal, el miembro más joven del clan sueco, pero también el

estudiante de quinto más corpulento que podía imaginarse, por haberle hecho una mueca a Nick y a Sam.

Para entonces, ya había quedado claro que nuestro profesor le había declarado la guerra al género masculino. Arabrab incluso había empezado a picarse al ver que Morrie no la elegía como representante de las chicas en su ejército de castigados. La plaga de delitos menores me resultaba incomprensible. Parecía que un monstruo se había apoderado de Morrie. Había leído *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde*, pero creía que Robert Louis Stevenson se lo había inventado.

Hay momentos en los que uno sabe que si algo puede salir mal, saldrá mal. Me encogí en el pupitre, haciendo fuerza, para tratar de transmitirle la advertencia por telepatía, lenguaje gestual y hasta señales de humo al pobre inocente que estaba sentado en la segunda fila, pero no hubo modo.

—¡Toby! —restalló la voz de Morrie—. ¿Te parece que este es el lugar y el momento para cuchichear con tus compañeros?

—Eh, ah, no.

—Te quedarás después de clase para que llegues a una decisión. —La sentencia cayó sobre mi hermano.

Increíble. Al igual que los Drobny, los Milliron prácticamente podíamos celebrar una reunión familiar después de la escuela. La clase prosiguió a trompicones, con Morrie todavía de patrulla y todo el mundo en alerta roja.

Cuando no faltaban ni diez minutos para el final, vinieron las temibles palabras:

—Eddie Turley. Te quedarás después de clase por tu actitud.

Damon, Toby yo nos dimos la vuelta en la silla, horrorizados.

Primero pensé que Eddie se iba a desmayar. Sin embargo, no era muy probable que los Turley supieran desmayarse. Se levantó a medias en el pupitre, como a punto de huir en pos de la libertad, y luego tragó saliva y se dejó caer en el asiento. Morrie le había disparado las palabras como balas pero, por más que lo intentaba, por una vez yo no entendía por qué. ¡Por su actitud! La sonrisa de imbécil le resultaba tan natural como respirar. ¿Por qué castigarlo a causa de sus músculos faciales, cuando los había heredado de Brose Turley? No cabía duda. Morrie quería suicidarse.

Cuando terminó la jornada y todos salieron volando hacia los caballos, salvo por el contingente de desconsolados que permanecía en los pupitres, Morrie seguía sin aparentar la menor preocupación. No era mi caso. Pese a que sabía que Brose Turley no estaba en los alrededores sino amontonando pieles en las nieves lejanas de las Rocosas, se me habían erizado los pelos de la nuca. Eddie parecía igual de desconcertado y tenía la misma cara de confusión que el día del puñetazo.

Morrie contempló a sus prisioneros y se acarició distraído el labio, como si todavía tuviera el bigote.

—Dado que sois bastantes —comentó, como si él no tuviera nada que ver con ese

hecho—, formaremos un destacamento. El cuartito de los abrigo se merece un buen repaso. Eddie, tú ve a llenar los tinteros y vuelve a sentarte en tu pupitre. Los demás, venid aquí un momento.

La cosa no tenía buen aspecto. ¿Cómo se suponía que iba a practicar las declinaciones latinas cuando mi tutor estaba al frente de una cadena de presos? Me acerqué a Morrie.

—Parece que hoy está muy ocupado... ¿Tal vez es mejor que me vaya a casa y empecemos mañana con el latín?

—No, en absoluto. «*Exercitus ad Galliam iter faciet, philologe novissime*», el ejército marchará sobre la Galia, mi jovencísimo estudioso. No hay nada que temer. Sin embargo, primero tendré que asignarte tu tarea. —Abrí la boca desmoralizado, pero él se limitó a mirarme con toda calma—. Luego nos ocuparemos de las declinaciones.

El cuartito de los abrigo era como el de nuestra casa: todo lo que sobraba en la escuela acababa allí, salvo que había más cosas. De un lado estaba el armario del material, con todos sus recovecos, y del otro la larga hilera de ganchos para los abrigo y algunos de los juegos del recreo que estaban dentro durante el invierno. Rose lo habría puesto todo en orden en, digamos, tres tonadas. No hacía falta un destacamento de siete chicos, y sin duda, yo sobraba en el destacamento.

Sin embargo, ahí estaba, y no podía hacer nada aparte de cerrar la boca y pasar por aquello. Morrie les dio las escobas a los gemelos Drobny y los trapos a Toby y a Peter, y nos asignó a los demás el armario del material. Verl se puso en un extremo y Damon y yo nos emparejamos por reflejo en el otro para ordenar los anaqueles. Trabajamos codo con codo, sin musitar palabra. Al cabo de un rato susurró:

—Te está saliendo bozo, ¿lo sabías?

—Qué gracioso. No sigas.

—No, de verdad. Mira y verás.

Se estiró el labio superior, para poder vérselo por debajo de la nariz. Aproveché la ocasión y le apreté los labios como a un pato para que no volviera a abrirlos. Solo nos faltaba que Morrie nos dejara castigados después de después de clase por hablar.

Finalmente, Morrie vino del aula, cerró la puerta a su espalda e inspeccionó el cuartito. Nos pegamos unos contra otros esperándonos lo peor, dado el mal genio que estaba gastándose esa tarde. Parecía satisfecho. Se volvió hacia nuestro grupito con una mirada reflexiva: casi parecía otra vez el Morrie de por la mañana.

—Solo nos queda un asunto pendiente —nos informó—. Está relacionado con Eddie.

Cambiamos el peso de un pie a otro, esperando el sermón acerca de por qué teníamos que llevarnos bien con un sujeto que sabíamos que era un peligro público. Verl soltó un bostezo. Incluso Toby parecía algo desganado. Morrie se cruzó de

brazos hasta asegurarse de que todos lo miráramos.

—Quiero que le hagáis la avalancha a Eddie —murmuró—. Ahí mismo, en el pupitre.

Nunca nos lo habríamos esperado, pero al instante cerramos filas. ¿Quién iba a dejar pasar la ocasión de echársele encima a Eddie, respaldado por la autoridad de un profesor? A los hermanos Drobny les brillaban los ojos. Verl sacó pecho y Peter soltó un gruñido diabólico, sin duda herencia de su linaje vikingo. Damon estaba simplemente radiante. Toby y yo, hay que confesarlo, cerramos los puños tan expectantes como los demás.

Morrie nos retuvo con un gesto y dijo que necesitaba escribir primero algo en la pizarra. Luego nos daría la señal.

Mientras los demás se agolpaban exaltados en el fondo del cuartito y Damon le asignaba a cada uno una parte del cuerpo de Eddie, me escurrí hasta la puerta y eché una mirada. Eddie permanecía cabizbajo en el pupitre, sin mirar siquiera lo que Morrie escribía con la tiza. La frase empezaba con letra grande y clara, pero luego iba achicándose y al final era diminuta. Tuve que hacer un esfuerzo para leer las últimas tres palabras. Morrie se volvió, me vio y se llevó el dedo a los labios.

—Chicos, podéis salir —dijo con voz cantarína.

Todos nos lanzamos en manada sobre Eddie. Toby y Peter se colaron bajo el pupitre y le agarraron las piernas. Damon, Sam y Nick se encargaron del torso y los brazos, y Verl lo aplastó por detrás. Yo vacilé un instante, y me lancé luego sobre la avalancha. Bajo la pila, Eddie apenas conseguía levantar la cabeza.

—Me voy a chivar a mi padre... —dijo con la voz enronquecida.

Los dos Drobny y Damon le encajaron codazos y rodillazos hasta que Morrie llegó al pupitre y nos ordenó que lo mantuviéramos quieto. Abrió entonces una caja de cigarros y sacó un par de gafas comunes, de las que vendían en la tienda. Se las puso a Eddie.

—¡No me ponga eso! —chilló Eddie forcejeando sin aliento—. ¡Quítemelas!

—Lee lo que he puesto en la pizarra —le ordenó Morrie—. Eddie, ¡lee la pizarra!

Eddie alzó la vista aturdido, parpadeando mucho. Morrie aguardó unos segundos, lo vio fruncir los párpados y sustituyó el primer par de gafas por otro que traía dentro de la caja.

—Ahora intenta leerlo, Eddie. Por favor.

Eddie miró al frente. Y volvió a mirar. Finalmente empezó a leer:

—«Me llamo Eddie Turley y puedo leer esto si...».

Se detuvo ante las tres palabras minúsculas del final, desconcertado otra vez. Todos habíamos vuelto la vista hacia la frase de la pizarra, aunque seguíamos sujetándolo con todas nuestras fuerzas.

Morrie volvió a sustituir las gafas por otro par. Eddie tragó saliva. Y esta vez

consiguió leerlo todo.

—«Me llamo Eddie Turley y puedo leer esto si uso estas gafas». Morrie estiró el cuello por entre la avalancha y se plantó justo en el campo de visión de Eddie.

—Se llaman «gafas de lectura», Eddie. No tendrás que usarlas todo el tiempo, ¿lo entiendes? Solo aquí, en la escuela. Si no quieres llevarlas a casa —hizo una pausa, para que calaran las palabras—, por las tardes pueden quedarse en tu pupitre.

Morrie arrancó a Nick Drobny del torso de Eddie. Los demás lo soltamos y caímos en un semicírculo a su alrededor. Eddie seguía mudo, pero no se había quitado las gafas y miraba fijamente a su alrededor como un búho recién nacido. Todos, incluido Morrie, nos habíamos quedado sin aliento.

—Para el resto de vosotros, las gafas de Eddie son un asunto escolar. —En otras palabras, que eran un secreto—. Mañana pondremos al tanto a las chicas y a los demás. ¿Cómo es ese apretón de manos cuando juráis algo en el recreo?

—Escupiendo —dijo Toby, y procedió a hacerlo.

Cuando Eddie se encaminó al día siguiente al pupitre después de su acostumbrada parada en el retrete, todas las miradas estaban pendientes de sus movimientos. Morrie hizo un alto en su declaración de lo que esperaba ese día de nosotros y esperó con todo el aplomo del caso. Eddie miró el pupitre como si la tapa fuera a morderlo. Por fin, la levantó con delicadeza, buscó a tientas y sacó las gafas. Las abrió de golpe, como una navaja, y por un instante pensé que iba a romperlas por la mitad. Al cabo de un par de intentos, las patillas le encajaron en las orejas y los lentes se asentaron sobre la monumental nariz de los Turley. Parecía un perro pastor escocés con gafas, pero miraba desafiante hacia la pizarra, como esperando a que Morrie escribiera algo que valiera la pena leer.

Casi me esperaba ver a Brose Turley abriendo la puerta a patadas hasta hacerla astillas y despedazando luego a Morrie, miembro a miembro, por haber convertido a su hijo en una nenita cuatro ojos. No pasó mucho tiempo antes de que el remedio secreto para los ojos de Eddie entrara a formar parte de nuestra colección de rasgos humanos, junto con el ceceo de Vivian y el lunar rojo de Antón; las hemorragias nasales de Marta y la malicia de Arabrab; la petulancia de Carnelia y las burradas de Milo; la excitación de Toby, la astucia de Damon y mis extraños pensamientos; el ánimo malvado de Eva y Seraphina; la susceptibilidad de Lily Lee y toda la larga lista de cosas que dábamos por sentadas en la vida de la escuela. En otras palabras, hacía falta algo más que un par de gafas para que Eddie Turley hiciera más amigos. («Ahora que ve, va a pegar todavía mejor», masculló en el recreo Grover). Pero la escuela entera estaba con él, afinada como un Stradivarius, en lo que concernía a su derecho a salirle al paso a esa calamidad que era su padre.

Al final de la jornada, ya en clase de latín, una parte de mí todavía se negaba a concentrarse en el nominativo y el acusativo de *pluvia* —Morrie no podía dejar de pensar en el pluviómetro y se sumergía en su boletín del servicio climatológico mientras yo hacía ejercicios de las dos primeras declinaciones— y seguía dándole vueltas a la frase: «Quiero que le hagáis la avalancha a Eddie». Cuanto más lo pensaba, más cosas se me ocurrían. Por su cuenta, Eddie no habría recurrido ni en un siglo a algo tan poco masculino como unas gafas: eran para las chicas y los Grover de este mundo. Y, sin embargo, Morrie había corrido muchos riesgos encajándole aquellas gafas al hijo de un hombre que se ganaba la vida con la muerte. Desde luego, no había sido un gesto impetuoso, porque cada detalle estaba planeado de antemano: los tres pares de gafas, el número de chicos que hacían falta para doblegar a Eddie. ¿Se podía decir que alguien era *metodecidedo*? ¿Qué se lo pensaba todo muy bien, y luego seguía adelante y arriesgaba el pellejo? Morrie me vio consultando el diccionario de latín y también el de inglés.

—Las declinaciones no se estudian solas.

—Es que quería buscar algo.

Metodecido no existía en ninguno de los dos idiomas.

A la mañana siguiente tropecé con una escena que nunca habría podido prever: Rose entró llorando en la cocina. No podía parar de llorar, al parecer, y se acercó arrastrando los pies, con el gorrito colgando de una mano.

—Ven, siéntate. —Me puse en pie de un salto y le acerqué una silla. Bajé la voz para no alarmar a toda la casa—: ¿Qué ha pasado? ¿Te has hecho daño por el camino?

—Es Morrie... —dijo en un susurro lloroso y casi inaudible. Era predecible. Ya decía yo que, tarde o temprano, acabaría pagándola por desafiar y torear a Brose Turley. A juzgar por el estado de Rose, el cazador de lobos debía de haberle aplastado el corazón.

—¿Ha sido grave...? —pregunté, temblando.

—Ha sido horrible —sollozó Rose—. Está en contra de que compre la granja de Eunice.

Las sangrientas visiones se disiparon en mi cabeza. Sin embargo, Rose seguía llorando a mares y necesitaba que la atendiera. Le pasé uno de los trapos de la cocina para que se secara las lágrimas.

—¿Por qué tenía que pasar algo así? —se lamentó—. Que esto se interponga entre nosotros... —Consiguió mirarme a los ojos, con los suyos enrojecidos—. ¿Te lo imaginas? Estábamos hablando de, no sé, el tiempo, y de pronto, al cabo de un momento...

Una vez más le fallaron las palabras.

—¿Os habéis peleado? —dije sin pensar—. No pasa nada, es una pelea entre hermanos.

Eso la hizo llorar con más pena todavía. Fui a buscarle otro trapo y se lo di. Rose arrojó el trapo anterior contra el armarito de la vajilla.

—Ya sabes cómo se pone —balbuceó entre el siguiente chaparrón de lágrimas—. «No me entusiasma la idea de que hagas eso».

Para estar a la vez llorando y hablando entre susurros, era una imitación bastante buena.

El veredicto de Morrie me intrigaba. El mismo estaba instalado y de lo más cómodo en la casita del maestro, orondo como un faisán en una jaula de loro. ¿Por qué no quería que Rose tuviera su casa también? ¿Era mi imaginación, o el comportamiento de los adultos me resultaba cada vez más desconcertante a medida que crecía? Rose soltó otro torrente de lágrimas y fui hacia la puerta.

—Voy a llamar a papá, ¿te parece?

—Espera. —Rose se sonó y logró contener las lágrimas. Tragó saliva y empezó a hablar tan flojito que tuve que agacharme para entenderla—. Si tu padre se echa para atrás y no me da el anticipo para pagar la cuota inicial, estoy hundida, Paul. Prefiero que no sepa que Morrie y yo hemos tenido... un desacuerdo.

Esbozó una débil sonrisa e hizo el gesto de «si-lo cuento-queme-muera», santiguándose sobre el pecho.

—¿Me lo prometes, por favor?

Con todos los secretos que estaba empezando a guardar, iba a necesitar un álbum como los de Damon para acordarme de todos.

—Eh... ¿qué quieres que haga entonces?

Soltó un suspiro, hinchó el pecho y recorrió la cocina con la mirada como si estuviera perdida en un bosque. Cuando volvió a mirarme, parecía algo más tranquila.

—Necesito hablar con alguien que tenga la cabeza en su sitio. Para saber si lo de comprar la granja es una estupidez —el susurro se había hecho más fiero—. Estoy tratando de salir adelante en la vida, pero a veces no me siento segura de mí misma. Con lo inteligente que eres, supongo que tú nunca te has sentido así, pero yo...

—Claro que me he sentido así. Me siento así la mitad del tiempo.

—¿La mitad del...?

—Siempre que estoy en la escuela. Con Morrie. Pasados unos minutos, papá entró en la cocina y bostezó desperezándose.

—¿Dónde está Rose?

—Ha salido a tender los trapos de la cocina.

Rose y Morrie hicieron las paces, nunca supe cómo. A veces la gente lo consigue. Sé que ella pasó todo el fin de semana siguiente limpiando de arriba abajo la casita del maestro. En compensación, Morrie pasó un día entero cargando muebles cuando Rose tomó posesión de la gélida casa vacía que le había dejado al mundo la tía Eunice. Todos fuimos a echar una mano. Tan pronto como nos levantamos, Damon, Toby y yo cruzamos el campo cubierto de nieve endurecida, George acudió a darnos ánimos y Rae se quedó en casa preparando un festín para todos. Incluso papá vino a ayudar en cuanto acabó con sus quehaceres en el establo.

Para el final de ese lejano día de enero, Rose ya era oficialmente nuestra vecina, además de nuestra ama de llaves; papá era su socio, además de su patrón, y Morrie, según me di cuenta, estaba empeñado en sobrellevar con el mejor talante posible aquel romance de Rose con la vida en el campo, lo cual no siempre era fácil.

En nuestra vida de granjeros los inviernos eran como los anillos de los árboles, circunferencias finas o gruesas que luego crecían hasta fijar un patrón en el recuerdo. En el pueblo se hablaba todavía del invierno de 1906 y de la tormenta del día de San Valentín que nos había dejado sin clases toda una semana, mientras la nieve seguía cayendo eternamente y acumulándose bajo los aleros, hasta convertirse en una cortina puntiaguda de estalactitas de hielo. Sin ningún género de dudas, el comienzo de 1910 trajo al mundo el mismo tiempo desangelado de 1909. Solo el viento mostraba cierto ímpetu.

Día tras día, el sol despuntaba empañado tras lúgubres nubes blanquecinas. De camino hacia la escuela, los caballos apenas arrojaban sombras. Con la naturaleza a favor de su récord de asistencia, Toby rebotaba alegre en la silla, como si cabalgara en un poni de feria. Sin embargo, tanto nosotros como los Provonost lanzábamos miradas al cielo de reojo, pues habíamos recibido órdenes estrictas de refugiarnos en la primera casa, fuera de quien fuese, al primer borrón que anunciara una tormenta en el horizonte. Todos los vecinos de Marias Coulee estaban acostumbrados a esos caprichos del tiempo. Sin embargo, el cielo de ese año que acababa de empezar nunca llegó a ser amenazador: se conformaba con ser desapacible. Las pocas veces que llegó a nevar, ni siquiera Damon logró moldear una bola de nieve consistente. Si él no lo conseguía, no podía hacerlo nadie.

Tanto por los campos como por el cielo, aquellas semanas se me han quedado grabadas como una de las estaciones más extrañas que recuerdo. Los días se hacían largos e indistinguibles, como si el viento fuera estirándolos a fuerza de soplar, y, sin embargo, apenas nos alcanzaba el tiempo para seguirle la pista a todo lo que pasaba.

La escuela bullía de cosas en que pensar. Nos llevamos todos una sorpresa cuando Verl Fletcher y Vivian Villard se enamoraron como locos justo delante de mis narices; un día, Morrie había decidido animar el concurso de ortografía pidiendo a los concursantes que eligieran a sus compañeros, y Vivian había voceado alto y claro a su elegido: Ferl. «Vaya, vaya», pensé entonces, y con razón, porque con Verl detrás de mi pupitre y el de Vivian delante, yo ocupaba justo la silla de Cupido. Por suerte, supongo, yo aún tardaba en sentir la lujuria generalizada de la adolescencia, y observaba esos asuntos con relativo desapego. Sin embargo, en los fragores de ese invierno, debí de pasar más de cien notas apasionadas entre los dos tortolitos.

Por otro lado, mis hermanos y yo nos enfrentamos al considerable desafío de convertirnos en Drobnys honorarios. Hasta ese momento, Nick y Sam, los gemelos de tez oscura, y sus hermanas, Eva y Seraphina, que eran aún más morenas que ellos, nunca nos habían prestado mucha atención; probablemente, pensaban que lo mejor

que podía decirse de nosotros es que no éramos suecos. Después de la tarde en que nos lanzamos en tropel sobre Eddie Turley, nos adoptaron poco menos que como hermanos de sangre. La situación era inquietante. Los recreos se nos llenaron de ecos gitanos. Al parecer, Damon y yo (incluso Toby) dominábamos oscuras artes sin saberlo. Quizá había sido el liderazgo de Damon en el cuartito de los abrigos, o mi repentino impulso de saltar encima de la monumental avalancha de Eddie. En realidad, sospecho que a los Drobny se les encendió la luz cuando Toby agarró con uñas y dientes el tobillo de Eddie. Ahora, Sam y Nick nos saludaban todos los días en el recreo con un manotazo en el hombro y un «¿Cómo va eso?», y se quedaban flanqueándonos como dos guardaespaldas enanitos. Bastaba con que Toby tropezara con otro niño para que Eva y Seraphina tomaran la justicia por su mano; un día, nuestro hermano tuvo una riña menor con Emil Kratka por el columpio, y ambas hermanas pellizcaron a Emil hasta hacerle moratones. Nuestros nuevos amigos no contribuían precisamente a aumentar nuestro círculo social. Se decía, por no ir más lejos, que a los hermanos Drobny les cosían la ropa interior al comienzo del invierno y por eso nunca se la quitaban, pero, por más que fueran extranjeros, siniestros y despiadados, todavía me acuerdo con cariño de aquellos curtidos gemelos cada vez que necesito tenderle una emboscada en mi departamento a alguna amenaza legislativa.

Luego estaba el propio Eddie, en lo más alto de mi inventario mental de ese invierno. Siempre que echaba un vistazo a mi espalda, lo descubría mirando con cansancio hacia la pizarra, pero mirando. Todavía no acababa de creérmelo, pero parecía que la apuesta de las gafas había dado sus frutos y Morrie había conseguido rescatar a Eddie. También había contribuido el significativo hecho de que Morrie no había salido al recreo el día que Eddie le dio una paliza a Milo por burlarse de sus gafas.

Brose Turley no había dado señales de vida —a pesar de mis poderes adivinatorios— salvo en mis pesadillas.

—¿Alguien sabe qué es esto?

Morrie mostraba en esta ocasión un artefacto compuesto de engranajes y ruedas, con varios brazos de metal que sostenían pequeñas esferas y un cigüeñal que partía de una brillante esfera esmaltada en el centro.

Carnelia había aprendido la lección después del ejemplo del pluviómetro. Levantó la mano y ni siquiera esperó a que Morrie dijera su nombre. —Es una máquina de los planetas.

—Casi —dijo Morrie con generosidad—. Es un modelo mecánico del Sistema Solar. —No pudo resistir la tentación de darle a la manivela, y los pequeños planetas giraron en torno al radiante Sol—. Desde luego, los planetas, incluido el nuestro, son

los elementos principales. Técnicamente, Carnelia, y también os lo digo a los demás, a este ingenioso artefacto —un nuevo empujoncito y Venus salió a la caza de Marte, Júpiter y Saturno volvieron a cabalgar nariz con nariz— se le denomina «planetario de mesa».

Y así fue como el invento del barón de Orrey se unió al infalible cometa Halley para alumbrar nuestras clases sobre las ciencias celestes. Comprendí que Morrie no descansaría hasta que empezáramos a pasar la noche en vela, recorriendo con un dedo las constelaciones.

En aquel momento, sin embargo, confiaba también en que a nuestro maestro no se le hubiera ido la mano. Un solo vistazo al calendario prácticamente virgen de la compañía Westwater Mercantile, que estaba colgado en la pared, evidenciaba en qué medida su entusiasmo iba por delante de la propia maquinaria del cosmos. El cometa Halley no llegaría hasta entrada la primavera. ¿Habría agotado el firmamento nuestro profeta de los cielos (y de paso nuestro interés) para cuando el ilustre visitante hiciera su aparición?

Ni por asomo. Justo cuando todos nos moríamos por hacer girar aquella manivela mágica para poner en marcha el carrusel de los planetas, Morrie apartó astutamente el planetario, se inclinó sobre el pozo sin fondo de su cajón y sacó una manzana. Le dio un mordisco y masticó a conciencia delante de nuestras miradas de asombro, y luego, como con reminiscencias de la tía Eunice, declamó con voz profunda:

*Una manzana Newton vio caer, y descubrió
en el ligero sobresalto de la contemplación
—o eso dicen (en este mundo no he de responder
por los cálculos de los sabios o su parecer)—
un modo de probar que la Tierra giraba
con natural ímpetu, al que llamó gravedad.
Y fue el único mortal, desde el tiempo de Adán,
que con la manzana y la caída supo lidiar.*

Para concluir, Morrie dejó caer la manzana, que se estrelló contra el suelo con un pof.

El truco funcionó. Como nunca. Una epidemia de sonrisas recorrió el aula, contagiando incluso a la mayoría de los de octavo. El momento marcó hasta donde estaba dispuesto a llegar Morrie en sus excursiones por la ciencia del cosmos: si hacía falta llevarnos hasta el Edén para que comprendiéramos la ley de la gravedad, allá iríamos.

—La gravedad está presente en todas partes —nos informó acto seguido, con el aplomo de un maestro de ceremonias del circo—, desde los cielos hasta la tierra bajo

nuestros pies. Su fuerza es uniforme, tanto en lo grande como en lo pequeño. Observad.

Recogió la manzana, tomó prestado el lápiz mordido de Josef Kratka, sostuvo los dos frente a él a la altura del hombro y los dejó caer en el mismo instante. Cuando se estrellaron contra el suelo exactamente a la vez, el estudiantado de Marias Coulee parpadeó con interés. Morrie se sacó enseguida del bolsillo un centavo de cobre y un dólar de plata, y los dejó caer, con los mismos resultados.

—Ahora intentadlo vosotros —nos desafió.

Curso tras curso, todos nos lanzamos a experimentar la fuerza de la gravedad. Una pelota y una fiambarrera vacía caían a la misma velocidad, pero también una pelota y una fiambarrera que estaba llena, según descubrimos con asombro. Una bota y el capuchón de una pluma. La regla y el borrador de la pizarra. A Damon y a Grover se les ocurrió el experimento más diabólico: uno de ellos levantó en alto un saco repleto de carbón mientras el otro sostenía con delicadeza un alfiler. La ley de la caída de los objetos se cumplió una y otra vez, y con ese pie ya firme en la gravedad, Morrie nos fue elevando cada vez más alto, clase tras clase, hacia las maravillas del Universo.

—Copérnico —decía de pronto, como si se acordara de un conocido—, él sí que sabía ver dónde estaba el centro de las cosas.

Y con eso conjuraba de vuelta a la vida todo el sistema heliocéntrico, a Kepler y a Galileo y al singular Tycho Brahe, y nos conducía hasta las lentes de sus telescopios temblorosos, y más allá, hacia los hitos plateados de las constelaciones. En las épocas de la superstición, nos advirtió en otra ocasión, los investigadores de los cielos no habían sido tratados mejor que los vagabundos de la tierra.

—No hay nada que temer, jóvenes estudiosos. Un cometa orbital solamente predice su propia llegada, y no el fin del mundo. Hasta donde sabemos, el cometa Halley ha venido y ha vuelto a irse en más de veinte ocasiones, y el mundo sigue aquí.

Había que concederle que era cierto, pero Morrie decidió enfatizarlo colgando una reproducción de un cuadro de Delacroix en el que el cometa surcaba benignamente el cielo por encima de los labriegos de los campos. Se llamaba *El dragón estrellado*.

—Es una representación muy bonita del cometa —opinó Morrie.

Ojalá pudiera embotellar esa pasión que Morris Morgan ponía en sus clases de astronomía y entregar una botella a cada uno de los maestros bajo mi jurisdicción. Por supuesto, me gustaría pensar que era nuestra hora diaria de latín lo que afilaba su mente como una navaja, pero sería terriblemente miope. Lo más probable es que, dado que el cometa estaba en camino, Morrie simplemente se puso a la altura de su papel, igual que un actor saca lo mejor de sí en un escenario consagrado. Fuera cual

fuese la causa, durante esas semanas del invierno, mientras nuestro astro con cola de dragón recorría millones de kilómetros a nuestro encuentro, Morrie se balanceaba en la cuerda floja de la astronomía, algunos días más que otros, pero sin caerse jamás al suelo.

—Anoche quité el papel de las paredes del salón.

Era un anuncio típico de Rose en nuestros susurrados diálogos matutinos durante aquellos días. Prácticamente echaba chispas de energía ahora que tenía que ocuparse de una nueva casa, ya la tercera, si contábamos la casita de Morrie.

—No me gustaban esas flores moradas del tamaño de una col.

—A mí me hacían pensar en murciélagos aplastados —murmuré como respuesta.

Damon y yo estábamos convencidos de que la tía Eunice había decorado el salón como una cámara de los horrores para espantarnos.

—¿Sabes, Paul? Estoy feliz de haber comprado la granja... Pero he estado pensando en algo. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, eh... creo.

Me eché hacia delante en la silla y esperé, tenso, por si se nos venía encima otro diluvio.

—Los surcos... —dicho así, en un susurro, parecía todo un misterio. El ceño de Rose se redujo a una arruga ínfima, a medida que me refería su perplejidad—. La tierra está ahí, pero cada vez que le pregunto a tu padre cuándo piensa arar, pone una cara rara. ¿Cuándo es normal empezar a arar?

—En la primera luna llena después del equinoccio en que ya no se vea escarcha en la tierra.

—Vale.

—Paul, Paul, Paul.

Morrie no repetía mi nombre más que cuando mis traducciones eran realmente nefastas.

Era viernes, y ambos llevábamos a cuestas una extenuante semana escolar. Los días habían empezado a alargarse cada día más —si uno miraba la pradera desnuda, podía pensar que el invierno estaba en retirada, salvo porque ese invierno nunca se declaró— y el aula ya no resultaba tan acogedora ahora que había más luz. Sin embargo, Morrie seguía enseñándome latín, pese a que debía de preferir descansar en su casa con los pies en alto.

—Vamos a intentarlo otra vez. Trata de seguir el ritmo de la frase, ¿vale? *Veni*.

—Fui.

—*Vidi*.

—Vi.

—*Vinci*.

—Conseguí la victoria.

—¡No! —Se hundió en el escritorio—. ¿Por qué? ¿Por qué después de dos verbos intransitivos empleas uno transitivo?

Quizá tuviera razón. Hice una astuta modificación:

—Fui victorioso.

Morrie me miró con cara de disgusto.

—¿Por qué no? —me defendí—. Usted siempre me dice que mire la raíz, y en latín «victoria» se dice *victoria*.

—Un razonamiento impecable —dijo cansado Morrie—, salvo porque has decidido recurrir a la raíz de un sustantivo cuando estamos hablando de un verbo intransitivo. *Vinco, vincere*, etcétera, como en «invencible». ¿Me entiendes ahora?

Me quedé pensando. La discusión tenía un eco de las negociaciones entre papá y Rose. Uno trataba de usar la lógica pero, al primer descuido, las reglas habían cambiado y te quedabas en el aire, colgando de la brocha.

Ésa tarde, en el repertorio de Morrie no figuraba la compasión.

Soltó una especie de gruñido —tal vez fuera el crujido de la silla— antes de darme una nueva indicación:

—Busca el verbo pertinente. En el diccionario.

Fui hasta el diccionario y volví. Y me di por vencido:

—Vale. Vencí. ¿Morrie? —habíamos acordado que no hacía falta que lo llamara «señor Morgan» en nuestra hora de después de clases si no había nadie por ahí—. ¿Ha ido alguna vez a Roma?

—¿A Roma? Sí, un par de veces... Tres, en realidad —dijo algo ausente. Luego levantó la vista—. Por los guantes. Había que hacer algunos viajes.

La idea de ir a conocer Roma me dejaba sin aliento.

—¿Y estuvo en el Coliseo y lo demás?

—Por supuesto. Tuvo sus días de gloria hace unos dos mil años, pero sigue siendo impresionante. La huella de los siglos está presente. —Se quedó pensando—. La antigüedad es una mercancía extraña: vale más si está en ruinas... Pero nos estamos desviando del tema. —Cogió los folios con los deberes que me había puesto y los miró por encima—. Parece que no te molesta que te feliciten, ¿no?

Dije que no con la cabeza. *Amo, amas, amat...* Me resultaba más fácil jugar con los verbos latinos que con los Drobny. Morrie miró de nuevo los folios.

—Y parece que estás bastante al día con las declinaciones. Asentí. Yo devoraba las declinaciones... Morrie se arrellanó de nuevo en la silla y volvió a gruñir.

—Entonces, ¿por qué las traducciones siguen saliéndote tan rígidas como un cadáver?

La respuesta estaba fuera de mi alcance. Era apenas un neófito, y no alcanzaba a entender que Morrie me hacía avanzar por el latín a galope tendido, a un paso tan apremiante que el vocabulario que iba aprendiendo siempre quedaba atrás, mordiendo el polvo. Con la ayuda de papá, cada noche me aprendía de memoria diez verbos nuevos. Morrie bien podía ponerme dos o tres de ellos al día siguiente en las condenadas frases que tenía que traducir. —Aquí tengo otra para ti.

Me pareció captar un brillo pícaro en sus ojos cuando se volvió hacia la pizarra. *Lux desiderium universitatis*, escribió. No parecía demasiado difícil, lo cual me hizo desconfiar.

—Es una de mis preferidas —dijo Morrie—. Una frase clásica de Copérnico.

Copérnico no estaba allí para traducirla al inglés, pero yo sí. Morrie me miró con severidad:

—Voy a darte una pista. No hay que traducirla necesariamente en tres palabras, pero tampoco hay que amontonar verbos pasivos por docenas. Es una frase con un equilibrio encantador. Así que adelante, *discipule*.

Trabajé en ella durante un rato. Los entresijos del lenguaje me fascinaban ya entonces, pese a que avanzaba a tientas y hacía desgarrones y tropezaba allí donde debían deslizarse las palabras. Finalmente, carraspeé.

—Todo quiere que haya luz.

Morrie frunció los labios, enarcó las cejas y meneó la cabeza.

—Todo desea... —eché marcha atrás—. Todo ansia la luz.

—Según entiendo, estudias latín, Paul, no adivinación —me soltó—. Sigue trabajando en la frase. Te va a venir bien. —Se acarició el puente de la nariz, otra de las posturas que adoptaba para pensar—. Cuando uno trabaja con una lengua, tiene que encontrar un principio rector. Cuando traduzcas, recuerda siempre que hay que trabajar desde el interior de la palabra hacia el exterior para encontrar el equivalente en inglés. Si hace falta, tienes que asignarle otros sentidos parecidos a las palabras, para apropiártela, para hacer tuyo el significado...

—¿Qué quiere decir eso? —Había empezado a enfurruñarme: estaba cansado de que Morrie me tendiera trampas en las dos lenguas—. Cuando fuimos a limpiar el cuartito me dijo que tenía que asignarme una tarea, y ahora parece que tengo que coger esa palabra y cambiarla por otra. Yo creía que «asignar» se refería a los trabajos que uno debe cumplir debidamente.

—Es un caso de homónimos: palabras que se escriben igual pero significan cosas diferentes. —Se detuvo un momento—. De hecho, bien mirado, se trata de un caso de multinomia.

Genial. Ahora, una palabra podía tener todos los significados que quisiera.

Era justo el tipo de cosa que entusiasmaba a Morrie.

—Una interpretación muy apropiada, sí —dijo haciendo tamborilear los dedos—,

pero, por otro lado, el verbo «asignar» significa «adjudicar» algo, de tal manera que la persona a la que se le adjudica algo pasa a ser dueño de eso, se lo queda. Quedarse con algo tampoco sería un mal equivalente, en términos coloquiales. —Se llevó la mano al bolsillo y me lanzó una moneda de un centavo—. Toma. Ahora es tuya. ¿Qué acabo de hacer?

—¿«Dar»? ¿«Pagar»? No, espere, ya lo entiendo... Acaba de hacer una «asignación», igual que hace el gobierno de Helena con el dinero de la gente, ¿no?

No podía imaginar entonces que la vida me enfrentaría más tarde a un depredador conocido como «el presidente del comité de asignaciones».

—Te mereces un diez por eso —concedió Morrie, y por primera vez en toda la tarde pareció vagamente satisfecho con mis progresos—. Volvamos entonces a *Lux desiderium universitatis*...

—¡Sooo! ¡Tranquilos!

La orden vino acompañada del tintineo de los arneses, y los caballos de la carreta se detuvieron frente a la escuela. Luego oímos el chirrido familiar del freno de mano.

—¡Tranquilo, *Blue*, tranquilo. —Papá siempre elevaba el tono con los caballos—. Tú quédate también ahí, *Snapper*!

Ni Morrie ni yo habíamos previsto aquel *finís* para nuestra hora de latín. Como mínimo, me había ganado un centavo ese día. —La carroza del joven Catón espera fuera —anunció papá al entrar en el aula—. Pasaba por aquí y se me ocurrió llevarme a casa a Paul.

—Siempre es un placer ver al presidente de la junta escolar —lo recibió Morrie—. Según entiendo, entre las ventajas del cargo está rellenar el cubo del carbón, ¿no es así?

Papá se sacó un papelito del bolsillo y escribió «carbón». Luego hablaron un momento de hombre a hombre, mientras yo recogía mis libros en el pupitre. Estaba listo para irme cuando papá empezó a mirar el aula como si estuviera en un museo.

—Por cierto, Morrie. No recordaba que en nuestro presupuesto hubiera habido una derrama para comprar un planetario o un medidor de lluvia.

—No se preocupe —dijo Morrie con gesto grandioso—. Los he traído yo mismo. Oliver, me parece que me mira con cierto enfado.

Papá estaba visiblemente incómodo.

—Es una irregularidad, como poco, que los maestros tengan que rascarse el bolsillo para comprar material para las clases. Podría haber venido a hablar con la junta y...

—Y habría tenido que contarle a Walter Stinson la historia completa del planetario y también la del Sistema Solar. Y Joe Fletcher me habría preguntado si no podemos recoger la lluvia en una lata en vez de utilizar un pluviómetro. Son hombres bondadosos, pero se toman su tiempo para tomar una decisión, ¿no? —Morrie señaló

hacia lo alto, su actual campo de interés—. El cometa Halley no coincide a menudo con nuestras clases de ciencias, como bien sabe. No puedo esperar hasta que se discuta el presupuesto. —Una sonrisa de impotencia afloró entonces a su rostro—. Ya me han acusado alguna vez de ser pródigo con mis propios fondos. No es un crimen capital.

—Hay algo que no me encaja —dijo entonces papá; tal como se estaban poniendo las cosas, volví a poner los libros en el pupitre—. Ésta escuela y nuestros niños son lo mejor que tiene Marias Coulee, pero es obvio que usted está acostumbrado a otro nivel intelectual. —Papá recorrió otra vez el aula con la mirada y se detuvo por fin en el hombre que ocupaba el escritorio del maestro—. Sin embargo, aquí está. Si el sueldo le importa un comino, ¿qué gana estando aquí?

—Me sorprende un poco que lo pregunte. —Morrie parpadeó como si de verdad estuviera sorprendido—. Un trabajo de esta naturaleza es una vacuna preventiva.

Ahora fue papá el que se sorprendió.

—¿Contra qué, si se puede saber?

—Contra la corrosión del tedio. Estoy seguro de que usted ha conocido algo parecido, Oliver. ¿No me contó algo así a propósito de su negocio de acarreo en aquellas calles de Manitowoc que conocía demasiado bien?

Papá se percató de que yo había empezado a prestar atención. Me habría encantado que el debate prosiguiera —el latín me había abierto el apetito para la esgrima verbal—, pero le puso fin.

—En nombre de la junta —declaró— le diré que es una suerte que la vida aquí no le aburra. Tenemos la esperanza de que siga al cargo de la escuela el año que viene.

—La posibilidad existe —se limitó a responder Morrie, pese a que parecía a punto de ronronear de satisfacción.

Yo me había adelantado ya a la posibilidad: el año siguiente Morrie podría enseñarme griego. Después de Roma, ¡Atenas!

—Paul —papá interrumpió mis pensamientos—, trae tus cosas, es hora de irnos a casa.

—Antes de que se marche —Morrie se levantó y le enseñó a papá nuestra libreta de registros climatológicos—, quiero enseñarle algo de interés para los agricultores.

Papá se asomó por encima del hombro de Morrie y repasó en silencio las precipitaciones desde el comienzo del año. Yo ya sabía que eran unos números escuálidos, en más de un sentido. Todavía no habían llegado mis días como inspector general del tiempo, pero según Damon, hasta un escupitajo contenía más agua que la que había recogido nuestro pluviómetro.

Morrie pasó la última página y se volvió hacia papá.

—¿Oliver? —dijo con el mismo tono expectante con que solía llamarnos en clase.

—No es ninguna noticia que viene un año seco. Según parece.

—Yo más bien diría un año árido.

—Venga, Morrie, venga. Cualquier vendedor de tierras que sepa ganarse el sueldo puede confirmarle que la aridez es un seguro contra las inundaciones.

Por la expresión de Morrie, si papá prefería hacer bromas sobre el asunto, ese era su problema. Cerró la libreta de golpe.

—La verdad, no acabo de entender las estaciones aquí en Montana —murmuró—. Todas parecen una larga sucesión de marrones. ¿Cuándo aran ustedes exactamente?

Papá le recitó la ley de la luna llena, igual que yo se la había recitado a Rose.

—Fascinante —fue todo lo que dijo Morrie.

Papá estuvo muy callado en el camino de regreso. Yo iba sentado junto a él en el pescante, lo cual era todo un privilegio, y el atardecer decidió ofrecernos un espectáculo: entre los distintos estratos de nubes, el naranja y el dorado caían a raudales sobre los blancos picos de las Rocosas. Me parecía francamente injusto que el Dique Grande estuviera acaparando toda esa agua —era la nieve de los picos la que iba a surtir la presa y los canales—, pero dudaba mucho que papá quisiera oír aquello en ese momento.

El ambiente en casa no era precisamente tranquilizador. Toby y *Houdini* estaban peleándose sobre la alfombra del salón y en la mesa de la cocina Damon fabricaba cola de harina para sus álbumes en medio de los periódicos descuartizados. De vez en cuando, un silbidito delataba el ir y venir de Rose, que se daba prisa para irse a su casa. Papá depositó en la encimera el saco con el correo y los alimentos, y sacó los ingredientes de la cena. Judías con jarrete de cerdo, predije con un suspiro, y despejé una esquina de la mesa para dejar mis libros en medio del desorden de Damon. Papá puso el agua a hervir —siempre el primer paso en los guisos de la familia Milliron—, se sentó en su sitio y revisó el correo. Todavía parecía preocupado.

Damon no. Me dedicó una malvada sonrisa, mientras recortaba un nuevo artículo deportivo de su pila de periódicos.

—¿Cómo te fue hoy con Estefi Delis?

Le había puesto ese nombre al latín desde Navidad, después de que yo cometiera el error de explicarle el origen lingüístico de *Adeste Fidelis*.

—Solo los valientes sobreviven —contesté al estilo romano—. ¿Quién es este matón? —Un boxeador de cejas espesas me miró desafiante desde la página de basura impresa de Damon—. No me gustaría encontrármelo en un callejón oscuro.

—Rube Killian. —Damon le dio la vuelta al álbum para enseñarme el titular que acababa de pegar—: «*killian retiene la corona de los pesos medios con un festín de golpes*». Lo llaman el Asesino de Ashtabula. Y también Killian el Carnívoro. Y Rube el Destructor.

—Qué simpático. —La abundancia de apodosos mortíferos en la galería de malhechores de Damon me trajo algo a la memoria—. Papá, esta noche tenemos que

buscar la palabra «multinomia».

Papá no me escuchó. Estaba leyendo una carta con el dedo.

—Maldición.

Viniendo de papá, eso equivalía a la erupción de un volcán. Toby y *Houdini* se callaron. Damon dejó caer las tijeras.

—¿Oliver? —Rose se asomó al umbral con gesto preocupado—. ¿Ha ocurrido algo?

—El inspector va a venir a hacernos una visita.

—¿El inspector? —Rose lo miró como si un fantasma hubiera entrado en la habitación—. ¿Y viene a inspeccionar...?

—La escuela. Qué otra cosa...

Morrie le dio una palmadita a la carta la mañana siguiente. Era sábado.

—Disculpe, Oliver, pero no veo aquí nada relacionado con mi cometido al frente de la escuela. ¿«La frecuencia inusualmente alta de sustituciones»?

Habíamos acudido en masa a la casita de la escuela. Rose quería venir también y papá no podía quedarse tranquilo dejándonos a mí y a Damon (y, por extensión, también a Toby) fuera de un asunto que prácticamente nos llamaba a gritos: «¡La escuela!». Contestó la pregunta de Morrie como si se tratara de un inocuo problema de aritmética.

—Ah, sí. Eso. Hemos tenido, veamos... ¿cuatro maestros en los últimos cuatro años?

—Cinco —corrigió Damon. Yo añadí:

—No estás contando a Morrie.

—La señorita Trent era la peor —declaró Toby, como si acabara de decidirlo, todavía dolorido por el reglazo que le había dado por hablar en clase.

—Todas acaban casándose. —Papá se pasó la mano por la cara para expresar su impotencia—. Pensamos que con Addie Trent estaríamos curados... —De repente, le lanzó una mirada cautelosa a Morrie—. ¿Usted no tendrá una novia escondida en Minneapolis, verdad?

—No, de momento no soy un hombre casadero. ¿O sí, Rose?

—No, que yo sepa.

Morrie dejó la carta sobre la mesa. Todos nos apartamos de ella sin dejar de mirarla, como si pudiera contagiarnos la rabia. Con el paso de los años, he firmado un gran número de cartas parecidas, y siempre he sido consciente del impacto que tiene el título de superintendente de Instrucción Pública. Entonces aún era inocente y no había ocupado ningún cargo. Simplemente me quedé mirando, como todos, aquella hoja de papel. Rose sacudió la cabeza de mal humor. Sin duda, habría deseado barrer el folio fuera de la habitación.

Morrie fue el primero en recobrar los ánimos.

—Al menos no parece que el coco esté a punto de llegar. —Observó el papel y leyó en voz alta—: «Dado que hay una lista de escuelas pendientes de inspección, un miembro de nuestro departamento visitará Marias Coulee en fecha todavía por definir». Veo que de todos modos la perspectiva no le hace gracia. ¿Por qué, Oliver?

—Para empezar... —papá tomó aliento como si fuera a dar un recital— los inspectores estatales pueden quitarle el trabajo a un maestro después de evaluarlo. Por incompetencia —lo dijo como un epitafio bajo el que Morrie jamás desearía verse enterrado—. Peor todavía, el superintendente de Instrucción Pública también puede disolver las juntas escolares.

Morrie le lanzó una mirada, y también Damon y yo, pero papá aún no había acabado.

—Y eso no es ni la mitad. El Estado puede clausurar una escuela así —chasqueó los dedos—, de un momento a otro.

—¿Clausurar la escuela? —Morrie expresó en voz alta la impresión que nos sobrecogió a todos.

Papá conocía bien el procedimiento:

—Primero tienen que hacer una «inspección», pero sí, si descubre que la escuela no tiene el nivel requerido, el superintendente puede clausurarla. Lo que hacen es retirarle los fondos del comité de asignaciones y usarlos para montar una residencia escolar en el pueblo más cercano, adonde mandan a estudiar a los chicos. Ya ha pasado en el Este del estado. En Ingomar y otros lugares. A los chicos indios los trasladan en bloque.

Una residencia escolar. A Damon y a mí eso nos sonaba al penal de Alcatraz.

—Pues, entonces —Morrie se toqueteó los gemelos de la camisa, como si papá y él estuvieran preparándose para ir a matar un dragón—, será mejor que me luzca cuando venga el inspector. Y usted también, ¿no, Oliver?

—No puede haber ni una mancha. Ni una mota. Y tenemos que empezar por su *bona fides*.

—¿Por su qué? —preguntó Rose, como si fuera algo a lo que había que darle un buen repaso.

—Creo que Oliver se refiere a mi historial educativo y laboral, querida.

—Ah, eso.

—Primero que todo, la Universidad de Chicago —detalló papá—. Y luego, cualquier cosa relacionada con la enseñanza, en la época en que trabajaba en el ramo del cuero. Eso ampliaría su currículum.

—Aprendimos nuestras lecciones —dijo Morrie displicente, sin acabar de mirar a Rose—. Por eso no se inquiete.

—En otras palabras —papá aún quería dejar en claro que era el presidente de la

junta escolar—, cuando el inspector esté aquí hay que vigilar cada punto y cada coma. Hágalo y yo haré lo mismo. —Soltó un suspiro—. Ahora, no todo depende de nosotros. Están también los Estándares.

—Los...

Con gesto sombrío, papá aclaró el asunto:

—Los exámenes estándar del estado, para ver qué saben los niños en comparación con los de otras escuelas.

—Santo Dios —dijo Rose en nombre de todos.

—Si ese inspector le da la lata a Morrie, podemos echarle encima a Sam y a Nick —dijo Damon medio en broma cuando nos metimos en la cama esa noche.

—O a Eva y a Seraphina —dije yo—, todavía peor.

Una semana entera pasó de puntillas, y luego otra, sin que el coco del Departamento de Instrucción Pública se abatiera sobre nosotros. Es difícil que un peligro inminente siga siendo inminente si no se le ve el pelo. Poco a poco, papá empezó a rumiar otros asuntos. Todos tenían el mismo origen: la primavera.

El contagio llegó también a la escuela. Grover y yo sacamos nuestra pelota de béisbol en el recreo un día de cielo azul. (Sam y Nick se quedaron viéndonos lanzar un par de minutos y luego siguieron a Damon hasta el cajón del juego de la herradura, para deleitarse con el entrechocar del hierro contra el hierro). Arabrab se adelantó a las demás chicas y fue la primera en enfundarse unas medias de color beis, en vez de las recias medias grises del invierno. Hasta el aire empezó a cambiar al paso de los petirrojos que pasaban volando a toda velocidad tras las ventanas.

Una mañana, la ventana de la cocina amaneció sin escarcha. Rose entró muy agitada y me preguntó con un susurro:

—¿Cuándo crees que tu padre...?

—Ya no falta mucho —respondí en un suspiro.

Faltaba aún menos de lo que creía. Papá había dejado de suspirar cada vez que alguien hablaba de sembrar: sospecho que, en secreto, se moría por empezar. La estación entraría oficialmente ese domingo, hacía un tiempo perfecto y a la luna no le faltaba ni el ancho de un paréntesis para estar llena; papá sacó el arado del establo y empezó a afilar las cuchillas.

Nos reunimos esa soleada mañana de domingo en la granja de Rose. Rae había venido a hacernos compañía y George a carraspear y a poner pegas: quería ver cómo pensaba arar papá, antes de arar él. Por fortuna, el campo no parecía compartir sus dudas. El calor había derretido los últimos restos de nieve sucia y la tierra marrón yacía desnuda bajo esa costra de polvo típica de los sembrados de secano. Con todo,

había que indagar de qué humor estaba la tierra. Papá se adentró en el campo con sus andares filosóficos de granjero, hincó una rodilla en el suelo, cogió un puñado de tierra y lo frotó entre el pulgar y la palma de la mano, como si fuera la tela más fina. Regresó ungido con una sonrisa adonde todos lo aguardábamos.

—Yo diría que está pidiendo a gritos el arado.

—Aquí nunca se ha arado tan pronto. —Las observaciones de George eran tan obvias como su barba.

—Es lo que pasa en los inviernos benignos —dijo papá, como si hubiera vivido cien inviernos parecidos—, uno puede empezar antes con los campos. ¿Por qué no me echáis una mano con el arado? Me voy a arriesgar del todo y voy a poner la cuchilla en la última muesca.

Jamás olvidaré la escena. La primavera colgada del brazo desmadejado del invierno, las mujeres charlando sin sombrero bajo el sol, los gruñidos y el estrépito de los hombres mientras ajustaban la cuchilla del arado. Damon y yo habíamos ayudado a poner los arneses y enganchamos los dos enormes caballos al tiro. Papá encargó a Damon que sujetara las riendas —*Snapper* y *Blue* eran los animales más pacientes del mundo, pero había que sujetarles las riendas— y mi hermano me sonrió algo cohibido, con todo aquel poderío animal entre las manos. Dadas mis destrezas como organizador, a mí me confiaron la caja de herramientas, la lata de aceite, el jarro de agua y otros artículos misceláneos, hasta que papá eligiera el misterioso lugar en el lindero del campo que serviría de almacén. Excusado de las labores agrícolas, Toby se concentraba en zarandear a *Houdini* y no perder de vista su sombrero. Heredábamos los sombreros uno de otro a medida que íbamos creciendo y, en un hito más de aquella primavera, Toby había recibido el sombrero viejo de Damon, que todavía estaba muy bien, salvo que le quedaba grande y se le volaba cada dos por tres en sus refriegas con el perro. Me hice el propósito de meterle una tira de periódico doblada bajo la cinta cuando volviéramos a casa. En mi imaginación, podía oír la voz de la tía Eunice: «Pobre crío, mira que ir por ahí con esa especie de bacinilla en la cabeza».

Morrie hizo su aparición. Yo sabía que vendría. ¿Cómo podía no venir? Había rematado esa semana con una vertiginosa lección sobre el equinoccio de primavera y ahí estaba, presto a tutelar el arado.

Toby y *Houdini* estuvieron a punto de arrollarlo y se alejaron con un grito y un ladrido de alegría. Le grité a Tobe que se calmara un poco, pero el sombrero y la cola del perro desaparecieron tras el arado en su siguiente carrera.

—Prueba fehaciente de que el movimiento perpetuo es posible —comentó Morrie.

Papá y George lo saludaron sin dejar de apretar el arado y Morrie se arrimó prudentemente a Rae y a Rose. Caí en la cuenta de que, aunque ya habían hecho las

paces, era la primera vez que él visitaba la granja desde el día de la mudanza de Rose. Se miraron con una larga sonrisa antes de decirse nada.

—Para ser un peón de labranza, estás francamente preciosa —logró decir por fin Morrie, y le dio un beso en la mejilla.

Ella se le colgó del brazo.

—¿Quién se habría imaginado algo así?

—Yo no, desde luego. —Morrie echó un vistazo al campo, como quien trata de leer un mapa en una lengua olvidada.

—Es un sueño hecho realidad. —Se volvió hacia mí, se echó a reír y arrugó la nariz como para excusarse por hablar de sueños en mi presencia—. Si no te importa que te lo diga...

El alarido de Toby nos dejó helados.

Lo primero que vi fue el sombrero, que había ido a parar debajo de *Blue*. Seguramente Toby trató de cogerlo y se acercó demasiado al caballo, con la pésima suerte de que en ese momento *Blue* movió una pata trasera. Con la punta del zapato atrapada debajo del casco y un caballo de media tonelada encima, Toby lanzó un grito mortal desde el otro lado de la yunta, antes de que pudiéramos hacer nada. *Houdini* había empezado a ladrar frenético, pero *Blue* estaba entrenado para quedarse quieto, pasara lo que pasase.

El salvador resultó ser Damon. Antes de que los demás echáramos a correr, Damon tiró un poco de las riendas, lo suficiente para que los caballos recularan un par de pasos. En cuanto tuvo el pie libre, Toby empezó a revolcarse en el suelo, aullando de dolor. Morrie llegó el primero y lo rescató de debajo de los cascos. Se sentó con él en brazos en la tierra desnuda, y yo me lancé de rodillas para impedir que *Houdini*, que estaba como loco, se le echara encima a Toby.

—¡Tobe! ¡Tobe!

Papá saltó por encima del arado y vino corriendo hacia nosotros. Rose llegó también en un instante: estaba aún más aterrada que el propio Toby. Damon se asomó luego, lívido, por encima de los demás. Vi a George sosteniendo las riendas con sus manazas. Rae, que era la más práctica, retorció su pañuelo hasta hacer un rollo de tela y se lo encajó a Toby entre los dientes como si fuera una brida.

—Muerde, Toby, muerde, ¿me oyes? Muérdelo con todas tus fuerzas, que así se irá el dolor. Muerde, así, eso es.

Toby empezó a morder el pañuelo enrollado y dejó de sollozar, pero todavía temblaba de dolor.

Todos habíamos visto el cuero del zapato oscurecido por la sangre.

Morrie estaba abatido y desencajado —yo nunca lo había visto así— y se debatía tratando de sostener a Toby en alguna posición que aliviara su agonía. Papá alzó la voz por encima del alboroto. Era él quien tenía que decidir.

—Hay que llevarlo a la casa. Buscad sábanas viejas. —Rose y Rae echaron a correr hacia la casa—. Damon, corre a nuestra casa, ensilla a *Joker* y tráeselo a Paul. Deprisa.

Damon salió disparado entre los surcos, rumbo a nuestra casa. Papá agarró a *Houdini* con una mano y me puso la otra en el hombro.

—Quítate esos zapatos y ponte las botas, con un accidente es suficiente por hoy. Luego sal disparado para el campamento del Dique Grande. Pídeles que te dejen llamar por teléfono. Dile al médico que no sabemos si Toby está grave pero que un caballo le ha aplastado el pie. ¿Entendido?

Me soltó y me dio un empujón, y salí corriendo tras las huellas de Damon.

Era una responsabilidad demasiado grande la que habían depositado en mí y no podía derrumbarme. Subí de un salto a lomos de *Joker* y Damon soltó las riendas y se hizo a un lado, como para darle paso a un toro furioso, pero cuando llegamos galopando al portón de la cerca ya se me escapaban las lágrimas. Desmonté, me peleé con la puerta de alambre retorcido e hice pasar a *Joker* en dos brincos. Los caballos saben expresar cuándo están sorprendidos: sentí un temblor de confusión a lo largo de los estribos cuando viré la rienda hacia el llano de Westwater en vez de enfilear hacia la escuela. Acometimos la larga cuesta que llevaba al Dique Grande. En medio de las lágrimas, saqué fuerzas para darle aliento a mi caballo mientras lo taloneaba hasta hacerle saltar espumarajos.

—Vamos, *Joker*, así —le rogaba una y otra vez—, eso es, chico, vamos.

Portones, portones, más portones: tropezamos con otros tres, cada uno más odioso que el anterior. Entre una barrera y la siguiente, cabalgaba como si estuviera soñando despierto: veía a Toby doblado sobre sí mismo, como un animal herido, sobre las sábanas ensangrentadas en la habitación de Rose, en la vieja cama de la tía Eunice, en la casa donde había conocido la muerte. Lloré hasta que se me agotaron las lágrimas. Finalmente, llegué a lo alto de la cresta del llano y divisé el morro de la excavadora, la cicatriz marrón del canal que atravesaba la pradera, el oasis de tiendas del campamento.

Traía los ojos rojos, venía sollozando y dando gritos: el primer capataz que encontré se agarró a la silla de *Joker* y me acompañó corriendo hasta la oficina, que estaba al lado del almacén del equipo. Me llevó a toda prisa hasta el teléfono de manivela, y se dio cuenta enseguida de que yo no sabía cómo hacerlo funcionar. Empezó a darle vueltas frenéticas a la manivela y luego se acercó al micrófono.

—Central, hola —dijo a voces, como la gente solía hablar entonces por teléfono—, tenemos un chico herido, pásame al doctor. Le voy a pasar a alguien para que le explique cómo llegar hasta aquí.

El médico de Westwater era como la propia ciudad: joven y bastante verde. Entró corriendo mientras su Modelo T expectoraba toses agónicas y se deshizo en penosas frases de consuelo dando por hecho que Rose era la madre de Toby. Aclarado el malentendido, tardó más de la cuenta en comprender que papá era el dueño de la granja vecina y no un peón taciturno que trabajaba para Morrie. Luego se sentó al lado de la cama de Toby y empezó a cloquear acerca de ese «caballito malo malo». Toby, que había recorrido a caballo más kilómetros de los que el galeno podía imaginar, estaba demasiado aterrorizado para ofenderse porque le hablaran como a un niño pequeño. Sin embargo, Damon y yo estábamos indignados. Por si fuera poco, llegada la hora de limpiar la sangre del pie morado y monstruosamente hinchado, Toby se puso a gritar como si lo estuvieran degollando.

Papá estaba consumido por la preocupación. También aturdido, como siempre que se enfrentaba a un doctor. Sin duda, fue Morrie —un caballero bien vestido, que sabía formular preguntas pertinentes sobre los metacarpianos— quien consiguió que aquel médico novato diera lo mejor de sí. Después de un largo examen salpicado de «mmm», «ajá» y otras interjecciones, llamó aparte a papá y a Morrie (Rose y yo los seguimos pisándoles los talones), y anunció que Toby tenía rotos todos los dedos, además de otros huesos, pero que posiblemente el pie se podía remendar.

—¿Posiblemente? —dijo Morrie, a punto de retorcerle el cuello.

El médico frunció el ceño.

—Lo tiene extremadamente hinchado. Todo el pie es una contusión. Haré todo lo que pueda para localizar las fracturas.

Le puso el éter a Toby, y empezó a recolocar los huesos. Esperamos todos juntos en la cocina. Pese a todos los fregoteos de Rose, yo creía distinguir todavía el tufillo avinagrado de la tía Eunice. No sé si papá también lo notaba: permanecía mudo, mirando por la ventana hacia donde George se había puesto a arar, a pesar del lumbago. Rae se había ido a su casa a hacernos la comida. La vida, al menos en parte, tenía que proseguir. Rose anunció que necesitaba aire fresco —todavía estaba pálida— y Morrie salió con ella. Damon y yo nos quedamos solos en la mesa, como prisioneros en una cárcel. Nos mirábamos y poníamos los ojos en blanco; estábamos seguros de que todo había cambiado, para nosotros y para Toby. Lo único que no sabíamos era cuánto.

Cuando el médico por fin terminó, nos dejaron entrar a ver a Toby. Su pie era una masa de vendas y tablillas y asomaba con tanta crudeza fuera de las sábanas que costaba permanecer en la habitación. Papá se quedó mirándolo y empezó a tragar saliva con la garganta temblorosa.

—¿Qué va a pasar? —consiguió decirle al médico.

—Tardará varias semanas. Tal vez un mes, tal vez dos, antes de que pueda...

—Ésa no es la pregunta. —Papá escupió las palabras—. ¿Se va a quedar inválido?

El médico habló por primera vez con suavidad:

—Si no surgen complicaciones, es bastante probable que no. Tendrá que guardar cama, con el pie muy quieto, hasta que pueda levantarse.

—¿Podemos llevárnoslo a casa?

—No veo por qué no. Ahora es un buen momento, antes de que se le pase el efecto del éter.

—No sé cómo voy a poder apañármelas, Rose.

—Yo sí.

La vida se había salido de cauce y los cuatro permanecíamos refugiados en la

mesa de la cocina, aunque era la primera tarde realmente soleada de la primavera. Habían instalado a Toby en el dormitorio de papá, al final de pasillo. Nos asomábamos por turnos a echar un vistazo y, por fortuna, seguía dormitando bajo los efectos del éter. Papá, en cambio, estaba totalmente despierto, y angustiado. Tenía dos granjas a su cargo, lo reclamaban los acarreos del dique y su hijo menor estaba lesionado y necesitaba que lo cuidaran día y noche: evidentemente, eran demasiadas cosas de las que ocuparse y no tenía ni idea de cómo iba a hacerlo. Las desgracias que se habían abatido hasta entonces sobre nuestra familia no eran nada comparadas con las de ahora. Por más que Damon y yo nos sentáramos bien erguidos y tratáramos de demostrarle a papá que podíamos llevar parte de la carga, seguíamos siendo unos niños en edad escolar. Cuanto más pensaba en la nueva situación de Toby, más lúgubre me parecía todo. No hacía falta ser un genio para saber que había asistido a mi última clase de latín el viernes anterior.

Morrie se había marchado hacía unos minutos.

—Si puedo hacer algo por ustedes, lo que sea, simplemente díganlo —nos había ofrecido con todo el afecto.

La única palabra que nos ocupaba la mente era ese «sí» a prueba de dudas que había pronunciado Rose. Papá la miró como preguntándose si Rose tenía el monopolio de la certeza. Ella siguió sentada en el sitio de Toby, con los codos apoyados en el mantel, las manos entrelazadas como un cerrojo. Tuve la sensación de que la había visto así antes.

—Tal vez esté dispuesta a liberarme de trabajar su campo a la parte —dijo papá, y un soplo de alivio se abrió paso en su tensa voz—. Eso me daría algo de margen...

—Pero no suficiente. ¿O sí? —Su tono de voz era tan razonable que tardamos un momento en entender que no tenía la menor intención de renunciar a arar sus surcos—. En esta época del año tiene que trabajar todo el día fuera de casa, de todos modos —dijo entonces, con dulzura—. Ya tendría que estar en dos lugares a la vez aunque no tuviera que ir a mi granja. Así que lo mismo da que vaya, ¿no?

Papá reculó en la silla. Estaba a punto de protestar ante semejante falta de corazón —y yo también— cuando Rose le dio la vuelta a todo:

—Yo cuidaré a Toby. De todos modos, paso el día aquí —soltó un suspiro, como dándose fuerzas—. No habrá más remedio que dejar que el polvo se acumule.

—¿Lo haría, Rose? ¿Usted haría eso por nosotros? —Parecía que a papá lo habían indultado delante de la horca—. Rose, los chicos y yo no tendríamos palabras...

—No es nada —dijo Rose, como si hiciera a diario ese tipo de cosas—. No se preocupe.

Por un momento, los tres nos quedamos en blanco. Más allá de la etiqueta, era prácticamente un imperativo moral decir algo más en esa situación. Yo empecé a

revolverme en la silla. Damon le dio una patadita a la mesa. También papá se había dado cuenta y tuvo que conjurar las palabras más o menos desde el fondo del estómago.

—Ya encontraremos una manera de mejorarle el sueldo. Rose dio a entender que no tenía importancia con un gesto de la mano. Sin embargo, no rechazó la oferta.

—Quedarían las noches —dijo Damon, leyéndome el pensamiento.

—Yo haré de enfermero por las noches. —Papá volvió a fruncir el ceño—. Tendremos que hacer algún apaño para que duerma aquí abajo, con él.

—¿Papá? —No me pareció razonable darle alas a una idea sin esperanzas—. Tú tienes un sueño bastante profundo.

El corazón nos latió tres veces, y oímos otra vez la voz de Rose:

—Yo me quedaré con Toby, Oliver. Por las noches.

Por la cara de papá, había dado marcha atrás a su propuesta. Nos miró a Damon y a mí, y miró luego el pasillo, como cuando nos mandaba a dormir por las noches, pero luego desistió. La cuestión estaba clara, estuviéramos allí o no. Un hombre y una mujer que no estaban casados, durmiendo bajo el mismo techo, noche tras noche... Papá ya había tenido que hacer caso omiso de las opiniones que circulaban en la comunidad acerca de Rose, pero ¿podía seguir encogiéndose de hombros ante algo de esa naturaleza?

Restregó el dedo pulgar contra el mantel sin acabar de encontrar las palabras. Finalmente, se echó hacia delante, sobre la mesa.

—Es una oferta aún más generosa, Rose. Y se la agradezco, pero no creo que sea buena idea que usted... Damon y yo nos miramos. —Iré yo— dije.

—Puedo ir yo también —dijo Damon, mordiéndose los labios.

—Claro que no puedes —me burlé—. No te despertarías a tiempo para el desayuno. Ni siquiera para la escuela.

—¿De qué estáis hablando los dos? —preguntó exasperado papá—. ¿Ir adónde?

—A casa de la tía Eu... A dormir a casa de Rose. Podemos bajar la litera de Tobe a tu habitación para que Rose duerma con él. Y tú puedes dormir arriba, con Damon.

Damon casi tuvo un ataque ante la idea de dormir con papá, el roncadador por antonomasia, pero lo reprimió. Papá abrió la boca para hablar. Las cosas se le estaban yendo de las manos antes de que las viera venir.

—¿Por qué no va a funcionar? —me adelanté a preguntarle, como si todo se redujera a los movimientos en un tablero de damas, que en realidad era como lo veía en ese momento.

Damon cerró la discusión:

—Así todo el mundo tendrá dónde dormir.

—Ya está, Oliver. ¿Se da cuenta? —Rose abrió el cerrojo de sus manos, como si la solución hubiera estado escondida allí dentro todo el tiempo. Volvió a decirle a

papá—: No se preocupe más.

Papá no parecía mucho más tranquilo esta vez. Quién sabe por qué.

—Luego, tú y yo estábamos en una especie de columpio, pero que era a la vez un caballete de serrar. Cada uno estaba sentado en el extremo de un trozo de madera gigante, y cuando uno bajaba el otro subía muy alto, hasta arriba de la casa, y nos balanceábamos así, cada vez más y más alto, y entonces alguien decía: «¡Muy bien, chicos, habéis ganado el primer premio en el columpio!».

Costaba lo suyo depurar mis sueños para contárselos a Toby; no fue un mal entrenamiento para escribir más tarde los informes anuales del Departamento de Instrucción Pública. En ese sueño en particular, yo era el único montado en el columpio, que ante mi asombro subía y bajaba por cuenta propia, y de pronto una voz me decía: «Te vas a romper el cuello por idiota, Paul Milliron». La versión enmendada tuvo más éxito.

—¡Guau, Paul! —se estremeció de emoción Toby, en medio de su pila de almohadas.

—¿Y sabes quién anunciaba el premio?

—La tía Eunice.

—¡Has acertado! Y nos daba un barril entero de...

—De caramelo duro. Seguro.

—No, eran más bien bombones.

En el sueño, la tía me daba una pila de leña, insistiéndome en que quería todos los leños cortados a la medida de su cepillo.

—Y entonces la tía aparecía, como si estuviera otra vez viva, y nos decía: «Comed todos los que queráis». Damon estaba también —levanté la voz para que me oyeran en la cocina, donde Damon permanecía hundido en su libro de geografía; el miedo al inspector, como decía papá, había conseguido que incluso mi hermano hiciera los deberes—. Y la tía Eunice nos daba bombones hasta que estábamos a punto de reventar, y luego nos dormíamos los tres en su regazo. No sé cómo cabíamos.

Toby frunció el labio.

—La echo de menos.

No era mi caso. En realidad, no tenía ocasión de añorarla, porque seguía estando presente en la casa de Rose: demasiado, para mi gusto. ¿Cómo era posible que una mujer tan menuda siguiera rondando hasta en el último rincón? Sobre todo estaba en el dormitorio, donde yo me metía cada noche bajo las sábanas sintiéndome un intruso, porque desde tiempos inmemoriales había sido territorio femenino. Rose se había deshecho de todas las blondas y los tapetitos (gracias al Cielo), pero la recargada habitación todavía parecía bordada más que construida. Lo que más me

enervaba era que parecía poblada por jirones de otras vidas. No era solo que la muerte se hubiera aposentado en el otro extremo de la casa, donde yo había encontrado a la tía Eunice ya enfriándose. Por el cuarto donde ahora dormía desfilaban aún los largos años de Eunice Schricker. Según mis cálculos, la última vez que el cometa Halley había sobrevolado la Tierra tenía doce años: después aprendió a declamar en la Academia Spenceriana, encontró un marido, trajo al mundo a George, dio la lata ella sola a todo un pueblo de Wisconsin y, ya en la vejez, se encaminó al Oeste para hacerse dueña y señora de Marias Coulee, encarándose a gritos con muchas otras vidas por el camino. Luego había venido Rose, y su agitado historial en compañía de Morrie y el difunto señor Llewellyn había ocupado también el dormitorio y su inquietante galería de vidas. Ahora estaba también la mía, y con ella el destino y la fatalidad de todos mis conocidos, tal como los revelaban con claridad mis sueños. Habría hecho falta un planetario del tamaño de toda la humanidad para no perder nada de vista.

Mis sueños corrían en pos de estos pensamientos como un trampero persigue a los lobos.

No obstante, aunque tuviera los nervios destrozados por dormir en casa de Rose, me esforzaba por mostrarme alegre cuando me tocaba el turno de estar con Toby. Mi hermano pequeño me lanzó una mirada algo triste, una vez concluido el relato de mi sueño.

—Tú sí que tienes suerte, Paul. Yo me acuesto y me quedo dormido al instante.

—No te preocupes por eso. Ya verás los sueños que vas a tener cuando seas mayor.

Dejó caer una mano fuera de la cama para acariciar el hocico de *Houdini*, que no se apartaba de su lado ni de día ni de noche.

—*Houdini* también tiene sueños a veces. O eso creo.

—Debe de soñar que caza conejos tumbado —confirmé—. Seguro.

Toby hizo una mueca en cuanto mencioné lo de tumbarse. En esa época se creía que guardar cama podía curarlo todo, pero Toby era el paciente más inquieto del mundo. Rose se pasaba buena parte del día tratando de distraerlo y papá, Damon y yo nos turnábamos a su lado después de la escuela, pero seguía sintiéndose como una fiera enjaulada. Le dio un tirón a las sábanas y vi brillar una lágrima en sus ojos.

—Paul, ¿tú crees que me voy a volver a levantar?

—Claro que sí. Ya oíste lo que dijo ayer el doctor. Sólo faltan dos semanas.

Luego vendrían las muletas. Y después tendría que andar con pies de plomo durante una larga temporada, lo cual iba en contra de su naturaleza, pero eso no se lo dije.

—Pero todavía no podré ir a la escuela. —Hizo un puchero, y su rostro se ensombreció—. Voy a suspender el curso y va a ser horrible. Voy a estar otra vez en

segundo, con Josef, Maggie, Alice y Marija, que son niños pequeños.

Me cogió desprevenido. Papá y Rose se ocupaban de que hiciera los deberes que le mandaban de la escuela, y el propio Morrie se las arreglaba para visitarlo un par de veces a la semana, pero para Toby eso no tenía el mismo valor que ir a la escuela. A mí me habría encantado quedarme en cama y dejar que me dieran clase a cucharaditas, con tal de que la clase fuera de latín.

—Pero, por favor, Toby, ¿por qué piensas que vas a suspender? Si necesitas ayuda con los deberes...

—¡Pues porque no voy nunca! —chilló Toby—. No estoy en los concursos de ortografía, ni en las clases sobre el cometa, ni me hacen leer en voz alta... ¡Falto todos los días! ¡Ya no tengo ningún récord de asistencia, porque faltó siempre!

—¿Es por eso por lo que te sientes mal? —Le acaricié la cabeza; necesitaba un corte de pelo, pero odiaba cortárselo y ninguno de nosotros había tenido corazón para obligarlo—. Morrie no te va a suspender solo porque no estás sentado en la segunda fila todos los días, te lo prometo. ¿Sabes qué? —bajé la voz—, voy a convencerlo de que me enseñe tus notas. Se supone que los maestros no pueden hacer eso —empecé a inventar sobra la marcha— y los inspectores se enfadan muchísimo si alguno anda enseñando las notas, pero yo voy a hablar con él y seguro que lo hará por ti. Luego te contaré si te ha suspendido en algo, ¿te parece? Pero no puedes contarle a nadie el secreto, ¿eh?

Toby trató de decir que no y que sí a la vez con la cabeza: estaba dispuesto a todo, con tal de volver a guardar un secreto.

—Tengo que irme corriendo —dije después de mirar el reloj—, pero mañana mismo se lo preguntaré a Morrie. No se me va a olvidar.

Fui derecho a la cocina y pasé al lado de Damon, que procuraba hacerse invisible detrás de su libro de geografía.

—Te toca —dije por lo bajo.

—Si tengo que volver a leerle *Heidi* —susurró Damon—, creo que voy a vomitar.

—Cámbiale el turno a Rose. Dile que se lo lea ella y ordeña tú la vaca. —Eso bastó para callarlo. Lo empujé luego en dirección al dormitorio—. Venga, anda con Toby que yo tengo que cocinar.

Lo de «cocinar» era una palabra demasiado generosa, y ahora lo sé. Sin embargo, como papá estaba fuera hasta el atardecer, yo había heredado el abrelatas y la olla de agua hirviendo para las patatas o las judías con jarrete de cerdo o los guisos de cuello de buey o cualquier otra cosa que pudiera pasar por comida. Pese a lo catastrófico de mis intentos, nadie parecía pensar que fuera peor cocinero que papá.

Por las mañanas, atravesaba el campo a oscuras rumbo a la ventana con luz donde Rose me esperaba silbando por lo bajo. Llevaba una linterna para sortear el mar de

color chocolate que papá había alineado con el arado para la siembra, pero a medio camino la tapaba y esperaba hasta que mis ojos se adaptaran a la oscuridad. La Luna seguía su curso, las estrellas estaban en su sitio, pero por más que escrutaba en la oscuridad aún no había hallado ninguna señal de aquella chispa milagrosa que venía viajando hacia nosotros a través de millones de kilómetros. Sir Edmund Halley y Morris Morgan afirmaban que el cometa estaba en camino. Más valía que tuvieran razón, me decía yo, y destapaba la linterna.

Ésa mañana en particular, Rose dejó de silbar aún antes de que cruzara el umbral.

—¿Ya ha salido algún brote? —murmuró.

—No ha pasado ni una semana desde que papá sembró, Rose.

—Ah. A veces pierdo la cuenta. Últimamente los días están tan...

Acudió de un brinco al fogón porque la tetera había empezado a dar pitidos de alarma. No sé con qué palabra podría describir el día a día de nuestra casa, pero la primera que se me ocurrió fue «desparrame». Con todo, teniendo en cuenta que ahora ella dormía allí y tenía que sobrellevar todo el tiempo nuestros hábitos de solteros, las cosas tampoco iban tan mal. Yo la había imaginado discutiendo día y noche con papá, mientras Damon y yo tratábamos en vano de separarlos, pero, para mi sorpresa, y salvo en lo que tocaba a los sembrados, parecían estar llevándose de lo más bien bajo el mismo techo.

Traje las tazas del escurridor, conté las cucharadas de cacao y luego eché el agua. Nos sentamos a la mesa y Rose bebió un sorbo de pajarito.

—¿Cómo ha pasado la noche Toby? —pregunté como todos los días.

—No quería dormirse. —Frunció las cejas con un gesto de consternación—. ¿Cómo puede ser que un niño se preocupe por tantas cosas? Lo último es que tiene miedo de que el cometa llegue y él no pueda salir a verlo.

La carrera entre el cometa y el pie de Toby iba a ser muy ajustada, incluso si mi hermano llegaba a reponerse antes de volvernos locos a todos. Solté un suspiro.

—Ya le he dicho que si hace falta haremos un agujero en el techo para que vea el maldito cometa.

Levanté la vista después de otro sorbo de cacao. Rose se había quedado mirándome con inquietud.

—Te están saliendo ojeras. ¿No te gusta mi cama?

Murmuré que no estaba acostumbrado a tantos lujos y pensé que no iría más lejos, pero ése no era el estilo de Rose. Me lanzó una mirada larga, tan clínica como compasiva.

—Echas de menos las clases de latín, ¿verdad?

Me lo habían dicho ya tantas veces que estaba a punto de tirarme de los pelos. Dado que se trataba de Rose, me conformé con hacer una mueca.

—No tendremos clase después de la escuela hasta que Toby se mejore, y no hay

vuelta de hoja. —Me levanté de la mesa y añadí de mal humor—: Tengo que ir a sacar a los osos de su madriguera.

Me refería a papá y a Damon. No había llegado al umbral cuando su voz me sobresaltó.

—En fin... pero ¿sabes, Paul?

Me di la vuelta y reconocí el brillo en sus ojos. Siempre que decía «en fin...», la vida tomaba un rumbo impredecible.

—No hace falta que le digas a Morrie quién te dio la idea, pero también podríais hacer la clase antes de la escuela.

—¿Morrie? ¿«Copular» significa lo que creo que significa? Quiero decir, en inglés.

La mañana que se lo pregunté, Morrie tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para no reírse. Entre bostezos y tazas de café que habrían puesto a papá a sudar tinta china, y bajo la amenaza del inspector del Departamento de Instrucción Pública que iba a venir a cortarle la cabeza, hacía todo lo que podía para seguir enseñándome latín antes de que los demás llegaran a la escuela. Yo a esa hora estaba como unas castañuelas, y eso tampoco podía ser de gran ayuda para un maestro soñoliento que tenía que levantarse una hora más temprano para abrir la escuela, encender las lámparas, llenar la estufa de leña y enfrentarse luego a mis traducciones. Sin embargo, no se había permitido ni la más mínima queja.

Se quedó mirándome, intrigado por la pregunta.

—¿Puedo preguntar por qué me lo preguntas?

—Solo quería saberlo. —Recorrí con el dedo la última hoja de citas latinas que me había dado a leer—. Además, la palabra está aquí.

Morrie se puso algo pálido y se acercó a mi escritorio para echar un vistazo.

—*Navem capere, copulas manus ferreas iniecebamus* —leyó a toda prisa, y enseguida tradujo aliviado—: Para capturar la nave, lanzamos las cuerdas con trabazones de hierro. «Trabazón» no parece tener un significado tan severo, ¿o sí? De todos modos, busca «cópula» en el diccionario.

Para cuando acabé de buscar, Morrie ya había tocado el triángulo para dar inicio a la jornada y los demás entraban en el aula. Como todos los días, el pupitre de Toby permaneció significativamente vacío mientras se poblaban los otros: su ausencia se hacía presente de distintas maneras entre nuestros compañeros, Damon y yo. Arabrab ponía cara de drama y lástima cada vez que se cruzaba con nosotros. Por contraste, Martin Myrdal nos hacía gestos obscenos. Los recreos eran delicados, porque Martin no era el único que quería gastarnos bromas pesadas ahora que se rumoreaba que Rose pasaba la noche en nuestra casa. Sin embargo, con los Drobny a nuestro lado, constituíamos un estado eslavo independiente con el que nadie quería entrar en hostilidades. Nos pasábamos los días así, entre las condolencias y el escándalo. En

una ocasión pesqué a Eddie Turley observándonos y conseguí que apartara la mirada varias veces: no quería que Damon acabara liándola con Eddie.

—¿Qué miras tanto? —me preguntó Grover cuando pasé junto a su pupitre después de consultar el diccionario.

—Te lo cuento luego.

Me deslicé en mi asiento justo cuando Morrie preguntó en voz alta si alguno de nosotros sabía quién era Arquímedes. Genial: iba a ser uno de esos días. Me repantigué en la silla para digerir el latín de esa mañana. Ni siquiera me molestaba que Carnelia siguiera existiendo junto a mí. Morrie empezó a contarnos que cualquiera podía mover el mundo si tenía una palanca lo suficientemente larga.

Estaba en plena explicación cuando, cinco minutos más tarde, la puerta se abrió sin ruido. El visitante ya estaba dentro del aula cuando Morrie se percató de su presencia, pero los demás ya lo habíamos visto entrar en el aula. Nos habíamos quedado sin aliento.

—¿Tenemos una visita, a juzgar por vuestras caras? —dijo Morrie con firmeza, y se ajustó la corbata. Se dio la vuelta, casi esperando que se tratara del inspector.

Pero se trataba de Brose Turley.

Nada ocurrió como había anticipado en mis sueños durante todos esos meses. El cazador de lobos no hizo astillas la puerta ni la arrancó de las bisagras. Tampoco llevaba el chaquetón andrajoso de invierno ni los mitones manchados de sangre. Se había materializado junto a la pizarra con su atuendo habitual de cazador, que en un primer momento me resultó aún más aterrador. Ahí estaban las botas con las que aplastaba el corazón de sus presas. El sombrero torcido y grasiento, hecho de quién sabe qué animal. Por encima del cinturón asomaba el mango gastado del cuchillo de degüello. Parecía bastante contento de hallarse en la escuela. Avanzó varios pasos hacia los pupitres, observándonos como si fuéramos un número menor de feria.

Me volví a mirar a Eddie, igual que todos mis compañeros. Se había quitado las gafas y las había escondido en el pupitre y, con notable presencia de ánimo, estaba frotándose la marca delatora en el puente de la nariz. ¿Habría oído los cascos del caballo gris antes que nosotros? ¿O simplemente había sentido la llegada del ogro de su padre?

—Buenos días, señor Turley. —Morrie había recuperado la compostura, pero su tono de voz era cortante—. ¿Quiere decirle algo a Eddie que no pueda esperar?

—Mucho más, quiero. Lo quiero en casa. —Turley se relamió la encía desdentada antes de pronunciar las siguientes palabras una por una—: A partir de hoy.

Se volvió hacia su hijo, aterrado, al final del pasillo de pupitres, dispuesto a no ahorrarle nada:

—Ponte de pie, chico.

Morrie se rozó con los dedos los bolsillos de la chaqueta. Fue un movimiento casi

imperceptible, y estoy seguro de que Damon también lo vio. Sin embargo, si los puños de hierro estaban dentro, esta vez no salieron a la luz. Morrie se plantó muy derecho y trató de ejercer su autoridad.

—Esto está yendo demasiado lejos, señor Turley. Estamos en clase. No tiene derecho a entrar...

—Mire bien sus papeles, profesor. El chico cumple años hoy. Ya tiene edad para dejar la escuela. Y eso es lo que va a hacer.

Morrie lo miró perplejo. Igual que nosotros. Para demostrarle a Turley que no pensaba dejarle ir con un farol, fue a su escritorio y sacó el libro de registro. Recorrió cabizbajo las páginas hasta detenerse en la de octavo. La revisó y alzó la vista hacia Brose Turley.

—Es también decisión de Eddie, ¿no?

Turley giró la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, como un animal moviendo la cola, a punto de atacar. Era un espectáculo a la vez tonto y salvaje, y todos los chavales de todos los cursos teníamos los ojos clavados en él. En el aula había miedo. Y también odio. Brose Turley —o ya puestos, incluso papá— habría tenido que arrancarme muerto del pupitre donde aprendíamos. Damon, Grover, Isidor, Gabe, Verl, Vivian, Cernelia, Arabrab, Miles, Lily Lee, todos pensábamos igual, e incluso aquellos de nosotros a quienes la escuela no les hacía mucha gracia sabían que un padre nunca debía hacer eso. Sin embargo, nuestro intruso tenía la ley de su parte, y ni siquiera Morrie podía remediarlo.

Intentó imponer algo de sentido común a la situación.

—Por todos los cielos, sea razonable —le imploró a Turley—. Faltan solo unas semanas para el final del curso. Eddie puede graduarse...

—Va a marcharse ahora mismo, maldita sea. —Turley dio un manotazo en el aire, más para desahogar su impaciencia que para indicarle a Eddie que se acercara—. Tú. Ven aquí. Que no tenga que decírtelo otra vez.

Como un inválido, Eddie se levantó vacilando del pupitre. Se mordió los labios y bajó los ojos para no mirarnos. Avanzó hasta su padre, arrastrando los pies, y salió del aula detrás de él, rumbo a toda una vida dedicada a desollar criaturas muertas.

Morrie dio un puñetazo en el escritorio. Nos quedamos todos inmóviles, paralizados.

Finalmente, recobró el aliento y dijo con voz grave:

—Por favor, olvidaos de lo que habéis visto hoy aquí.

En el recreo, Milo empezó a llenarse la boca con que ojalá se lo hubieran llevado a él, pero incluso él parecía tocado después de lo que habíamos presenciado.

—Menudo regalo de cumpleaños para Eddie —comentó Grover.

—Bien puedes decirlo miles de veces —convino Miles.

—¿Qué creéis que el viejo ese va a poner a hacer a Eddie? —inquirió Verl.

—A limpiar la casa —trinó Arabrab—. ¿No os lo imagináis con el delantal puesto?

—A trabajar con él en las trampas —dijo Isidor, siempre realista—. Lo va a poner a pelar pieles hasta que se quede bizco.

—¿Por qué no podía dejarlo en paz hasta el final del curso? —dijo Marta, dando voz a lo que pensábamos muchos.

Poco a poco, el tribunal del recreo de Marias Coulee acabó por dictar sentencia: Eddie nos había soltado un guantazo a casi todos, y tal vez no merecía que lo recordáramos con cariño, pero nadie se merecía un padre como Brose Turley.

Ni Damon ni yo dijimos palabra de camino a casa, hasta que llegamos al Corte. De repente se volvió hacia mí y me dijo en tono alicaído:

—Tú sí que tienes suerte, Paul.

—¿Por qué? ¿Qué pasa ahora?

—Yo nunca le pude encajar un golpe a Eddie.

Morrie estuvo abatido durante días. Me presentaba a la escuela temprano, comiéndome las uñas por las ganas de aprender latín, y él apenas mascullaba un par de frases sobre mis traducciones y me confinaba luego al ablativo o a algún otro submundo y se ponía a calificar redacciones con gesto sombrío.

Una mañana me debatía con la selva de las preposiciones que se añadían a los pronombres pero nunca a los nombres (¿en qué andarían pensando los romanos para incluir cosas como *pax vobiscum* en la misma lengua en la que se escribía *cum laude*?) cuando finalmente no pudo más.

—No hay esperanza.

Lo miré desconcertado, como poco. Mis esfuerzos con el ablativo podían calificarse de «imperfectos». Quizá incluso de «desafortunados», pero de ahí a que no hubiera ninguna esperanza... Lo miré herido.

—No, no, no tú. Lee esto.

Se acercó por el pasillo y me deslizó un folio, que resultó ser la redacción de Milo Stoyanov sobre la vida en la granja.

En la familia habernos siete personas, papá, mamá, la abuela, Katrina la recién nacida, Marija, Ivo, y yo. Yo y Ivo y Marija vamos a la escuela de Mariás Coulee. Yo voy en Roanie y Marija me agarra por detrás pero no le gusta. Menos por los caballos como Roanie y las vacas lecheras tenemos cerdos, aunque no muchos. Todos ayudamos los niños también. Maña con los huevos. Yo la leña y vaciar el cubo. Comemos casi todos los días venado, antílope, pescado y caza.

Morrie miró por la ventana.

—Es un trabajo para Sísifo. Me cambiaría con él sin dudar. —Se estiró las ligas de las mangas y las hizo restallar, todavía mascullando—: ¿Por qué tenía que ser Montana? ¿Por qué no me embarqué rumbo a Tasmania?

Me habría gustado que el inspector entrara por la puerta en ese momento. Por lo menos lo habría hecho reaccionar.

—Hay algo que debes saber, Paul. Pienso presentar mi renuncia.

El *shock* me sacudió desde la cabeza hasta los pies. Nunca, ni siquiera en mis peores noches, habría previsto algo así.

—No... no... no puede —balbuceé.

Durante unos segundos, no se oyó nada aparte del restallido de las pobres ligas: plic, plic, plic. Visto de espaldas, con su traje a medida y sus zapatos de piel de becerro, Morrie parecía hallarse en su habitat natural dentro del aula. Sin embargo,

había dicho aquellas palabras, que todavía me daban vueltas en la cabeza.

—Es mi deber —respondió en voz baja—. Los resultados no se corresponden con mis esfuerzos. No es la primera vez, por lo demás.

Se dio la vuelta y me miró. Me alarmé al verlo tan desalentado. ¿Cómo podía ser que su destino lo hubiera abandonado tan rápido?

—No se lo digas a nadie, Paul —le oí decir, todavía aturdido—. Ni a Damon.

Comprendí que, sobre todo, no debía decírselo a Damon.

—Ya bastantes líos hay en la escuela —prosiguió—. Os acompañaré esta tarde a vuestra casa y se lo comunicaré primero a tu padre.

Pasé todo el día hundido en la zozobra. Cuando Camelia me dio un codazo y me preguntó qué tenía y si era contagioso, le susurré con rabia:

—Espero que sí.

Entretanto, Morrie permanecía al pie del cañón. Quizá estuviera algo apagado, pero desde luego seguía teniendo más chispa que la mayoría de los maestros. A mí el mundo se me había venido abajo. Y no solo mi mundo particular. No podía imaginarme la escuela sin él allí, columpiándose entre los distintos campos del saber.

Durante el recreo, no estaba de ánimo para aguantar a nadie que no fueran los Drobny. Nos pusimos a patear una pelota contra la pared de la escuela, con la intención asesina de reventarle las costuras, cuando de repente se personó en la esquina una delegación. La encabezaba Arabrab, seguida por las luminarias de sexto en pleno: Grover, Miles, Lily Lee, Isidor, Damon... ¿Damon? Sí, ahí estaba, tratando de pasar desapercibido en la retaguardia, pero a mí no podía engañarme.

Me puse en guardia al instante y los miré de arriba abajo.

—¿Qué es esto, la Liga para la Protección de los Caníbales?

—No seas así, Paul. —Arabrab me miró como un zorro invitando a un conejito a jugar, igual que siempre quería algo. Miró a mis acompañantes, que seguían martirizando la pelota—. Queremos hablar contigo donde no nos oigan.

—Nick y Sam saben guardar un secreto, ¿no es así?

Le di un manotazo en la espalda al gemelo más próximo, en señal de solidaridad.

Arabrab los conminó con una mirada a jurar silencio (los Drobny sabían reconocer a un cómplice) y se volvió hacia mí con gesto taimado:

—Se trata del señor Morgan. Creemos que está deprimido por algo.

—Tienes un diez en observación.

—Vale, listillo. Sí, todos nos hemos dado cuenta, pero no puede dejarse hundir así. ¿Qué culpa tiene él de que el padre de Eddie Turley sea un gusano? Por eso, hemos decidido —abarcó generosamente a sus cómplices, incluido Damon, que aún se escondía detrás de todos— que necesita ocupar su mente en algo más.

—Qué bien, Arb. ¿Qué has pensado, que se ponga a coleccionar sellos?

—No hace falta que te rías —dijo Arabrab, como advirtiéndome de que no tentara

su paciencia—. Te acuerdas de la representación de Navidad, ¿verdad?

Asentí, sin descifrar a qué venía ahora la Navidad.

—Hemos pensado que podríamos hacer algo parecido cuando venga el cometa Halley.

Me explicó los detalles, con sus adláteres asintiendo como dipsómanos. «Jo», pensé. Si hubiera podido hacerle saber a Damon que Morrie ya tenía tomada una decisión, no haría falta andarnos con intrigas.

—Tal vez no tiene que ser una obra de teatro —cavilaba Arabrab, absorta—, pero algo así. Lo que sea, para que el señor Morgan se anime un poco. Ya sabes que tiene el cometa metido en la cabeza.

—¿Por qué no entráis entonces y veis qué dice?

—Porque pensamos que deberías decírselo tú.

Estaba entre la espada y la pared. Lo más fácil era contarles a todos que Morrie iba a dejar de ser nuestro maestro, pero él me había rogado que no se lo dijera a nadie. Sin embargo, si hacía lo que me pedían y una vez en clase me ponía de pie delante de todo el mundo y explicaba que queríamos hacer algo para celebrar la llegada del cometa, ¿qué podía hacer Morrie, aparte de informarnos de que lamentablemente se marchaba? Por un lado esto. Y, por el otro, lo otro. No podía mantener tantas pelotas en el aire. Lo único que se me ocurría era darles largas. Ésa mañana había leído la historia de Quinto Fabio Máximo Cunctator, el parsimonioso general que una y otra vez había evitado batallar con Aníbal. Parecía que le había funcionado.

Me planté muy derecho frente a Arabrab y a los demás, como si estuviera dispuesto a cumplir con mi deber. Y mareé la perdiz como loco:

—Bueno, no sé, supongo que sí... Pero tenéis que dejar que lo haga mi manera. Mor... El señor Morgan puede pensar que le estamos haciendo la pelota si me levanto y se lo digo delante de todo el mundo. Sería mejor si pudiera hablar con él estando solos. Además, da la casualidad de que esta tarde va a venir a mi casa después de clase.

—¿De verdad? —Damon se puso furioso porque no se lo había comentado.

—No me tome el pelo, Morrie. —Papá acometió su plato con vigor—. No puede renunciar. Por cierto, este cerdo a la Strogonoff está estupendo.

La única ganancia de la jornada era que Morrie me había echado una mano en la cocina y por una vez teníamos comida civilizada. Incluso Rose probó un par de bocados.

—No me está escuchando, Oliven He decidido renunciar a mi trabajo como maestro.

—Ya, Morrie, déjate de bromas —dijo Rose, y se volvió hacia papá—: Hoy he visto unas cositas verdes asomando entre los surcos. Estoy segura.

—Son malas hierbas.

Morrie recorrió la mesa con la mirada, como si se hallara ante una tribu de gente sin orejas.

—¿Desde cuándo resulta imposible dejar un trabajo que uno ni siquiera solicitó? Voy a renunciar, ¿me entiende? Ya no voy a ser el maestro. Lo dejo.

Papá se detuvo a mitad de un bocado.

—Parece que habla en serio.

—Se lo he estado diciendo. Me temo que ser maestro no es lo mío.

Lo dijo bastante compuesto, aunque tuvo que pestañear varias veces mientras lo decía. Del otro lado de la mesa, Rose había empezado a ponerse del color del mercurio en el termómetro; no era una buena señal. Damon y yo seguimos atiborrándonos de comida. De momento, éramos los únicos que no habíamos dicho nada. Yo aún tenía la esperanza de que papá o Rose o los dos juntos logaran convencer a Morrie y todos volviéramos a ponernos de buen humor. Podría decir entonces lo mío y hablar de la celebración de la llegada del cometa: Morrie diría que sí o diría que no, y asunto arreglado. En dos palabras: solo estaba pidiendo un milagro.

—¿Cómo que no es lo tuyo? —preguntó Rose, incrédula—. Pero si tú siempre has...

—Ya está bien, Rose. Permítame. —Papá la cortó y se volvió hacia Morrie—. No puede dejar plantada la escuela así como así. El inspector puede aparecer por aquí cualquier día.

Morrie fue tan categórico como papá.

—Precisamente. Ésa es la cuestión. ¿Y si hubiera aparecido el día que ese cretino de Turley vino a llevarse a su hijo? Habría sido todo un número. —Morrie tomó aliento—. Quién sabe con qué se puede encontrar si yo estoy al cargo.

—Por caridad, Morrie, no tenemos tiempo de encontrar otro maestro. Mis colegas de la junta me van a estrangular si tenemos que informar al inspector de otra sustitución. Le guste o no le guste, estamos en el mismo...

—¡Papá! —llamó Toby desde el fondo del pasillo—. ¿Puedo enseñarle ya el dedo gordo a Morrie?

Su voz había alcanzado la envergadura de la de Enrico Caruso durante esas semanas en cama. Todos podíamos jurarlo. Papá le respondió al autócrata del dormitorio:

—Cuando acabemos de cenar. Ya te lo he dicho, Tobe.

Un silencio. Y luego:

—¿Ya casi acabáis?

—Ya casi. —Papá se volvió hacia Morrie y lo observó de hito en hito antes de hablar—. La verdad, a usted no hay quién lo entienda. —Se volvió hacia Rose, que en principio debía de conocer a su hermano mejor que nadie, pero ella eligió ese preciso momento para pinchar un trozo de cerdo con el tenedor. Papá se enfrentó otra vez solo con el enigma que suponía Morrie—. Remuevo cielo y tierra para darle ese empleo de maestro, y lo rechaza. Luego lo toma y resulta que según todo el mundo es un maestro fenomenal. Pero entonces llega Brose Turley y usted se deja apabullar. Y ahora, cuando lo único que se necesita es que esté presente en la escuela cuando venga el inspector...

—Brose Turley no me ha apabullado en absoluto —contestó envarado Morrie—. Pero no quiero traerle más problemas a la escuela. Mi conciencia no me dejaría en paz si los métodos que empleo...

—¿Qué quieres? —interrumpió de pronto Rose—, ¿hacer las maletas e irte de Marías Coulee? Solo por curiosidad.

—Podría hacerme granjero. Parece que está de moda.

Rose lo miró como si fuera a atizarle un guantazo. Los demás nos removimos en las sillas, haciendo todo lo posible para evitar una discusión entre los hermanos. Estaba aún sobreponiéndome a la idea de que si Morrie renunciaba no habría más latín, cuando Damon me pateó la silla tan fuerte que el golpe me recorrió la espalda.

—Eh, Morrie —disparé a quemarropa, al recordar lo que quería decirme Damon—, ¿se acuerda de la obra de teatro de Navidad?

—Baja ya de las nubes, Paul —dijo papá, impaciente—. ¿A qué viene ahora la obra de teatro de Navidad?

—Es que estaba pensando, en realidad, Damon y yo pensamos, de hecho casi todos en la escuela...

—Dilo ya —volvió a cortarme papá—, no tenemos toda la noche.

—Pensamos que para cuando venga el cometa tenemos que hacer algo. Una función especial. Como en Navidad.

Miré a Morrie esperanzado. Luego a papá, a Rose, de nuevo a Morrie. El interruptor para animar a los demás estaba apagado. Sin embargo, papá aprovechó el momento.

—Después de todo les ha hablado del cometa hasta hacer que les zumben los oídos —le recordó con énfasis a Morrie—. Por cierto, ¿cuándo se supone que llega?

Morrie se encogió de hombros.

—Muy pronto. Lo veremos cualquier noche de éstas.

—¿Cualquier noche de éstas? —Papá alzó la voz—. ¿No puede ser algo más preciso?

—El cometa Halley recorre en una órbita elíptica casi todo nuestro sistema solar y se muestra ante nosotros cada setenta y cinco años; no tiene hora de llegada como los

trenes. —Dispersó con un gesto de la mano las dudas evidentes de papá—: Vendrá. Nunca ha dejado de venir.

Luego Morrie se volvió hacia nosotros, que estábamos sentados al otro extremo de la mesa:

—Paul, Damon, no creáis que no valoro el deseo de la escuela de celebrar el paso del cometa, pero incluso si sigo como maestro, y encabezo la celebración, queda muy poco tiempo. Y no existe ninguna obra de teatro relacionada con el cometa Halley.

—No tiene por qué ser una obra de teatro —improvisó Damon con cautela.

—No, claro, para nada —dije yo a tientas—. Podría ser también...

Traté de pensar en algo que fuera lo suficientemente cósmico. ¿Dónde estaban mis supuestas dotes de vidente? Del otro lado de la mesa Rose aguardaba enarcando una ceja, como para sonsacarme mis pensamientos, convencida de que yo no podía fallar. Lo único que me venía a la mente eran esas mañanas en las que contemplaba las estrellas en medio de la oscuridad del campo, antes de apretar el paso rumbo a nuestra cocina, al encuentro del himno quedo de sus silbidos.

—... música. Podría ser una función de música, ¿no? —dije, y añadí tratando de encontrar las palabras—: La armonía de las esferas... de la que usted nos habló. ¿No se acuerda, Morrie?

Era una intentona desesperada. Sin embargo, casi siempre bastaba un pequeño empujón para que Morrie remontara el vuelo. Al cabo de un momento, empezó a acariciarse el labio por los alrededores de donde solía estar el bigote, divagando en voz alta como si estuviéramos en la escuela.

—De hecho, hay un punto bastante interesante sobre la armonía que no llegué a explicar en clase. Ése idiota redomado de Brose Turley se me atravesó en el camino, y después...

—¿Lo ves? Tiene que haber una Noche del Cometa. Con música. Y punto final —dijo Rose, como si hubiera dado ella sola con la solución y estuviera entregándonosla envuelta en papel de regalo y con un lacito. Papá la miró entre aturdido y admirado.

—Además de la música, esa noche usted podría dar una charla —siguió tirando del hilo Damon—. Sobre Betelgeuse o algo por el estilo.

En su último asalto al firmamento, Morrie nos había arrastrado hasta las constelaciones, donde la luminosa Betelgeuse servía de articulación al hombro del gigante Orion y, según Morrie, también de bisagra para la imaginación humana: «Veréis cómo atrae nuestra atención enseguida porque es más brillante y es entonces cuando reconocemos (o creemos reconocer) la silueta del gigante en las otras estrellas que se organizan a su alrededor. Es un punto de referencia, y gracias a esos puntos podemos proyectar en la bóveda infinita de la noche personajes magnificados de nuestro mundo: un gigante aquí, allá un arquero, más allá los siete bueyes del arado,

arando en la oscuridad líquida...». El instinto que tenía Damon para el espectáculo había dado en el clavo otra vez. Nadie que hubiera presenciado las excursiones de Morrie por la bóveda celeste en clase podía dudar de que sabría arrastrar a todo Marias Coulee a la Noche del Cometa.

Morrie escuchó con gravedad, como si Damon estuviera proponiendo canonizarlo en los álbumes de recortes del piso de arriba. Me buscó luego por reflejo y me lanzó una mirada pedagógica:

—*Arma trado.*

—Arroja sus armas —traduje para los no iniciados.

—Entrego mis armas —me corrigió Morrie con severidad.

—Eso quería decir.

Morrie se tocó el labio superior, el gesto que precedía sus grandes anuncios:

—Puede que sea una locura por mi parte, pero tal vez sí les debo a los estudiantes un acto de conmemoración en honor al cometa. La Noche del Cometa —inclinó la cabeza ante Rose con gesto irónico, y se volvió hacia papá— no nos perjudicará cuando venga el inspector. Al menos eso puedo asegurárselo. Los niños están tan preparados para la inspección como pueden llegar a estarlo, aunque yo no lo esté.

—Lo único que le pido es que esté vivo y respirando cuando el inspector venga a la escuela —lo intentó tranquilizar papá—. En fin... —empezaba a pegársele esa coetilla de Rose—, en la Noche del Cometa mejor trate de hacer algo sencillo. Con que los niños canten unas canciones y usted dé su charla sobre el cometa será suficiente. —Papá observó al empleado que acababa de retirar su renuncia de la mesa—. En otras palabras, que no se resienta el presupuesto.

—Por supuesto —dijo Morrie, pero me percaté de que había empezado a jugar con sus gemelos, una señal de que en cualquier momento podía sacarse alguna idea extravagante de la manga.

—¿Puede venir ya, papá?

—Tobe se muere por mostrarle la octava maravilla del mundo —le explicó papá a Morrie.

—Si queréis podéis venir a verlo todos.

—Allá vamos —contestó papá.

Todos nos agolpamos en el pasillo rumbo a la sala de audiencias de Toby. Según decía el médico (su capacidad de predicción estaba a la altura de la de Morrie en lo tocante al cometa), podía empezar a usar muletas cualquier día, una vez que tuviera menos sensible el pie. Hasta entonces, Toby tendría el pie al desnudo, aunque todavía entablillado. Nos sonrió radiante desde la cabecera, como si no nos hubiera visto a casi todos veinte veces ese día.

—¡Mira, Morrie! —le indicó, como un empresario de circo anunciando su propia atracción.

Morrie se agachó sobre la cama y enarcó las cejas con sorpresa.

—Eres un pionero de la evolución, Toby. Creo que el resto de la humanidad tardará diez mil años en darte alcance.

—Diez mil años, ¿eh? —dijo Toby, orgulloso.

Se le había caído la uña del dedo gordo del pie. Y se moría por enseñar el dedo a todos en el recreo.

—¡Rose, ven afuera a ver!

Nunca habría creído que uno pudiera gritar y susurrar a la vez, pero yo mismo conseguí la proeza al entrar en la cocina esa mañana. Le hice señas a Rose de que me siguiera hacia la oscuridad, que había cambiado para siempre.

Salimos por la puerta como si fuéramos una sola persona, tan pegados el uno al otro que Rose me azotó el cuello con el chal al echárselo sobre los hombros. Sostuve en alto mi linterna y nos internamos en el campo, haciendo equilibrios por encima de los surcos y lanzando miradas aturcidas hacia el cielo. Cuando me pareció que ya nos habíamos alejado suficiente del reflejo de la lámpara de la cocina, me detuve en seco.

—Vamos a ver —dije, y cubrí la linterna con tela. Pudo pasar cerca de un minuto antes de que nuestros ojos se adaptaran a la oscuridad—. Ahí está —susurré por puro hábito—. Por encima de El Corte.

—¿Ése es? ¿Estás seguro? —Rose ahuecó la palma de su mano a la altura de las cejas.

—Tiene que ser. Acuario está allá, y más allá Sagitario. —Le señalé las constelaciones—. Y esa estrella que se ve entre las dos es igual de brillante, pero no encaja con ninguna de las dos.

Sin lugar a dudas, era nuestra estrella viajera. Se nos fue agudizando la vista y divisamos entonces la estela borrosa y difuminada de luz, como la chispa de una cerilla, ahora-lo-ves-y-ahora-no-lo-ves, que distinguía al visitante de las luces estáticas de ese rincón del cielo. Morrie había explicado en clase que la cola, esa paradójica nube de esplendor, a medida que estuviera más cerca de la Tierra, se alargaría cada noche. Yo seguía aturdido. No dejaba de asombrarme que, dentro del vasto esquema de las cosas, aquel diamante de luz errabundo estuviera surcando el cielo tal vez por única vez en nuestras vidas, y que, sin embargo, su rastro fuera tan legible que bastara con avistarlo un instante para reconocer su fulgor nómada entre todos los destellos del firmamento.

—Qué hermoso es, Paul —murmuró Rose, y el corazón me dio un vuelco al oír su voz. Luego dijo algo extraño, con tono anhelante—. Morrie necesita que de vez en cuando venga un cometa.

No tuve tiempo de resolver el acertijo.

—Voy a despertarlos a todos. Papá y yo podemos sacar a Toby en una silla.

He recordado a lo largo de casi toda mi vida esos días de 1910 en que el cometa Halley vino a la Tierra (una y otra vez se me ha presentado con su aura en sueños), y su paso por nuestra atmósfera aún me resulta conmovedor. Por el orden terrestre de las cosas, a Marías Coulee y otros pueblos aislados llegó antes que a las áreas populosas del mundo. Los cabreros, los pastores de ovejas, los camelleros y los cazadores que acechaban sus presas al alba en los cursos de agua, los más madrugadores de la Tierra, fueron los primeros en avistar su llegada. Y también aquéllos a los que sus sueños los habían echado de la cama. Quizá otras personas divisaron la nueva estrella esa madrugada, pero debieron de ser pocas. Una vez que corrió la noticia por las praderas y las sabanas y los desiertos, el portento franqueó las puertas de las ciudades de la mano de los viajeros más indómitos. Los adivinos hicieron fortuna, y los mendigos algunos cuartos. La inquietud se apoderó de las casas reales: se decía que el cometa Halley solía llevarse consigo a los monarcas. El rey inglés Harold II pereció a manos de los invasores normandos tras la visita del cometa en 1066. En esa primavera nuestra de 1910, el rey inglés Eduardo VIII fue enterrado en su enorme ataúd.

Para quienes creían que en los cielos moraba un dios vengador, no era difícil ver en el cometa un flamígero anuncio de condena. Morrie trajo a la escuela varios periódicos sensacionalistas que hablaban de sectas entregadas al pánico y convencidas de que el mundo había llegado a su fin según una u otra profecía delirante. Junto a estas historias publicaban otras parecidas que habían aflorado durante los últimos mil años.

—Mark Twain, el más grande escritor norteamericano vivo, dijo una vez a la prensa que la noticia de su muerte era una exageración —nos dijo Morrie—. Y todos estos augurios entran en la misma categoría.

Por si hacía falta confirmación, la pintura de Delacroix seguía colgada en la pared, recordándonos que nuestro dragón estrellado había surcado antes el cielo, sembrando el terror en las conciencias más atribuladas, y volvería a surcarlo en el futuro.

En cuanto a nuestras vidas, el paso del cometa no pudo resultar más auspicioso. Para alivio de todos, en su siguiente visita el doctor autorizó a Toby a usar muletas. Damon y yo nos privamos de decirle en broma que parecía el pirata Pata de Palo, y muy pronto empezó a andar sobre un pie con notable altivez por toda la casa. Rose dejaba que la acompañara mientras iba y venía limpiando los cuartos de abajo: de paso, lo tenía vigilado. Tampoco papá parecía ya un hombre acosado día y noche por las circunstancias; bajaba todas las mañanas a observar el cometa conmigo y con Rose. De algún modo, la vida se fue aligerando bajo la brillante cola borrosa del

cometa. Morrie la sacó a colación en una clase de latín:

—Hay una frase que encaja a la perfección con el cometa. Y creo que sabes a cuál me refiero. *Lux desiderium universitatis*. Paul, ¿crees que podrías inspirarte y traducirla antes de que yo pierda el oído y sea demasiado mayor para enterarme de la traducción?

—Sí. O sea, la voy a traducir. Para la próxima clase.

Y, sin embargo, había algo que no dejaba de inquietarme mientras el gran cometa avanzaba por el cielo de nuestras vidas. Ése pensamiento nunca llegó a introducirse en mis sueños, pero sólo porque mi propia mente no encontró la manera de incorporarlo a mis ensoñaciones nocturnas. Me fastidiaba la idea de que Eddie, el antiguo rival de Puñetazo Milliron, nunca llegara a ver el cometa. El día después de que Brose Turley lo sacara de la escuela, los Provonost iban camino de clase y los vieron desde lejos cabalgando rumbo a las montañas, con las grupas cargadas de sacos y varias ristras de trampas colgando del arnés.

—Eddie parecía un perro apaleado —nos confió Isidor.

Por lo visto, Brose Turley pretendía arrancarle al año otra temporada de caza en las Rocosas ahora que tenía de esclavo a Eddie. La primavera tardaría en llegar a las cumbres, y hasta entonces seguirían cazando con las trampas. Entretanto, el cometa asomaba en el horizonte, en el sudeste, escondido tras los picos y las laderas que flanqueaban los valles altos donde estaba Eddie. No podía quitarme de la cabeza la idea de que en cierto modo su padre lo había dejado ciego: ¿cómo encajaba algo así en el armonioso funcionamiento del universo?

Apenas unas horas después de que Rose y yo avistáramos la estrella errante, Morrie expuso el plan para la Noche del Cometa ante ocho cursos de atentos oyentes. Naturalmente, tuvo que saltar en el calendario —a nosotros, tres semanas nos parecía un periodo de tiempo larguísimo— hasta la noche en que, según sus cálculos, el astro alcanzaría su máxima magnitud. La cola del cometa se extendería esa noche desde Minneapolis hasta las Rocosas. Pese a que esto no fuera enteramente obra de la escuela de Marias Coulee, como mínimo podíamos celebrarlo.

—Por supuesto —nos recordó Morrie—, tendréis que recordarles a vuestros padres que no comenzaremos hasta que sea noche cerrada.

Calculamos que no sería imposible lograr que nuestros padres salieran en plena noche por una vez en setenta y cinco años.

—Yo daré una charla sobre los fenómenos del cosmos —dijo Morrie al pasar—. Pero luego, vosotros...

Hizo una pausa, como si casi fuera un placer excesivo contárnoslo. Y luego, nos lo contó.

El silencio se abatió sobre la habitación. De repente, tres semanas parecían un

periodo de tiempo cortísimo.

Camelia no dijo palabra, ni siquiera masculló entre dientes. Comprendí que era mejor quedarme callado, porque solo podía decir una cosa: «Morrie, ¿es que se ha vuelto loco?». Eché un vistazo alrededor y vi un destello en los ojos de Damon: no era precisamente un aval de los designios de Morrie. Grover me miró vacilante. Marta se llevó la mano a la nariz como si fuera a tener una hemorragia. Los gemelos y las gemelas Drobny se relamían los labios, por el gusto de la conspiración. Inexplicablemente, Milo Stoyanov, el más imbécil de los imbéciles de octavo, tenía una sonrisa del tamaño de la de un ternero huérfano. Martin Myrdal, sentado junto a Milo en la última fila, levantó al fin su manaza:

—¿Todos? ¿Los más pequeños también?

Josef Kratka, Alice Stinson, Maggie Emrich y Marija Stoyanov, primero en pleno, se volvieron con miradas asesinas. Emil Kratka, el Robespierre de segundo, incluso le sacó la lengua.

—Todos —dijo Morrie con firmeza—. Desde primero hasta octavo.

Sally Emrich formuló la otra pregunta que se respiraba en el aire. Era una chica quisquillosa, incluso en su manera de levantar la mano.

—¿Entonces es un secreto? ¿No podemos contárselo ni a nuestros padres?

—Digamos que es una sorpresa, Sally. Cuando queremos sorprender a alguien no se lo decimos antes, ¿verdad?

Si algo he aprendido acerca de cómo transcurren las cosas en un aula, es que la inspiración no siempre sigue una línea recta. En la segunda fila, junto al pupitre de Toby, que había permanecido vacío durante semanas, Inez Provonost se volvió hacia un lado y hacia el otro y soltó de pronto:

—¿Nos damos la mano con escupitajo?

Noté que Morrie aguzaba el oído, anticipando los pasos del inspector escolar en el cuarto de los abrigos. Constató que no había moros en la costa y se escupió en la palma de la mano.

—Vale. Todos: sellaremos nuestro acuerdo como dice Inez. Yo iré pasando por los pupitres, pero tendréis que escupir vosotros, porque no creo que me salgan tres docenas de escupitajos decentes. Cuando terminemos, hablaremos de las glándulas salivales.

Y así, nos embarcamos rumbo a la Noche del Cometa.

—A Morrie se le ha ocurrido algo increíble —le confié a Rose, hasta donde podía—. Te lo contaría si pudiera, pero es un...

—Ya lo sé todo —susurró Rose, removiendo su taza de cacao. Siempre se me olvidaba que, siendo hermanos, pasaban mucho tiempo juntos cuando no los veía nadie—. Qué hombre. Nunca se sabe con qué va a salir.

Sin embargo, esta vez su sonrisa conspiratoria parecía aprobar el plan.

Durante la semana siguiente, Morrie sacó ratos de aquí y de allá para que ensayáramos. La última hora siempre había sido un cajón de sastre, y decidió sacarle todo el partido para nuestros propósitos. Varias veces, incluso votamos quedarnos en clase a la hora del recreo. Era un esfuerzo de conjunto, al margen de cuál fuera el resultado.

—¿Qué tal esas voces? ¿Ya cantáis entonados? —me preguntó una mañana papá, mientras observábamos el progreso del cometa.

A veces aún parecía que la vida le había pasado un rodillo por encima —un día seco basta para poner a un granjero así en primavera—, pero en varios frentes podía respirar con más desahogo. Toby seguía dando la lata como nadie, pero al menos ya podía salir de vez en cuando y desfogarse saltando a la pata coja. El fantasma del inspector empezaba a disiparse con el paso de los días; Morrie y papá habían escudriñado el calendario hasta quedarse bizcos, junto con la larga lista de escuelas de Montana, y habían llegado a la conclusión de que, con un poco de suerte, el año escolar llegaría a su fin antes de que el Departamento de Instrucción Pública se pusiera al día y nos tocara a nosotros. Papá nunca lo habría dicho en voz alta, pero con Rose siempre en casa, teníamos la sensación de que las cosas funcionaban como un reloj, a su ritmo natural, por primera vez en mucho, mucho, tiempo. Justo en ese momento revoloteaba en el salón, preparándose para su anunciada limpieza de primavera.

—No tenemos pensado cantar —dije sin pensar, en tono burlón—. Cualquiera puede cantar bien.

Papá dejó de hacer lo que estaba haciendo y me miró atentamente. Atravesó la habitación y cerró la puerta de la cocina, lo cual solo hacía rara vez. Volvió a mi lado:

—¿No os habrá puesto a todos a silbar, verdad? —preguntó con tono apremiante.

—No puedo contártelo, papá. ¿No lo entiendes? Es una sorpresa, esa es la idea.

—¡Ya viene!

Toby avistó el Modelo T del doctor resoplando a lo largo de la cerca y soltó un grito que habría levantado a los muertos. *Houdini* ladró a coro.

—Calmaos los dos. —Papá salió de remendar los arneses en el establo. Estaba tan ansioso como Toby por ver al médico, como si la visita fuera a librarlo de aquellas trepidantes muletas.

Damon y yo nos pusimos de pie en el lindero del campo, adonde habíamos ido a cazar ardillas. Morrie andaba en busca de un espécimen para ilustrar el desarrollo de los incisivos —sin duda, desde los tigres de diente de sable hasta nuestros días— y la clase era al día siguiente. Además, era un domingo cálido y soleado en el que sobre todo apetecía estar fuera. Nos sacudimos el polvo de la ropa antes de que papá nos

diera la orden y enfilamos hacia casa, cada uno tratando de parecer más maduro y presentable que el otro. ¿Cuántas veces podía presentarse una coincidencia así? Toby llevaba toda la semana esperando al doctor, y apenas faltaban dos días para la Noche del Cometa.

El Modelo T se detuvo a nuestra vera, se estremeció varios segundos y al fin se apagó. El médico de Westwater descendió del lado del conductor y Toby se abalanzó enseguida sobre él: quería saber de inmediato si ya podía deshacerse de las muletas y, a la vez, asegurarse de que la uña del dedo gordo nunca le iba a volver a crecer. Un segundo hombre bajó del coche por la otra puerta. No era de extrañar, porque el médico había dicho que el pie de Toby era único en su género y quería que lo examinara el ortopedista del hospital de Great Falls, en cuanto dicho personaje hiciera su ronda por los alrededores. Ni que decir tiene que Toby había entrado casi en éxtasis al saber que su caso precisaba de dos doctores. En esos instantes, sus preguntas tenían desbordado al médico de Westwater, y fue papá quien se aproximó al otro.

—No creo haber tenido el placer de conocerlo, doctor...

—Llámeme Harry. —El hombre le tendió la mano—. Harry Taggart. Soy el inspector escolar.

Fue como si Zeus hubiera descendido delante de nuestra casa. Papá se quedó helado. Oí tragar aire a Damon, pero tal vez había sido yo.

En realidad, Taggart no imponía demasiado. Era largo como un poste: su sombrero hongo bien podría haber estado colgando de un perchero. Un desaliñado bigote ponía de manifiesto hasta qué punto el de Morrie había sido un logro. Sin embargo, sus ojos parecían cortados a cuchillo: los trucos que intentaba colarle la gente le habían afilado la mirada para siempre. En la mano —entonces nos fijamos— traía un maletín negro repleto, sin duda, de todo lo que los inspectores utilizaban para inspeccionar.

—Hice algunas averiguaciones en el pueblo —explicó el intruso— y tuve la suerte de que el doctor quisiera traerme hasta su casa.

Los visores de sus ojos enfocaron la granja y analizaron a papá, ataviado con su ropa de granjero, sin dictar sentencia aún.

—Sí, claro —papá empezaba a reponerse—, no lo esperábamos en domingo...

—Si me disculpan —interrumpió el doctor—, entraré para echarle un vistazo a mi paciente...

Toby ya brincaba con las muletas hacia la casa.

—Éstos deben de ser sus otros chicos. —Taggart nos dispensó a Damon y a mí dos tardíos apretones de manos. Como si hubiera encendido un interruptor, habló en tono bonachón—: ¿Qué decís, mozalbetes, preparados para los Estándares?

Mi hermano y yo aborrecíamos que nos llamaran mozalbetes. No contestamos por

miedo a lo que podíamos decir. Nos quedamos allí plantados, polvorientos como dos tejonos, y removimos el suelo con las puntas de los pies.

El inspector se volvió enseguida hacia papá.

—Para empezar, me gustaría comprobar que los registros que tenemos en Helena están al día. —Hundió la mano en el maletín como un pistolero en la funda del arma. Empezó a leer en voz alta un papel de aspecto oficial—: «Distrito Escolar de Marias Coulee, establecido en 1901. Municipalidad 18, Norte, etcétera. Maestra, Adelaide Trent...».

Damon no pudo evitarlo. Se le escapó una risita.

Papá le apoyó una mano en el hombro y le dio un suave apretón destinado a retenerle las cuerdas vocales.

—La señorita Trent ya no está con nosotros. Ha sucumbido a la vieja epidemia del matrimonio. —Papá soltó una risa forzada—. Por suerte, la junta escolar ha encontrado un sustituto.

El inspector escolar frunció el ceño.

—¿Cuál es el nombre de dicho individuo? —Apoyó su papel en la fina capota del automóvil, sacó una estilográfica y eliminó de un plumazo a la señorita Trent.

Morrie entró así en los registros del Departamento de Instrucción Pública, para bien o para mal.

—Bien —prosiguió Taggart, blandiendo aún la estilográfica—, ahora viene la cuestión del...

«Currículo», adiviné antes que lo dijera, y me enorgullecí por un instante de mis conocimientos en latín.

Justo en ese instante, Rose salió a buen paso de la casa, con el cubo del agua colgando de la mano y camino de la bomba. Ése domingo llevaba un vestido de satén. Estaba realmente muy guapa. Nuestro visitante miró de reojo a papá, como si de repente lo tuviera en mejor opinión. Cerró la estilográfica, se la echó al bolsillo, se enderezó muy formal y se llevó los dedos al sombrero:

—Buenos días, señora Milliron.

—Eh, este... —dijo papá, y se calló.

—Buenos días —Rose caminó enseguida hacia nosotros—, ¿cómo está usted? En realidad, sería más apropiado llamarme señora Llewellyn. —Lo dijo con un deje melancólico y musical que no le habíamos oído desde hacía algún tiempo—. Soy... —Hizo un gesto con la mano, abarcando el cubo de agua, nuestra granja, la suya, los campos, el perímetro de todo lo sucedido desde que había dejado Minneapolis.

—Nuestra enfermera temporal —se apresuró a completar papá.

—La vecina de al lado —salté a la vez yo.

—El ama de llaves —dijo Rose, mirándonos a los dos. Damon nos salvó el pellejo. Encogido detrás de Taggart, hizo el gesto de observar a través de una lupa

como Sherlock Holmes.

—Ah —soltó entonces Rose—, usted debe de ser el inspector escolar que está esperando todo el mundo.

Se dieron la mano y Taggart se sobresaltó visiblemente: la mano de Rose estaba tan curtida por el trabajo como la de un hombre. Rose siguió adelante, como si en realidad llevara meses anhelando hablar con él:

—Vivo al otro lado del camino, así que no me cuesta nada venir a echar una mano con la casa y ayudar a cuidar a Toby. Tuvo un accidente espantoso, y el señor Milliron está muy atareado con las cosas del campo y los asuntos de la escuela. Todos salimos beneficiados. Verá usted... —se detuvo y se mordió el labio. Taggart se inclinó hacia ella, como para verla mejor—, mi marido... —Rose señaló una vez más hacia los lejanos horizontes— se ha marchado para hacer un largo viaje.

—¿Qué mejor virtud que la buena vecindad? —proclamó Taggart, como si la pregunta pudiera aparecer al día siguiente en el examen. Rose le dedicó una sonrisa y reanudó su camino hacia la bomba.

Papá aún no se había recuperado de su intervención cuando Taggart se volvió de nuevo hacia él.

—Señor Milliron... ¿puedo llamarle Oliver?

—Por favor.

—Bien. Oliver. Le contaré cómo suelo proceder —el tono de su voz dejaba en claro que era así como procederíamos todos—, me gustaría que usted, el maestro y yo nos veamos mañana antes de que empiece la escuela, para evaluar el material de clase, las condiciones del aula y demás. ¿Podría ser una hora antes de las clases? Es suficiente, por lo general.

Se me cayó el alma al suelo. No habría latín.

—Allí estaré —dijo papá con una voz apagada.

En ese instante, Toby salió por la puerta dando brincos. Sin muletas.

—¡Ya puedo ir a la escuela! ¡A partir de mañana!

—Cuantos más seamos, mejor —dijo papá, con voz todavía más apagada—. Bien, hasta mañana, Harry.

Esperamos hasta que el Modelo T se perdió de vista. Me volví hacia papá, deseando ser el elegido, pero papá llevaba la cuenta de esas cosas en algún rincón de su mente. Y ese domingo no era mi turno.

—Damon —dijo con un tono abatido—, ensilla a *Paint* y ve a avisar a Morrie de que el Día del Juicio se nos viene encima mañana.

Rose esperó a que todos acabáramos de cenar (el último en terminar fue Toby, el autor de la más larga oda dedicada a un pie desde los tiempos de Aquiles) antes de hacer su anuncio:

—En fin, esta noche tendré que mudarme de vuelta a mi casa.

Damon y yo nos miramos. No se nos había ocurrido hasta entonces.

El caso de papá era otra historia. Se había parapetado detrás de su taza de café. Tomó un sorbo largo y lento, mientras Rose decía aún sus últimas palabras, y volvió a dejar la taza en la mesa.

—¿Ya puedes subir la escalera, verdad, tigre? —le dijo a Toby.

—Claro que sí —Toby comprendió demasiado tarde a lo que acababa de condenarse.

Papá miró entonces a Rose. Parecía agobiado, y no era de extrañar, después de un día marcado por la llegada del inspector y la partida de Rose, que había traído tanta alegría a la vida de nuestra casa.

—No queremos que se sienta como si la echáramos —dijo con la voz aún más afectada que por la tarde—. Si es demasiado apresurado, no tiene por qué irse esta noche...

—Es mejor así —dijo, y nos miró a todos con la misma tristeza.

Sentí una punzada que no he podido olvidar nunca. Percibí que algo importante estaba a punto de concluir. Podría haber sentido alivio porque ahora volvería a dormir en casa, lejos de los negros nubarrones de mal agüero de la tía Eunice, pero no lo sentí. Tendría que haberme alegrado porque a partir de entonces Rose volvería a entrar cada día en la cocina y me alegraría la mañana con sus susurros, y yo no tendría que ir dando traspiés a oscuras, todavía adormilado, por el campo, pero no fue así.

Las patas de la silla rechinaron. Papá se puso de pie, levantó de un tirón a Damon y a mí me lanzó una mirada que me puso también de pie.

—Tenemos que ver cómo subimos la cama de Toby de vuelta al cuarto.

—Yo recogeré mis cosas mientras tanto —dijo Rose, con la misma torpeza—. Después me iré.

Papá hizo un alto.

—No tiene que salir corriendo.

—Es mejor así —dijo una vez más, y de nuevo nos sonrió otra vez a todos, pero dejó a papá para el final—. Si me da tiempo, aprovecharé para ir a ver a Morrie. Tal vez necesite que lo anime un poco.

La pandilla a caballo que formábamos a la mañana siguiente era de lo más variopinta. Toby iba a mi espalda porque todavía tenía el pie tierno para el estribo; papá lo alzó en brazos y lo encaramó en la silla, tras insistirle mucho en que no podía caerse y que no debía saltar. Yo iba completamente espabilado, por la costumbre de levantarme para mis sesiones de latín con Morrie, pero Damon se caía de sueño sobre el caballo. Papá parecía fuera de lugar embutido en el traje bueno, más apropiado para ayudar a

llevar un féretro que para cabalgar a lomos de *Queenie*, nuestra enorme yegua.

Cuando nos fuimos Rose todavía no había llegado. Y eso me inquietó. Ésa mañana había tenido todo el cometa para mí: un avistamiento bastante solitario. Solo confiaba en que nuestras sesiones en la cocina volvieran a ser como las de antes.

Estaba claro que papá ya tenía suficientes preocupaciones como para ocuparse de nosotros. Hicimos todo el trayecto callados, hasta donde era humanamente posible. Toby se conformó con abrazarse a mi espalda, cabeceando, como si yo fuera la versión equina de *Houdini*. La aurora dio paso a un sol pálido y primaveral. Todavía vuelvo a ver la escuela, tal como la avistamos esa mañana al subir desde El Corte, con la pintura descascarillada por las caricias del viento y el patio sin hierba al cabo de tantas pisadas y la hilera de ventanas soñolientas que se abrían al cielo y la pradera. El inspector del Departamento de Instrucción Pública tenía que haber visto miles de escuelas parecidas. Estábamos a punto de averiguar si alguna vez se había topado con alguien como Morrie.

Cuando nos detuvimos al pie del patio, el temido Modelo T ya avanzaba bamboleándose por la carretera de Westwater. Con él se nos venía encima un día largo, estuviéramos o no preparados. La propia escuela no parecía estarlo. Tras las ventanas no se veía brillar ninguna lámpara, lo cual significaba que Morrie aún no estaba por allí.

—Damon, entra y calienta un poco el aula —ordenó papá mientras bajaba a Toby—. Si hace falta llena la estufa hasta arriba. Tobe, tú escucha. Ten cuidado con el pie. Nada de carreras, ni de juegos bruscos, ¿entendido?

Toby lo prometió con la mano sobre el corazón y prácticamente salió andando de puntillas para dar alcance a Damon. Yo permanecí junto a papá en mi habitual rol de líder y hermano mayor hasta que el Modelo T se detuvo junto al asta de bandera.

—¿Dónde está Morrie? —me preguntó papá entre dientes.

—Repasando sus principios pedagógicos —dije, como si fuera cierto.

—Más le vale.

Harry Taggart bajó del coche, dijo algo sobre el tiempo y le estrechó la mano mecánicamente a papá. Luego, enfiló hacia la escuela como un hombre que tiene una misión. Papá y yo nos apresuramos tras él, tratando de disimular mientras peinábamos los alrededores con la vista en busca de Morrie.

El aula no estaba exactamente a oscuras, pero estaba mucho de estar iluminada. Toby se había sentado como un fantasma en su pupitre para ver si todavía cabía y se volvía a un lado y a otro. Damon estaba de pie junto a la estufa, pero no le echaba carbón: el aula ya estaba todo lo caliente que podía estar. Mientras Taggart escrutaba a su alrededor en la penumbra, papá encendió una cerilla y la acercó a la lámpara más próxima.

—No nos gusta malgastar el queroseno —dijo hipócritamente, y acercó la cerilla

a la mecha.

Ya solo a la luz de esa primera lámpara, el aula se veía impecable. Cuando papá acabó de encenderlas todas, el efecto resultó casi cegador. Las ventanas resplandecían de limpias, el suelo de pino estaba immaculado, la pizarra parecía hecha de obsidiana. Desde las hileras de pupitres relucientes hasta las puntas de flecha perfectamente alineadas del muestrario, la escuela de Marías Coulee daba fe de un esmero cuya autoría me sobresaltó en cuanto la reconocí. Lo único que faltaba era el eco del perenne silbido de Rose.

—Limpia está —concedió Taggart. Abrió el maletín, sacó un folio y puso un signo de visto.

—Hacemos todo lo que podemos por mantener en buen estado este templo del saber —dijo Morrie desde el umbral.

Papá se giró con aprehensión.

Nuestro maestro avanzó hacia Taggart extendiendo la mano, vestido de punta en blanco, como el primer día que había bajado del tren.

—Tenga la bondad de excusar mi retraso. Supuse que preferiría echar un vistazo sin la presencia del titular. Buenos días, Oliver, lo veo algo pensativo.

Tras las presentaciones, Taggart se volvió de nuevo hacia papá para establecer cuánto costaba mantener la escuela en ese nivel de pulcritud. Morrie ocupó su puesto en el escritorio. Me acerqué a él con discreción.

—Nos tenía preocupados —susurré—. ¿Dónde estaba?

—Vomitando —murmuró Morrie.

Taggart vino entonces al escritorio y entró en materia de una vez.

—Tengo entendido que es un maestro sustituto, señor Morgan. Ciertamente, Oliver y la junta han tenido mucha suerte al encontrar a alguien con las credenciales requeridas en tan poco tiempo. —El inspector blandía ya su estilográfica por encima de un nuevo formulario bastante inquietante—. ¿En qué universidad se licenció?

—En Yale —respondió Morrie, digno como una torre. A papá se le salieron los ojos de las órbitas.

—¡No me diga! —Taggart estuvo a punto de dejar caer la estilográfica—. ¡Pero si es una universidad de primera categoría! ¿Puedo preguntarle qué disciplina estudió?

—La jurisprudencia.

Pensé que al inspector iba a darle un ataque: había apretado los labios con fuerza y le temblaba la nuez.

—¿Jurisprudencia en Yale, eh? ^[2] —soltó otra risita—. Hacía mucho que no...

Y entonces estalló en una carcajada imponente que habría avergonzado a cualquiera de las de Milo. Papá aprovechó la oportunidad.

—Bien, eh, creo que saldremos todos para que pueda trabajar tranquilo, Harry.

Taggart nos indicó la puerta con un alegre gesto de la mano, sacudió la cabeza y

se encaminó hacia nuestro planetario de mesa.

Papá esperó a que mis hermanos y yo estuviéramos fuera de peligro en el patio.

—Maldita sea, Morrie —masculló—, no estamos en un vodevil.

—Pero se ha reído, ¿no? —Morrie tenía el aire de satisfacción de alguien que ha hecho quebrar a un casino—. A menudo la vida es como el teatro y un chiste fácil no está de más. ¿Cuántas ocasiones de reírse cree que tiene un inspector del Departamento de Instrucción Pública, Oliver?

—Y yo le digo que hay que jugar según las reglas. Si algo sale mal hoy, estamos fritos.

—No hay nada que temer —respondió Morrie—. Venga, vamos a la casita. He hecho café. Se lo diré a nuestro inquisidor.

Estuvimos matando el tiempo en la casita —Damon retó a Toby a una partida de comodín y se acurrucaron a estampar naipes contra el suelo, yo me senté con papá y con Morrie, anhelando mi clase de latín—, hasta que apareció Taggart. Había recuperado la apostura oficial y plantó sobre la mesa su repleto maletín como si no quisiera perderlo de vista. Incluso yo sentí cierta curiosidad profesional acerca de su contenido. Serio, como si nunca jamás le hubiera entrado un ataque de risa, empuñó la pluma e interrogó a Morrie acerca de la Universidad de Chicago, el negocio de guantes y las vagas nociones que teníamos sobre su existencia anterior. Satisfecho (hasta cierto punto) con las credenciales pedagógicas de Morrie, Taggart se volvió hacia papá.

—Veo que la escuela se halla excepcionalmente bien equipada pero que el presupuesto no se ha resentido. Es usted un buen administrador, Oliver.

—Cuidamos del dinero —dijo papá, eludiendo la mirada de Morrie.

—¡Te pillé! —gritó Toby, lanzándole a Damon un doble comodín—. He ganado otra vez.

Taggart echó un vistazo a la partida implacable del rincón.

—Parece que su hijo menor ya va camino de recuperarse, Oliver.

La alarma se nos encendió a la vez a papá, a Morrie y a mí.

—Tobías tenía nuestro récord de asistencia antes del accidente —empezó a explicar Morrie, sin faltar a la verdad—, pero ha estado en cama seis semanas. ¿No contempla el Departamento de Instrucción Pública alguna alternativa para cuando se presentan esta clase de fatalidades?

Taggart ponderó el asunto.

—En casos extremos —admitió—, y veo que este puede ser uno, tengo autorización para eximir al estudiante de los exámenes de curso. Tal vez, por esta única vez...

Toby ya había puesto cara de consternación ante la perspectiva de perderse algo del día de su regreso triunfal a la escuela.

—Pero si ya sé deletrear y todo —protestó con un chillido—. H-i-m-a-l-a...

—Ya basta, Tobe —dijo papá, dando por cerrado el asunto.

—No, no —insistió Taggart—. Ése deseo de salir adelante merece su recompensa. Le tomaré solo el Estándar de lengua, oralmente. Puede quedarse jugando en el patio por la tarde. Es una suerte que usted pueda acompañarlo, ¿no, Oliver?

Era una suerte.

—En cuanto al resto del día, señor Morgan, la mañana está toda en sus manos.

Morrie respondió con una sonrisa tenue. Taggart se hundió un momento en su maletín, pero luego nos lanzó una mirada mortal:

—Yo me limitaré a observar.

La escuela de Marias Coule nunca había conocido un silencio igual. Tampoco semejante elegancia. Los chicos traían todos el pelo recién cortado: desde el pupitre de séptimo, las franjas de piel blanca en la nuca casi herían los ojos. Las chicas venían con trenzas o peinadas con lacitos. Varias prendas reservadas para una ocasión especial hicieron su aparición sorpresa: los hermanos Kratka venía vestidos iguales, con camisas de cuadros recién salidas de los envíos de venta por catálogo, y a las gemelas Drobny les habían puesto dos vestidos de bruja especiales de color gris. Grover, Adele, Luisa, Alice, Verl y Lily Lee —hijos todos de los otros miembros de la junta escolar— habían sido sometidos a una sesión de limpieza tan severa como mis hermanos y yo: parecían patatas nuevas recién cepilladas. Damon había tenido la sagacidad de hacer una parada en todas las casas de camino a la escuela el día anterior, y la elegancia reinaba en todos los rincones.

Con su voz de os-tengo-por-el-cuello, el inspector escolar nos informó de que no debíamos dejarnos distraer en modo alguno por su presencia.

—Haced como si fuera una mosca en la pared.

No fui al único al que se le fueron los ojos hacia el matamoscas que colgaba de la pared detrás del escritorio de Morrie.

—Lo mismo vale para el señor Milliron —prosiguió Taggart oficiosamente—. Solo está aquí para echar una mano si fuera menester.

A mi espalda, papá hizo chirriar la silla sin querer. Había acabado sentado por accidente en el pupitre que había dejado vacío Eddie Turley.

Taggart cogió la silla adicional que solía permanecer en el cuarto de los abrigos, cuadró el maletín sobre las rodillas para tener donde escribir y esgrimió la estilográfica.

—Cuando usted quiera, señor Morgan.

Morrie se superó a sí mismo esa mañana. En aritmética nos puso a marchar como caballeros cadetes de los números: curso tras curso, todos pasamos al frente y

dominamos nuestras operaciones. La clase de lectura fue prácticamente digna de Shakespeare.

Morrie eligió a Toby para leer en voz alta y corrió un riesgo considerable. Me saltó a mí y escogió a Camelia para que recitara de pie el poema «Ozymandias». Me indigné, hasta que entendí cuál era su intención: dado que era la chica de más edad en el aula y nuestro pupitre estaba cerca de la parte de atrás, quizá Taggart podía contarla como alumna de octavo, nuestro curso más deplorable. Todo avanzó sobre ruedas hasta geografía, que fue un bosque constante de manos levantadas. Nunca antes tantos supieron cuál era la capital de Paraguay. Por descontado, ciencias era nuestra mejor baza, y Morrie le sacó todo el lustre que requería el caso. Cada vez que miraba a Taggart de soslayo, el inspector estaba marcando un visto y no tenía el ceño fruncido en absoluto. Todo habría sido perfecto si al final de la última clase de la mañana, Milo no hubiera levantado la mano en el fondo del aula.

Morrie vaciló. Hasta ese momento, había logrado camuflar magistralmente la existencia de los de octavo, eligiendo solo a Verl y a Martin para que respondieran por la turba de hombretones de atrás, que ese día incluía a papá, y tratando de colar entre ellos a Camelia. En el mejor de los casos, darle la palabra a Milo no parecía prometedor. «No, no, no lo haga», le recé en silencio a Morrie.

Demasiado tarde. Taggart había reparado en la mano levantada hasta el cielo. Morrie no tuvo más remedio que hacerle frente.

—Que sea breve, Milo, ya es mediodía.

—Sí, eh... Quería preguntar algo. Con todo esto, ¿a qué hora vamos a practicar para la Noche del Cometa?

—¿La Noche del Cometa? —Taggart intervino por primera vez en toda la mañana—. ¿He oído bien? Ahora todas las noches son las noches del cometa. Seguramente sus estudiantes están enterados de que el cometa Halley ya está aquí, ¿verdad?

—Por supuesto —se apresuró a decir Morrie—. Hemos venido preparando una pequeña función para conmemorar el acontecimiento, que tendrá lugar mañana por la noche. Naturalmente, está inspirada en el estudio científico sobre el tema.

Eché una mirada a mi espalda. Papá parecía incómodo y no solo por estar sentado en un pupitre demasiado pequeño.

Taggart no mordió el anzuelo del estudio científico. Entrecerró aún más sus ojillos.

—¿Y ha conseguido sacar tiempo en horas de clase para festejar al cometa con bombos y platillos? Ya veremos.

Se levantó de la silla, se plantó en el escritorio y por el camino abrió el maletín. Empezó a sacar folios de papel impresos e hizo varias pilas sobre el escritorio: una, dos, tres, ocho en total.

Todos los alumnos de todos los cursos sabíamos qué eran.

Los Estándares.

En la hora del mediodía, los adultos se quedaron a organizar el aula para los exámenes mientras nosotros almorzábamos en el patio. Un tumulto se agolpó al lado del columpio para contemplar el espectacular dedo gordo de Toby. Damon y yo lo dejamos disfrutar de su momento y nos sentamos en los escalones, acompañados por casi todos los de sexto.

No podíamos sacarnos de la cabeza que el inspector clausuraría la escuela si no estábamos a la altura de los Estándares, fuera la que fuese.

—Ha venido a por nosotros —observó Isidor.

—Te lo he dicho miles de veces —afirmó Miles.

Grover estaba comiéndose un sandwich dos veces más grande que los nuestros y seguramente tres veces más sabroso.

—¿De dónde viene la palabra «residencia»?

—Eh, dame un momento... —Los hermanos Drobny me apoyaron, mirándome en silencio. Recordé por fin mi propia traducción de *Noli excitare canes dormientes*: «No molestéis a los canes que duermen»; en la versión abreviada de Morrie: «Dejad dormir a los perros»—. Viene de *residere*. Significa «lugar para residir, o sea, comer y dormir». Nick Drobny se quedó perplejo.

—¿Y quieren que hagamos todo el viaje hasta la ciudad para ir a dormir?

—No —dijo Arabrab—, la idea es que vayamos allá a la escuela y vivamos en la residencia escolar.

Damon no dijo nada. En otras palabras, estaba realmente preocupado.

—Papá dice que vendríamos a casa los fines de semana —nos informó con voz temblorosa Lily Lee.

—El fin de semana no es gran cosa —resumió por todos Sam Drobny.

La conversación brillaba por su ausencia cuando regresamos a los pupitres. Por aquel entonces, los Estándares eran todavía una novedad dentro del sistema educativo, y los estudiantes que hacíamos esos exámenes no teníamos muy claro para qué servían. Morrie y papá empezaron a pasarnos los folios enseguida y explicaron las instrucciones en voz baja a los primeros cursos del aula. El propio inspector se encargó de explicárnoslo a los de atrás. Cario, Milo y Martin (y en menor medida, Verl) se quedaron mirando la larga lista de preguntas a las que los sometía Taggart. Vi que se les subía la sangre a la cabeza. Tenían el corazón a punto de explotar. Varios preguntaron al instante cuánto tiempo tenían para responder. No parecía que varios días bastaran.

Taggart logró quitarse de encima a los de octavo y descubrió entonces que Camelia y yo, que seguíamos callados como gatitos, éramos un principado independiente. Se inclinó sobre nosotros con un murmullo:

—Resulta curioso que haya un curso tan pequeño en una escuela de este tamaño. ¿Tal vez tenéis compañeros que están enfermos?

—Ninguno —se lamentó Camelia, y yo asentí con pena.

Taggart frunció el ceño.

—Ya veo. Esto puede alterar los resultados de los exámenes. Tendré que contabilizaros como anomalía y subdividir el examen para tener una idea adecuada de dónde estáis. Usted, señorita, escribirá una redacción de trescientas palabras que demuestre su conocimiento de un tema científico elegido al azar —Taggart sacó a ciegas un impreso de la pila—. Astronomía. —Se detuvo antes de tenderle el folio y volvió a leer el título. Miró a Camelia con cierta conmiseración—. Me he equivocado, lo siento. El tema es agronomía.

Camelia hizo su imitación de una princesa ofendida, como si no estuviera tan puesta en el evangelio de los surcos como cualquier chica norteamericana, y se puso a escribir.

—En cuanto a usted, joven —me miró como un verdugo que aspiraba a hacer bien su trabajo—, tendré que ponerlo a prueba en caligrafía.

Taggart se dirigió luego a Toby, andando casi de puntillas, y se lo llevó al cuartito de materiales para su examen privado de lengua. Nuestro hermano parecía seguro de sí mismo, al margen de la calidad de sus respuestas. Cuando terminaron, no volvió a oírse nada distinto del roce de los lápices. Toby y papá recibieron autorización para salir al patio y, pese a lo ocupado que estaba reproduciendo las fiorituras del método Palmer de caligrafía e inventándome fórmulas de encabezamiento, atisé más de una vez por la ventana: papá empujaba el columpio y Tobe estaba encantado. Por lo menos, el destino de la escuela ya no dependía de él, sino del resto de nosotros.

Taggart y Morrie nos entregaron un examen cada media hora hasta que llegó la última hora de clase. El inspector pasó revista a las caras de agotamiento y nos aseguró que ya faltaba poco, solo gramática y comprensión lectora.

—Eso para la mayoría —añadió—. Los demás harán un test de rendimiento global.

Morrie frunció el ceño.

—¿De rendimiento global?

—Es un término del departamento. —El inspector se vio en la necesidad de traducir—. Un test de vocabulario para los cursos más altos. Sirve para medir la habilidad verbal a ciertas edades significativas del desarrollo.

Morrie disimuló un fugaz gesto de pánico.

—Los cursos más altos serían...

—Desde octavo, por supuesto —Taggart volvió la vista hacia el cúmulo de grandullones de la parte de atrás, que le devolvieron miradas vacunas—, hasta sexto.

Los de sexto, que no eran tontos, se estremecieron ante la idea de que los pusieran

en el mismo saco que los de octavo. Carnelia y yo, que formábamos el implícito curso intermedio, procuramos adelgazar aún más nuestra fina presencia.

Taggart distribuyó el examen de vocabulario, un fajo de hojas, y nos vigiló. Las miradas de consternación relampagueaban en los tres cursos como luciérnagas, a medida que nos topábamos con palabras que no habíamos visto en la vida. Durante buena parte de la hora, uno tras otro se las apañaron como pudieron con la dura prueba y acabaron por firmar la rendición y entregarle los folios al inspector.

Solo faltaba yo por entregar. Me percaté de que Damon miraba inquieto en mi dirección. Camelia había empezado a jugar con las manos. No me importó. Me había enamorado de los folios del examen. El lenguaje estaba allí, con todas sus intrigas, sus adivinanzas y sus pistas. Con los entresijos de los prefijos y los sufijos. Las conspiraciones de las sílabas. Los rasgos definitorios de los vocablos que leía por primera vez. En mis oídos retumbaba el precepto de Morrie: «Mira la raíz». Prácticamente en todas las preguntas, solo hacía falta enjuagar el inglés para encontrarse con el latín. «Vulpino» me traía a la mente la mirada astuta de un zorro. «Corpúsculo» tenía que ser por fuerza un cuerpo, y uno más bien pequeño. Una y otra vez, los ecos cavernosos del vocabulario venían hasta mí. Una vez sorteada la pregunta, volvía sobre ella un par de veces para afinar la respuesta.

Finalmente, Taggart indicó a los demás que esperaran fuera. En el último segundo, consultó su reloj y dijo: «¡Tiempo!». Me quitó el examen y me lanzó una mirada: sin duda, debía de ser un completo memo para haber tardado la hora entera.

Todo había terminado. Morrie nos mandó a casa (él mismo parecía agotado) y el inspector escolar se aposentó en su escritorio para calificar las pruebas.

Papá se acercó con Toby cuando Morrie, Damon y yo nos encaminábamos cabizbajos a la casita para aguardar el veredicto.

—Cansa menos arar un día entero que seguirle el ritmo a Tobe —sentenció—. ¿Cómo han ido los exámenes?

Morrie hundió las manos hasta el fondo de los bolsillos y agachó aún más la cabeza, como si estuviera cayendo granizo. Yo me encogí de hombros.

—Difíciles. —Damon, por lo menos, fue directo—. Sobre todo el último.

Taggart tardó más de una hora en aparecer. Entró en la casita, sin que sus ojos cortados a cuchillo revelaran la menor pista. Toby y Damon estaban jugando otra vez al comodín, yo garrapateaba números romanos en una libreta y Morrie y papá se miraban acongojados a ambos lados de la mesa.

—Recibirán los informes oficiales dentro de una semana —dijo Taggart—, pero puedo adelantarles qué van a decir.

Eché un vistazo a nuestros tres pares de oídos infantiles.

—No hay manera de librarse de ellos —dijo papá, justificando nuestra presencia—. Créame, ya lo he intentado. Estamos todos listos para tomarnos la medicina, ¿no

es así, Morrie? Adelante.

Taggart sacó otro de sus sempiternos papeles.

—Vocabulario: me complace informarle de que los alumnos de sexto están a la altura de los Estándares. —Morrie pareció a la vez aliviado e inquieto. Taggart le dedicó una mirada metálica—: Y los de séptimo salvan a los de octavo. —De repente, el inspector volvió los ojos hacia mí—. Éste joven ha obtenido la nota más alta de nuestros registros. Habrá que seguirle los pasos. Dentro de poco, no habrá una sola palabra que no conozca.

En esa época, por ejemplo, no conocía la palabra «dédalo», que toma su nombre del hacedor de laberintos del mito griego, y sirve para describir algo tan intrincado que resulta impredecible. No muchos años más tarde, por obra del dédalo de los giros que da la vida, el inspector escolar Harry Taggart estaría a las órdenes de Paul Milliron, el nuevo superintendente de Instrucción Pública.

Tras alcanzar el límite de sus cumplidos, Taggart retornó a la lista de resultados. Casi no podíamos creer el recital. Asignatura tras asignatura, la escuela de Marías Coulee tenía motivos para que el resultado se le subiera a la cabeza: estaba a la altura de los Estándares.

Mientras el inspector guardaba sus papeles, no podíamos dejar de sonreír. Miró de refilón a Morrie:

—Buen trabajo, señor Morgan —dijo, luego añadió con cara de póquer—: Evidentemente, se ha diplomado en algo más que *jugarretas* en Yale. Oliver, me gustaría hablar con usted un momento a solas. Solo quiero confirmar un par de cosas.

Papá y el inspector salieron de la casita. Morrie, Damon y yo guardábamos silencio, todavía aturcidos. Toby había pasado el día jugando y estaba como una rosa.

—Ya pasó todo, ¿eh? —empezó a parlotear—. A mí me ha caído bien el inspector. ¿A vosotros? ¿Qué vais a hacer en la Noche del Cometa? ¿No podéis contármelo ahora que he vuelto a la escuela?

—No —dijimos a la vez Damon y yo, y luego nos reímos.

—Te lo contaríamos si pudiéramos —dije para calmarlo—, pero tenemos que guardar el secreto. Solo hasta mañana.

Morrie descargó un puñetazo en la mesa, sobresaltándonos a los tres. Sonreía como un loco y volvió a golpearla de puro júbilo.

—La nota más alta de los registros, mi joven estudioso —dijo exultante. Para mí, esas palabras de orgullo eran como una corona de laureles.

—Ya verás cuando se entere Rose —lo secundó lealmente Damon.

—¡Sí! —refrendó Toby.

—Vaya... —dije sin saber qué más decir.

Por suerte, fuera se oyó un crujido y el Modelo T de Taggart volvió a la vida. Papá volvió a entrar.

—Pues bien —Morrie se arrellanó en la silla con un burlón gesto triunfal—. Creo que hemos salido todos muy bien librados, ¿no cree, Oliver?

—Demasiado bien en su caso —dijo papá sombrío—. Taggart ha quedado tan encantado que va a volver mañana para la Noche del Cometa.

—Simplemente no puedo contárselo, Oliver. Les di mi palabra a los alumnos. Aún más, lo juré por mis glándulas salivales.

Papá lo había intentado todo, salvo pegarle a Morrie con una palanca, para averiguar qué podía esperarse de la función del día siguiente. Morrie jugueteaba filosóficamente con sus gemelos y mantenía la vista en los rincones de la casita, como buscando fuerzas para resistir.

—Usted habrá guardado un secreto alguna vez, ¿no? Y sabía que tenía que guardarlo en las buenas y en las malas, pese a incendios e inundaciones, naufragios, avalanchas...

—Maldita sea, Morrie. Me tranquilizaría que no lo comparara solo con desastres. Por lo menos prométame algo: que hagan lo que hagan, la función no le dé motivos a Taggart para ponerle a la escuela una mala calificación.

—No tendría por qué.

—¿Qué le parece más bien: «Le garantizo que eso no pasará»?

—En escena siempre se corren riesgos. Por eso es una escena —dijo Morrie con aires de empresario teatral—. Lo único que le puedo asegurar es que los alumnos lo harán lo mejor que puedan. Ya lo han hecho hoy, si me permite recordárselo.

Papá se levantó de mal humor para irse a casa. Miró a Damon, que le respondió con una sonrisita de suficiencia, y se volvió hacia mí, que andaba todavía por las nubes tras el resultado del examen. Miró por último a Toby, que seguía haciendo pucheros porque tampoco a él le habíamos contado el secreto.

—Más les vale —dijo papá, sacudiendo la cabeza.

El cometa se había adueñado de la mitad del firmamento para cuando la población de Marías Coulee se reunió al completo en la escuela la noche siguiente. Los vecinos soltaban exclamaciones al bajar de las carretas: el anochecer había dado paso a la oscuridad, pero el fenómeno del cometa Halley dispensaba tanta luz que las sombras seguían alargándose en medio de la noche.

Si he de confesarlo, no acababa de gustarme la idea de compartir con tanta gente aquel mensajero de la madrugada que había sido hasta entonces mío y de Rose. Como Morrie había predicho, el resplandor ya era equivalente al de la Estrella Polar: parecía increíble, pero el cielo nocturno tenía un nuevo Norte. Lo más asombroso, de lejos, era la longitud monstruosa de la cola del cometa. En las primeras semanas, parecía

una pelota volante, colosal, que iba arrojando al paso plumas de luz. Aquélla noche, la estela vaporosa trazaba un arco a través de la bóveda celeste. La misteriosa polvareda cósmica dejaba entrever las constelaciones, y eso era lo más mágico: que a través de ella podía verse el firmamento.

Nuestro grupito se detuvo para echar un último vistazo antes de entrar en el aula. Habíamos venido todos en el imponente carretón de George y Rae, las mujeres con sus mejores galas, nosotros tres otra vez limpios y requetelavados, George y papá embutidos en los trajes que solían desempolvar para las bodas y los funerales. Con las cabezas mirando hacia lo alto, los unos junto a los otros, parecíamos los visitantes endomingados de un planetario. Solo faltaba que la tía Eunice declamara algo sobre la observación de los astros.

Papá, que era el escéptico de la noche, estaba tan boquiabierto como los demás.

—Dígame que no lo oí rezando hace un rato para que llueva —le dijo en broma Rose.

—En el campo la lluvia nunca sobra, Rose.

En realidad, papá aspiraba a que cayera un diluvio que disuadiera a Harry Taggart de aventurarse por los caminos embarrados. No había tenido suerte. El pequeño Ford del inspector escolar ocupaba ya un lugar de honor entre las carretas.

—Siempre pensando en los sembrados. —Rose apartó la vista un instante del cometa y miró a papá con fingida desaprobación—. ¿George está igual de mal, Rae?

—Como mínimo.

—Venga, Rae, venga —dijo George con suficiencia, sin dejar de mirar los astros.

El buen humor de todos (menos papá) era tan embriagador que podía embotellarse para la venta. Recordé el momento en que había dicho: «Para cuando venga el cometa tenemos que hacer algo». Renuncié a traducir al latín: «Del ímpetu nace la responsabilidad». Por su parte, Damon estaba en su elemento, que era la intriga. Y Toby apenas podía contenerse, porque justo antes de salir de casa Damon y yo habíamos cedido y le habíamos revelado el secreto, naturalmente sellándolo enseguida con otro apretón de manos y otro escupitajo. Pese a todo, no dejaba de ser un riesgo.

—Tú solo tienes que fingir, acuérdate. No lo hagas de verdad porque no has ensayado.

Se lo dijimos una docena de veces, pero con Toby nunca se sabía. Crucé los dedos, rogando que no se fuera de la lengua en un descuido. Y crucé los de la otra mano pidiendo que ni Morrie ni nosotros hiciéramos el ridículo antes de que la Noche del Cometa llegara a su fin.

El aula estaba abarrotada. Todo el mundo se había puesto de punta en blanco para el inédito acontecimiento, y la multitud bullía de curiosidad. Dos o tres granjeros habían ayudado a Morrie a montar bancos de tablas, que estaban tan llenos como los

pupitres. No dejaba de ser chocante echar un vistazo y descubrir los rostros de nuestros compañeros amplificadas en sus padres: una nariz hereditaria aquí, más allá un inconfundible par de orejas. Antes de ese día, nunca me había percatado de que el señor y la señora Drobny, padres de dos parejas de gemelos, parecían prácticamente gemelos. Todavía contemplaba la escena cuando divisamos a Isidor, Gabriel e Inez haciéndonos señas para que fuéramos a sentarnos con su familia.

Noté que más de uno seguía a nuestro pequeño grupito con la mirada. Rose no había escatimado el satén y llevaba un espléndido vestido de color verde manzana. La amnistía de la comunidad tenía sus límites. Por los saludos de unos y el silencio de otros, era evidente que no a todo el mundo le había hecho gracia que un ama de llaves tan guapa pasara la noche en casa del presidente de la junta escolar.

Sin embargo, esa noche había otras cosas de las que preocuparse. Bajo la pizarra, Morrie se las arreglaba con Taggart, como quien le hace mimos a un terrier a sabiendas de que muerde. El inspector escolar tenía pinta de estar inventándose un test para la Noche del Cometa.

Papá nos dejó instalados en la parte de atrás y se apresuró a ocupar su puesto de honor en la primera fila. Volvió al momento sobre sus pasos y se agachó a mi lado para susurrarle algo a Rose:

—Se me había olvidado decírselo... La escuela está impecable. Tuvo que haberse ido a dormir muy tarde el domingo por la noche.

Rose se limitó a sonreír. Parecía saber algo que no quería contarnos.

—¿Podemos empezar? —dijo una voz más que conocida desde el escritorio—. El cometa ha llegado puntual, y es un ejemplo a seguir para un maestro como yo.

La velada estaba en manos de Morrie. Llegada la hora de arreglarse, Rose y él hacían una pareja fenomenal. Ésa noche Morrie podía haber pasado por un maniquí de una tienda de alta costura: el traje de *tweed* era la viva estampa de la distinción y la cadena de su reloj parecía centellear por encima del chaleco. Con elegancia, dio la bienvenida a todos y en especial a papá, a Joe Fletcher y a Walt Stinson, y sobre todo a nuestro prestigioso visitante del Departamento de Instrucción Pública, que había venido desde Helena. Por un momento temí que se entusiasmara demasiado con los prolegómenos.

No habría tenido que preocuparme. Con la correspondiente gravedad, Morrie trasladó el planetario de mesa al escritorio, de modo que todos pudieran verlo, y le dio un solo empujoncito a la manivela, que puso a orbitar a los planetas. Luego, señaló en silencio la ventana central, que enmarcaba al cometa Halley con su cola de luz.

—Quizá no sepamos nada más sobre las peculiaridades de la vida, pero trazamos el curso de los días y las noches de acuerdo con las luces del firmamento —empezó con su mejor voz—. Éstos rayos de luz, que viajan a través de tremendos espacios de

tiempo, nos hacen saber que las estrellas penden allá arriba, a enormes alturas. La luz del Sol da sustento a nuestra vida, y la de la Luna nos arroja con ese manto de íntimas gestas que conocemos como sueños.

El público permaneció en silencio, pendiente de cada palabra, mientras Morrie se explayaba hasta los confines del universo y volvía una vez más. Lo abarcó todo, desde el hallazgo de Copérnico hasta la broma de Mark Twain sobre la exagerada noticia de su muerte y las exageraciones semejantes sobre el fin del mundo. Se dio cuenta entonces de que era hora de concluir y, con la gracilidad de un acróbata, le dio un nuevo empujoncito al planetario, para que los planetas reanudaran su majestuoso orbitar.

—El astrónomo Johannes Kepler nos legó el majestuoso concepto de la armonía de las esferas —tuve la sensación de que Morrie me hablaba directamente a mí, aunque sabía que no era el caso—, es decir, el hecho de que los planetas orbitan todos en perfecto orden y concierto. Ahora mismo, otro factor de esa armonía, que fue descubierto hace doscientos años por un genio llamado Edmund Halley, recorre el cielo por encima de nuestras cabezas. —Señaló de nuevo hacia la ventana, donde se extendía la luz del cosmos—. Solamente una vez en la vida veremos este cometa, que viene de la nada y se marcha de vuelta hacia la nada. Sin embargo, a su paso una cuerda resuena en lo profundo de nuestro ser. —Se detuvo un momento—. La armonía puede adoptar formas sorprendentes. Y nosotros mismos, en esta vida, en este mundo al amparo de las luces del cielo, hemos de inventarnos caminos en busca de esa armonía estelar. Me llena de orgullo anunciar que eso harán esta noche sus niños.

A través del aula abarrotada, uno por uno fuimos poniéndonos de pie: Damon delante de mí y Toby delante de él, y a nuestro lado Izzy, Gabe e Inez; y en el otro pasillo, Grover con sus gafas centelleantes y Verl y Vivian sin pelearse por una vez; y Arabrab, como un gato que se ha comido un canario, y Camelia, como si le hubieran tendido una alfombra de pétalos; y el pequeño Josef Kratka, aterrado pero presto a cumplir su deber; y Milo y Cari y Martin, haciendo lo posible por parecer civilizados; y Nick, Sam, Eva y Seraphina, y Miles y Lily Lee, y Marta, Peter, Ivo y Sven; todos, desde el primero hasta el último, formamos hasta el frente de la habitación, siguiendo el orden natural de los cursos, desde primero hasta octavo.

Morrie se plantó de cara a nosotros. Vi a papá a su espalda, agachado en la primera fila junto con los otros miembros de la junta y el inspector escolar. Repasó nuestras filas con la vista, hecho un manojo de nervios. Si no íbamos a cantar, y tampoco íbamos a silbar, ¿qué íbamos a hacer? Sin duda, aspiraba a que Morrie nos hubiera puesto a tocar campanas, por ejemplo, pero no había ni una sola campana a la vista.

Morrie dejó correr un minuto para que se nos pasaran los nervios. Se llevó la

mano derecha a la boca y todos asentimos. Estábamos listos.

—Damas y caballeros —anunció Morrie con toda pompa, a punto de dar la señal con la mano—, es un honor presentarles a la banda de armónicas de la escuela de Mariás Coulee.

Tres docenas de armónicas salieron en ese instante de nuestros bolsillos. Morrie dio el tono con la suya, y todos soplamos hasta encontrar una nota más o menos parecida. El sonido fue creciendo hasta hacerse ensordecedor. Morrie segó el estruendo con la mano libre y marcó luego el compás: un, dos, tres. Con un solo soplido conjunto, las treinta y seis armónicas atacaron la melodía de *Oh, Eastern Star*. En realidad, las treinta y cinco, porque Toby solo fingía tocar, salvo cuando se le olvidaba fingir y se quitaba de la boca la armónica para ver si la tenía al derecho.

El sonido tenía irregularidades y asperezas, y los espectadores debieron de sentirse arrojados dentro de un acordeón del tamaño de la escuela. No nos importó. No pretendíamos ser músicos filarmónicos: solo armónicos. Morrie nos había hecho trabajar duro y habíamos ensayado lo suficiente como para plasmar en el aire los fundamentos de la melodía: a partir de ahí, el éxito dependía del esfuerzo aunado de todos. Desde los más pequeños hasta los mayores, todos soplamos en ese instrumento básico como ninguno, poniendo todo el corazón en ello.

El peligro sobrevino cuando la última nota aspirada resonó bajo las vigas. Morrie nos había advertido de que no nos lo tomásemos a mal si pasaba lo peor. Secamos las armónicas con un par de golpecitos y aguardamos, tensos, la reacción del público.

No se rio nadie. Con uno solo habría sido suficiente. Una carcajada, una sola risita, habría relegado al nivel de «entrañable» nuestro armónico de armónicas. En su lugar, los padres de Marias Coulee aplaudieron con todas sus fuerzas.

—¡Otra! —gritaban—, ¡otra!

—Estábamos esperando esa palabra —dijo Morrie contento, e hizo una venia en nombre de todos.

El número siguiente fue un milagro aún más notable, al menos para mí. El virtuoso de nuestra orquesta era Milo. Probablemente nunca llegara a dominar una escala de la vida más compleja que la de la armónica, pero esa noche su solo de *Follow the Drinking Gourd* ^[3] se elevó como una dulce brisa hacia la noche, en busca de las constelaciones del espíritu. Los demás acometimos las notas del coro como un huracán.

Luego venía el número final. Por una vez, Morrie había renunciado a tentar la suerte, pues solo habíamos ensayado esas tres piezas. Se volvió hacia el público y anunció:

—Ahora tenemos que hacerles una confesión. Ésta noche, además de música, también habrá canto, pero los alumnos de Marias Coulee quieren pedirles que canten ustedes también. Ah, dirán tal vez: «pero no nos sabemos la letra de la canción...».

Dio un paso detrás del escritorio y enrolló el mapa colgante con el que solía cubrir las preguntas de los exámenes: la letra estaba escrita en la pizarra con su elegante caligrafía.

—Un último detalle —dijo Morrie, sacándole brillo a su armónica—. Toda canción necesita una voz cantante. Quisiera pedirle a mi querida hermana, Rose Llewellyn, que se acerque y nos guíe. ¿Tendrías la bondad, Rose?

Rose se abrió paso hasta el frente del aula, sonrojándose como pedía la ocasión. Se volvió hacia el público con toda compostura. Era una aparición envuelta en satén, capaz de derretirle el corazón a cualquiera. Damon, Toby y yo sonreímos orgullosos, y papá trató de hacerse el indiferente. Morrie se puso de puntillas y marcó de nuevo el compás: uno, dos y tres. Las armónicas atacaron en masa la entrañable tonada conocida por todos, y Rose se puso al frente del canto con su melodiosa voz:

*Quando veo brillar el lucero
sé cuan lejos he llegado.
Han quedado atrás las pruebas
en la noche junto al hogar.*

Concluida la música, papá y Morrie todavía tenían que vérselas con Taggart. Fui con ellos a su encuentro mientras la multitud se dispersaba y las familias se encaminaban a casa entre notas perdidas de las armónicas.

—Desde luego, nunca he visto nada parecido en un aula escolar —dijo el inspector, mirándolos por turnos, pero sin que los ojillos delataran su opinión. De pronto, estiró el brazo y le dio una palmada en el hombro a Morrie—. ¡Tiene un diez en iniciativa!

Luego se volvió hacia papá y le dio otra palmada el doble de fuerte:

—Y esa señora Llewellyn... ¡Qué fichaje!

Qué distante y distinto parece ahora ese cometa que pasó hace medio siglo y trajo consigo el triunfo de Morrie.

Y cuántas lágrimas acuden hoy a mis ojos bajo la cimitarra del *Sputnik*. Empiezo a llorar y no puedo remediarlo. A mi edad, el llanto está reservado para la muerte, para cuando se marchan los seres queridos, los amigos constantes, aquellos que, a su paso por la vida, le han tocado el corazón a uno. Lo entiendo en lo más profundo de mi ser, pero no me sirve entenderlo hoy.

Qué espectáculo debo de estar dando: un hombre de mi posición, arrastrando los pies desde la casa hasta el campo de labranza, más allá, hasta la poza, y de vuelta una vez más, con las lágrimas cayéndole sin remedio por las mejillas, y los zapatos finos

y el dobladillo de los pantalones manchándose de barro. Si alguien apareciera por el camino —Emil Kratka, que trabaja la granja a la parte conmigo, o algún otro de los agricultores de secano que sobreviven—, sabrá enseguida que estoy dando el espectáculo, porque me han pedido que, esta noche, dicte la sentencia de muerte de las escuelas de una sola aula.

¿Cómo es que el hatajo de tontos que encabeza el presidente del comité de asignaciones no alcanza a ver que, ahora que empezamos a arar también el firmamento, esta purga de escuelas rurales es un grave error? El *Sputnik* surca el cielo a la misma distancia de Marias Coulee que de Pasadena o Nueva York, pero son las escuelas rurales las que se han quedado rezagadas frente a nuestros tiempos.

Las escuelas centrales. Ése es el nuevo grito de guerra. En otras palabras, se trata de deshacerse de las escuelas unitarias y someter a los estudiantes a interminables viajes en autobús hasta una ciudad lejana, de establecer residencias escolares sobre ruedas.

He llegado a pensar que el presidente del comité de asignaciones puede tener alguna inversión en las empresas de autobuses. Tal vez, el pánico que siente es sincero y cree de verdad que el lanzamiento de un satélite puede transformar a Nikita Jruschev en Albert Einstein. Sea como sea, el resultado es inalterable. Ayer mismo dio un puñetazo en mi escritorio y me tachó de anticuado propagandista del New Deal. Es un hombre tan lerdo que ni siquiera se percató del contrasentido de lo que decía. Morrie le habría saltado al cuello.

Lo que me han pedido, o más bien ordenado, no es solo la extinción forzosa de las escuelas unitarias. Con ellas morirán también los distritos rurales, que han venido batallando desde los días de la colonización para sacar adelante sus granjas y sus sembrados en las secas tierras de Montana. (Supongo que es lo ideal para que Billings se llene de gente y sus vendedores de coches hagan negocio). Ya no habrá escuelas para que los niños estudien. No habrá escuelas para los bailes de los sábados por la noche. No habrá escuelas para el día de las elecciones, ni para las reuniones de la asociación de granjeros, ni para el club de jóvenes, ni para el concurso de bordado, ni para el torneo de canasta, ni para el grupo de lectura. Para ninguno de esos encuentros que son el pan y la sal de la comunidad.

No es de extrañar que se me salten las lágrimas. Damon tenía razón desde hace muchos años, cuando suponía que todos mis agobios procedían de las pesadillas; esta es la pesadilla mayor. Le he dado muchas vueltas a las alternativas: puedo tratar de mitigar esta política insensata que apuesta por poner a los niños a recorrer kilómetros en un autobús en vez de formar sus mentes o, en acto de protesta, puedo renunciar. Por desgracia, no soy de los que renuncian. Ya puedo ver las caras de los delegados de las escuelas rurales cuando nos reunamos en Great Falls dentro de unas horas y yo saque del bolsillo del traje las notas que traigo preparadas. Sí, tengo fama de ser un

maestro a la hora de limar el filo de los hechos.

—«Las escuelas de distrito están inscritas dentro de una tendencia irreversible en el estado, y el comité de asignaciones ha mostrado poco margen...» —dice el texto que he escrito—. «El Departamento de Instrucción Pública recomendará que ningún alumno tenga que hacer un viaje de más de una hora y media en cada dirección para asistir a clases...» —promete—. «Haremos cuanto esté en nuestras manos para asegurarnos de que los maestros rurales sean trasladados a un distrito de su elección...» —ofrece.

Si de algo puedo jactarme, es de saber envolver los duros hechos con palabras de algodón.

Por más vueltas que dé la vida, soy el producto de una de esas escuelas que me han pedido que entierre. Si en Marías Coulee no se aprendían las lecciones de la escuela de la vida, no sé dónde más podrían aprenderse. El cometa Halley nos trajo aún una más, después de que Morrie, como un mago, atrapara al vuelo la bola de fuego celestial cuando estaba en su máxima magnitud. Dos días más tarde, al final de la jornada, Walt Stinson se detuvo de camino a casa para traernos el correo y felicitar a papá por la charla de Morrie y nuestro concierto de armónica. Papá estaba radiante de satisfacción.

En cuanto salieron para seguir charlando fuera, como hacen todos los granjeros, Damon (siempre ávido de nuevas noticias deportivas) se lanzó de cabeza sobre los periódicos. Me levanté para echar una mano con las patatas que papá había abandonado a medio pelar cuando lo oí inspirar aire ruidosamente.

—Tengo que contárselo ahora mismo a Morrie —dijo en un susurro.

—¿Qué pasa? —dije en broma—. ¿Nelson Hacha de Guerra destrozó al Rompehuesos de Misuri o algo así?

—No. Mark Twain murió en la Noche del Cometa.

—Veníos los dos conmigo hoy, ¿vale? —nos dijo papá de repente el sábado por la mañana—. Tengo que subir al Dique Grande a cobrar.

A Damon y a mí nos entusiasmó. Nos apresuramos a terminar las gachas mientras papá subía a contárselo a Toby, que todavía estaba durmiendo. En otra habitación, Rose estaba a punto de rematar su primera tarea del día: le había silbado *When I See That Evening Star* hasta terminar con ella.

—¿Por qué yo no puedo ir? —dijo Toby, como era de imaginar.

—Hoy nos corre algo de prisa y no podemos llevarte en la grupa. —El tono de la voz de papá era inapelable—. A estas alturas ya no vale la pena correr riesgos con el pie. Solo falta una semana para que el doctor venga a echarle la última mirada... Seguro que quieres que te dé el alta del todo, ¿no?

—Sí, pe-pe-pero... Rose acudió al rescate.

—¿Toby? —lo llamó desde el pie de las escaleras—, ¿me ayudas a contar los cubiertos? Tengo que limpiarlos hoy. Y más tarde yo te ayudo a llevar a *Houdini* a nadar, ¿vale?

—Eres un encanto, Rose, una perita en dulce —dijo papá, aliviado.

—No me gusta que me comparen con nada que crezca en los árboles —contestó ella en voz baja, y volvió al instante a sus quehaceres.

Papá regresó a la cocina sonriendo de oreja a oreja.

—No os quedéis ahí sentados con esas orejas largas —nos dijo a los dos—. Nos vamos.

Sonreía todavía radiante después de que ensilláramos y enfiláramos uno al lado del otro el camino hasta el Dique Grande, con el sol de la mañana calentándonos las espaldas. Por lo general, solo la lluvia pone contento a un agricultor de seco, pero últimamente el humor de papá se había adelantado al buen tiempo. Yo ya no sabía qué pensar. Por las mañanas, aparecía por la cocina antes de que Rose y yo dejáramos de susurrar para tomarnos el cacao. Y eso no era nada. Pasaba el día con una expresión soñadora en el rostro, como si la vida hubiera vuelto a comenzar. En cuanto a la faena de la granja —de ambas granjas—, era como si volviéramos a estar en Año Nuevo: no había manera de atajar a Oliver Milliron cuando se le cruzaba en el camino un trabajo. Por lo visto, también esa mañana había zarpado viento en popa rumbo a la vida, hubiera cosecha o no.

Los tres conformábamos una estampa que ya no se ve por los caminos. Un hombre más bien grandote, que por la manera de montar debía de ser granjero, con el sombrero bueno y cierta manera de otear a lo lejos. Dos niños, casi de la misma talla, pero en absoluto gemelos. Brioso e impulsivo como *Paint*, su potro pinto, Damon podía alzar las piernas de los estribos y todo si una idea lo asaltaba en plena marcha.

Yo iba encima de *Joker*, sin mover apenas un músculo, pero me debatía por dentro en un tira y afloja sin cuartel ante mi última clase con Morrie.

—¿Y esto? —Morrie observó con ojos desconfiados el folio no pedido que le había deslizado sobre el escritorio. Sin duda aún recordaba el episodio de «la vaca, valla redonda».

—Estoy trabajando con los numerales.

El latín había vuelto a su horario natural, después de la escuela, y estábamos solos.

—Terminarás siendo más romano que los romanos —dijo, como si no acabara de gustarle la idea.

Sin embargo, estaba de un humor inmejorable desde su éxito clamoroso con el inspector escolar y la Noche del Cometa. Papá se había dejado llevar por el entusiasmo y había prometido subirle el sueldo el año siguiente. Comprendí que iba a perturbar esa paz, pero no podía quedarme callado.

Morrie hizo a un lado su volumen de Shakespeare y echó un vistazo a la letra de imprenta:

Mark Twain
MDCCCXXXV - MCMX

Morrie levantó la vista al instante.

—Por desgracia, en esta ocasión no se trata de una noticia exagerada —había dicho al empezar la jornada, al día siguiente de que Damon la descubriera en el periódico—. Ha fallecido un gran hombre y aparentemente el cometa se ha llevado en andas su ataúd. Pero detengámonos en esa palabra, «aparentemente».

Se lanzó luego a un sermón sobre los presagios que eran coincidencias, albures de la probabilidad. A todas luces, estaba sorprendido de que por propia voluntad volviera a pelearme con los números, además en latín. Con todo, examinó mis esfuerzos:

—Veamos, mil ochocientos treinta y cinco a mil novecientos diez, sí, es correcto. Has acertado una vez más, *philologe novissime*.

No obstante, yo no quería que me felicitara por ser un joven estudioso.

—¿Morrie? Eso da setenta y cinco años justos. Desde la última vez que... ¿lo entiende?

—Seguro que me habría ido bien en Tasmania —se quejó Morrie—, no me cabe duda. —Me miró con ojos perfectamente impasibles, decidido a corregir mi error—. Ahora no te me pongas tú supersticioso, Paul. En cualquier conjunto de

circunstancias puede haber más de una coincidencia. Lo sabes, ¿verdad? Cuando se sacan conclusiones de ella, simplemente se les asignan significados. —Le dio un golpecito a mi hoja de papel—. En este caso, se reducen a una coincidencia entre la fecha del nacimiento de un hombre famoso y la fecha en que ha muerto, por desgracia. Nada más ni nada menos.

No me estaba diciendo nada nuevo; en mis sueños, nunca tropezaba con una coincidencia que no hubiera ansiado conjurar. Sin embargo, tanto en el sueño como en la vigilia, hay situaciones en que uno no puede dejar de rumiar el significado de las cosas. Y yo no podía evitarlo en ésta, por mucho que Morrie repitiera que era una coincidencia. El hecho de que Mark Twain hubiera venido al mundo con el cometa Halley y se hubiera marchado con él trazaba un paréntesis en el firmamento que daba mucho que pensar.

—Ahí va esa cosa —dijo Damon en cuanto el Dique Grande apareció al final del camino.

Como siempre, avistaba las cosas el primero. Papá y yo tardamos varios segundos en registrar la estructura distante que parecía reptar muy despacio. Era la excavadora a vapor que atravesaba el llano de Westwater rumbo a un vagón de ferrocarril. El artefacto había dejado en su estela canales y diques laterales donde ya se acumulaba el agua para irrigar: la lluvia regulada, por así llamarla. ¿Quién habría dicho entonces que esos proyectos eran el futuro? Ni siquiera cuando el cielo cedía y regaba nuestros sembrados, como finalmente ocurrió esa primavera, era suficiente. En realidad, nunca sería suficiente. Y, sin embargo, de una forma u otra, el secano sobrevive hasta hoy en parajes de Montana como el nuestro. El acero del arado tarda en mellarse más que ningún otro.

Damon y yo vagamos un rato por los restos del campamento mientras papá hacía las cuentas en la oficina. Ya habían desmontado casi todas las demás tiendas: los peones se habían marchado, como el Hermano Jubal. Los Provonost habían trasladado la suya a la nueva estación agrícola, donde su padre iba a arar en los cortafuegos hasta que terminara el año escolar.

—Los voy a echar de menos el año que viene —dijo Damon, muy serio.

Isidor, Gabriel e Inez nos habían anunciado que en el verano se mudarían a Gros Ventre, al pie de las montañas.

—Yo también. Pero Gros Ventre tampoco está al otro lado del mundo. Tal vez volvamos a verlos.

—Tal vez.

Papá salió de la gran tienda con pinta de traer buen dinero en los bolsillos. Era bastante probable que lo necesitáramos. La contabilidad de la familia Milliron ya tenía dificultades para mantenerse al día con papá al frente de una sola granja. ¿Qué

ocurriría ahora que había sembrado también la tierra de Rose si había sequía?

El afable hombre que se subió al caballo entre Damon y yo parecía ajeno a tales preocupaciones. Quién sabe en qué andaría pensando: en todo caso, tenía cara de satisfacción. Mientras cabalgaba a su lado, deseé que esa paz interior fuera hereditaria. De regreso, teníamos el cementerio justo delante y traté de no mirar hacia allí. No quería abrirle otra puerta a la tía Eunice, ahora que ya no dormía en su cama embrujada en casa de Rose.

No habíamos recorrido un trecho muy largo cuando papá tiró de las riendas como si se le hubiera ocurrido una idea.

—¿Y si hacemos una carrera? Eso sí, tendréis que ser considerados con un anciano.

—¿Si no corremos sentados para atrás te parece suficiente? —Damon no perdió la ocasión de lanzarle una pulla.

—Crío impertinente —dijo papá, pero siguió sonriendo—. Venga, el derbi de los Milliron. De aquí hasta el final de la cerca.

Formamos a lo ancho del camino y en cuanto papá dijo: «¡Ya!», los tres taloneamos los caballos en las costillas. Y partimos al galope. Lo digo todavía, no hay mejor lugar que el lomo de un caballo cuando uno tiene la edad que teníamos Damon y yo. Me agaché sobre el cuello de *Joker*, con la crin aleteándome en la cara como una bandera. *Paint* corría a nuestro lado nariz con nariz, con Damon guiándolo pegado a la silla. Papá no nos daba ventaja, pero rebotaba en los estribos más que los dos juntos, como suelen hacer los mayores. El final de la cerca se aproximaba a nosotros con cada tranco.

Damon se lanzó en pos de la victoria, y llegó primero. *Joker* y yo lo apretamos, pero no batallamos palmo a palmo, como aquella vez con Eddie Turley y su enorme caballo gris. En algún momento de ese año —quizá mientras leía a Fabio Cunctator, maestro de la postergación—, había decidido ahorrarme de vez en cuando un triunfo, para cuando realmente valiera la pena. Eso sí, me aseguré de ganarle a papá.

—Morrie tenía razón —resopló, cuando cruzamos la meta y aflojamos el paso—. Sois los dos de una tribu de jinetes locos. Y muy pronto Toby estará otra vez brincando detrás de vosotros. ¿Qué puede hacer un padre ante eso?

Lo que hizo fue enfilear su caballo hacia la entrada del cementerio.

—Ya que estamos aquí... —Su despreocupación era fingida, y nos dimos cuenta—. No tardaremos mucho.

Damon y yo nos miramos igual de sorprendidos. Hacía tiempo que no íbamos al cementerio. De hecho, no habíamos vuelto desde que la tía Eunice encontró el reposo eterno, si es que podía llamarse así.

El camposanto de Marías Coulee estaba en lo alto de una loma y los caballos acometieron al paso la cuesta, resoplando por el esfuerzo inesperado. Un chorlito gris

atravesó en zigzag el camino, arrastrando penosamente el ala para engañarnos y alejarnos de su nido. Sobre las tumbas, la hierba cabeceaba movida por el viento con una extraña vivacidad. Papá se puso al frente y avanzamos en fila india para no pisar las sepulturas. Damon se revolvió inquieto mientras desfilábamos despacio entre las lápidas. Tampoco yo me había sentido nunca a gusto en aquellos largos corredores de mármol y granito, entre las piedras pacientes que nos aguardan a todos.

La lápida de mamá estaba al final de una fila. Desmontamos de los caballos.

Con gesto resuelto, papá se inclinó ante la tumba y arrancó los dientes de león y las malas hierbas. Quitó los líquenes aposentados sobre el epitafio. Damon y yo esperamos indecisos detrás. Todavía no entendíamos nada, pero parecía que papá no quería ayuda.

—Damon, Paul... —dijo de pronto—. Tengo que contaros algo. No digáis nada hasta que termine, ¿vale?

No sonaba nada bien, pero los dos asentimos parpadeando.

Papá se pasó las manos por el rostro, como si no quisiera ver la lápida que teníamos enfrente. Las dejó caer despacio. Las palabras le costaban esfuerzo y le temblaba la voz.

—No he podido evitarlo. He hecho todo lo que he podido, pero he acabado enamorándome de Rose. Tal vez fue por todo ese tiempo que se quedó en casa mientras Toby estuvo en cama. O tal vez es que soy lento y no me di cuenta, pero ya no hay caso. Estoy perdidamente enamorado de ella, como un... —se detuvo casi demasiado tarde, antes de decir «escolar»—... como un potrillo.

No sé qué vio Damon mientras miraba boquiabierto a papá. Yo veía el rostro de aquel hombre que había dado un paso de gigante hacia el Oeste, con todas sus posesiones, a bordo de un vagón de emigrantes del Great Northern Railway. Veía a Oliver Milliron, arrastrado por el profundo deseo de dejar el mundo conocido y embarcarse hacia una tierra incógnita.

Papá tomó aliento con dificultad.

—Voy a llenarme de valor para pedirle a Rose que se case conmigo. Os he traído a los dos aquí para decirlo en el lugar más difícil de todos. Para ver si era capaz.

Hasta el viento dejó de soplar. El silencio se hizo más hondo, y papá trató de recobrar la compostura.

—Bien, ¿qué decís vosotros? —Nos miró con ansiedad—. Si Rose se une a la familia, las cosas no serán iguales que con mamá.

—Yo digo... —Sentí que tenía que hablar. Sorprendentemente, Damon no parecía confiar en su propia voz. Papá me lanzó una mirada—. Digo que vamos a oír silbar bastante más a menudo.

La pausa fue larga antes de que papá decidiera qué cara poner. Poco a poco, el conato de estornudo que anunciaba la risa se abrió paso en su nariz. No creo que el

comentario lo mereciera, pero se rio hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Ahora va a ser nuestro tío además de nuestro maestro, ¿verdad, Morrie?

—¿Cómo?

Lo pillé desprevenido, frotando un trozo de tiza contra la pizarra mientras preparaba el examen de historia del día siguiente para sexto.

—Ah, sí. Vamos a tener que disimular. —La mirada por encima del hombro me instó a concentrarme en la traducción de los doce trabajos de Hércules, de los que llevaba tres—. Cuando tengas ocasión busca en el diccionario de latín *avunculus* —me aconsejó—, así no tendrás una decepción tan grande si no estoy a la altura de la definición. —Levantó la tiza y se entretuvo un momento más—. De hecho, supongo que sería más adecuado decir que seré vuestro tiasstro. Salvo que la palabra no existe. ¿Dónde está Shakespeare cuando más lo necesitamos?

El círculo del amor depende del ángulo desde donde uno lo mire, lo comprendí en el curso de esa semana loca después de que papá le propusiera matrimonio a Rose.

En cuanto llegó a la casa de los Schricker, todavía nervioso y aturdido, y soltó la noticia de que Rose y él iban a casarse, Rae lo miró con cara de estar ya al tanto:

—Pero, claro, por supuesto.

—Me alegro por ti —consiguió decir George.

En la escuela, Damon y yo salíamos al recreo esperando las opiniones que nuestros compañeros habían oído en sus casas. Más de una vez tuvimos que apretar los puños ante un comentario crudo o una mirada lasciva, pero en la mayoría de los casos —los políticos con los que trato ahora podrían aprender algo de educación en un patio de escuela— nuestros compañeros nos hicieron saber que la comunidad respiraba aliviada: por fin, las cosas se regularizaban en casa de los Milliron. Los gemelos Drobny me dieron tantas palmadas en la espalda para felicitar me que acabé doliéndome.

La reacción de Toby fue quizá la más pragmática.

—Rose, ¿podemos seguir llamándote Rose?

Cuando se deslizó en la casa a la hora de siempre, al día siguiente de que papá la asaltara con la pregunta, estaba tan radiante que habría hecho volver la cabeza a un girasol. Yo seguía algo aturdido y me quedé mirándola cuando se detuvo en el umbral de la cocina, como si allí estuviera el altar. Su sonrisa ensoñada apenas se frunció cuando me divisó desde el otro lado del cuarto: su único y sempiterno espectador.

—Ésta mañana me desperté y me di un pellizco —susurró, como si yo se lo hubiera preguntado— para saber si lo que me está pasando es verdad. Parece todo un sueño, ¿no?

—Ya está listo el cacao —dije, eludiendo el tema.

Se deslizó en la silla más próxima a la estufa, en diagonal frente a mí. Comprendí que a partir de entonces ése sería su puesto en la mesa. El puesto donde solía sentarse mamá.

Jugueteó con la taza, sin beber siquiera un sorbo para guardar las formas. Escrutó la taza de cacao como si fuera una bola de cristal.

—A ratos me pregunto... si seré capaz.

Tontamente, pensé que se refería a batir los huevos y realizar otras proezas culinarias.

—No sé, si te revuelve demasiado el estómago...

—No sé cómo se cría a un chico. —Su susurro acalló el mío—. Quiero decir, a un niño, sobre todo si es hijo de otro.

Su arruga entre las cejas se había hecho más honda. En sus ojos asomaba un brillo, como el que había visto en el cementerio en los de papá.

Me sentí como en el banquillo de los acusados. Con la lengua trabada, desorientado, torpe. Después de haber perdido a su madre, ¿cómo se puede empezar a querer a otra de corazón? Podía dorarle la píldora a Rose, pero los hechos seguirían paseándose por la casa encarnados en nosotros tres. Damon era un intrigante, había que aceptarlo. Toby volaba aún en la alfombra mágica de la inocencia y la confusión, y por el camino iba a romper cosas, si no se rompía otro hueso: estaba comprobado. Papá era otra historia, y Rose tendría que juzgarlo por sí misma, pero, hasta donde yo alcanzaba a ver, nosotros tres no éramos precisamente un chollo. Por otra parte, correr aventuras con un negocio de guantes, coquetear con la perdición y subirse a un tren hacia un lugar desconocido del Oeste tampoco eran precisamente las credenciales de una madre. Sin embargo, ni ella ni nosotros tendríamos más remedio que estar unidos, como rezaba ese antiguo dictado del destino, en las buenas y en las malas.

Al final, lo único que en realidad podía ofrecerle a Rose era el beneficio de la duda.

—Papá ya tiene experiencia de sobra criando niños —susurré. Y luego añadí—: En todo caso, a Tobe, a Damon y a mí nos consta por escrito que no muerdes.

Rose soltó una risita, aliviada de que la conversación tomara ese rumbo.

—Fue Morrie el que puso eso en el anuncio. Es un gracioso nato —sacudió ligeramente la cabeza—. Tendré que acostumbrarme a estar sin él. Un poco más.

Me revolví en la silla. Costaba cortar con los hábitos de una vida en virtud de una alianza matrimonial.

—No se la entregaría a nadie que no fuera usted, Oliver —había declarado con galantería Morrie, al enterarse del compromiso.

¿Por qué me recordaba a su rendición de última hora, después de que Rose se hubiera empeñado en comprar la granja de la tía Eunice? ¿Y si (peor todavía) echarse

para atrás era un rasgo de familia? Por más que yo no tuviera mucha experiencia, no había nadie más para hacer el diagnóstico.

—Eh, Rose —murmuré, con un soplo de voz—, ya sé que esto es un gran paso, como dicen, pero si, eh, tienes dudas, creo que papá preferiría que las dijeras ahora, y no después...

—No, no, no tengo ninguna —susurró con firmeza—. Tu padre es un hallazgo. —Se sonrojó—. Quiero decir, toda una sorpresa. La mejor de mi vida.

Siempre me he preguntado si Rose ya estaba al tanto el día que papá le propuso matrimonio. ¿Había empezado a silbar la marcha nupcial de Mendelssohn en cuanto nos vio enfilarse a los tres por la ruta más larga hacia el cementerio? Si fue así, disimuló por completo cuando volvimos a la granja al galope. Todavía la veo al pie de la poza turnándose con Toby para arrojarle el palo a *Houdini*, de modo que el perro se zambullera para atraparlo y acabara dándose un baño por minuto. La veo como si estuviera allí, en el Distrito de los Lagos, con el delantal blanco en medio de los colores de la naturaleza, como si fuera una imagen de un poema de Wordsworth.

—Veo que habéis vuelto el mismo día —nos dice otra vez, como si, en general, los hombres no tuviéramos la costumbre de volver a casa.

Recoge el palo, echa el brazo hacia atrás y otra vez lo lanza por los aires. Los varones de la familia Milliron —Damon y yo nos sentíamos bastante mayores después de la conversación con papá— nos acercamos hasta ella codo con codo, sonriendo como tres tontos. Yo habría dado la uña del dedo gordo por oír a papá declarándose, y Damon probablemente las de los dos. No obstante, cumplimos nuestro deber y nos llevamos a Toby, que no entendía nada, con la excusa de que Damon y yo nunca conseguiríamos cazar una ardilla sin su ayuda y la de *Houdini*. Los dejamos solos a los dos, para que buscaran un terreno propicio: una mujer acostumbrada a mantener a raya toda una casa, y un hombre que se debatía con sentimientos que había jurado no tener nunca. Por lo visto, las dificultades del latín no eran nada comparadas con las del romance.

El cacao se había enfriado. Los dos recordamos dónde estábamos, algo abochornados por los temores que nos habían desbordado en la cocina esa mañana.

Rose se rio por lo bajo.

—No sé dónde tengo la cabeza hoy. Ni siquiera se me ocurrió mirar el cometa.

—Qué lástima. —Eché un vistazo a la ventana, aunque a esas alturas la luz del día ya había acortado las horas en que se apreciaba el cometa—. Ahora le está saliendo una cola nueva.

—No te burles —murmuré, aunque no parecía del todo segura—. A veces eres peor que Morrie.

—Compruébalo tú misma mañana por la mañana —dije, altivo—. Morrie nos lo explicó en clase. —Tracé un largo arco con la uña en el mantel de hule y se lo señalé

—: Aquí, al final de la cola, hay un gas que se separa del polvo del cometa. Dicen que lo atrae el Sol, nadie sabe bien cómo pasa, pero a veces la cola se le cae y le sale una nueva. Y eso es lo que está pasando ahora.

Rose no tuvo más remedio que creer en mi palabra, porque esa noche las nubes escondieron el firmamento donde el cometa se afanaba en engendrar su nueva cola. Cuando me asomé a la puerta al otro día, el cielo parecía una pila de ropa sucia acumulada durante semanas, donde lo gris se mezclaba con lo blanco. Caminé esperanzado hasta el campo de Rose y traté de distinguir el gorjeo de los zarapitos, que cuando cantan al alba anuncian lluvia. Ésa mañana no encontraban la partitura, pero tampoco era para inquietarse. En algún momento tenía que llover, ¿no?

Día tras día, partíamos rumbo a la escuela bajo las nubes oscurecidas, seguros de que iban a hacernos falta los impermeables —papá se lo ponía a Toby antes de subirlo a mi grupa, y Morrie volvía a ponérselo cuando lo encaramaba a espaldas de Damon para la vuelta a casa—, pero todas las tardes regresábamos sin habernos mojado un pelo. Ésa amenaza enervante que no llegaba a concretarse duró toda la semana. «Maldita sea —pensé el viernes por la noche—, seguro que va a ser mañana».

Rose se presentó el sábado igual de contenta que en los últimos días. La expectativa le sentaba bien. Se le habían pasado los nervios, y ahora parlotábamos todas las mañanas sobre la nueva vida que nos esperaba a todos. Sin que hubieran llegado a decirlo, ella y papá habían decidido que era más prudente arrancar con el pie derecho ante la opinión pública de Marias Coulee. Habían fijado la fecha de la boda para el primer domingo después del final de clases: no faltaba demasiado, pero sí lo suficiente para dejar claro que no les corría prisa ni la cigüeña venía pisándoles los talones. Por supuesto, por aquel entonces todo eso se me escapaba. Lo único que sabía era que Rose estaba en su propia nube, y también papá. Ésa mañana en particular, dio un brinquito al entrar en la cocina y los rizos le rebotaron alegremente en la frente:

—Parece que va a llover —dijo en un susurro ronco, lleno de esperanza—. Tal vez hoy sí.

—Y vamos a tener problemas —predije, sin preocuparme siquiera de bajar la voz.

Rose no había acabado de sentarse y se detuvo helada. Me interrogó en silencio con los ojos como platos.

—No va a venir, ¿verdad?

El estridente grito venía del piso de arriba y el eco retumbó unos instantes por toda la casa, antes de que lo empujaran fuera los sonoros sollozos de Toby.

—De eso hablaba —dije yo.

Salimos los dos a la carrera de la cocina. Papá se estrelló con algo en su cuarto y

apareció en el pasillo metiéndose los faldones de la camisa en el pantalón y aplastándose el pelo con la mano. Se detuvo en seco al ver a Rose y le dedicó una sonrisa inocentona de novio al que le faltan dos semanas para la boda.

—Buenos días, querida. Parece que nuestro paciente tiene una crisis de impaciencia. Ven, sube, más vale que vayas cogiendo práctica. Tú también, Paul. Necesitamos refuerzos.

Cuando llegamos, Damon se había pasado a la cama de Toby arrastrando por el camino las sábanas y las mantas de la nuestra y lo tenía abrazado.

—¿Qué pasa, Tobe? ¿Qué tienes? —le preguntaba con ojos legañosos, pese a que para entender bastaba con mirar por la ventana.

—¡El doctor! —Tobe contuvo indignado las lágrimas para lanzar otra andanada de gritos al vernos a Rose, a papá y a mí, y señaló la ventana gris junto a su litera—. ¡Va a llover y no va a venir! ¿Por qué no podía llover hace dos días?

Era un desespero justificado. El doctor había quedado en venir ese día para revisar el pie por última vez pero, salvo en caso de vida o muerte, ningún médico en sus cabales se habría atrevido a aventurarse en un Modelo T rumbo al diluvio que iba a caer sobre los caminos de Marias Coulee. La niña de los ojos de Henry Ford no estaba a la altura de nuestros barrizales. Al igual que todos nosotros, Toby había visto a suficientes conductores novatos en la cuneta con sus automóviles como para aspirar a que el doctor lo visitara bajo esos nubarrones que prácticamente se arrastraban por el suelo. Sentí una punzada de pena por mi hermano. Por lo visto, después de todas esas semanas, iba a tener que seguir cargando con su pie a cuestras como si fuera de cristal. Y por eso vociferaba.

—No, no es justo —convino enseguida Rose, y se arrodilló para secarle las lágrimas con un elegante pañuelito con las iniciales «RL», nada que ver con el viejo trapo amarillento que la tía Eunice solía emplear para esos menesteres—. Pero el médico va a venir en cuanto pueda. Estoy segura.

No era cuestión de ponerme a dar alaridos pero yo ansiaba con tantas fuerzas como Toby que estuviera en lo cierto. Tenía la espalda casi desollada de llevarlo a la grupa por las mañanas, porque mi hermano no paraba de menearse y revolverse ni un instante. Damon ya estaba más despierto y parecía igualmente acongojado ante la perspectiva de seguir llevando de pasajero a nuestro derviche giróvago. Todos en la familia, incluyendo seguramente a *Houdini*, estábamos más que deseosos de que certificaran de una vez a Toby como remendado.

Papá, sin embargo, se encontraba ante un dilema. Como granjero estaba deseando que lloviera a mares, pero ahora tenía también un hijo con una decepción de caballo ante la perspectiva de que lloviera y todo quedara embarrado. Lo vi mirar con disimulo los nubarrones grises y luego la carita ensombrecida de Toby.

—Pues iremos a verlo nosotros, Tobe —resolvió con valentía—. Los caballos

pueden sacar el carro del barro sin problemas, mientras no caiga una tempestad. Echaré la lona por encima para que no nos mojemos. Y llegarás como un príncipe a la casa del doctor.

—¿D-d-de verdad? —Toby contuvo sus sollozos ante la perspectiva de ir a la ciudad. Se limpió los mocos con la mano, y Rose se apresuró a sustituir la mano por el pañuelo. Toby la miró con veneración entre las últimas lágrimas—. ¿Tú vas a venir con nosotros, Rose?

Rose miró a papá.

—Si puedo ayudar en algo...

—Me encantaría que nos acompañaras. —Papá sacudió la cabeza—. Pero será mejor que te quedes al mando aquí. Anda, Tobe, vístete. Damon, tú también podrías ponerte algo de ropa.

Empecé a ilusionarme con la idea de acompañarlos yo, pero papá me hizo saber que me aguardaban otras tareas en cuanto bajamos por la escalera.

—Hay faena en el establo —dijo con la cabeza en otra parte—. Damon y tú os encargáis, ¿entendido?

Luego soltó un suspiro extraño y se volvió hasta quedar frente a frente con Rose. La miró con determinación, y ella lo miró intrigada. Empecé a recular hacia la cocina para dejarlos solos, pero papá me llamó con el índice.

—Tengo otra tarea para todos. Las cosas de Florence —se inclinó para abarcarme en la mirada—, las cosas de mamá... Hay que sacarlas del armario.

—No, Oliver. Yo no podría...

Hasta entonces Rose no se había topado con ninguna tarea que no pudiera doblegar, pero ahora parecía aturdida. Tampoco a mí me atraía la idea de abrir un armario en el que cada puntada de cada prenda me traería un recuerdo de mamá.

—Hay que hacerlo —nos dijo papá a los dos—. Yo no he sido capaz, y además no sé nada de ropa de mujer. Le pediría a Rae que viniera a ayudar, pero tengo que llegar a la ciudad antes de que caiga el aguacero. —Parecía más decidido que nunca. Le puso las manos sobre los hombros a Rose—. Si algo te sirve, quédatelo —lo dejó claro—; Paul, tú encárgate de separar los recuerdos. Regalaremos lo demás.

Rose y yo nos miramos. No hizo falta nada más. Teníamos que hacerlo y punto.

Papá cogió su impermeable amarillo para ir a enganchar los caballos al carro. Se volvió hacia mí, ya de camino.

—Que Damon os ayude. A lo mejor así se le pasan un poco las ganas de excavar.

Entre tafetanes y algodones, Damon y yo nos asomamos confundidos a la esquina del armario cuando Rose terminó con las demás tareas de la jornada. No digo que los tres hubiéramos estado aplazando la misión, pero ninguno tenía deseos de emprenderla. Por mi parte, tenía la sensación de que iba a volver a ver aquellas prendas en sueños

más de una noche.

Por fortuna, Rose comprendió que debía ponerse al frente. Sacó las prendas que estaban más próximas y las tendió en la cama de papá para separarlas.

—Tu madre tenía cosas muy bonitas.

Era verdad, aunque jamás había sido tan aficionada a los trapos como Rose. Los vestidos de diario de mamá, desteñidos de arriba abajo como toda la ropa de catálogo, me resultaban tan familiares como los días de la semana. Había también unos cuantos vestidos más elaborados («Ponte uno de esos delantales, Flo —solía bromear papá—, esta noche hay un baile en la escuela»), que parecían casi nuevos.

Comprendí por qué la tarea había sido demasiado ardua para papá. Damon y yo recordamos sus instrucciones e intentamos que Rose se quedara con varias prendas. Ella nos daba las gracias emocionada pero las rehusaba una y otra vez. Finalmente vaciló cuando Damon bajó del estante una estola de piel de zorro.

—Es de la época en que vivíamos en Wisconsin —dijo muy serio al reconocerla.

Sentí que debía repetir el ofrecimiento.

—¿No te la quieres quedar? —insistí con torpeza—. Aquí los inviernos son realmente fríos.

—Es preciosa —dijo Rose, no sé si por diplomacia, o de verdad, o las dos cosas a la vez—. Me encantaría quedármela. Cuando Damon se la entregó, acarició la piel y nos sonrió:

—La guardaré para ocasiones especiales.

La limpieza empezó a ir más rápido. Algunas cosas fueron indultadas, de otras nos deshicimos: esto al montón para la sociedad misionera, esto para trapos. Apartamos un bonito vestido de cuadros que Rose pensó que podía sentarle bien a Rae. Todo marchaba sobre ruedas hasta que Damon estiró la mano hasta el fondo del armario y sacó el vestido de boda de mamá.

Nos quedamos mirándolo los dos, sin atrevernos a decir nada. Rose salvó la situación:

—Se lo guardaremos a vuestro padre. Dámelo, lo envolveré y le buscaré un cajón.

Los tres nos quitamos un peso de encima. Rose recogió el vestido y lo puso en la cama para doblarlo. Damon exploró el cajón del tocador donde mamá solía guardar sus pañuelos y sus saquitos de olor y yo dejé volar mis pensamientos. Recalaron en la eterna procesión de hombres y mujeres que habían caminado juntos hasta el altar desde la época de los romanos, según mi concepto de la historia.

—*Nuptiae primae*... Lo siento. Pensaba en tu primer matrimonio, Rose. Apuesto a que tú llevabas también un vestido precioso, ¿verdad?

En ese momento, Rose pasaba justo frente al espejo del tocador. Hizo un alto y sostuvo el vestido a la altura de sus hombros, contemplándose en el recuerdo.

—Fue un día mágico. Era un vestido magnífico, de satén blanco —dijo en tono

soñador—. Y Casper siempre se veía guapo con...

El silencio se abatió sobre los tres como un eclipse.

Sentí un cosquilleo en la nuca. Miré inquieto a Damon, pero él se había quedado mirando el espejo. En el reflejo, Rose se había tapado la boca con la mano.

—¿Estabas casada con Casper Llewellyn? —Damon no pudo contenerse—. ¿Con El Rayo?

Dio un brinco para ver de frente a Rose y yo avancé por reflejo un par de pasos. Se había puesto tan blanca como el vestido que tenía en las manos.

—Caray —repuso sin mucha convicción—, ¿es que solo puede haber un Casper Llewellyn en el mundo?

—¡Sí, era él! ¡Estoy seguro! —Damon tenía los ojos como platos. Y probablemente yo también—. Rose, ¿por qué nunca nos dijiste...?

La respuesta nos sobrecogió al instante.

—El corto muelle para un paseo largo —prosiguió Damon—. ¿Rose, a ti te...? ¿Vosotros...?

—Cuéntanoslo.

Era mi voz, pero a duras penas resultaba reconocible. Rose parecía igual de abrumada. Dejó el vestido de boda sobre la cama y se echó hacia atrás.

—¿Ése era el negocio de los guantes? —insistí.

Estaba acorralada y lo sabía. Se ajustó las mangas sobre las muñecas con un gesto parecido al de Morrie. Sus palabras sonaron extrañamente remilgadas.

—Casper ganó el campeonato después de derrotar a los mejores. Podéis pensar que fue una mentirijilla, pero...

Damon empezó a gesticular pero no le salían las palabras. Tuve que decirlo yo:

—Te persiguieron y te escapaste.

—Por favor, Paul, Damon, no fue así... —Tomó aliento y luego se derrumbó—. Vale, fue un poco así. Ciertas personas estaban buscándome, o más bien buscando el dinero de las apuestas, porque creían que lo tenía yo, y nos pareció que lo mejor era, ¿cómo decirlo?, desaparecer de la escena y venir aquí... —Se interrumpió asustada al ver la expresión en mi cara—. Paul, ¿estás bien?

—¿Morrie tuvo algo que ver en todo eso?

Soltó un tenue suspiro de alivio, al ver involucrado a alguien más aparte de ella misma y su marido, el boxeador que amañaba sus combates.

—No, Morrie... ¡Vamos! —Hizo un gesto como para ayudarse a convencernos—. Morrie no sabía nada. Puedes estar tranquilo. Era simplemente, como diría él, nuestro factótum general. Un acompañante. Fueron Casper y su representante quienes arreglaron la pelea que perdió... —Se dio cuenta de que sonaba demasiado frívolo y se echó parte de la culpa—: Me lo contó a mí, claro.

Se sentó en el borde de la cama y se puso a jugar con el encaje del vestido, como

si el encaje pudiera revelar algo.

—Él sabía que era un libro abierto para mí —prosiguió, cansada—, así que vino y me dijo: «Ganarse la vida boxeando es muy duro, pero esta vez vamos a forrarnos». Yo no debería haberlo hecho pero le dije que sí. Si uno se para a pensarlo, los apostantes también se lo tenían merecido...

Se dio por vencida al oír sus propias palabras.

—Esto no le va a gustar a papá —se adelantó Damon.

Vaya que no iba a gustarle. No le hacía ninguna gracia que lo engañaran —era parte de su carácter, tal vez del de todos los hombres— ni siquiera por su bien. Si las mentirijillas de Rose conseguían ofuscarlo (y era más que probable), podía sentirse obligado a volver al cementerio para una nueva conversación con mamá, y la conclusión podía ser opuesta a la de la visita anterior. Lo sabíamos todos.

No obstante, a diferencia de El Rayo Llewellyn, Rose no pensaba rendirse sin pelear. La tremenda historia que acababa de confesarnos me tenía anonadado, pero no pude dejar de admirar el brillo que se encendió en sus ojos cuando nos miró de frente a Damon y a mí.

—¿Hablamos en la cocina?

Nos pusimos en marcha sin decir palabra. Y nos sentamos a la mesa.

Apoyé los codos para anclarme al mantel, a sabiendas de cómo se las gastaba Rose en esas situaciones. Damon se revolvió en la silla. Cinco minutos antes estábamos encantados con nuestra nueva madre; de repente, teníamos delante a una mujer manchada por su pasado.

Rose frotó el pulgar contra un molino del mantel, sopesando sus pensamientos. La arruga entre sus cejas se hundió aún más. Damon y yo aguardamos escépticos, ansiosos, a que lo contara todo.

Encontró por fin las palabras y empezó a hablar casi en un susurro, como solíamos hablar los dos.

—Damon tiene toda la razón. A vuestro padre no le haría ninguna gracia enterarse de todo esto a estas alturas, pero ¿en qué momento podía decírselo? ¿Ama de llaves prófuga busca escondite? No es un anuncio que inspire mucha confianza, ¿no? Luego llegué aquí y me pareció absurdo ponerme en entredicho. Y de paso a Morrie. —Agitó la mano en el aire con un gesto de impotencia—. Mi intención no era casarme con vuestro padre, de verdad; no fue así para nada. Ya había tenido bastante con un marido, pero empezamos a conocernos y ahora... —retornó al gesto de impotencia—. Le quiero. Creedme, por favor. No le haría daño por nada del mundo.

—Pero Rose, ¿no lo ves? —dije, aturdido—. Por más que tú adores a papá, seguimos teniendo un problema. ¿Acaso no te busca la policía?

—Por supuesto que no. —Volvió también al tono remilgado—. Nadie se enteró de que la pelea estaba arreglada, aparte de los apostantes. —Los despachó por los

aires con otro gesto de la mano—. Y solo se enteraron porque fueron lo suficientemente idiotas como para dar en el clavo.

Era difícil encontrar una réplica. No obstante, las cosas se veían así bajo otra luz. En mi cabeza, desde el momento en que Rose había mencionado el dinero de las apuestas, seguía retumbando la profecía de la tía Eunice: las amas de llaves eran todas unas ladronas. Sin embargo, ¿qué más podía robar Rose? Por muy bajo que hubiera caído en los días de perdición en que amañaba combates de boxeo, nadie con su inteligencia se tomaría el trabajo de desvalijar nuestra granja. Y había algo más que no dejaba de sobrecogerme. Si no se hubiera ido de la lengua, Damon, yo y Toby (¡Toby!) habríamos seguido encantados con la idea de que ocupara el lugar de mamá, y papá jamás se habría preguntado si había escogido a la mujer indicada. ¿Por qué teníamos que hundirnos todos a causa de ese tropezón? La honestidad podía ser la mejor política, pero los costes eran elevados.

—Ésas cosas, lo que hicimos... —siguió Rose—, nada igual va a volver a pasar nunca. Ya sé que para ciertas personas puede que eso no disculpe lo que hizo Casper —sabíamos a quién se refería: a papá—, en fin, lo que hicimos los dos, pero él lo pagó con la vida. Y yo me subí a ese tren para dejarlo todo atrás. Tenéis que creerme, es la verdad. Pero ¿podíamos creerla, en realidad?

—Paul —Rose se concentró en mí, tras intuir que era el más férreo de los dos—, las únicas personas que están al tanto de esto somos nosotros tres.

Damon chasqueó la lengua, compadecido. Me lanzó una mirada angustiada. Entonces no habría sabido ponerlo en palabras, pero comprendía que, si yo aceptaba silenciar el pasado de Rose, mi hermano se atendería a ese pacto a rajatabla. Guardaría el más absoluto secreto, haría lo que hiciese falta, más allá del más solemne apretón de manos con escupitajo, con tal de que saliéramos adelante. Lo miré a los ojos y vi que, para él, no podíamos permitirnos perder a Rose.

Pero ¿qué podía ver él en mis ojos?

El cerebro me crujía por el esfuerzo de distinguir lo que estaba bien de la simple mojigatería. Damon se revolvió en la silla una vez más. ¿Cómo habíamos acabado metidos en esa situación? Los temidos hermanos Milliron, Puñetazo y Mucha Labia. Era más que posible que el asunto estuviera muy por encima de nuestras capacidades: ahí estábamos los dos, debatiendo si papá debía casarse o no y si íbamos a tener o no una madrastra. Sin embargo, la decisión había recaído sobre nosotros.

Me volví hacia Rose, tratando de decidirme. Con las mejillas ruborizadas, los ojos de color castaño nublados por tantas emociones encontradas, estaba más memorable que nunca.

—¿En serio vas a dejar atrás todo eso? ¿Lo juras?

—Lo juro.

—¿Con la mano en el corazón?

—Que me partan dos rayos seguidos si no es verdad. ¿Qué más puedo decir, Paul?

Damon casi soltó un suspiro de alivio.

—Trato hecho. No te preocupes, Rose. Los dos sabemos mantener la boca cerrada, ¿verdad, Paul? Nunca en la vida había asentido tan despacio.

Todavía teníamos que ocuparnos del establo. De vez en cuando caían goterones del tamaño de una moneda de medio dólar y decidimos ponernos los impermeables. Sin embargo, cuando salimos de la casa la lluvia no acababa de caer.

—Tiempo de mierda —rezongué, y noté que Damon me vigilaba por el rabillo del ojo.

Limpiamos de excremento los pesebres de los caballos, repusimos la paja en el suelo y subimos por último al pajar, todavía sin decir palabra. Damon cogió su horca y lanzó la alfalfa justo dentro del comedero y yo cogí la mía y la dejé caer prácticamente brizna a brizna, absorto todavía en la cuestión de papá y Rose. Con la misma precisión, hicimos a un lado las horcas y nos juntamos en el centro del pajar. Junté una pequeña pila de heno y me senté encima.

—Vamos a pensar esto con cuidado.

—Más nos vale —convino Damon—. El Rayo Llewellyn... ¡jjo! —Lanzó al aire un gancho salvaje que habría hecho atravesar la pared a cualquier adversario de El Rayo—. Ahora prácticamente va a ser de la familia. Quién lo diría...

—Pero si era una especie de delincuente, Damon.

—Sí, vale. Menos por eso. —Se puso serio—. Seguro que Morrie se dio cuenta de que habían amañado el combate, ¿no?

—Por favor, claro que tuvo que darse cuenta. Si uno tiene una hermana que está casada con el campeón mundial de los pesos ligeros y su cuñado vende una pelea y lo matan por eso, acaba enterándose.

—Eso fue lo que pensé —dijo Damon a la defensiva—. Pero entonces, ¿por qué cuando... cuando le mostré mi álbum de recortes...?

—No entiendo por qué no dijo nada. Ojalá lo entendiera, pero ya has oído a Rose: no tuvo nada que ver. Eso es lo que cuenta... —Se me vino una idea a la cabeza—: ¿Dónde estaba el muelle desde donde lo tiraron?

—Creo que en Chicago.

—Brrrr. En el lago Michigan. Pero ¿lo ves? Morrie, la Universidad de Chicago, luego lo demás... —Estiré la cabeza hacia la portezuela del pajar, como si la respuesta estuviera escrita en las nubes. Aún seguía lloviendo sin llover, y a ese paso no acabaría de llover nunca—. Morrie estaba ahí. Rose fue a pedirle ayuda porque estaban persiguiéndola los apostantes. Y los dos se escaparon a Minneapolis. Se escondieron, pero ella tampoco podía quedarse allí porque los tipos que mandaron a

Casper de paseo podían seguir su rastro. Morrie estuvo cuidándola hasta que Rose recibió nuestra respuesta al anuncio, y luego vino con ella en el tren para protegerla. Así debió de pasar todo.

—¡Has dado en el clavo, Paul! —dijo Damon, maravillado. Estábamos tan abstraídos en la conversación que solo oímos el carro cuando llegó a la puerta del establo. Toby bajó dando brincos, y nos enteramos de la noticia antes de que pudiera anunciarla a gritos:

—¡Paul, Damon! ¡Ya puedo montar a caballo! ¡Tengo el pie curado! —Subió corriendo por la escalerilla para unirse a nosotros.

Papá ató las riendas y bajó del carro, y nos sonrió a Damon y a mí.

—Espero que hayáis contado las gotas de agua para el registro climatológico de Morrie —vociferó, como si aquella sequía pasajera fuera la única travesura que el destino le estaba gastando.

El viento empezó a soplar esa noche. La casa gemía como un artrítico dando vueltas en la cama, y eso mismo hacía yo. Sin lugar a dudas, había sido un día lleno de emociones, pero Damon y yo habíamos hecho lo que teníamos que hacer, ¿o no? Rose nos había prometido con la mano en el corazón que esta vez decía la verdad, ¿o no? Morrie se había comportado como todo un romano, acompañándola en el tren, firme a su lado, ¿o...?

Me quedé dormido en algún punto de las vertiginosas revoluciones de mi mente.

En los vastos anales de mis sueños, el de esa noche no tiene igual. Todos los habitantes de Marias Coulee, al parecer, se habían reunido delante de un muelle. El muelle daba al Dique Grande (por aquel entonces yo tenía una noción más bien imprecisa de qué era un muelle) y encima de él había un cuadrilátero de boxeo. En la esquina opuesta del cuadrilátero, un hombre ataviado con guantes y pantalones de boxeo aguardaba recostado contra las cuerdas. En la esquina más próxima, papá se ocupaba de dar salida a nuestros boxeadores. Eddie Turley se abalanzó enfurecido sobre el otro, que lo sacó del cuadrilátero de un puñetazo («¡Plof!»), y no supe si debía aplaudir o no. «¿Habéis visto eso?», decía la gente todo el rato, y yo trataba de ver, pero no era fácil, porque al mismo tiempo tenía que contestar a las preguntas del inspector escolar, Harry Taggart. «Presta atención, mozalbete». Yo seguía tratando de estar atento a una cosa y a la otra. Tenía en el regazo una pizarra negra e iba escribiendo con tiza las palabras que me dictaba Taggart. *Lux. Desiderium. Universitatis*. «Eso ha estado feo», dijo Taggart, y levanté los ojos para ver a Milo, que había caído también por *K.O.* Papá estaba arrastrándolo por los pies fuera del cuadrilátero. ¿Dónde estaría Rose? De repente, papá se inclinó sobre mí, consternado. «Necesitamos que subas, Paul. Ya sé lo que te dije sobre las peleas, pero con un puñetazo bastará». Taggart se cruzó de brazos, resoplando. Damon me puso los

guantes, primero el izquierdo, porque daba buena suerte. Miré por encima de él con ansiedad. El otro boxeador era más alto que yo, pero no tanto como me había esperado. Damon me empujó luego hacia el muelle y pasé entre las cuerdas del cuadrilátero. «¡Nuestro siguiente retador es Paul Milliron! —anunció una voz—. ¡En la otra esquina, el campeón mundial de los pesos ligeros!». Al final del muelle, el campeón estaba lanzando golpes al aire. Era parecido a alguien, pero solo alcancé a ver a quién después de que soltara una andanada de molinetes. Estaba todavía de espaldas a mí e hizo algo muy curioso: se quitó un guante, y luego el otro, y los arrojó los dos al agua. Acto seguido, se calzó discretamente dos puños de hierro. Uno en cada mano.

«¿Morrie?», grité en medio del sueño. Me senté de un salto en la cama.

El cacao no servía de nada a esa hora temblorosa de la madrugada. Apoyé la frente contra el frío cristal de la ventana y escruté el mundo insondable que se extendía más allá de Marias Coulee: también era inútil. Las nubes se habían disipado y si no hubiera tenido la cabeza hecha un lío me habría hecho ilusión ver al cometa de vuelta, surcando más bajo el cielo pero centelleando aún como una bola de fuego en la oscuridad ¿Cómo podía ser que lo único diáfano que conseguía atisbar fuera un astro que estaba a millones de kilómetros de la Tierra? «¿Morrie? No, no podía ser...».

Para entonces ya llevaba despierto una eternidad. El sueño no regresa después de que uno se despierte de un sueño así en la madrugada. Mi cabeza se negaba a despejarse. ¿Había sido una premonición?, ¿una retrospección? ¿Alguna otra clase de percepción? Empezaba a desesperarme. ¿Cómo podía estar muerto Casper Llewellyn, sepultado bajo los negros titulares que yo mismo había leído en el álbum de recortes de Damon, si seguía viviendo a sus anchas tras el rostro familiar de Morrie? ¿Estaría volviéndome loco? ¿Acaso mis sueños me habían llevado a las puertas del manicomio?

El reloj de la cocina dio una suave campanada, y lo miré con angustia. Media hora, no faltaba más para que llegara Rose. No podría mirarla a la cara otra vez sin saber a ciencia cierta quiénes eran ella y el difunto señor Llewellyn, si es que en realidad estaba muerto y no seguía siendo su esposo. Tenía que averiguarlo. Fui al cuartito de los abrigos y busqué la linterna.

Conseguí encenderla después de un par de intentos, porque seguía con las manos temblorosas. Ya en la escalera empecé a calmarme. La escalera no era un problema: conocía de memoria cada crujido y cada peldaño. La parte difícil me esperaba en el dormitorio. Necesitaba apenas un haz de luz para encontrar los álbumes de recortes, pero no demasiada luz porque despertaría a mis hermanos.

Me colé por la puerta como si el cuarto fuera a escaparse. Con infinita delicadeza,

deposité la linterna en una esquina del umbral, de modo que el haz iluminara el suelo como una alfombra. De momento todo iba bien, pero aún no había llegado a ningún lado, ¿o sí? Damon solía dejar sus álbumes amontonados sobre la cómoda. Me acerqué reptando hasta allí y traté de no hacer ruido al respirar. Por primera vez agradecí que Damon hibernara cada noche; Toby era el que me inquietaba. Si se espabilaba de repente y me preguntaba qué estaba haciendo, y luego Damon abría los ojos, y papá acababa despertándose por el alboroto y subía de mal humor a pedirnos explicaciones, como habría hecho cualquier padre, todo estaba perdido.

Estaba a un paso de la cómoda cuando Toby resopló, se rascó la nariz y soltó un bostezo. Me quedé congelado, de puntillas. Por fin, se dio la vuelta y volvió a respirar acompasadamente.

Levanté los álbumes uno por uno, escudriñando la penumbra en busca del correcto. Descifrar las letras de molde en los artículos recortados era como tratar de leer un gráfico de optometrista en una mina de carbón, pero gracias al Cielo a los articulistas de boxeo les encantaba poner *K.O.* en grandes titulares. Le pedí disculpas a Damon mentalmente y me escurrí fuera de la habitación con su álbum de combates.

Me instalé de nuevo en la mesa de la cocina y recorrí las páginas con frenesí buscando el apellido «Llewellyn» en los titulares. Estuve a punto de saltármelo.

Wolger fulmina al Rayo en el último asalto

Volví a leer el título. La fotografía del cuadrilátero después de la pelea, con el vencedor levantando la mano como un gladiador y el vencido escondiendo la cara y escabullándose entre las cuerdas en la esquina contraria, me intrigó todavía más. La contextura, la estatura, el peso... aquella silueta indistinta se parecía mucho a la de Morrie, pero ¿tenía el pelo del mismo color? Una foto en blanco y negro impresa en un periódico no da para muchos matices.

Solté un suspiro de exasperación. Seguía igual de confundido. Sin embargo, no hay palabra impresa que no atraiga mis ojos y antes de darme cuenta me lancé sobre la crónica de la pelea y seguí leyendo hasta la puntuación, asalto por asalto. Más abajo había un recuadro en letra aún más pequeña, donde solían estar las estadísticas de los partidos de béisbol. Evidentemente, mi desconocimiento del boxeo podía llenar una página entera. Papá nunca habría estado solo en la esquina, como en mi sueño; por lo visto, en cada esquina había un montón de encargados y ayudantes. Estaban los jueces. El arbitro. El cronometrador. El representante de Wolger, sus segundos, su entrenador, que figuraban primero ahora que era el campeón. El último párrafo daba los nombres del séquito del ex campeón Casper Llewellyn, como si fueran el peso muerto al final de una caña de pescar. No era muy probable que incluyeran a un

cuñado que hacía las veces de factótum, pero los recorrí uno por uno con el dedo. Me detuve ante el último vestigio diminuto e imborrable de tinta:

Representante: Morgan Llewellyn

—Veamos, Paul.

El supuesto Morris Morgan se sacudió las manos de tiza y tomó asiento en el escritorio, como si en su conciencia no tuviera nada aparte del latín.

Una vez más, estábamos solos después de las clases. Salvo que nada podía ser igual después del sueño y la letra pequeña de la noticia. «¿Cómo lo hace? —me pregunté atrincherándome tras el manual de latín abierto de par en par—. Los nombres tienen su poder». ¿No lo había decretado él mismo el primer día que se había plantado al frente del aula a tomar lista? Un cambio en una palabra podía alterar el significado por completo. Morgan Llewellyn había puesto toda la tierra de por medio que había podido para alejarse del corto muelle de su destino: había un mundo de diferencia entre esa versión y la del impostor que había bajado del tren con Rose, sin otra preocupación que perder el sombrero. Me había pasado todo el día con un incendio en la cabeza. Su amante hermano, ¡ja!, qué buena la habían gastado. No era el hermano, sino el cuñado, otro tipo de relación amorosa: ésa era la horrenda verdad, y me entraba tal rabia por papá que se me nublaba la vista.

—Veamos, Paul... ¿O lo he dicho ya? —Morrie revisaba mis deberes—. Echo de menos *Lux desiderium universitatis* entre estas traducciones.

—Eh, todavía estoy haciéndola.

El corazón me latía tan fuerte que creí que podría oírlo y volví a agazaparme detrás del manual de latín. Por más que quisiera saltarle al cuello a aquel farsante que usurpaba el escritorio del maestro, lo primero era disimular mis emociones. Estaba en juego Rose. Si no me andaba con cautela, papá podía quedarse sin esposa. Y Toby y Damon (y tenía que confesarlo, también esa parte de mí que se había enamorado para siempre de Rose y de sus confesiones entre susurros), sin una nueva madre. La perspectiva del desastre me retumbaba también en el pecho. Un paso en falso con Morrie y todo podía irse al traste. Desde por la mañana había estado observándolo, en busca de una señal de que Rose le hubiera dicho que la verdad sobre ella y El Rayo ya no era un secreto, al menos para Damon y para mí. Al final concluí que no: ¿qué podía ganar Rose con eso? Mientras nosotros mantuviéramos nuestra palabra, sería más ventajoso que Morrie permaneciera en su papel de hermano, de modo que a papá no lo asaltaran preguntas desagradables (sin duda, iban a asaltarlo) cuando ese mismo cariñoso hermano se esfumara otra vez inexplicablemente, subiéndose a un tren. Por ese frente podía estar tranquilo. Morrie levantó por fin la vista de los folios que le había entregado y se quedó mirándome.

—Naturalmente, Paul, me inquieta esta situación. —Me enderecé en el pupitre y le sostuve la mirada, ante el tono de gravedad de su voz—. Si esto llega a saberse en Chicago...

Soltó un suspiro tan hondo que di un respingo. Santo Dios, ¿lo habría subestimado otra vez? ¿Acaso podía leerme el pensamiento?

—Mis profesores de la universidad empezarían a preguntarse si realmente domino los clásicos. —Sostuvo los folios en alto como si la luz pudiera mejorarlos mientras yo resoplaba aliviado—. En mi época tuve bastante fama como traductor —prosiguió—, ¿cómo es que no he sabido transmitirte esa habilidad a ti, que eres mi mejor estudiante? Mira, fíjate.

Se levantó de la silla, se quitó la chaqueta (estábamos a fines de primavera y la temperatura dentro del aula era casi de verano) y la colgó en el clavo del que pendía el cuadro del cometa. Se tiró hacia arriba los puños de la camisa y se ajustó un ápice las ligas de los brazos: era su versión de arremangarse para escribir en la pizarra. Quién sabe cuántas veces lo había visto hacer lo mismo en nuestras sesiones de latín, pero nunca antes había pensado: «Bastante meticuloso, para ser un representante corrupto».

—Tomemos por ejemplo *Caesar omnia memoria tenebat* —me dijo por encima del hombro, y se apresuró a escribir la frase en la pizarra—. Tú has traducido: «César tenía todas las cosas en la memoria». —Lo escribió debajo, en letras enormes—. Gramaticalmente es correcto, lo admito, pero, como te he dicho no sé cuántas veces, no debes ser tan literal si el significado puede expresarse mejor de otra manera. Por ejemplo, ¿por qué no decir —la tiza revoloteó una vez más, plasmando palabras blancas y compactas— «César lo recordaba todo»? Es mucho más fuerte. —Se dio la vuelta y me enseñó el puño cerrado—. Transmite el significado con más poderío, y al mismo tiempo es una frase más suelta. No acabo de entenderlo, Paul, ¿cómo puede ser que no se te ocurra, con la imaginación que tienes?

—Tal vez no soy tan hábil con los pseudónimos... quiero decir, con los sinónimos.

Morrie ni parpadeó.

Sacudió la cabeza, regresó al escritorio y volvió a sentarse en compañía de mis tristes traducciones.

—Las palabras sustitutivas existen por un motivo —sentenció, como si fuera una regla capital de la vida—; en ocasiones, encajan mejor en el contexto.

Eso no podía discutirlo. La rabia que sentía contra él había agotado enseguida palabras como «mentiroso» o «tramposo» y había pasado el día rescatando otras más elaboradas («prevaricador», «charlatán», «casanova», entre otras) del vasto vocabulario del engaño. Morrie volvió a mirarme, con su habitual pose de pedagogo.

—Quiero que pongas a trabajar tu imaginación esta tarde con los textos de César.

—Lo intentaré —dije con apatía.

—¿Sabes, Paul? Me parece que hoy no tienes ánimo.

—Será que tengo fiebre de primavera.

—En ese caso, conozco el remedio —estiró el brazo en busca de su edición de las *Guerras de las Galias*. Y se detuvo de repente. Ladeó la cabeza—. ¿Sabes si tu padre va a venir hoy por algún motivo?

Me quedé tieso como un palo.

—No, que yo sepa.

—Qué raro. Me pareció oír...

«¡Clanc!». Morrie no había acabado de levantarse de su silla cuando un objeto hizo trizas la ventana y fue a dar a uno de los pasillos entre los pupitres. Lo primero que pensé es que era un urogallo, que son las aves más torpes del mundo, pero ningún urogallo habría rebotado con tanto escándalo contra el suelo. Siguió resbalando por el pasillo hasta estrellarse contra la pared del fondo. Era una piedra.

Contemplábamos boquiabiertos la ventana rota cuando la puerta se abrió de golpe. Brose Turley irrumpió en el aula como una furia, enseñando las encías pero sin decir palabra. Era tan veloz como corpulento. Le dio un empujón a Morrie y la silla se precipitó contra el suelo con un ruido sordo. Lo levantó por las solapas como si no pesara nada, lo estampó contra el tablero y al cabo de un instante ya tenía el cuchillo a un centímetro de su cuello. Todo ocurrió antes que yo echara a andar hacia los dos, aplastando sin querer los trozos de cristal de la ventana.

—Quieto, maestro. —Morrie permaneció inmóvil ante la alternativa de que lo degollaran—. Y tú no hagas ninguna tontería, chico. —Turley me habló sin mirarme siquiera—. Ve y ponte contra la pared.

Retrocedí hacia donde estaba colgado el abrigo de Morrie. Si conseguía meter la mano en el bolsillo y coger los puños de hierro...

No llegué a hacerlo. Una llave por la espalda me aplastó la garganta y sentí el aliento de Eddie junto al oído.

—Papi solo va a preguntarle algo. Quédate quieto y no te pasará nada grave.

¿Nada grave? ¿Qué podía significar eso cuando había un cuchillo suelto en la habitación? Traté de soltarme, y Eddie volvió a dejarme sin aire.

—Eso es, forastero. —Brose Turley hablaba a un palmo de la cara helada de Morrie—. Ahora presta atención. —Retorció el cuchillo, para hacerle saber cuáles serían las consecuencias en caso contrario—. ¿Por qué ha empezado el año así? Fuimos a las montañas buscando carne fresca, y todo está distinto. —Las palabras se le atropellaban entre los chasquidos de sus encías. Cogió aliento y se relamió los labios; era obvio que cada frase era un suplicio—. Nada está como debe estar. La hierba se puso marrón. Los arroyos corren bajos, el cielo no se anima a llover. Los lobos todavía no han bajado a la hondonada. Nunca he visto nada igual y llevo aquí toda la vida. —Apretó el cuchillo contra el cuello de Morrie, que hizo un gesto de dolor. Yo solté un gemido estrangulado y Turley se volvió un instante hacia mí—. ¿No puedes tener quieto al crío? —le espetó a Eddie con voz ronca.

—Lo estoy sujetando... —respondió dolido Eddie.

Pudo ser mi imaginación, pero me pareció que había aflojado la llave al oírme gorgojar. La cara arrugada de Brose Turley prácticamente rozaba el rostro limpio de Morrie.

—Dígame la verdad. Si alguien lo sabe, debe ser usted.

Volvió a relamerse los labios y entendí que tenía miedo. Jadeaba con la boca abierta, arriba los dientes gastados por el uso y abajo las encías, como las de una culebra sin colmillos. Temí aún más por la suerte de Morrie. El filo del cuchillo estaba otra vez sobre su garganta.

—¿Es por ese cometa? ¿Es el fuego del fin del mundo? ¿Es eso? Comprendí que estábamos perdidos. Si Brose Turley se había vuelto loco porque se acercaba el Juicio Final, el instrumento del juicio bien podía ser aquel cuchillo de degüello. Ya era la tercera vez que la bestia de Turley se apoderaba del aula. Sin duda, Morrie no viviría para ver la siguiente. Noté como Eddie presentía la misma fatalidad. Todavía me tenía doblegado con la llave, pero estaba temblando, igual que yo. Con los ojos como platos, ambos teníamos la vista clavada en Morrie, que permanecía lívido contra la pizarra, tieso como un pellejo.

—Todo el universo desea la luz...

Las palabras le salieron ahogadas. Me quedé de piedra. Recé al Cielo para que Morrie no siguiera adelante y le soltara con mortal pedantería a aquel cazador de lobos iletrado y descerebrado: «O, como dirían los romanos: *Lux desiderium universitatis*».

En el aula no se movía ni una hoja. Yo no podía oír más que la respiración entrecortada de Eddie.

—¿Qué quiere decir con eso? —espetó por fin Brose Turley. Morrie se puso derecho como pudo. A duras penas tocaba el suelo con los pies.

—Cuando usted sale en la noche lleva una linterna, ¿no es así? Los astros que viajan por el cosmos hacen lo mismo. De algún modo, la fuerza de la luz gobierna los cielos. El Sol, las estrellas, todos nos iluminan, y esa parece ser la razón de su existencia. ¿Me sigue?

—Ése cometa no es ninguna estrella —dijo Turley con un tono ominoso.

—No obstante, es un cuerpo celeste. —Morrie negó con la cabeza, arriesgando literalmente el cuello—. Y sigue un curso que, por lo general, podemos contemplar una vez en la vida.

—¿Y por qué viene ahora? —Turley se echó encima de Morrie otra vez, iracundo, sin apartar un instante el cuchillo—. ¡Está arrasando con esta tierra! —gritó, escupiéndole sin querer. Morrie hizo una mueca—. Nada de esto había pasado antes de que viniera usted. Ni antes de que usted y este chico de mal agüero se pusieran a parlotear en lenguas malditas. Tal vez todo el mundo estaría mejor si los quitáramos

de en medio. —Eddie me estrujó de nuevo el cuello, pero no supe si era a propósito. Su padre continuó con ojos de loco—: Luego, solo habría que tirar los restos en el desierto. Conozco sitios donde nunca los encontrarían.

—Señor Turley, créame —resolló Morrie—, el mundo no se va a acabar. El cometa nos trae luz, no fuego. Está demasiado lejos de la Tierra para que sintamos el calor que procede de él; una linterna se ve brillar a varios kilómetros, pero para sentir que está caliente hay que acercarse justo al lado, ¿verdad? —Morrie hizo una leve pausa, con la esperanza de que a Turley le entrara aquello en la cabeza—. Estamos en medio de una sequía. Eso es cierto. Y empezó meses antes de que apareciera el cometa. Eddie puede decírselo, en la escuela hemos estado midiendo las precipitaciones desde el invierno y no ha caído casi nada, pero son cosas del tiempo, no es que el cielo esté en llamas. —Morrie aún hablaba en tono chillón, pero parecía cada vez más tranquilo—. El cometa empezará a difuminarse a medida que deje atrás la Tierra. Dentro de un par de semanas, parecerá una cerilla en el cielo. Poco después, vendrá una noche en que no estará ahí. Y usted nunca volverá a verlo.

Turley se lamió de nuevo los labios, más despacio. Miró a Morrie dubitativo.

—¿Cómo sabe qué va a hacer?

—Hay libros tan antiguos como la Biblia —la respuesta brotó como una catarata— que hablan de las idas y venidas del cometa, y muestran que son tan regulares como el reloj. Los antiguos griegos, los romanos, la crónica de la batalla de Hastings, los monjes medievales... Es un historial largo. Entre un avistamiento y otro, infaliblemente, pasan setenta y cinco años. Y así fue como sir Edmund Halley dedujo...

—Cierre el pico.

Turley pareció sopesar la idea de que un emisario de luz nos visitaba regularmente desde el universo. No era sencillo para un hombre que era puro instinto.

—¿Papi?

La voz de Eddie nos sobresaltó a todos. Las palabras se le atascaban en la trampilla de la garganta, pero consiguió sacarlas fuera.

—Puede que sea verdad. Él nos dijo en la escuela que esa cosa prácticamente no va a volver. Nos mostró con esa máquina adonde va a ir. —Eddie se refería al planetario de mesa—. Y era lejísimos. —Estábamos tan cerca el uno del otro, que lo oí tragar saliva—. Si es así no hay por qué molestarnos con Milliron y el maestro, ¿no? Si el mundo fuera a acabarse, sería otra cosa. Pero otra cosa es la sequía. —Se le fue apagando la voz, casi como si estuviera cuchicheando en la escuela—. No vamos a despachar a estos dos porque no llueve, ¿no?

Los Turley nos tenían todavía por el cogote como si fuéramos dos lobos a los que fueran a degollar y estuviéramos en la peor de todas mis pesadillas. Pasaron varios segundos sin que nada ocurriera.

—Puede que no.

Nunca tres palabras fueron pronunciadas tan a regañadientes. Sin duda, Brose Turley seguía despreciándonos a nosotros y a la escuela, pero había visto las cosas con otros ojos. Nos echó un vistazo a Eddie y a mí de reojo. Volvió a mirar a Morrie, todavía contra la pizarra, y se detuvo en las ligas que llevaba en los brazos.

—Dos ratones de biblioteca. No pueden hacer que pase nada, aunque lo intenten... —Hizo girar por última vez el cuchillo contra la nuez de Morrie, por si las moscas—. ¿Está seguro de que se va a ir?

—Si el cometa no se marcha yo mismo me cortaré la garganta, señor Turley. Turley asintió con un gruñido extraño.

—Trae a ese aquí —ordenó sin volverse.

Eddie me llevó a empujones.

Brose Turley señaló la pizarra con la cabeza y Eddie me estampó al lado de Morrie. Su padre reculó un par de pasos. Nos fulminó por turnos con la mirada, subrayándola con una especie de bufido. Por la fuerza de la costumbre, se limpió el cuchillo contra el muslo antes de guardarlo.

—Yo no contaría nada de esto si fuera ustedes.

Morrie se enderezó la corbata, como para cerciorarse de que su cuello seguía allí.

—Despreocúpese. Paul y yo conocemos el valor de la prudencia —dijo, como si se tratara de una cuestión de etiqueta; yo habría preferido que no hablara así—. *Silentium aureum*, el silencio es oro. Ése será nuestro lema, a cambio de que se marche para siempre de estas dependencias.

Las manos de Turley se deslizaron hacia la funda del cuchillo y revolotearon allí un momento. Contuve el aliento cuando dio otro paso hacia nosotros. Se quedó mirando a Morrie desconcertado. Los segundos no parecían pasar. Luego, giró sobre los talones y enfiló hacia la puerta.

Eddie lo siguió despacio hacia la salida y nos lanzó una última mirada (¿era una súplica?, ¿o se había vuelto un poco bizco?) antes de salir tras su padre.

De un momento a otro el aula se volvió más grande. Un soplo de brisa se coló por la ventana rota. Sin embargo, no era suficiente para hacerme revivir. Me sentía tan agotado que a duras penas pude desprenderme de la pizarra. Luego me lancé sobre el cubo de agua, bebí a sorbos del cazo y vomité el agua en el cubo de los desperdicios.

Morrie me dio una palmada en la espalda para ayudarme con las arcadas. Logré llegar al pupitre apoyado en él. Le aseguré varias veces que estaba bien. Me dio una palmada más, volvió al escritorio, enderezó la silla y permaneció derrumbado en ella durante un minuto. Jadeaba como si los pulmones se le hubieran caído a la altura de los zapatos. Se sentó por fin derecho y dijo con voz ronca:

—Creo que dejaremos el latín para mañana. Tenemos que cubrir la ventana con algo.

Mi propia voz flaqueaba un poco, pero tenía que decírselo, aunque fuera lo último que hiciera en la vida.

—Lo felicito, Morrie... Podría habernos desollado vivos. Morrie dejó pasar un momento y se acarició el bigote como si lo tuviera todavía.

—Puede que tenga que pedirle a Rose que me planche el estómago, pero aparte de eso... Gracias, Paul. No fue nada.

—Tal vez no... para un representante de boxeadores.

Se le paralizó el rostro, igual que cuando Brose Turley le había puesto el cuchillo en la garganta. Nos sostuvimos la mirada por encima de las hileras de pupitres. Si hubiera tenido el formidable reloj de bolsillo sobre el escritorio, habríamos oído pasar los segundos. Tal como estaban las cosas, no oímos ni un ruido.

—Paul, Paul, Paul —dijo al fin con cansancio—. Eres un viejo sabio atrapado en el cuerpo de un adolescente de trece años.

No era así como me sentía. Tenía las tripas en llamas, ardiendo por dentro. Había tantas posibilidades de que todo saliera mal que apenas pude quedarme inmóvil mientras se atropellaban en mi cabeza, escudándome tras lo que aspiraba que fuera una mirada de gladiador. Finalmente, Morrie agachó la cabeza, en señal de reconocimiento, y volvió a hablar como si quisiera oír él mismo las palabras.

—Mi destino está en tus manos.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¡Yo no pedí que fuera así!

—Lo hayas pedido o no... —Dejó la frase incompleta—. En fin. Llegó la hora de pasar cuentas. Por lo visto, mi querida cuñada...

—No me lo ha dicho Rose. No es por ella que sé quién es...

Me detuve. ¿Cómo explicarle que había deducido el nombre de Morgan Llewellyn de un sueño y una minúscula línea de letra impresa?

Entonces es peor de lo que creía. —Morrie miró hacia la puerta, como si sopesara salir corriendo—. ¿Quién más...?

Le conté que Damon estaba al tanto de que Rose había estado casada con El Rayo, nada más. Se le encendió una luz en la mirada.

—Tendré que felicitar a Damon por ese pernicioso álbum de recortes —farfulló Morrie, o Morgan, o alguna combinación entre los dos.

Su cerebro funcionaba a toda velocidad. Me soné la nariz y me sequé los ojos, y esperé. Al menos no había salido corriendo en su caballo hacia la estación de tren de Westwater, pero volvió a mirar hacia la puerta por donde, hacía unos minutos, Brose Turley se había marchado a regañadientes de nuestras vidas.

—Hoy ya nos hemos salvado por los pelos una vez, Paul. El hecho de que sigamos vivos no es razón para precipitarnos.

Me preparé, al reconocer el tono de voz elevado y pedagógico. Morrie me miró

de hito en hito, levantó tres dedos y empezó a contarlos.

—Uno. Confieso que no he logrado despojarme del todo de la identidad de Morgan Llewellyn, pese a que Morris Morgan ha representado una mejora en varios aspectos.

Asentí, pues hasta ese punto no tenía nada que objetar.

—Dos —pasó al dedo siguiente—. Por algún cálculo que debería superar a cualquier persona de tu edad, has descubierto quién soy.

Asentí con más ahínco. Morrie se entretuvo en el último dedo.

—Por otra parte, inevitablemente, está Rose. Lejos de mí tratar de discernir qué pasa dentro de su atractiva cabeza, pero, según me cuentas, tiene sus motivos para no revelar a nadie mi verdadero nombre. Ni siquiera a ti.

Agachó el tercer dedo, y dejó en alto los dos primeros.

—Dado que somos pocos, ¿no sería posible llegar a algún acuerdo para salir de esta situación tan incómoda?

—No hasta que me lo cuente todo. Desde el comienzo.

Morrie se quedó callado tanto tiempo que temí haber metido la pata de cabo a rabo. Se levantó entonces de la silla y acarició el escritorio con los dedos antes de apartarse de él.

—Eso es lo que yo diría en tu lugar —admitió con una tenue sonrisa.

Empezó a dar vueltas por delante de la pizarra, a lo largo de ese pequeño círculo de donde solían brotar sus ideas más inspiradas. Esperé con la dolorosa esperanza de que se acogiera al último recurso de los culpables: la verdad. Sentí un alivio extraño al escuchar las primeras palabras:

—Los tres nos torcimos como la pata trasera de un perro cojo ante la perspectiva de ganar todo ese dinero.

Como en un cuento de Poe, las campanadas de medianoche casi parecían resonar en el trasfondo de la historia.

—Mi hermano era una obra de arte del cuadrilátero —comenzó Morrie, o más bien Morgan.

»Veloz como el rayo, estaba entrenado para golpear con la derecha aunque era zurdo. A veces, en pleno combate, de repente cambiaba de pie y soltaba un gancho de izquierda endemoniado. Por lo general, el contrincante daba entonces las buenas noches. Había ganado por *K.O.* veinte peleas de veintidós, todas con el mismo gancho fulminante.

»Los cronistas deportivos prácticamente echaron una carrera para ver quién lo apodaba primero El Rayo. —Morrie sacudió la cabeza, aún paseándose delante de la pizarra—. No habría cambiado a mi hermano Casper por nada en el mundo. La gente nos confundía por la calle: por un lado, el dandi boxeador, y por el otro, el representante dandi. Sin embargo, en otras cosas el único parecido entre los dos era la

imagen del espejo.

Pensé con cierta culpa en algunos de mis enfrentamientos con Damon. Al parecer, la llegada de Rose a sus vidas había traído un periodo de turbulencias.

—Todas las chicas de la alta sociedad sorbían los vientos por Casper. —Morrie esbozó otra sonrisa, como si estuviera viéndolas desfilar delante de él—. Pero no... Antes de la pelea con Swenson en Minneapolis se puso nervioso y salió a dar un paseo, y se topó con Rose, que justo tenía el día libre. Fueron desde Lowry Hill hasta la orilla del lago a echarles miguitas a los patos. Fue un amor a primera vista. —Morrie aflojó meditabundo el paso—. Puedes imaginarte lo demás. Traté de apaciguar a Casper dándole consejos de hermano mayor, que a mí mismo me chirriaban tanto como los de Polonio. Antes de que pudiera hacer nada, Rose y él estaban de la mano delante de un juez de paz. —Me lanzó una mirada—. Yo no tenía nada personal contra Rose, Paul, créeme. Era encantadora, pero tal vez demasiado encantadora como para que un hombre pudiera concentrarse a la vez en ganar el título mundial de los pesos ligeros; esa era mi preocupación. Me despreocupé muy pronto. Rose era ideal para Casper en todos los sentidos, menos en uno.

—¿La perdición?

Morrie se detuvo en seco.

—Podría decirse —contestó con sequedad—. Y por lo visto Rose ya lo ha dicho. Me temo que, en efecto, durante un tiempo derrochamos. Rose y Casper gastaban el dinero como si se lo trajeran con el periódico. Yo tampoco he logrado ahorrar nunca un dólar. No importó mucho mientras Casper siguió ganando peleas rumbo a la cima y todos tuvimos los bolsillos llenos.

»Casper había llegado hasta el último escalón. Derrotó al campeón previo, que ya estaba de capa caída. Luego vino el desafío entre los dos mejores pesos ligeros del mundo, Casper Llewellyn y Ned Wolger. La pelea amañada.

»A Casper se le ocurrió dejar que Wolger ganara el primer combate y hacerle besar el suelo en el segundo. —Morrie se detuvo ensimismado—. Creíamos que sabíamos a qué atenernos. Wolger no era manco, pero Casper estaba seguro de que podía ganarle en franca lid. Y los corredores de apuestas pensaban igual. Nos ofrecieron pagarnos tres a uno cuando empezamos a apostar nosotros. Rose hizo un viaje a Minneapolis —el recuerdo hizo aflorar de nuevo su sonrisita— y apostó dinero a favor de Wolger con todos los corredores de Lowry Hill. Luego, Casper conectó suficientes golpes como para guardar las apariencias.

Puñetazo Milliron era todo oídos. Apenas podía imaginar semejante engaño en un cuadrilátero. Morrie dio otra vuelta delante de la pizarra.

—Cobramos sacos de billetes —prosiguió Morrie—. Luego yo, como buen representante, empecé a meter ruido en los periódicos y a declarar que el público ardía en deseos de ver la revancha. Creímos que estábamos a salvo. —De repente, su

voz se puso tensa—. Pero no contamos con lo susceptible que es la mafia de los apostantes. No tenían pruebas de que habíamos amañado el combate, pero se conformaron con las sospechas. Y decidieron que Casper sirviera de escarmiento para los demás.

—Y usted y Rose —susurré—, ¿cómo escaparon? Morrie se acarició las mangas de tela fina y se ajustó una vez más las ligas.

—La alta costura nos salvó la vida. ¿Puedes creerlo?

Aquél relato forzoso se me quedó grabado en la memoria, con la lógica de un sueño hecho de retazos disparatados.

Como el dinero le quemaba las manos, Rose se mandó hacer un vestido. Por algún motivo, siempre he imaginado que fue de seda azul.

Tal para cual, Morrie fue a visitar a la misma hora a su sastre.

Con su vestido nuevo y, sin duda, silbando, Rose regresó y encontró la casa hecha un desastre y notó la conspicua ausencia de Casper. Llamó de inmediato a la sastrería y pilló a Morrie justo antes de que saliera.

Se pusieron a cubierto y bombardearon a los periódicos y a la policía con llamadas telefónicas, pero rehusaron mostrarse en persona. Según decía Morrie, en Chicago los representantes del orden estaban conchabados con la mafia. La precaución se demostró necesaria: al poco, los mafiosos escoltaron al Rayo hasta un muelle para su último paseo.

—¿No has oído decir que, ante la horca, el ahorcado ve más claro que nunca? —se interrumpió Morrie—. El destino de Casper tuvo ese efecto sobre nosotros. Decidimos que teníamos que permanecer juntos, pasara lo que pasase.

Se subieron a un tren de carga y dejaron la ciudad, a sabiendas de que corrían por sus vidas. Fueron a Minneapolis, donde contaban con encontrar asilo entre el servicio doméstico de Lowry Hill.

—Rose retomó de inmediato sus viejas amistades. —Morrie se hundió en la silla como si viniera de un largo viaje: se acercaba al final de su historia—. Pero pensamos que sería más saludable poner más tierra de por medio. Montana parecía lo suficientemente lejos. —Se encogió de hombros—. Pusimos el anuncio de «No cocina pero tampoco muerde» y creo que el resto ya lo sabes.

—¿Por qué Rose no se cambió el nombre?

—No quería cambiárselo por nada del mundo. —Morrie levantó una mano exasperada—. Casper tenía un seguro. Y Rose creía que si un día las cosas se calmaban y ella podía probar su identidad, tal vez podría reclamarlo. Le expliqué una y otra vez que eso no sucedería hasta que todos los apostantes y al menos la mitad de los policías de Chicago hubieran fallecido, o se hubieran vuelto ciegos y sordos, pero ya sabes cómo es Rose.

—¿Y el botín del desfalco? ¿Qué pasó con él?

—Del... Ah. «Acción y efecto de desfalcar». Un diez por emplear esa palabra. —Morrie se quedó mirando al vacío, pensando todavía en la elección de la palabra—. Sin embargo, no creo que lo que Casper, Rose y yo hicimos se pueda calificar como desfalco. «Robo» sería más apropiado. Sin duda, podrían acusarnos también de «fraude». Y en algunas jurisdicciones también entraría en la lista «conspiración».

Si la lista seguía adelante, le faltarían dedos para contar. Lo miré sombríamente hasta que se dio cuenta. Soltó un suspiro.

—Lo que queda del dinero debe de estar cogiendo moho en una caja de galletas. Casper no confiaba en los bancos. Se apoderó del botín, por así decirlo, porque Rose y yo nos lo estábamos gastando a manos llenas, y lo perdimos de vista a partir de ese momento. —Morrie se enderezó de pronto—. Tienes que entenderlo. El dinero era solo el objetivo tangible del plan. A los tres nos gustaba la perdición, como dices, pero lo que más nos seducía, a Casper, a Rose y a mí, era el propio plan. —Juntó las manos sobre el escritorio, parapetándose para acabar de decirlo todo—. Tal vez dicho así, a trompicones, no parezca cierto, pero no pretendíamos hacerle daño a nadie que no estuviera dispuesto ya a arriesgar su dinero. Los combates en los que está en juego el título atraen a los apostantes como la miel a las moscas. —Se detuvo, pensando una vez más—. Sí, el título estaba en juego. Supongo que nos dejamos entusiasmar por esta última palabra.

La corrosión del tedio. ¿Cómo podía haber carcomido a esas tres personas, que estaban tan cerca de la cúspide del mundo? Tal vez tampoco fuera tan grave despertarse cada noche sobresaltado por las pesadillas.

Las sombras se habían alargado en el suelo entre los trocitos de cristal de la ventana. Morrie se frotó las sienes con las manos, como si quisiera borrar todo aquello de su cabeza.

—Es tarde —dijo con un hilo de voz—. Tu padre vendrá a buscarte.

—Que venga. —Tenía que llegar hasta el final, fuera como fuese. Me obligué a mirar a Morrie, pensando en Oliver Milliron y en todo lo que creía haber encontrado en Rose—. Tengo que contárselo.

—No tienes por qué contárselo.

—Pero usted y Rose...

—Sí. Las noches aquí son largas. Hicimos lo que hacen un hombre y una mujer. —Me sostuvo la mirada—. Pero no estamos juntos, pese a lo que puedas pensar. Mira, Paul. Los sentimientos de Rose por tu padre son auténticos. Ella misma me lo ha hecho saber. Me cuesta admitirlo, pero esta pelea la he perdido. Y en franca lid.

El hecho parecía inquietarle todavía. Al cabo de un momento, se puso de pie y cogió un trozo de tiza. Se puso a dar vueltas otra vez, haciendo malabares con la tiza con una sola mano, delatando sus nervios.

—Examinemos el posible desenlace —reflexionó en voz alta—. Si tú no dices

nada, la boda se celebrará y Rose y tu padre tendrán el considerable placer de hacerse compañía hasta la eternidad. Toby, Damon y tú tendréis una madre. —Sonrió otra vez sin brillo—. La familia Milliron dejará de pagar un ama de llaves, aunque puede que tenga que contratar a una cocinera. —Lanzó la tiza más alto, la atrapó en el aire y la estrujó en el puño. Se quedó muy quieto y me escrutó por encima del puño cerrado—. Yo terminaré el año de clases y me iré de aquí.

Fue la cosa más dura que había dicho en mi vida:

—Creo que es buena idea.

Morrie soltó un suspiro y asintió como asentía yo cuando acertaba con una conjugación difícil. Dejó la tiza hecha trizas en la pizarra. Hablé antes de que diera otro paso:

—Una cosa más.

Morrie se volvió hacia mí, con los ojos centelleando como el rayo.

—Has aprendido mucho de las tácticas de César. Te lo juro.

—Quiero que usted entregue a Rose. El día de la boda. Se le abrió la boca, pero no alcanzó a decir palabra.

—Y que la entregue de verdad.

En fin..., como habría dicho Rose. Unas cosas se van y otras se quedan. Los estudiosos de la mente explican por qué ciertos hitos en nuestras vidas nunca nos abandonan: el primer amor, la muerte de nuestros padres, una mudanza. Sin embargo, nada puede explicar por qué perduran otros retazos del tiempo. Al final de esa tarde, agotado, pero todavía bullendo de determinación, emprendí la vuelta a casa a sabiendas de que comenzaba el siguiente capítulo de nuestras vidas.

Rose y papá no tardaron en plantarse delante del pastor y pronunciaron los votos que habían de durarles toda la vida.

Morrie cumplió su promesa, entregó a Rose y, con uno de sus inesperados movimientos, salió de nuestras vidas para siempre. Se embarcó rumbo a Tasmania, al menos según el telegrama que recibimos desde un puerto del Pacífico.

Con el paso del tiempo, Damon y yo, e incluso Toby, dejamos de ser jóvenes centauros y nos convertimos en hombres casados y domesticados, de servilleta al cuello, patriarcas de nuestras familias.

Como fallas continentales, estos recuerdos permanecen en mi mente envejecida. Y, sin embargo, no es menos nítido el de esa tarde en que cabalgué a través de Marias Coulee y enfilé El Corte, buscando el rostro tras el que podía enterrar el pasado de Rose y Morrie, ese rostro que conservo todavía hoy, por el bien de la nueva vida que todos estábamos a punto de emprender. No había ni una nube en el cielo azul; sería la noche ideal para decirle adiós al cometa. Un soplo de viento encrespaba de vez en cuando la crin de *Joker*. Lo dejé correr a sus anchas casi todo el camino, pero luego

cogí las riendas y lo encaminé al galope hacia el campo donde la granja de Rose lindaba con la nuestra. Llegué hasta donde se divisaba el Distrito de los Lagos e hice un alto. Un frenesí se había apoderado de las aguas serenas. Una conmoción de alas, una veta de blanco contra el fondo de la pradera. Los cisnes habían venido a visitarnos con la estación. Eran hermosos, y los oía silbar desde lejos.

El pasado parece deshabitado pero nunca está vacío. En estos últimos minutos, aquí, en esta casa, en esta cocina que escuchó tantas confesiones entre susurros, delante del calendario en el que sigue siendo para siempre octubre, algo se ha abierto camino en un recoveco de mi mente. He hecho un hallazgo, en más de un sentido. Entre tantos recuerdos evocados, me he acordado de que la eventual potestad que entonces temíamos que ejerciera Harry Taggart todavía existe. No sé si alguien ha apelado a ella alguna vez en los tiempos modernos, pero estoy seguro de que está ahí, agazapada en algún oscuro pliegue de mis competencias. Así pues... ¿Y si recurro a mis instintos políticos y a las tretas burocráticas (y a la mezcla de ambos, valgan la verdad y la inmodestia) que me han mantenido en el cargo durante tantos mandatos y desempolvo la potestad que ostenta el superintendente de Instrucción Pública para hacerse cargo de una escuela con problemas? Si el presidente del comité de asignaciones ha resuelto que el *Sputnik* es el pistoletazo en la carrera hacia el autobús escolar, no veo por qué no puedo dictar una resolución que considere que todas las escuelas unitarias del estado están con problemas, ¿no?

No debo mostrar mis cartas demasiado pronto. Primero hará falta presentar una fórmula de habilitación ante el comité legislativo: una frase apenas, inocente como una píldora pero con el veneno escondido en el centro. Diré que se trata de una medida para mantener la casa en orden; no debo olvidarme de redactarla en honor a Rose. Una frase que pueda leerse en más de un sentido. «En referencia a las asignaciones para contingencias especiales, el Departamento de Instrucción Pública emitirá un fallo...». O más bien: «En lo tocante a las asignaciones de las escuelas unitarias rurales, el superintendente podrá determinar»... Algo de faramalla burocrática que disimule su sentido profundo, de modo que el presidente piense que intento arañar algo de los fondos que sobran para las escuelas rurales, cuando, de hecho, estaré asignándome (adueñándome, sí, arrogándome, creo que hasta Morrie daría la palabra por buena) la capacidad de decisión sobre si las escuelas unitarias pueden seguir existiendo. En adelante, serán mis escuelas. Ya puedo ver las caras del secretario y sus acólitos cuando el asunto llegue al Tribunal Supremo del Estado y, como autor del texto conflictivo, yo pueda testificar alegremente que me refería a «asignar» en el sentido de «arrogarse».

Por supuesto, habrá que perfeccionarlo, darle un toque especial, una dosis adecuada de imaginación, para hacerle plena justicia a los modos del presidente en el

debate político. Algo así como unos puños de hierro. También a eso llegaremos, sin duda. Como la noche llega después del día.

El camino está claro. Y mi corazón dispuesto. Cuando me presente esta noche en Great Falls, donde me aguardan a sabiendas de que el destino de las escuelas rurales depende de mis palabras, me pondré de pie delante de los presentes y desecharé las notas que tengo preparadas. Diré entonces lo mejor que puedo decir: que lo consultaré con mis sueños.



IVAN DOIG. Considerado uno de los mejores cronistas del Oeste americano, nació en 1939 en White Sulphur Springs (Montana), en el seno de una familia de colonos y rancheros de origen escocés.

Tras la prematura muerte de su madre fue criado por su padre y su abuela en diferentes ranchos del estado, pero sin abandonar nunca Montana, fuente constante de inspiración para la mayoría de sus novelas y ensayos. Doig, graduado en Periodismo y en Historia, ejerció como granjero y trabajó en el Servicio Forestal antes de convertirse en editor y colaborador habitual de periódicos y revistas. La primera novela, *This House of Sky: Landscapes of a Western Mind*, (1979), un texto autobiográfico inspirado en sus años de juventud, fue finalista del National Book Award. Después escribió una larga lista de obras, narrativas y de no ficción, inspiradas en su mayoría en la vida rural de Montana y en sus imponentes paisajes. Entre su producción destacan las tres novelas que componen la Trilogía McCaskill (*English Creek*, *Dancing at the Rascal Fair* y *Ride with me, Mariah Montana*), un complejo ciclo novelesco que abarca cien años en la historia del estado de Montana; *Bucking the Sun* (1996); *Mountain Time* (1999) y *Una temporada para silbar* (2006).

Su prosa realista e íntimamente ligada a la historia, la naturaleza y el paisaje de su tierra natal lo ha encumbrado como uno de los mejores cronistas contemporáneos del Oeste americano, en la estela de autores de la talla de Wallace Stegner o Norman Maclean.

Notas

[¹] [1] En inglés, la combinación de nombres Lou-ElLEN reproduce fonéticamente el apellido Llewellyn. (*N. del T.*) <<

[2] La cercanía fonética de Yale (la universidad) y *jail* (la cárcel) es un tópico humorístico en inglés. La sustitución deliberada de *j* por *y* en *jurisprudence* sugiere que Morris Morgan estudió jurisprudencia en la cárcel. (*N. del T.*) <<

[3] Canción popular de la época de la guerra civil americana. Según la tradición, los esclavos que se fugaban de las plantaciones del Sur camuflaban en la letra los hitos de la ruta hacia el Norte, donde los aguardaba la libertad. El título, *Sigue la calabaza del agua*, hace referencia a las calabazas huecas que usaban para beber y era el nombre en clave de la Estrella Polar. (N. del T). <<